SERIE NORA KELLY

PRESTON & CHILD



LA MONTAÑA MUERTA

PLAZA JANÉS

SERIE NORA KELLY

PRESTON & CHILD

LA MONTAÑA MUERTA

Traducción de
Efrén del Valle Peñamil

PLAZA JANÉS

Douglas Preston y Lincoln Child dedican este libro al Gremio de Escritores, la mayor y más antigua asociación de escritores, periodistas y poetas de los Estados Unidos

1

Brandon Purdue y Mike Kottke, su compañero de fraternidad, estaban sentados en una roca debajo de un gran abeto, cerca de donde su jeep se había salido de un camino del Servicio Forestal, había caído en una zanja y había chocado contra un árbol joven. Estaban pasándose una botella de ron especiado Captain Morgan y un porro. En las montañas no había cobertura móvil y estaba oscureciendo, pero se encontraban demasiado borrachos y colocados como para irse a pie y, además, la carretera asfaltada más cercana se hallaba a unos quince kilómetros. No había la más mínima posibilidad de que apareciera alguien, ya que el camino estaba cerrado y se suponía que no debían estar allí. Lo único que podían hacer, le dijo Brandon a su amigo Mike, era sentarse debajo un árbol y colocarse.

—No te apalanques el porro, macho —cantó Kottke con voz quebrada, y extendió el brazo.

—Que te ten por culo, tío.

Purdue se lo pasó a Kottke, que dio una calada y le ofreció la botella a cambio.

—¡Se ha apagado! —protestó Kottke, sosteniendo el porro a cierta distancia y mirándolo con desaprobación.

Purdue le tendió el mechero y Kottke intentó protegerlo del viento, cada vez más intenso. Finalmente consiguió encender el porro y dio una honda calada.

—Empieza a hacer frío —dijo Purdue, inclinando la botella de plástico.

—No me digas, Einstein. Solo estamos a tres mil metros sobre el nivel del mar. —Kottke miró la colilla—. Ya no queda nada —dijo antes de tirarla—. ¿Tienes otro?

—Claro, tío.

Purdue hurgó en su mochila y sacó un porro, lo encendió y se lo pasó a su amigo. Iba muy colocado. A su alrededor, los árboles se mecían con el viento, o puede que no lo hicieran en absoluto y fuera su cerebro el que estaba moviéndose. Pero cada vez hacía más frío. Era Halloween y aquella noche podían alcanzarse temperaturas bajo cero. Sin duda se situarían por debajo del punto de congelación. No podían pasar la noche en el todoterreno, inclinado como estaba en la cuneta, con el parabrisas roto y el interior sembrado de cristales. Además, el olor a gasolina hizo suponer a Purdue que el árbol había perforado el depósito. Si intentaban arrancar el jeep para entrar en calor, podían saltar por los aires.

¿Qué iban a hacer? No podían quedarse a la intemperie, bebiendo y fumando hasta perder el conocimiento, y morir congelados. Purdue desterró esos pensamientos mientras bebía otro trago de la botella de ron. Eso lo ayudaría a calentarse, al menos temporalmente.

—Brandon, ¿has notado eso? —gritó Kottke.

Purdue volvió a concentrarse.

—¿El qué?

—Lluvia. La he notado en la cara. Una gota de lluvia.

Purdue bebió otro trago y, al hacerlo, sintió algo frío rozándole la mejilla.

Kottke metió la mano en la mochila, sacó una linterna y enfocó hacia el cielo.

—¡Está nevando!

—Mierda.

Purdue soltó un gruñido. Nieve, por supuesto. Se encontraban en la sierra de Manzano, a tres mil metros de altura, y era finales de octubre. Estaban jodidos.

—Oye —dijo Kottke—, tenemos que buscar refugio. En serio.

Purdue gruñó de nuevo. ¿Refugio? No tenían tienda de campaña, ni sacos de dormir ni nada, tan solo unas chaquetas ligeras. ¿Había una manta en el jeep? No lo recordaba, pero creía que no.

—¿Encendemos una hoguera? —dijo finalmente Purdue.

—Eso no detendrá la nieve. Tenemos que resguardarnos, tío.

Ahora, Purdue notaba la fría punzada de la nieve en la cara y el viento estaba arreciando. Kottke se levantó y echó a andar, linterna en mano. El terreno descendía hacia un bosque de abetos. Kottke se echó la mochila al hombro y avanzó unos pasos, orientando el haz de luz a izquierda y derecha.

—¿Qué haces? —preguntó Purdue.

—¿A ti qué te parece? Levántate y vamos a buscar un sitio donde pasar la noche. Ya volveremos por la mañana.

Purdue se puso en pie y notó un mareo repentino. Tropezando y arrastrando los pies, siguió a su compañero por la ladera en dirección al bosque. La temperatura estaba cayendo en picado y los copos de nieve se arremolinaban a su alrededor. A lo lejos, Purdue divisó las luces del valle Sur de Albuquerque disolviéndose en la bruma que formaba la nieve.

—Tío, ¿ves esas rocas grandes de ahí abajo? A lo mejor encontramos un saliente.

La linterna iluminó un barranco que a Purdue no le pareció

prometedor en absoluto. La pendiente se volvió más pronunciada y el suave bosque de pinaza dio paso a piedras ásperas y pequeños afloramientos, intercalados con arbustos densos y raíces. De hecho, parecía un buen lugar para romperse unos cuantos huesos.

—No lo veo claro —dijo Purdue.

—¡Vamos!

Purdue lo siguió a regañadientes hacia el barranco. La nieve empezaba a acumularse y el suelo estaba resbaladizo. Se obligó a centrar su atención en dónde ponía cada pie, pero aun así se sentía inestable y resbalaba constantemente, maldiciendo y buscando dónde agarrarse. Ya tenía el trasero empapado de derrapar y caer sobre la nieve.

La pendiente seguía descendiendo hacia el fondo del barranco, que estaba lleno de rocas cubiertas de nieve fresca. Purdue notó que se le estaba pasando el colocón rápidamente.

—No pienso bajar ahí —dijo—. Lo único que conseguiremos es congelarnos el culo.

—¡Eh! ¡Mira eso! —gritó Kottke, señalando.

Purdue miró hacia donde le indicaba, y el haz de la linterna atravesó el remolino de nieve e iluminó tenuemente el lado opuesto del barranco. A unos tres metros del fondo había un agujero pequeño y oscuro: la abertura de una cueva.

—¿Lo ves? —preguntó Kottke.

—No cabemos ahí, tío —repuso Purdue.

—¿Que no? Tú mira y aprende.

Cuando llegaron al fondo del barranco, treparon hasta la abertura. Allí, la roca era lava áspera, con muchos puntos de apoyo para manos y pies, y en pocos minutos habían llegado a la entrada de la cueva. Kottke la iluminó con la linterna y vieron una caverna con suelo arenoso.

Se arrastró por la abertura y Purdue lo siguió.

—¡Joder, tío! —exclamó Kottke, incorporándose con cautela. Luego levantó los brazos—. ¡Esto es increíble, y lo he encontrado yo!

Hizo un barrido con la linterna. Purdue debía reconocer que era un refugio ideal, lo suficientemente alto como para ponerse en pie, aunque al fondo se estrechaba y obligaba a arrastrarse.

—Me estoy congelando —dijo Kottke—. Vamos a encender una hoguera.

—Vale.

Purdue se asomó de nuevo a la entrada y vio que el barranco estaba lleno de ramas y árboles muertos. Eso significaba que tenían que volver a salir.

—Baja tú y ve pasándome la madera —dijo Kottke.

De mala gana, Purdue salió a rastras. Mientras Kottke sostenía la linterna, Purdue cogió un haz de leña y ramas y se lo pasó. No llevaba guantes y tenía las manos mojadas y frías, pero en muy poco tiempo había acumulado un montón de palos lo bastante grandes para encender un fuego.

Entró de nuevo en la cueva mientras Kottke preparaba la hoguera. Aunque la nieve había humedecido un tanto la madera, el viento había arrastrado hierba seca y hojas al interior y no tardó en encender el fuego, cuyo humo salía por una grieta situada cerca de la parte delantera. Era casi perfecto, un milagro.

Purdue se calentó las manos junto a la hoguera.

—¿Tienes otro canuto? Necesito algo después de tanto trabajo.

—Ya mismo.

Kottke abrió la cremallera de la mochila y sacó otra botella de plástico que contenía ron, un pequeño tarro con un par de cogollos, un *grinder* para triturar hierba, papel de liar, un Kit Kat, una barrita de Snickers, una bolsa de M&M's y una lata grande de Pringles.

—Has venido preparado, hermano.

—Si llevo hierba, también llevo algo para picar. Es una norma.

Purdue cogió la botella nueva, desenroscó el tapón y bebió un trago largo, tratando de revivir la cálida sensación que había disfrutado antes de que empezara a nevar. Observó a Kottke meter un cogollo en el *grinder* y hacerlo girar, el olor a hierba flotando en el aire. Luego procedió a hacerse un porro grande.

El fuego desprendía tanto calor que Purdue se bajó la cremallera de la chaqueta y dio un buen trago a la botella. Notaba un agradable mareo, no tenía frío y habían encontrado una cueva. Afuera, el viento aullaba y seguía nevando. El día siguiente sería una mierda, pero por ahora tenían cobijo e iban colocados.

—¡Hummm, esto es la hostia! —dijo Kottke, encendiendo el canuto.

Luego intercambiaron el ron y el porro. Purdue dio una calada, después otra y luego una tercera.

—¡Eh, mira eso! —exclamó Kottke.

Al volverse, Purdue vio lo que estaba señalando Kottke. A la luz del fuego, cerca del tramo donde se estrechaba la cueva, había una extensa superficie de roca en la que se distinguían varios petroglifos.

Purdue entrecerró los ojos y pudo ver una espiral, algunos rostros, una flecha zigzagueante, un pájaro y una figura jorobada tocando la flauta. Que estuvieran allí precisamente la noche de Halloween lo asustó un poco a pesar del colocón.

Pero Kottke, imperturbable, se limitó a coger una piedra.

—Dos puntos si le doy a esa espiral. —Erró el tiro, pero golpeó una de las caras. ¡Tres puntos por eso!

—Eso no te da puntos —respondió Purdue, decidido a no comportarse como un cobarde, y también cogió una piedra—. Cinco puntos por el pájaro. —Arrojó la piedra e hizo una hendidura justo

en el centro del pájaro—. ¡Sí! ¡Cinco puntos!

Kottke cogió una piedra más grande.

—Esto son diez puntos. —La lanzó contra la espiral y el golpe hizo caer unos cuantos guijarros del techo—. ¡Bien!

Para no ser menos, Purdue cogió una piedra más grande de la pared y dio un paso adelante.

—¡Eh, eso es trampa!

—Y una mierda.

Purdue tiró la piedra al pájaro y se oyó un estruendo sordo. Entonces empezaron a caer piedras del techo.

—¡Quince puntos! —gritó, riendo a carcajadas.

—¿Quince puntos? Y una mierda.

Kottke cogió una piedra aún más grande, tanto que apenas podía cargar con ella, retrocedió todo lo que pudo y la arrojó contra el flautista. El golpe sacudió de tal manera la pared que esta comenzó a moverse y, de repente, se oyó un chirrido proveniente del techo. Gritando, Kottke saltó hacia atrás justo cuando caía un torrente de piedras con gran estrépito y formaba una nube de polvo. Kottke, que había evitado por poco que lo golpearan en la cabeza, se desplomó entre carcajadas histéricas.

—Ya basta —dijo Purdue—. No quiero acabar enterrado vivo.

Kottke siguió riendo mientras Purdue se acomodaba y bebía otro trago de ron. La botella estaba casi vacía. ¿Cuánto había bebido? Contemplando la luz de la hoguera que se reflejaba en el techo e incapaz de ordenar sus pensamientos, olvidó por un momento dónde estaba. Entonces oyó más risas histéricas. ¿Era él o era Kottke? La risa se convirtió en el sonido de alguien vomitando, pero estaba tan cansado que no le importaba. Solo quería cerrar los ojos y dormir, pero tenía frío. Consiguió acercarse al fuego a rastras y se tumbó de nuevo en la arena, intentando ponerse cómodo, pero el suelo tenía

bultos y no paraba de dar vueltas. Algo se le hincaba en la espalda justo donde quería dormir.

Oyó vagamente más arcadas. Era Kottke vomitando otra vez. Se tumbó boca abajo y hundió la mano en la arena para mover lo que se le clavaba en la espalda. Al cavar vio que no era una piedra, como él imaginaba, sino algo liso de color marrón claro, como una cúpula. A pesar del aturdimiento y de que apenas podía enfocar la vista, vio dos huecos oscuros, unos dientes que sonreían y una trenza de cabello unida a un trozo de carne seca.

—¡Joder! —gritó Purdue—. ¡Hay un hijo de puta muerto aquí dentro!

Empezó a retroceder usando los pies y las manos para intentar alejarse de la cosa que lo miraba fijamente desde la arena, con sus cuencas oculares negras y unos dientes relucientes.

—¡Mike! ¡Mike!

Pero Kottke estaba tendido al otro lado de la hoguera, inconsciente y con la camisa cubierta de vómito.

Purdue trató de levantarse, pero era incapaz de mantener el equilibrio y se arrastró hacia atrás, empujando con los pies. Finalmente, cuando se hubo distanciado todo lo que le permitía la cueva, se puso de costado, se hizo un ovillo y cerró los ojos con la esperanza de que todo aquello desapareciera, de que fuese una pesadilla, mientras su mente ebria se sumía en la inconsciencia.

2

La agente especial Corinne Swanson se detuvo frente a la mesa del secretario, situada junto al despacho del agente especial al mando, y el joven se la quedó mirando.

—Puede pasar —dijo, pulsando un botón de un terminal que tenía sobre la mesa.

Corrie agarró el pomo de la puerta del despacho esquinero con honda aprensión. Habían pasado casi cuatro meses desde su último caso importante, el cual implicaba, entre otras cosas, el asesinato de Hale Morwood, el agente que había sido su mentor desde que llegó a la oficina de Albuquerque un año atrás. Aún estaba traumatizada por su fallecimiento y no pasaba un día sin que algo le recordara a Morwood, un dolor sordo y persistente que nunca desaparecía. Corrie tardaba en respetar a la gente, y más aún en confiar en ella, pero Morwood se había ganado ambas cosas antes de morir.

Su último caso importante… En cuatro meses había asistido a varias comisiones de investigación y se había sometido a largos interrogatorios y a varias pruebas del detector de mentiras. Dada la locura del caso, la reacción no fue sorprendente. Había llevado la investigación a buen puerto, aunque de manera poco convencional. Pero en cuanto terminó, casi todo el proyecto fue clasificado, cosa

que, tal como descubrió tardíamente, significaba que no gozaría de mucho reconocimiento público o de la posibilidad de una condecoración. Lo más preocupante era que García, el agente especial al mando, aún no le había asignado un nuevo mentor —técnicamente seguía siendo una agente en formación— o tan siquiera un nuevo caso destacable. Si estuvieran castigándola se lo habrían dicho, pero García solo le encomendaba tareas discretas y de bajo riesgo, como operaciones de vigilancia, y no podía evitar preguntarse si estaba pasando por algún tipo de evaluación clandestina.

Dejando a un lado esos pensamientos, entró en el despacho.

El agente especial Julio García se levantó de detrás de su mesa y le tendió la mano. Aunque hacía tiempo que no entraba allí, estaba exactamente igual. Lo único que parecía variar era la cantidad de tráfico que circulaba por la autopista al otro lado de las ventanas.

—Agente Swanson —dijo García—, gracias por venir. Por favor, siéntese.

Como siempre, Corrie se sorprendió de que un hombre tan musculoso pudiera ser tan afable. Mientras se acomodaba, García cogió una carpeta y la abrió para echar un vistazo.

—Bueno, Corinne —dijo sin levantar la vista—, ¿está lista para ensuciarse las manos otra vez?

—Sí, señor —respondió ella, invadida por una sensación de gratitud.

García asintió y se la quedó mirando con aquellos ojos marrones, aunque no sonrió ni frunció el ceño, como era su costumbre.

—En ese caso, me gustaría que conociera a su nuevo mentor.

—¿Mi nuevo mentor? Sí, señor.

¿El mismísimo jefe de la oficina pensaba supervisarla? Pero no. García pulsó el botón del intercomunicador que había encima de la

mesa y, cuando se abrió la puerta, entró un hombre delgado de mediana edad.

—Agente Swanson, este es el agente especial supervisor Clay Sharp.

Swanson se puso en pie. El hombre le tendió la mano y ella la estrechó unos instantes.

Tenía la piel fría y le agarró la mano con firmeza, aunque no en exceso, como hacían algunos agentes que parecían disfrutar aplastando nudillos. El agente Sharp era de estatura media y tenía algo menos de cincuenta años y unos ojos somnolientos. Su rostro era atractivo, incluso delicado, y vestía impecablemente; aunque llevaba un traje del tono azul estándar del FBI, el corte era mejor de lo habitual y se ceñía a su cuerpo esbelto y atlético, y lo complementaba con una cara corbata de seda. En lugar del corte militar o la habitual raya al lado, llevaba el cabello, largo y castaño, peinado hacia atrás, completando así la imagen de un hombre atento a su aspecto personal pero no esclavo del estilo del FBI. Corrie no sabía si eso era bueno o malo.

Había visto a Sharp por la oficina alguna que otra vez, pero jamás había interactuado con él. Era callado y un tanto enigmático, y los demás agentes parecían tratarlo con una mezcla de respeto y cautela. Tuvo la sensación de que era lo que se conocía como un «agente ladrillo»: escueto, pragmático, impaciente y capaz.

—El agente Sharp ha accedido a guiarla a través del periodo de tutoría restante —anunció García enérgicamente—. Como nunca ha ejercido de mentor, y ya que usted necesita comenzar de nuevo, le he asignado un caso sencillo.

Cerró la carpeta y se la tendió sin que se distinguiese bien a cuál de los dos. Sharp indicó a Corrie que la cogiera, cosa que ella hizo, agradeciendo el gesto.

—Anoche —prosiguió García—, dos chicos de la fraternidad de South Valley Tech quedaron atrapados en una tormenta de nieve cuando estaban en la sierra de Manzano. Se refugiaron en una cueva y encontraron restos humanos.

—¿Prehistóricos o históricos? —preguntó Corrie.

—Eso es lo que debe averiguar. La información que obtuvimos de los chicos no era muy coherente.

—¿Así que podría ser una tumba de nativos americanos —dijo Sharp, hablando por primera vez con un acento que Corrie no fue capaz de ubicar— o quizá algo más… interesante?

—Exacto —repuso García.

A Corrie le pareció que el comentario de Sharp contenía una pista que García había captado, pero ella no. Se volvió hacia el supervisor. Sus ojos de color avellana claro, más ámbar que verde a la luz del sol, parecían aún más somnolientos que antes, y tuvo la sensación de que cuanto más dormido parecía, más alerta estaba en realidad.

—Es posible que los muchachos también causaran daños en el lugar —añadió García—. Puede que se presenten cargos, pero, por suerte, ese no es nuestro problema.

Sharp asintió lentamente y después miró el expediente que Corrie tenía en la mano, al cual habían prendido una dirección con un clip. Luego se volvió hacia ella.

—¿Manos a la obra, agente Swanson?

—Sí, por supuesto. —Cuando se dirigía a la puerta, se detuvo un momento y miró de nuevo al agente especial García—. Gracias, señor.

El jefe de la oficina le devolvió la mirada y se frotó la barbilla con aire especulativo.

—Buena caza —dijo.

3

—¿Qué sabe de la sierra de Manzano? —preguntó el agente Sharp mientras iban hacia el sur por la autopista 337, seguidos de la furgoneta del equipo forense del FBI.

—Aparte de haberla visto desde lejos, no demasiado —respondió Corrie.

—No llevo mucho tiempo en Nuevo México.

Cuando conoció a Sharp estaba nerviosa y se mostró precavida, y esas sensaciones aún no habían desaparecido. Era una persona difícil de interpretar, con su forma de hablar lenta y su comportamiento inescrutable. Su anterior mentor, el agente Morwood, también era reservado, pero había logrado conectar con él. Intentaba no compararlos para que ello no condicionara su percepción, pero le habría gustado que su nuevo mentor no fuera tan reticente. Al menos ahora hablaba.

—Su expediente indica que ha estado bastante ocupada. Y hay una parte del archivo que está clasificado. Ni siquiera yo tengo autorización para verlo. Qué intriga.

Corrie había echado un vistazo al expediente de Sharp, al menos todo lo que pudo extraer de él sin despertar suspicacias. Llevaba casi dieciséis años en el FBI y, a diferencia de Morwood, que se había

visto relegado al puesto de mentor por una lesión, había escalado posiciones en el FBI como un lobo solitario. Antes de ingresar en la agencia, Sharp había sido militar en puestos tan confidenciales que solo se identificaban los países: Yemen, Irak y Turquía.

—La sierra de Manzano forma parte de la falla del Río Grande, capas de roca que hace veinte millones de años se fracturaron y elevaron bruscamente. Por el lado oeste, junto al Río Grande, se alza una cara escarpada, mientras que hacia el este la pendiente es más suave. Las cumbres más altas de esta cadena superan los tres mil metros de altura.

—Comprendo, señor —dijo Corrie.

—La Base Aérea de Kirtland ocupa toda la parte norte de las montañas. Es la instalación de almacenamiento de armas nucleares más grande del mundo, supervisada por el Mando de Ataque Global de la Fuerza Aérea.

—¿La más grande?

Corrie no tenía ni idea.

Sharp asintió.

—Al sur de Kirtland se extiende una franja de tierras indígenas, parte la comunidad isleta. Y más al sur hay unas cien mil hectáreas de bosque nacional y naturaleza salvaje, una de las zonas menos visitadas del suroeste.

Corrie no supo qué decir. Sharp parecía disfrutar compartiendo aquella información y pensó que daría buena imagen si le hacía algunas preguntas.

—¿Qué harán con todas esas armas nucleares? ¿No tienen ya suficientes?

—La mayoría están destinadas a reemplazar las armas que se habrían empleado tras un intercambio de misiles y bombarderos en una guerra.

—¿Se refiere a recargar los bombarderos después de que el mundo haya quedado destruido?

Corrie se arrepintió inmediatamente del comentario y se preguntó qué estaría pensando Sharp, que la miraba con curiosidad. Casi nunca parpadeaba, aunque ahora lo hizo con la lentitud deliberada de un lagarto. Luego soltó una pequeña carcajada.

—Esa es la idea, agente Swanson, por ilógica que parezca.

Continuaron el trayecto en silencio mientras Corrie reunía valor para hacer la pregunta que llevaba rumiando desde la reunión con García.

—Señor, solo por dejar las cosas claras, ¿oficialmente soy yo la agente a cargo de la investigación o lo es usted? Es por saber quién va a tomar la iniciativa —añadió, balbuciendo.

Él la miró con aquellos ojos somnolientos.

—Pues usted, agente Swanson. Pensé que estaba claro.

—Gracias, señor. Espero ganarme su aprobación.

Dios, ¿sonaba demasiado servil? Desearía poder entender mejor a aquel hombre.

Sharp giró a la derecha en la Ruta 55 y pronto pasaron por la diminuta aldea de Tajique, situada en las estribaciones, y comenzaron a subir por una serie de caminos de tierra del Servicio Forestal. En la carpeta de la investigación había un mapa en papel, y Sharp le pidió a Corrie que lo ayudara a orientarse, cosa que hizo usando el GPS de su móvil junto con el mapa. En este, alguien había dibujado a lápiz el lugar donde el coche se salió de la carretera y la ubicación de la cueva. Había caído nieve fresca en las montañas durante la noche, pero la tormenta ya había pasado y era un día frío de finales de otoño, con el cielo despejado. Pronto rebasaron la línea de nieve, avanzando a trompicones por un camino horrible que el deshielo no hacía sino empeorar. El Tahoe no daba problemas, pero

la furgoneta del equipo forense tenía dificultades, cosa que los ralentizaba.

Los pinos piñoneros y los enebros habían dado paso a las ponderosas, que a su vez fueron sustituidas por abetos y píceas. Había tantos caminos ramificados, tantas curvas, y tardaban tanto que Corrie comenzó a preocuparse por si habrían tomado un desvío equivocado en algún momento. Sin embargo, se guardó sus dudas. Al menos podía ver rodaduras recientes y embarradas de otros vehículos, lo cual era alentador.

Finalmente, llegaron a un punto donde el camino había quedado bloqueado por un terraplén de tierra, aunque las huellas de vehículos mostraban cómo se podía rodear la obstrucción. Aquella debía ser la carretera cerrada que habían tomado los dos sujetos. Sharp maniobró el Tahoe alrededor del terraplén y después esperó a que llegara la furgoneta. Unos ochocientos metros más adelante llegaron al lugar del accidente, donde había varios vehículos estacionados: dos camionetas verdes del Cuerpo de Vigilancia del Bosque Nacional, la camioneta del sheriff del condado de Torrance y una grúa con plataforma donde reposaba el jeep accidentado.

Corrie salió por el lado del copiloto, llevando consigo su teléfono móvil del FBI y un bloc de notas. El iPad que le había proporcionado el FBI le resultaba incómodo y prefería la solidez y permanencia de la pluma y del papel. Parecía que las notas en papel volvían a estar de moda en el FBI, ya que los registros electrónicos podían ser alterados y los jurados mostraban cada vez más desconfianza hacia ellos.

Sharp cerró la puerta del conductor mientras la furgoneta se detenía. El equipo forense salió en tropel y comenzó a descargar su equipo. Entonces se acercó un hombre con uniforme de sheriff extendiendo la mano hacia Sharp.

—Bienvenidos —dijo—. Soy Baca, ayudante del sheriff del

condado de Torrance.

—Agente especial Clay Sharp —respondió este, estrechando la mano al ayudante.

—Agente especial Corinne Swanson —terció Corrie, que intentó sonar firme y profesional.

Baca, que esbozaba una sonrisa amable, llevaba un sombrero de vaquero y un gran bigote negro y aparentaba unos cuarenta años. Corrie miró alrededor buscando al sheriff. Eso le recordó a su amigo, el sheriff Homer Watts, y se preguntó qué estaría haciendo. Socorro, el condado de Watts, era adyacente a Torrance; sin duda, todos se conocían.

—Encantado de conocerlos a ambos —dijo Baca—. Y bienvenidos.

El líder del equipo forense, un hombre corpulento llamado Nate Findlay, se aproximó. Corrie lo había visto unas cuantas veces en la oficina: era bromista, pero con fama de competente.

—Agente Sharp, estamos listos para empezar —dijo.

Sharp arqueó las cejas y señaló a Corrie.

—Perfecto. —Findlay se volvió hacia ella, expectante—. Señora, estamos todos preparados.

Corrie odiaba que la llamaran señora. ¿No podían inventar una palabra que no la hiciera sentirse como una anciana marchita?

—Gracias, señor Findlay, vamos a echar un vistazo. —Se dio la vuelta—. Ayudante Baca, ¿podría acompañarnos al lugar?

—Por supuesto. —Dudó—. El camino es complicado.

Al ver que nadie decía nada, echó a andar cuesta abajo, avanzando con las piernas arqueadas. Había unos diez centímetros de nieve, pisoteada por las idas y venidas de la gente. La pendiente no tardó en volverse más empinada y rocosa. A Corrie la sorprendía que dos chavales borrachos hubieran podido pasar por allí de noche sin partirse el cuello. Después de cuatrocientos metros de caminata

cautelosa, llegaron al borde de un pequeño barranco. Al fondo había un par de agentes pasándose un termo de café caliente. En la ladera opuesta del barranco habían apoyado una escalera retráctil, cuyo extremo superior descansaba en la entrada de una cueva.

Corrie volvió a quedarse asombrada. Los chicos habían tenido suerte: podrían no haber visto la cueva y haber muerto de hipotermia.

—Ayudante —dijo—, ¿dónde están esos dos individuos ahora mismo? ¿Siguen por aquí?

—No, se los llevaron para someterlos a evaluación médica. Habían pasado una mañana bastante dura, con resaca tras una noche de mucho alcohol, y luego los dejamos marchar.

—¿«Los dejamos»? ¿Se refiere al departamento del sheriff?

—Sí.

—¿Y por qué no los interrogaron?

—Si es necesario, lo haremos después de evaluar la zona y ver si hay motivos para presentar cargos.

—Entiendo.

Corrie descendió hasta el fondo del barranco, esquivando unas rocas resbaladizas cubiertas de hielo, y Sharp y el equipo forense la siguieron. No había mucho espacio allí abajo.

—No veo ningún perímetro de seguridad —le dijo al ayudante del sheriff.

—Pensamos que el FBI querría encargarse de eso —respondió él.

Corrie asintió.

—Vamos a colocar cinta aquí y aquí. —Indicó a Findlay que acordonara la parte baja del barranco, justo debajo de la cueva. Luego se volvió hacia los demás—. Ustedes vayan poniéndose el mono de protección, y me gustaría uno para mí también.

—Por supuesto, señora —respondió Findlay.

Una cabeza asomó de pronto en la entrada de la cueva.

—Eh, Baca, tenemos otro cadáver aquí arriba.

Corrie alzó la vista hacia el hombre.

—¿Quién es usted?

—Soy el sheriff Hawley. ¿Y usted?

Corrie sostuvo en alto su acreditación y la placa.

—Agente especial Swanson, del FBI.

A lo lejos, oyó otra voz en el interior de la cueva.

—Sheriff, ¿podrían usted y sus hombres abandonar la escena, por favor? —preguntó Corrie.

El hombre tenía el rostro carnoso y llevaba unas gafas de aviador apoyadas en la calva.

—Estamos trabajando. Los avisaremos cuando terminemos.

¿Quién estaba realmente al mando en el lugar? ¿El sheriff del condado, el FBI o los agentes del Servicio Forestal? No estaba claro. Corrie tomó una decisión rápida: iba a asumir el mando. Si se equivocaba, era mejor eso que no hacerlo cuando era su responsabilidad, sobre todo delante de Sharp.

—Sheriff Hawley —dijo Corrie—, usted y sus hombres se encuentran en la posible escena de un crimen sin el equipo de protección adecuado.

Él la miró desde arriba con cara de pocos amigos.

—No me diga cómo hacer mi trabajo.

Corrie temía mirar a Sharp; debía manejar la situación por su cuenta. Respiró hondo e intentó adoptar un tono autoritario.

—Sheriff Hawley, según el protocolo estándar de las fuerzas del orden, no debe estar en las inmediaciones de una posible escena del crimen sin protección adecuada hasta que el equipo de la Científica haya procesado la zona. Por tanto, le pediría respetuosamente que abandone este escenario para que nuestro equipo forense pueda

entrar y realizar su trabajo.

El sheriff siguió mirándola fijamente. No parecía muy inteligente, y Corrie se dio cuenta de que tal vez le había soltado demasiadas palabras complicadas demasiado rápido.

Sin embargo, había captado el mensaje.

—¿Quién es usted, jovencita, para decirnos a mí y a mis agentes qué hacer en nuestro territorio?

Por un momento, Corrie se sorprendió ante aquel gesto de desobediencia. Después sintió una oleada de ira. «Jovencita». Pero antes de que pudiera decir algo, Sharp decidió intervenir.

—Sheriff, va a tener un problema muy serio con el FBI si no baja de ahí ahora mismo. ¿Está claro?

Sharp no había elevado el tono de voz, pero sus palabras sonaban a amenaza. Casi de inmediato, el sheriff entró en la cueva a hablar con la otra persona y salió, retrocediendo torpemente. A continuación, bajó la escalera seguido de un ayudante. No dijeron nada cuando cruzaron la cinta perimetral y se quedaron a un lado, de brazos cruzados. Corrie agachó la cabeza, molesta por que Sharp hubiera sentido la necesidad de intervenir, pero su mentor había retrocedido una vez más y se había situado detrás de ella, casi con deferencia.

Mientras tanto, Findlay le entregó un traje de protección a Corrie, que se lo puso, junto con las botas, la capucha y la mascarilla.

—Iré primero, si no les importa —dijo.

Luego subió por la escalera, seguida del resto del equipo.

Dentro de la cueva habían colocado luces conectadas a una batería. El lugar era un desastre. A un lado había una hoguera ya apagada que había dejado manchas de hollín en el techo. En una zona arenosa cercana había dos cráneos humanos y unos cuantos huesos dispersos por el suelo. Parecía que alguien —quizá el sheriff,

quizá los chicos de la fraternidad— los había desenterrado parcialmente. Se percibía un olor agrio a vómito y Corrie localizó los objetables charcos al otro lado del fuego. Había cristales rotos por todas partes, amén de colillas de cigarrillo, restos de marihuana y un poco de papel higiénico. También había huellas, tantas que era imposible distinguir cuáles pertenecían a los chicos y cuáles al sheriff, a su ayudante y al resto de personas que habían estado en la cueva. En la parte trasera se había desprendido parte del techo, con un montón de rocas y escombros recientes desperdigados, y a la derecha había una pared con varios petroglifos prehistóricos, marcados por recientes arañazos, hendiduras y marcas por impactos realizados con piedras desperdigadas por el suelo de la cueva.

—¿Se puede creer lo que han hecho esos idiotas? —murmuró Nate.

—Menudos payasos —respondió Corrie.

Dirigió su atención a los restos humanos y se dio cuenta, por el tono caoba oscuro de los huesos, que eran viejos, casi con total certeza prehistóricos. Un trozo de carne deshidratada se aferraba a uno de los cráneos, con parte de una trenza de cabello adherida a él: más indicios de antigüedad.

En la arena se adivinaba un trozo de tela y Corrie le hizo un gesto a Findlay.

—¿Me pasa un cepillo, por favor?

Con movimientos pequeños y cuidadosos, dejó a la vista una tela tejida y, conforme desenterraba más, resultó evidente que formaba parte de una manta prehistórica. Dando unos brochazos más, vio que la parte trasera de los dos cráneos habían sido aplanadas ritualmente, una indicación definitiva de que se trataba de tumbas de los indios pueblo ancestrales, cosa que confirmaban los petroglifos antiguos. Continuó cepillando y pronto descubrió el borde

de una vasija pintada que se había roto recientemente.

—Son prehistóricos —dijo mirando a Nate, el cual asintió—. Ya que estamos aquí —añadió— recabaremos pruebas de vandalismo para ayudar a las autoridades locales: fotos, documentación, muestras de basura, huellas, lo que sea necesario si deciden presentar cargos.

—Entendido —respondió Findlay.

Corrie volvió a la entrada de la cueva, bajó por la escalera y se quitó el traje de protección. Se alegró de ver que el sheriff y su ayudante se habían ido. Pensó que sería una buena excusa para llamar al sheriff Watts, saludarlo e indagar sobre Hawley.

Descubrió a Sharp mirándola.

—Es una tumba prehistórica —dijo.

La sorprendió ver que el impasible Sharp parecía desanimado, decepcionado incluso.

—¿Seguro que es prehistórica? ¿No hay ninguna posibilidad de que sea más reciente?

—Ninguna. Esos chicos han dañado petroglifos antiguos y parece que sus idioteces acabaron incluso provocando un pequeño derrumbe. Le he pedido al equipo forense que recabe pruebas para ayudar a las autoridades locales. —Vaciló—. Espero que haya sido la decisión correcta.

—Lo es —respondió él asintiendo.

—En resumen —concluyó Corrie—, no parece un caso para el FBI. —Vaciló de nuevo—. No obstante, gracias por aclarar las cosas con el sheriff.

Sharp le dedicó una mirada inquisitiva.

—Cuando los aspectos jurisdiccionales son inciertos, es el FBI quien toma las riendas. Siempre.

Corrie notó que se sonrojaba.

—Sí, señor.

—Dice que no es un caso para nosotros, y probablemente tenga razón. Pero ahora estamos aquí y nuestra reputación está en juego. Además, se trata de una posible profanación de una tumba nativa americana. Suele ser un tema muy polémico. —Hizo una pausa—. Así que, agente Swanson, ¿tiene alguna recomendación sobre cómo proceder?

—Creo que deberíamos interrogar a los dos estudiantes. No estoy segura de que el departamento del sheriff pueda manejarlo de modo adecuado.

Él inclinó la cabeza en señal de acuerdo.

—¿A qué distancia estamos de las tierras de los isleta?

—Diez o doce kilómetros al norte.

—Entonces, ¿ellos serían los custodios tribales designados por la NAGPRA para estos restos?

Sharp asintió.

—Deberíamos contactar con ellos de inmediato. Y también necesitamos a un arqueólogo capacitado para documentar el lugar y confirmar de manera oficial que los huesos son prehistóricos.

Sharp asintió de nuevo.

—Tengo una recomendación en ese sentido. La doctora Nora Kelly, jefa de Arqueología del Instituto Arqueológico de Santa Fe. He trabajado con ella antes.

Hubo un breve silencio.

—Suena bastante importante para un trabajo tan pequeño como este.

—Sí —coincidió ella—, pero creo que eso es decisión nuestra. Cuando las cuestiones jurisdiccionales son inciertas, nosotros estamos al mando.

Ante esto, la expresión somnolienta de Sharp se transformó en una sonrisa.

—Adelante.

4

—¿Qué hago con esto? —preguntó Bob Rotherhithe, señalando las dos reproducciones enmarcadas de Salvador Dalí que, hasta cinco minutos antes, adornaban la pared del nuevo despacho de Nora Kelly. Aunque no tenía ningún problema con Dalí, no entendía por qué Connor Digby había juzgado apropiado colgar unos cuadros de relojes derretidos en el despacho de una conservadora de arqueología del suroeste, sobre todo cuando había decoraciones más idóneas al alcance de la mano.

—Pregúntele a Connor si los quiere —dijo ella—. Si no, dóneselos a Goodwill.

—Sí, doctora Kelly.

Había intentado muchas veces que Rotherhithe la llamara Nora, pero él se negaba educadamente. Así que, dada su fuerte inclinación por el igualitarismo, eso significaba que ella también debía llamarlo «señor Rotherhithe» y no «Bob», como hacían todos los demás. Su nuevo despacho era de tamaño modesto pero encantador: paredes de adobe enyesadas, una chimenea tipo kiva, dinteles labrados artesanalmente y un techo de vigas y listones. La doctora Marcelle Weingrau, presidenta del instituto, le había ofrecido un despacho mucho más grande en la parte delantera del edificio principal del

campus. Era impresionante, con unos ventanales que daban a un patio en el que había un jardín de rosas y una fuente. Pero Nora prefirió algo más pequeño, tranquilo y difícil de encontrar.

Como parte de la política de colecciones abiertas del instituto —en lugar de permanecer guardados en un sitio oscuro, los objetos se mostraban en el almacén, accesibles para los visitantes—, se animaba a los conservadores a mostrar elementos en sus despachos. Nora había aprovechado esa filosofía seleccionando una hermosa vasija de Acoma, una jarra de agua pintada que databa de la década de 1910. La había colocado en una hornacina cerca de la chimenea, junto a una alfombra navajo de estilo «eye-dazzler». Para la pared de enfrente había elegido dos cuadros pintados en la década de 1930 por el artista taos Albert Looking Elk. Estos reemplazarían a los dos Dalís. Por lo demás, el despacho sería sencillo y minimalista; a Nora no le gustaba el desorden.

Rotherhithe empezó a colgar los dos cuadros de Looking Elk mientras Nora le daba indicaciones sobre su ubicación.

Luego llegó el turno de la alfombra, que requería más trabajo. Observó cómo Rotherhithe medía la pared, hacía marcas, perforaba dos agujeros y fijaba una barra de suspensión, que se introducía por una hendidura en la alfombra.

—¿Algo más, doctora Kelly? —preguntó cuando hubo terminado.

—No, gracias, señor Rotherhithe.

Cuando se fue, Nora se acomodó en la vieja silla de cuero, respiró hondo y disfrutó de un rato de paz y tranquilidad. Pensó en lo agradecida que estaba de trabajar en el instituto y en un espacio tan bellamente decorado. La alfombra «eye-dazzler» era espectacular, y sabía que nunca se cansaría de mirarla. Era noviembre y la temporada de trabajo de campo había concluido, pero ya había comenzado a hacer planes para el próximo año, grandes planes que

financiaría el nuevo fondo para la escuela de campo creado por Lucas Tappan. La expedición de la próxima temporada incluiría uno de los lugares más enigmáticos del suroeste. Al norte de Abiquiu, en las montañas Jemez, se encontraban unas espectaculares ruinas ancestrales pueblo llamadas Tsi-p'in-owinge, que databan de la década de 1300. Cuando era niña, su padre los llevó a Skip y a ella a visitar Tsi-p'in. Le encantaba que sus dos hijos conocieran ruinas de Nuevo México alejadas de las rutas turísticas. Tsi-p'in era una de las más impresionantes. Estaba erigida sobre una meseta alta rodeada de acantilados y solo había un punto de acceso. Construida con bloques de piedra tallada, en su momento se elevaba cuatro pisos y contenía al menos dos mil habitaciones, con varios cientos de viviendas en las cavernas excavadas en los acantilados de abajo. Había trece kivas, y una más grande tallada en el lecho de roca de la meseta. Jamás se había llevado a cabo una excavación en esas ruinas, y solo se había realizado un estudio, medio siglo antes, inadecuado y mal ejecutado. Al ser tan remota e inaccesible, a menos que se siguiera un sendero zigzagueante que discurría por una ladera muy empinada, Tsi-p'in había sido en gran medida ignorada por los arqueólogos.

El único camino que conducía a la ciudadela se encontraba en una cresta estrecha, en la cual los habitantes habían construido no menos de tres murallas enormes con saeteras, creando así un laberinto de senderos que los invasores tendrían que atravesar incluso antes de llegar a los muros exteriores de la ciudad. En su época, Tsi-p'in fue una fortaleza poderosa y muy poblada, pero había muchas preguntas sin resolver. Para empezar, ¿por qué la ciudad se construyó como un bastión cuando no había registros de violencia o guerra durante la década de 1300? ¿A qué le tenían tanto miedo como para levantar la ciudad muy por encima de sus campos

de riego, lo cual requería difíciles ascensos diarios para acceder a ella? ¿Estaban bajo amenaza o eran ellos la amenaza para los demás habitantes de la región? Para complicar el misterio, la ciudad quedó abandonada súbitamente hacia 1475. Al parecer, todos los habitantes se habían ido sin más y no se habían llevado nada consigo. Nunca se había propuesto una teoría consistente para este hecho.

Tsi-p'in-owinge era un emplazamiento lleno de misterios, pensó Nora, y un estudio meticuloso y bien financiado de las ruinas —sin excavar ni alterar el yacimiento— arrojaría mucha luz. Su propuesta de estudio ya había sido aprobada y asignada provisionalmente, y comenzaría a finales de mayo, en cuanto no hubiese nieve en las montañas. Ese tipo de expediciones era lo que más le gustaba en el campo de la arqueología: salir a la naturaleza, lejos de teléfonos móviles e internet, viviendo en una tienda de campaña y descubriendo cada día algo más sobre el pasado en toda su complejidad y fascinación.

—Toc, toc. —La ensoñación de Nora fue interrumpida por una cabeza que asomaba en el umbral, cubierta por un montón de cabello y un remolino—. Hola, hermana.

Era su hermano Skip. Recientemente había aceptado un puesto en el instituto como gerente de colecciones. O más bien, lo había retomado después de trabajar para Tappan en un proyecto especial.

—¿Has venido a ver mi nuevo despacho? —preguntó ella.

—Sí —dijo Skip al entrar—. Es bonito y acogedor. —Sin pedir permiso, se sentó en la silla situada frente a la mesa, se recostó y puso los pies encima—. Podría acostumbrarme a esto.

—¡Quita, hermano!

Skip bajó los pies.

—¿Lucas ya lo ha visto?

—No. Está en Massachusetts, tratando con los abrazaalgas de Marblehead.

—¿«Abrazaalgas»?

—Ya sabes, los ecologistas que quieren que superemos nuestra adicción a los combustibles fósiles…

—¿Qué tiene de malo? —interrumpió Skip.

—Nada, al contrario. Pero ahora que se han proyectado instalaciones de energía limpia frente a la costa, donde podrán verlas, han puesto el grito en el cielo.

Tappan estaba intentando construir un parque eólico en el Atlántico, a quince millas de Marblehead y sus casas millonarias frente al mar, y las cosas no habían empezado con buen pie.

—«Abrazaalgas». Esa es buena. ¿Cuándo vuelve?

—En un par de semanas, espero. Pero nunca se sabe, tiene una reunión tras otra, y esos tipos no paran de hablar.

—Ya, bueno, Tappan también es buen orador. —Skip apoyó las manos en los reposabrazos de la silla y se levantó—. Tengo que volver al trabajo. Solo quería echar un vistazo a tus nuevos aposentos. Nos vemos para la cena.

La puerta se cerró y se hizo el silencio nuevamente. Nora descansó un instante, pero se obligó a levantarse: ella también tenía que volver al trabajo. Fue al archivador que acababan de trasladar desde su antiguo despacho, abrió el cajón con la etiqueta «Tsi-p'in-owinge» y sacó un papel enrollado. Después lo extendió sobre la mesa y lo examinó. Era un mapa rudimentario que había hecho ella misma de un lugar curioso que había en una meseta situada junto a las ruinas. Se trataba de un círculo de piedras que rodeaba lo que habían sido cuatro rocas verticales más altas. Ahora estaban en el suelo y creía que podían haber sido diseñadas para marcar los solsticios. Había tomado mediciones y lecturas con la brújula, y

ahora intentaba determinar si, al devolver de nuevo las prominentes piedras a su posición original, se confirmaría su teoría.

En ese momento sonó el teléfono. Tuvo la tentación de ignorarlo, pero vio que era Corrie Swanson llamando al fijo de su despacho.

—¿Cómo estás, Corrie?

—¡Bien! ¡Todo bien! ¿Y tú?

Sonaba demasiado alegre.

—Terminando de instalarme en mi nuevo despacho. Pasa algún día a verlo.

—Lo haré. Quizá antes de lo que crees.

Nora suspiró.

—Veo que llamas desde tu número del FBI, así que mejor vayamos al grano.

Corrie se echó a reír.

—Está bien. Dos tumbas prehistóricas encontradas en una cueva de la sierra de Manzano han sufrido actos de vandalismo. Necesitamos un estudio rápido para evaluar los daños e informar a los isleta, los custodios de la NAGPRA. No tendrás que excavar, solo hacer un estudio rápido. Es un día de trabajo, te lo prometo.

Nora no pudo evitar sonreír. «Un día de trabajo»… La frase favorita de Corrie. Era lo que había dicho el año pasado, cuando descubrió un cuerpo momificado de setenta y cinco años en un pueblo fantasma. Un día de trabajo que se alargó varias semanas y casi las mata a ambas.

—¿Qué clase de vandalismo?

—Anoche, un par de borrachos de una fraternidad estaban dando una vuelta por la montaña, se estrellaron con el coche y luego se refugiaron en una cueva donde había un cráneo humano y varios petroglifos. Y, naturalmente, destrozaron el lugar.

Nora pensó un momento.

—Tengo a un arqueólogo de campo estupendo, alguien que acaba de unirse al departamento, con un doctorado de la UNM. Se llama Stan Morrison. Es muy enérgico e inteligente. Sería perfecto para esto.

La propuesta fue recibida con silencio. Al cabo de un instante, Corrie dijo:

—¿Y tú?

La sutileza no era uno de los puntos fuertes de Corrie Swanson.

—A Stan le vendría muy bien esa experiencia.

—Bueno —dijo Corrie—, esta es mi situación: tengo un nuevo mentor que ha reemplazado al agente Morwood. —Hubo un breve silencio—. El caso es que quiero traer a una persona de alto nivel para causar buena impresión, y esa persona eres tú.

Nora lo captó al instante. Podía dedicar un día a ayudar a una amiga.

—Está bien. Lo haré.

—¡Gracias, Nora! Por supuesto, trae también a Stan. Te estoy mandando fotos ahora mismo.

Su ordenador empezó a emitir sonidos de notificación mientras llegaban las imágenes. Corrie debía de tenerlas todas preparadas. Nora se puso a mirarlas mientras Corrie describía el yacimiento y su ubicación.

—Espera —dijo Nora. En la pantalla apareció una fotografía del borde cascado de una vasija y aumentó la ampliación—. ¿Había más fragmentos de esa vasija rota?

—No. Esas fotos muestran el lugar tal como lo dejamos. ¿Por qué?

—Creo que es una vasija micácea dorada.

—¿Eso es importante?

—La cerámica micácea dorada es una de mis especialidades, y nunca se ha encontrado en esta zona, solo en Utah. Está hecha de

arcilla con partículas diminutas de mica que no se ven afectadas por el proceso de cocción y le dan un brillo dorado. ¿Cuándo quieres que vaya?

—¿Mañana por la mañana? No podemos aprobar el recabado de pruebas hasta que hagas tu trabajo, así que cuanto antes mejor.

—No habrá problema. ¿Dónde nos vemos?

—Pasa por la oficina de Albuquerque a las nueve y saldremos para allá con un chófer del FBI.

—Hecho.

Nora colgó el teléfono. ¿Cerámica micácea dorada tan al sur de su rango habitual? Aquello podía ponerse interesante, pensó.

5

Corrie observó las dos hojas de identificación que tenía delante y seguidamente miró a los dos jóvenes, evidentemente incómodos, sentados a la mesa metálica frente a ella y el agente Sharp. Se encontraban en una de las salas de interrogatorios de la oficina de Albuquerque, una celda austera de bloques de cemento pintados de gris. Las hojas de identificación se habían confeccionado a toda prisa y ninguna incluía fotos.

—¿Brandon Purdue y Michael Kottke? —preguntó Corrie—. ¿Quién es quién?

—Brandon —dijo uno de los jóvenes, levantando el dedo.

—Kottke —terció el otro.

—Soy la agente especial Swanson y este es el agente especial Sharp.

Ambos se movieron nerviosos en su asiento y Corrie se tomó un momento para evaluarlos. Aunque obviamente se habían duchado y cambiado de ropa y ya eran las tres de la tarde, parecían tener una resaca brutal. Brandon tenía el cabello castaño claro y corto, unos labios delgados y apenas edad suficiente para afeitarse; sin duda, era un discípulo. Mike era el macho alfa en aquella situación: corpulento, con el cabello rizado y negro, ojos inyectados en sangre

y, con total seguridad, un dolor de cabeza espantoso. Según las hojas de identificación, ambos tenían diecinueve años. Parecían asustados, como cabría esperar. Antes de hacer las presentaciones, Corrie no sabía qué estrategia seguir, ¿debía ser comprensiva o una bruja aterradora? Pero al mirarlos, se dio cuenta de que ya estaban lo bastante amedrentados y de que presionarlos en exceso podía hacer que se cerraran, que pidieran un abogado o, peor aún, que involucraran a sus padres. Aún era demasiado pronto para saber si habían cometido un delito grave o no. Mucho dependería de la evaluación que hiciese Nora de las tumbas, si habían sido dañadas y excavadas deliberadamente o si habían sido alteradas por accidente.

Miró a Sharp, que estaba tan somnoliento como siempre y tenía los ojos entrecerrados.

—Bien, caballeros —dijo—, estamos grabando esta entrevista. ¿Entienden que están aquí de manera voluntaria para responder a las preguntas y que han renunciado a su derecho a un abogado?

Ambos asintieron.

—Por ahora solo estamos recopilando información.

—Correcto —dijo Kottke—. Estamos bien. No hemos hecho nada malo.

Corrie asintió.

—Entonces ¿qué ocurrió? Empiecen por el accidente de tráfico.

Kottke miró a Purdue.

—Pues íbamos conduciendo por el parque natural y supongo que tomamos el desvío equivocado.

—¿Estaban bebiendo?

Hubo un silencio.

—No.

Era mentira, pero Corrie lo dejó pasar.

—En fin, nos metimos por donde no era y el coche se salió de la

carretera y acabó en una cuneta. Allí arriba no había cobertura móvil y ya había oscurecido, así que decidimos buscar refugio.

—¿Y cómo encontraron la cueva?

—Fue por casualidad. Cuando se puso a nevar, bajamos por la colina buscando una roca que nos cubriera o algo así. Llegamos a un barranco, vimos la cueva, subimos y encendimos una hoguera.

—¿Y entonces comenzaron a beber?

—Tomamos un poco de ron para entrar en calor.

—¿Y marihuana?

—No es ilegal. Tengo una tarjeta médica.

—Por favor, limítese a responder a la pregunta. No vamos a acusarlos de posesión. ¿Estaban fumando marihuana?

—Sí.

—¿Qué más hicieron?

—Nada.

Corrie se volvió hacia Purdue.

—¿Usted también lo recuerda así?

—Sí.

—¿Cómo se estropearon los petroglifos que había al fondo de la cueva?

Los dos jóvenes se miraron entre sí.

—No tengo ni idea —dijo Kottke.

—¿Les tiraron piedras?

—No lo recuerdo.

Corrie dejó pasar un rato mientras ellos seguían moviéndose con inquietud, y luego añadió:

—Insisto, no vamos a acusarlos de posesión, pero tengan en cuenta que es un delito mentir al FBI. Eso incluye afirmar que no recuerdan algo cuando en realidad sí lo recuerdan. ¿Les gustaría esforzarse un poco más?

Los jóvenes estaban pálidos y se la quedaron mirando con cara de susto. Si no fuera por los desperfectos que había visto en la cueva, tal vez le habrían despertado lástima.

—Puede que sí tiráramos unas cuantas piedras —dijo Kottke—. Al final de la noche estábamos bastante perjudicados.

—¿Provocaron un derrumbe en la cueva?

—No hubo ningún derrumbe. Solo… cayeron unas piedras del techo.

Corrie hizo una breve pausa.

—Descubrieron la cueva, se emborracharon, se drogaron y luego empezaron a lanzar piedras a los petroglifos.

—Supongo —dijo Purdue—, pero no sabía que fueran importantes. Pensé que solo eran grafitis que había pintarrajeado alguien.

—¿Hasta dónde se adentraron?

—No más allá del punto donde cayeron las piedras. No parecía seguro.

—¿Cómo dieron con la tumba?

Ante esa pregunta, ambos jóvenes hicieron una mueca involuntaria.

—Eso fue cosa de Brandon —dijo Kottke—. Yo estaba durmiendo.

Corrie se volvió hacia él.

—¿Brandon?

—Estaba intentando dormir y se me clavaba algo en la espalda. Miré y era el cráneo.

—¿Y luego?

—Me asusté. Fui a un lado de la cueva y…, bueno, supongo que debí de quedarme dormido. Cuando desperté ya era de día.

—Entonces ¿no intentaron desenterrarla?

—No, no lo hice. No quería tener nada que ver con eso.

—¿Y su amigo? ¿Él tampoco tocó nada?

—Él también estaba dormido.

—¿Fue él quien vomitó?

Brandon miró a su amigo.

—Sí.

Corrie asintió. Se alegraba de que fuera el sheriff quien tuviera que decidir si presentaba cargos contra ellos. No creía que mintiesen cuando aseguraron no haber alterado la tumba de manera intencionada, lo cual habría sido un delito de clase C. En cuanto al vandalismo contra los petroglifos, no estaba segura de cuál era la normativa al respecto. Probablemente se encuadraba bajo la Ley de Protección de los Recursos Arqueológicos.

—Agente Sharp, ¿alguna pregunta? —dijo, volviéndose hacia su compañero.

—Gracias, agente Swanson. —Echó un vistazo a los dos jóvenes y dejó que se hiciera el silencio antes de hablar—. Señor Kottke, ¿por qué dañó esos petroglifos?

—No lo sé. Como ha dicho Brandon, no sabía qué eran. Tienen que entender que íbamos bastante borrachos.

—¿No sabía que eran petroglifos?

—No, señor. No parecían antiguos. Supongo… Quiero decir, sé que no pensábamos con claridad.

—No tengo más preguntas —dijo Sharp después de otra pausa.

—Gracias, caballeros. Pueden irse —añadió Corrie.

Ninguno de los dos se levantó.

—¿Qué nos pasará? —preguntó Kottke—. ¿Estamos en un lío?

—Remitiremos esta información al Departamento del Sheriff del Condado de Torrance. Lo que ocurra a continuación está en manos del departamento y de la Oficina de Seguridad de Parques Naturales.

Entonces, los chicos se pusieron en pie y salieron, aún pálidos y asustados. Cuando se fueron, el agente Sharp se volvió hacia Corrie.

—No sé usted, pero yo me he dado cuenta de que ambos nos hemos saltado el almuerzo. ¿Le apetece ir a la cafetería a tomar un café y un tentempié?

Corrie también tenía hambre y no pudo negarse.

—Sí, claro.

6

—¿Qué opina? —preguntó Sharp cuando se sentaron a tomar un café, Corrie con un bollo y Sharp con un sándwich de ensalada con huevo.

—Creo que hemos puesto todos los puntos sobre las íes —respondió Corrie—, y ahora podemos dejar que el competente sheriff Hawley se ocupe de todo.

Sharp soltó una carcajada.

—¿Ve algún tipo de responsabilidad criminal en la conducta de esos muchachos?

—Es difícil saberlo. Alterar deliberadamente la tumba podría haber constituido un delito grave, pero creo que dicen la verdad cuando afirman que no la tocaron. Estoy segura de que si alguien desenterró algo fueron el sheriff Hawley o su ayudante. Podrían acusarlos de alterar una propiedad federal al dañar los petroglifos, pero me parece que sería un poco excesivo, sobre todo porque aseguran que confundieron los petroglifos con grafitis.

Sharp asintió.

—Estoy de acuerdo en todo. Ha hecho un trabajo responsable y exhaustivo, agente Swanson.

—Gracias.

Qué curioso. Sharp era un verdadero enigma, pero ya se sentía más relajada en su presencia, menos preocupada por lo que hacía a cada momento. Con Morwood le había llevado mucho más tiempo.

Sharp no dijo nada hasta que se terminó el sándwich. Luego bebió un sorbo de café y se giró hacia ella.

—Cuando me enteré de que habían hallado restos en la cueva, pensé que por fin habíamos descubierto a más víctimas de la Montaña Muerta.

Corrie lo miró fijamente.

—¿La Montaña Muerta?

—¿No sabe de lo que hablo?

—No.

La Montaña Muerta le sonaba vagamente, pero más allá de eso, solo había vacío.

—Qué raro —dijo Sharp, evaluándola—. Junto con el incidente de Roswell, que sé que conoce de sobra, tal vez sea la leyenda más popular alrededor de las fogatas de Nuevo México.

—¿De qué trata?

—Hace quince años, nueve estudiantes de posgrado del Instituto de Tecnología de Nuevo México desaparecieron en la sierra de Manzano. Se encontraron seis cuerpos, pero tres siguen desaparecidos. —Sharp se recostó en la silla—. ¿De verdad no ha oído hablar de la Montaña Muerta?

—Hace quince años estudiaba secundaria en Kansas —dijo Corrie —, y no estaba muy al tanto de las noticias.

Se alegró de haberlo dicho sin que pareciese que estaba a la defensiva. Por aquel entonces no solo hacía caso omiso de las noticias, sino que tenía que lidiar con un padre ausente y una madre alcohólica y agresiva. Pasaba el tiempo robando libros en la estación de servicio de la carretera interestatal, esquivando al sheriff y

soñando con escapar del agujero infernal que era Medicine Creek, Kansas.

—Eso es lo que pasa por no confraternizar con otros agentes —dijo Sharp—. Es una historia increíble. Cuando ocurrió, en 2008, yo acababa de llegar a la oficina de Albuquerque. No trabajé directamente en el caso, pero consumió a la oficina durante meses. Nunca se ha resuelto y oficialmente el caso sigue abierto.

Dado que Sharp no parecía precisamente una persona cercana, a Corrie la sorprendió que conociera ese detalle personal. Al margen de eso, se sentía cada vez más fascinada.

—¿Dónde está la Montaña Muerta?

—No existe ninguna Montaña Muerta en la sierra de Manzano; es solo el nombre que los medios de comunicación le dieron al caso.

—Entonces ¿qué pasó?

Sharp echó un vistazo a su reloj.

—¿Tiene unos minutos?

—Sí, si usted los tiene.

A pesar de su actitud tranquila, a Sharp le gustaba contar historias, o más bien quería que Corrie escuchara aquella.

Se recostó en la silla, bebió un sorbo de café y, con una tenue y comedida sonrisa, empezó el relato igual que haría un monitor de campamento al contar una historia de fantasmas alrededor de una fogata.

—Corría el año 2008 —dijo—. En Halloween, nueve estudiantes de posgrado del Departamento de Ingeniería del Instituto de Tecnología de Nuevo México fueron a hacer senderismo por la sierra de Manzano. Salieron el 27 de octubre y planeaban caminar de sur a norte siguiendo la parte más elevada de las montañas. Su fecha de regreso estaba prevista para el 3 de noviembre. Eligieron esa ruta de alta montaña porque, que ellos supieran, nadie la había hecho

antes. Los estudiantes pertenecían a un club universitario de senderismo y actividades en la naturaleza, y todos eran mochileros y montañeros experimentados. Sabían perfectamente que a finales de octubre podrían formarse tormentas de nieve repentinas u otros fenómenos meteorológicos extremos, y se prepararon para ello. Por aquel entonces, igual que hoy en día, no había cobertura móvil en ningún lugar de la sierra de Manzano, y sabían que estarían desconectados durante la semana que permaneciesen fuera.

»Debían presentarse ante el jefe del club de senderismo a su regreso, pero el 3 de noviembre pasó y no se supo nada de ellos. Durante el día y la noche de Halloween hubo una tormenta en la sierra de Manzano, así que al principio se dio por sentado que se habían quedado atrapados por la nieve y eso los había retrasado. Nadie se preocupó demasiado, porque todos tenían mucha experiencia en acampadas en la nieve. Pero la tarde del 4 de noviembre, la situación empezó a cambiar. La madre de uno de los excursionistas montó un escándalo, las otras familias se involucraron y se organizaron partidas de búsqueda y rescate. La policía estatal de Nuevo México coordinó todas las operaciones de búsqueda y rescate en el estado, y el 5 de noviembre envió dos helicópteros para sobrevolar las crestas de la sierra de Manzano. El club de senderismo de la universidad también organizó una búsqueda.

»El 6 de noviembre, uno de los helicópteros localizó la tienda de los excursionistas parcialmente enterrada y se envió un equipo terrestre con motos de nieve.

Sharp hizo una pausa para beber otro sorbo de café.

—¿Qué encontraron? —preguntó Corrie al cabo de un momento.

—Algo sumamente extraño. —Miró su taza vacía—. ¿Quiere que le sirva más?

—No, no.

—Ahora mismo vuelvo.

Corrie observó a Sharp mientras se dirigía con calma hacia la máquina de café. No podía estar segura, pero parecía haber causado aquella interrupción a propósito.

—La tienda se hallaba en una de las crestas más altas de la sierra de Manzano —dijo cuando volvió a sentarse—. Por encima de la línea arbórea, justo debajo de la cima de Shaggy Peak. Los excursionistas montaron la tienda a la sombra del pico. La tormenta llegó el 31 de octubre hacia mediodía, y se había acumulado una cantidad importante de nieve cuando acamparon.

»La tienda solo había quedado parcialmente tapada por la nieve. Era un modelo grande para mochileros y pesaba alrededor de catorce kilos, con una puerta delantera y otra trasera, ambas con cremallera. Se localizaron las raquetas de nieve de todo el grupo apiladas ordenadamente junto a la tienda. Las fotografías muestran que la puerta delantera estaba abierta y la trasera cerrada. No había rastro de los nueve excursionistas.

»Cuando el equipo de rescate miró dentro, vio que todo estaba en orden. Las botas de senderismo estaban alineadas junto a la puerta delantera y las mochilas en un lateral. Los sacos de dormir estaban desenrollados sobre las esterillas. En la entrada había un pequeño fogón, aparentemente se había quedado encendido, con una olla de comida ya quemada encima. Los platos estaban a medio comer. Un inventario posterior descubrió que solo faltaban dos cosas importantes. La primera era una cámara y un carrete que llevaba uno de los excursionistas, el cual era aficionado a la fotografía y la persona encargada de documentar el viaje. La segunda era el diario de la expedición.

Sharp hizo una pausa para beber más café. Corrie se dio cuenta de que ella aún sostenía un pequeño trozo de bollo y se lo llevó

rápidamente a la boca.

—Como he dicho, la puerta de la tienda estaba abierta. Sin embargo, el lateral presentaba cortes que atravesaban tanto la parte interior como la lona exterior. Un examen minucioso demostró que los cortes se habían hecho desde dentro. Una investigación posterior reveló la existencia de huellas que se alejaban de la tienda. Dichas huellas dejaban claro que la mayoría de los excursionistas iban descalzos o con calcetines. Uno apareció con los dos zapatos puestos, otro llevaba una sola bota con un calcetín en el otro pie y algunos llevaban un calzado de fieltro conocido como valenki.

Sharp miró su taza.

—Interesante, ¿no le parece?

—A mí me parece una locura. ¿Determinó la investigación la temperatura y las condiciones exteriores cuando los estudiantes salieron de la tienda?

—Estaban a diez grados bajo cero, la tormenta de nieve estaba alcanzando su punto álgido y el viento soplaba a sesenta o setenta kilómetros por hora.

—Salir descalzo con esas condiciones sería un suicidio.

—Lo sería. Y lo fue.

—¿Por qué lo hicieron?

—Excelente pregunta. ¿Usted qué opina?

Al mirar a Sharp —con la cabeza aún inclinada, observando cómo el café giraba lánguidamente en su taza—, Corrie vio que su compañero había convertido aquello en una especie de desafío forense. La historia era fascinante y Sharp era un buen narrador.

—La puerta de la tienda estaba abierta, pero cortaron la lona lateral para salir.

Sharp asintió.

—La entrada debía de estar bloqueada por alguien o por algo.

¿Había huellas?

—El equipo de búsqueda y rescate pisoteó toda la zona que rodeaba la tienda antes de que alguien tuviera el sentido común de acordonarla y hacer fotos. Pero más allá de la zona inmediata, las huellas dejaban claro que los excursionistas corrieron colina abajo hacia un espeso matorral de pequeños abetos situado a un kilómetro y medio de la tienda, en cuyo centro había un cedro alto. Debajo del cedro hallaron los restos de una hoguera y, a su alrededor, a tres de los excursionistas totalmente congelados. Además de ir descalzos, solo llevaban ropa interior y camiseta. Los tres presentaban quemaduras en las piernas y los pies. Uno de ellos tenía la parte derecha de la cabeza chamuscada y el pelo carbonizado. Los buscadores también vieron ramas arrancadas recientemente del tronco del cedro, a unos tres metros del suelo. Al examinarlo más de cerca, vieron trozos de piel humana en la corteza.

—Alguien había trepado al árbol para romper las ramas y utilizarlas como leña —dijo Corrie.

—Parece que así fue. Poco después, un buscador descubrió un cuerpo de mujer a unos cuatrocientos metros de la fogata. Había avanzado por la cresta hacia el norte y la autopsia demostró que había muerto de hipotermia y que llevaba ropa arrancada de uno de los cuerpos.

»En cualquier caso, el invierno ya había cobrado bastante fuerza para entonces, y aunque la búsqueda continuó por aire y se utilizaron perros, esquíes y motos de nieve, no se encontraron más cuerpos. Cuando resultó evidente que nadie había sobrevivido, la búsqueda se suspendió hasta la primavera.

»Se reanudó a principios de mayo de 2009. Había sido un invierno duro y aún quedaba mucha nieve en las montañas.

»Luego, en un barranco cubierto de nieve situado a unos tres

kilómetros del campamento, se hizo otro descubrimiento: dos cuerpos más, algo mejor vestidos que los otros, pero también sin botas. A ambas víctimas les faltaban los ojos y a una la lengua. La autopsia indicaba que los dos cuerpos habían quedado aplastados con tal violencia que, en un caso, los fragmentos óseos de la cavidad torácica habían atravesado el corazón. A pesar de los horribles daños internos que sufrieron, curiosamente no presentaban heridas externas.

Sharp apuró el café y dejó la taza en el platillo.

—Dios mío —exhaló Corrie—. Cuesta creerlo.

—Pues la cosa mejora. Alguien solicitó someter la ropa de las víctimas a pruebas de radiación. Los resultados mostraron niveles bajos de contaminación por plutonio, uranio y tritio, entre otros isótopos radiactivos. Ninguno de esos isótopos es natural; en otras palabras, debían de provenir de una fuente creada por el hombre, como un reactor o un arma nuclear.

—¿Eso podría explicar las marcas de quemaduras en los cuerpos?

—No. Como sabrá, las quemaduras por radiación son muy distintas de las quemaduras normales. Fue el calor normal el que causó las quemaduras de esos cuerpos, que incluían carbonización.

Corrie asintió mientras digería todo aquello.

—¿Fue la policía estatal la que se encargó de las operaciones iniciales de búsqueda y rescate?

—Sí, hasta que pareció evidente que estaban tratando con un proceso penal. Entonces intervino el FBI.

—¿Y el agente al mando?

—Robertson Gold.

—¿Qué dijo sobre la petición de análisis de radiación? Eso no entra en los protocolos normales sobre pruebas.

Sharp la miró con los ojos entrecerrados.

—Otra pregunta excelente, agente Swanson. Gold aseguró que no había pedido esas pruebas y que no tenía ni idea de quién había enviado las muestras para su análisis. Cuando llegaron los resultados, fueron clasificados inmediatamente y eliminados de los archivos del caso, de modo que nadie pudo evaluarlos.

Corrie negó con la cabeza.

—¿No tiene idea de qué organismo gubernamental solicitó las pruebas?

—Si fue obra de algún organismo, lo eliminaron de los informes incluso antes de que fueran clasificados.

—¿Gold sigue vivo? —preguntó Corrie.

—Sí. Está jubilado y vive en Silver City.

Corrie pensó un momento.

—¿Y qué hay de las otras tres víctimas?

—Nunca aparecieron.

—¿Y usted pensó que los restos de la cueva podían ser de alguna de ellas?

—En esas circunstancias, si hubiera conocido la historia de su región, ¿usted no lo habría pensado también?

—Creo que sí.

Recordó la breve conversación que mantuvieron García y Sharp durante la sesión informativa preliminar y el semblante de decepción de Sharp cuando ella bajó de la cueva.

—En cualquier caso, la prueba de traumatismo por instrumento contundente bastó para abrir una investigación por homicidio en terreno federal. Por eso recayó en el FBI, que relevó a la policía estatal y formó un equipo especial con el departamento del sheriff, aunque nunca se pudo determinar ni el sospechoso ni el motivo. Se dio por hecho que una de las tres víctimas desaparecidas llevaba la cámara y el diario, los cuales, en caso de que se encontrasen,

podrían ayudar mucho a resolver el misterio. Pero a pesar de realizar una búsqueda exhaustiva no se dio ni con la cámara, ni con el diario, ni con los cuerpos.

—¿La cueva que visitamos está cerca de donde localizaron la tienda? —preguntó Corrie.

Sharp cogió una servilleta, sacó un bolígrafo y empezó a dibujar. Se tomó su tiempo, y cuando dio la vuelta a la servilleta para mostrársela, Corrie vio un boceto sorprendentemente profesional de una línea de picos de montaña, con sombreados y punteados para mayor claridad.

—Esto es una representación de norte a sur de la sierra de Manzano —dijo—. Aquí está la ubicación aproximada de la tienda. Ahora hay un indicador conmemorativo justo debajo de Shaggy Peak. Y aquí —señaló hacia el norte— es donde se hallaron los tres primeros cuerpos. El cuarto estaba aquí, y el quinto y el sexto aquí. La distancia desde la tienda hasta el barranco donde encontraron los dos últimos cadáveres es de unos cinco kilómetros.

Corrie observó cómo se movía el bolígrafo sobre el dibujo.

—Una línea recta hacia el norte.

—Exacto. Y la cueva está aquí, más o menos en esa misma línea: otros tres kilómetros al norte del barranco. —Ambos se quedaron mirando el boceto un instante. Luego Sharp arrugó la servilleta y la metió en la taza vacía—. Por tanto, yo esperaba que tal vez, solo tal vez, los cuerpos de la cueva fueran dos de las víctimas desaparecidas.

Corrie se puso a reflexionar. Era una historia realmente increíble, tan inusual que la sorprendió no haberla escuchado antes.

—Basándome en las pruebas que ha descrito, diría que apareció algo que aterrorizó tanto a los excursionistas que, en lugar de enfrentarse a ello, rasgaron el lateral de la tienda y huyeron a pesar

de que la tormenta era una muerte segura.

—Eso es lo que supuso casi todo el mundo. Algunos decían que podía ser un oso muy grande. Otros, por supuesto, afirmaron que era el Yeti o los extraterrestres. Las fotos y los informes científicos están en el expediente, por si le interesa.

—¿En el expediente? ¿No están sobre la mesa de alguien?

Esta vez, la sonrisa de Sharp era un poco distinta.

—Ya no. Ahora están en el archivo de casos sin resolver, esperando que aparezcan más pruebas.

7

El Tahoe negro en el que viajaban Corrie, el agente Sharp, Nora y su asistente, Stan, bordeó el ahora inútil terraplén del Servicio Forestal y volvió a la carretera de tierra. Tras recorrer un breve tramo, se detuvo en la cuneta. La nieve de hacía dos noches ya había empezado a derretirse y la carretera estaba cubierta de barro. Como le había mostrado la ruta el día anterior, Sharp dejó que Corrie condujera, ya que, al parecer, prefería ir de copiloto. En eso era distinto de Morwood, su mentor anterior, aunque quizá era su estilo y prefería conducir él mismo aquella camioneta incautada de ese color rojo de las manzanas de caramelo.

Cuando se apearon, Nora y su asistente sacaron las herramientas y las mochilas. Stan era un trabajador diligente, un tanto friqui en un sentido positivo, y estaba claramente entusiasmado por ser parte del equipo. Aunque había terminado recientemente la escuela de posgrado, aparentaba unos dieciséis años. Corrie se recordó a sí misma que ella también parecía más joven, algo contra lo que siempre tenía que luchar.

Se sintió decepcionada al ver que también había un vehículo del sheriff del condado de Torrance estacionado en el desvío. Esperaba no encontrarse a Hawley en la cueva.

Al poco, Stan y Nora se habían equipado, y los cuatro dejaron al conductor atrás y empezaron a bajar por el sendero embarrado que habían formado las idas y venidas de las últimas veinticuatro horas. Unos cuatrocientos metros más adelante apareció el barranco y a continuación divisaron la cueva y la escalera. La cinta amarilla de la policía seguía allí y había dos agentes del sheriff del condado de Torrance. Eran Baca y otro hombre, sentados en sillas plegables al otro lado de la cinta perimetral, en la base del barranco. El segundo agente estaba fumando y ambos se levantaron al verlos.

—Hola, agente Swanson —dijo Baca—. Agente Sharp.

—Gracias por vigilar el lugar.

Corrie presentó a los dos especialistas. Dado que la escena ya había sido procesada por la Policía Científica, no era necesario utilizar trajes de protección. Subió la escalera, seguida de Nora y Stan, que cargaban con su material.

—Creo que yo me quedaré aquí —dijo Sharp—. No quiero entorpecer su trabajo.

Una vez dentro de la cueva, Nora fue directa hacia los dos cráneos desenterrados. Stan y ella comenzaron a tomar fotografías y a examinar la zona bajo la atenta mirada de Corrie. Nora estaba claramente emocionada. Se agachó y sacó unos primeros planos de la olla.

—Qué tragedia —dijo.

—¿La rompieron los vándalos o ya estaba rota? —preguntó Corrie.

—Lamentablemente, acaba de ocurrir. Los bordes rotos están muy frescos. —Retrocedió un poco—. Esta olla es bastante interesante. Hace años, lideré una expedición en Utah en la que descubrimos gran cantidad de vasijas micáceas. Creo que constituyen parte de la leyenda de Quivira, la mítica ciudad de oro. Los conquistadores españoles llevaron muestras de oro a los indios y les preguntaron

dónde podía haber más. Los indios no dejaban de hablar de vasijas y platos de oro, pero en realidad estaban hechos de esta cerámica micácea. Por lo visto, era un matiz que se perdió en la traducción.

—Es fascinante —dijo Corrie—. Me gustaría saber más sobre esa expedición.

Por un momento, Nora se puso seria.

—Ahí fue cuando conocí a Bill, mi difunto marido. Te contaré la historia algún día, aunque quizá necesite un par de copas.

—Me encantaría escucharla —dijo Corrie—. O no. Tú decides.

Nora volvió a centrar su atención en los dos cráneos y los restos de huesos. Stan y ella siguieron retirando arena de la tumba y despejando la zona. Luego, Nora sacó de la mochila un gran cuaderno de dibujo y lo abrió. Utilizando un lápiz y una cinta métrica, dibujó el yacimiento y anotó varias distancias en el boceto. Al cabo de un rato, se volvió hacia Corrie.

—Vamos a echar un vistazo a esos petroglifos —dijo, señalando hacia el fondo de la cueva.

Corrie la siguió mientras Morrison trabajaba en las tumbas, tarareando en voz baja.

—Qué pena —dijo Nora, pasando el dedo por los rasguños y las hendiduras—. Espero que caiga todo el peso de la ley sobre esos imbéciles.

—Eso depende del sheriff.

Nora hizo unas cuantas fotografías.

—¿Hay algo más adentro? —preguntó—. Me sorprendería que no hubiera más tumbas allí atrás.

—Que yo sepa, nadie ha entrado, al menos más allá de donde cayeron esas piedras del techo.

—Echaremos un vistazo en un rato.

Corrie iluminó al otro lado del montón de piedras caídas. La cueva

era de lava rugosa y se había llenado de arena, pero el techo aún estaba fracturado y cubierto de grietas. Aunque el techo descendía, la cueva parecía más larga de lo que había supuesto inicialmente. Vería mejor si apartaba un par de piedras caídas. Miró a Nora, concentrada en los petroglifos, y Morrison, ocupado estabilizando las tumbas. Con ambas manos, apartó dos piedras y se agachó, iluminando la cavidad que acababa de despejar.

—Aquí hay otro cuerpo —dijo a Nora.

Esta levantó la vista abruptamente.

—Justo lo que imaginaba. ¿Puedes, por favor, retroceder? Es fundamental que no alteremos más tumbas prehistóricas; los isleta decidirán qué hacer con los restos.

—No creo que a los isleta les importe demasiado este cuerpo en particular.

—¿Y por qué no habría de importarles?

—Porque lleva puesta una bota de montaña North Face.

8

Corrie se asomó a la entrada de la cueva y vio a Sharp charlando con los dos ayudantes del sheriff; al parecer, se llevaban bien.

—Agente Sharp —dijo.

Él alzó la vista.

—Hay algo que debería ver aquí arriba.

Corrie esperó mientras Sharp subía por la escalera y entraba arrastrándose en la cueva. Enseguida se irguió. Con rostro impasible, miró a Nora, a Stan Morrison, y después a Corrie.

—¿Sí?

—Por aquí —dijo ella.

Lo condujo al fondo de la cueva y Sharp se detuvo en seco, observando la pierna y la bota que sobresalían de entre los escombros. El otro pie solo llevaba un valenki, una especie de botín de fieltro. Corrie vio que se le agrandaban los ojos.

—Madre de Dios bendito —murmuró Sharp.

—Sí —dijo Corrie—, parece que hemos encontrado a uno de…

No terminó la frase. No hacía falta.

Sharp asintió y hubo un largo silencio mientras contemplaba el cuerpo. Luego alzó la vista. La expresión de sorpresa —la primera que veía Corrie— se desvaneció poco a poco, como ondas en un

estanque, y volvió a mirar a su compañera.

—El caso aún es suyo…, al menos por ahora —dijo Sharp, que dejó la frase suspendida en el aire.

—De acuerdo —respondió Corrie. Hasta ese momento, solo se había mostrado entusiasmada por las repercusiones del hallazgo, pero de pronto la invadió el pánico, como si la hubieran arrojado al fondo de una piscina y le hubieran ordenado nadar. Miró a Nora y Stan Morrison—. Por suerte, ya tenemos a dos arqueólogos aquí; deberíamos aprovechar sus conocimientos para desenterrar este cuerpo y cualquier otro que pudiera aparecer. Y necesitamos que vuelva el equipo forense para procesar la parte trasera de la cueva.

Sharp la miró con un rostro de nuevo inescrutable.

—Nora —dijo Corrie—, ¿podrías echarnos una mano? Sé que estás ocupada, pero serías de gran ayuda.

Nora la miró con una expresión a medio camino entre la diversión y el fastidio.

—Viniendo hacia aquí mencionaste la Montaña Muerta. ¿Crees que este es uno de los desaparecidos?

—¿Conoces el caso de la Montaña Muerta? —preguntó Corrie.

—En Nuevo México lo conoce todo el mundo.

«Excepto yo», pensó la agente.

Hablando en voz baja, Sharp rompió el silencio que se había creado.

—Según las huellas que se encontraron en su día, uno de los excursionistas huyó de la tienda con una bota en un pie y un botín en el otro. Este cadáver encaja perfectamente con esa descripción. Cuesta creer que no sea una de las víctimas de la Montaña Muerta, y es muy probable que los otros dos que siguen desaparecidos también estén al final de la cueva.

—Entonces —dijo Corrie a Nora—, ¿te plantearías trabajar un poco

más aquí?

—Por supuesto. Es un hallazgo increíble y me encantaría formar parte de él.

—¿Puedes pedir unos días libres en el instituto?

—No me cabe duda de que estarán encantados de que colabore con el FBI de manera voluntaria. La campaña de excavaciones se ha suspendido hasta que pase el invierno. Pero, teniendo en cuenta que aquí hay tumbas indígenas, será un tema delicado. Ya casi hemos terminado. Luego las taparemos para asegurarnos de que no sufran más alteraciones.

Corrie sintió una oleada de alivio. Al mirar a Sharp, creyó percibir en su mirada un atisbo de aprobación, o al menos de satisfacción.

—Gracias —dijo Corrie—. Dinos qué necesitas para proteger las tumbas.

—Unas láminas de contrachapado y listones para mantenerlas en alto, estacas y cinta perimetral. Haré algunas mediciones más y prepararé una lista detallada.

—Nos aseguraremos de que tenga todo lo que precise —le prometió Sharp.

—Una vez hayamos montado la cubierta para proteger las tumbas, Stan y yo empezaremos a trabajar con el cuerpo del fondo de la cueva. ¿Les parece bien?

9

A mediodía, Nora Kelly había acabado de atornillar la última pieza de la cubierta inclinada que ella y Stan habían construido sobre las tumbas nativas, utilizando los materiales que les habían traído en un segundo Tahoe del FBI. Ahora observaba las dos piernas que sobresalían de entre los escombros: una con bota, la otra sin. Recordaba perfectamente el desastre de la Montaña Muerta, ocurrido quince años atrás. Por aquel entonces era conservadora adjunta en el instituto, su primer trabajo remunerado tras acabar el posgrado. Fue todo un acontecimiento: la desaparición de los excursionistas, la búsqueda, el hallazgo de la tienda y los tres primeros cuerpos congelados, y luego los extraños sucesos de los meses posteriores, a medida que aparecían más cuerpos, cada uno en circunstancias más insólitas que el anterior. Desde entonces, se habían propuesto docenas de teorías, algunas razonables, pero la mayoría inverosímiles o directamente absurdas. Espías rusos, ovnis, una secta homicida… La lista era interminable, alimentada por el vacío que dejaba la falta de pruebas reales. Hasta ahora.

Había movido los focos hacia el fondo de la cueva y estaba contemplando la escena. La luz reveló que el fondo de la cavidad se prolongaba unos seis metros más antes de quedar reducido a una

grieta. El suelo estaba cubierto de escombros, bajo los cuales podían ocultarse más cadáveres.

Empezaría por ese cuerpo e iría viendo a partir de ahí. Se arrodilló para hacer unas fotos y realizar algunas mediciones más.

—Me sabe mal —dijo Corrie—, pero tendrán que ponerse los trajes protectores para entrar.

Tardaron un rato en traer del Tahoe los trajes protectores y varias bolsas para cadáveres. Mientras Corrie y el agente Sharp esperaban junto a la entrada de la cueva, Nora y Morrison se acercaron al cuerpo que sobresalía de entre los escombros.

—Vamos a apartar unas cuantas piedras —dijo Nora.

Se pusieron manos a la obra. Morrison era más fuerte de lo que parecía, y a medida que fue retirando piedras y dejándolas a un lado, el resto del cuerpo quedó al descubierto. Estaba desecado, casi sin rastro de descomposición, y la ropa parecía recién sacada de una tienda de segunda mano, salvo por algunos mordiscos y restos de nidos de ratón. La altitud y la aridez ofrecían unas condiciones casi ideales para conservar un cadáver.

—Interesante —dijo Sharp desde la entrada de la cueva—. Esa víctima parece llevar más ropa que las que encontraron al principio.

Y tenía razón. Nora observó que el cadáver no llevaba chaqueta, pero sí un pantalón de nieve, un chaleco de plumas, un gorro de lana y guantes. Yacía boca abajo, con el cuerpo sobre los brazos, las piernas abiertas y la cabeza vuelta hacia un lado. Era una imagen macabra; la desecación había retraído los labios, dejando los dientes al descubierto, y las cuencas vacías le daban un aire de calavera sonriente, como si fuera una decoración de Halloween. Comenzaba a percibirse un ligero olor a descomposición.

Tras unos cuarenta minutos, el cuerpo quedó completamente al descubierto. Nora se volvió hacia Stan.

—¿Podría traer una bolsa para cadáveres?

Stan volvió enseguida con la bolsa abierta, que ambos colocaron junto al cuerpo. Luego, Nora miró hacia la entrada de la cueva.

—¿Podrían ponerse al menos esos guantes extra? Vamos a necesitar cuatro pares de manos, pero no creo que hagan falta los trajes. Sobre todo no estornuden encima, por favor.

Nora situó a Corrie y al agente Sharp a ambos lados del cadáver y les indicó dónde debían sujetar.

—A la de tres, levantamos, ponemos el cuerpo boca arriba y lo depositamos en la bolsa. Con cuidado.

Corrie metió las manos por debajo de la cadera y el muslo del cadáver mientras Sharp sujetaba el hombro y la cabeza.

—Una, dos, tres: levanten. Giren. Ahora bajen.

El cuerpo era sorprendentemente ligero, y la operación salió a la perfección, pero al instante se hizo un silencio sobrecogedor.

Las manos momificadas del cadáver sujetaban un cuchillo, que tenía clavado hasta la empuñadura en el pecho.

—¿Qué coño…? —dijo Stan Morrison, dando un paso atrás con un gesto de horror instintivo—. ¡El tipo se apuñaló a sí mismo!

10

Corrie se quedó mirando el cuerpo. El rostro estaba congelado en una mueca de dolor y sufrimiento, con la piel tan tirante que se había agrietado en varios puntos, dejando al descubierto los huesos faciales. Las cuencas eran huecos oscuros. Costaba imaginar cómo había sido en vida, pero su experiencia en reconstrucción forense la ayudó a formarse una imagen mental: una cara alargada y atractiva, el pelo un poco largo y los dientes muy blancos. Alto, más de un metro ochenta.

—¿Sabe cuál de las víctimas es? —preguntó a Sharp.

—Estoy bastante seguro de que se trata de Paul Tolland. Medía un metro ochenta y ocho. Pelo castaño. —Pausa—. De hecho, estoy seguro de que es él.

—¿Alguna idea de por qué pudo clavarse el cuchillo así? Es una forma espantosa de suicidarse.

—¿Por qué todo el mundo da por hecho que fue un suicidio? —preguntó Sharp.

Corrie lo pensó un instante.

—Supongo que también pudo apuñalarlo otra persona y murió intentando sacar el cuchillo.

—Ese escenario es igual de plausible.

Corrie asintió.

—Nora, si te parece bien, saquemos este cuerpo de la cueva y metámoslo en la parte trasera del Tahoe antes de seguir. Como dije, necesitaremos que vuelva el equipo forense, pero mientras tanto, la doctora Kelly debería seguir buscando más cuerpos.

Sharp asintió.

Corrie cerró la cremallera de la bolsa para cadáveres. Sharp cogió un asa y ella la otra. El cadáver crujió cuando trasladaron la bolsa hasta la entrada de la cueva. Después la bajaron con suavidad. Cuando llegaron a la parte inferior de la escalera, donde aguardaban los asombrados ayudantes del sheriff, la dejaron en el asiento trasero del Tahoe. De nuevo en la cueva, encontraron a Nora y Stan Morrison esperándolos al fondo.

—Hay otro cuerpo —dijo Nora—. También reciente.

Corrie asintió.

—¿Podrías desenterrarlo? Quiero asegurarme de que hemos registrado bien toda la cueva antes de marcharnos.

—Está ahí —indicó Nora.

Tuvieron que avanzar a gatas hasta una zona donde Morrison había retirado más rocas del pequeño desprendimiento. Allí, encajado en el angosto pasadizo, apareció el segundo cuerpo, que parecía haber reptado para adentrarse más en la cueva, tal vez con la esperanza de hallar un refugio mejor. También iba vestido con ropa de montaña: chaqueta de plumas, pantalón de nieve, un gorro de lana gruesa y botas, esta vez en ambos pies. Corrie dedujo que ambos excursionistas habían logrado alejarse más de la tienda porque iban más abrigados. Pero ¿por qué se dirigieron al norte? ¿Buscaban algo? ¿Huían de algo? ¿Por qué no fueron hacia el oeste, a menor altitud? El hallazgo no hacía sino acrecentar el misterio.

Sharp iluminó el rostro del cadáver con la linterna. El cuerpo yacía

de costado, con las manos pegadas al pecho y las rodillas encogidas, casi en posición fetal. Tenía una espesa barba negra y la boca muy abierta, como si estuviera gritando. Corrie sabía que eso podía inducir a error: en el momento de la muerte, la mandíbula a menudo caía y quedaba así.

Era un espacio muy estrecho, y Nora tuvo que tumbarse de lado, quitando piedras y apartando arena y grava cerca de la cabeza, mientras Stan Morrison trabajaba en el extremo opuesto. En media hora liberaron el cuerpo.

—Tendremos que sacarlo deslizándolo —dijo Nora—. Está bastante encajado.

Ella agarró la chaqueta y Stan una pernera del pantalón, y entre los dos fueron extrayendo el cadáver con cuidado. Corrie se acercó con otra bolsa para cadáveres y entre los cuatro lo metieron dentro.

—¿Hay alguno más ahí detrás? —preguntó Corrie, casi esperanzada.

—No —respondió Nora—. No hay nada.

Corrie miró a Sharp.

—Parece que aún nos falta un cuerpo.

—Creo que tiene razón.

—Y me atrevería a decir que eso significa que el FBI vuelve a estar metido de lleno.

—De eso no tengo ninguna duda.

En ese momento, Corrie pudo distinguir un brillo inequívoco de interés detrás de los párpados somnolientos del agente Sharp.

11

Para el trayecto hasta la oficina de Albuquerque, Corrie decidió ir con las bolsas para cadáveres en la furgoneta de la Científica. El director del laboratorio forense había dimitido recientemente en medio de un escándalo y el puesto seguía vacante, lo cual significaba que no había nadie en quien Corrie confiara para recibir y procesar los dos cuerpos. Haría el trabajo ella misma. Sharp había dicho que se reuniría con ella más tarde.

El viaje por la montaña fue accidentado y los cadáveres se sacudían de un lado a otro, emitiendo de vez en cuando crujidos secos a modo de protesta. Esperaba que no estuvieran desintegrándose. Eran tan frágiles como cáscaras de huevo. Cuando finalmente llegaron a una carretera asfaltada, suspiró de alivio.

Dos horas después, la furgoneta se detuvo en la entrada trasera de la oficina. El jefe del equipo forense, Nate Findlay, rodeó el vehículo y abrió las puertas. Con su barba y su melena pelirrojas, parecía más un saqueador vikingo que un técnico del FBI.

—Perdón por lo movidito del viaje —dijo—. ¿Los fiambres han aguantado bien?

—Se han quejado por tener que viajar en turista.

Findlay soltó una carcajada.

—Díganos dónde los llevamos, agente Swanson.

—Al laboratorio forense —dijo Corrie mientras bajaba por la parte trasera de la furgoneta y se hacía a un lado para dejar paso al equipo, que sacó las camillas con las bolsas para cadáveres, desplegó las ruedas y se dirigió al interior del edificio.

Corrie los siguió mientras los técnicos hacían más bromas de muertos al avanzar con las camillas, que chirriaban al rodar. Reinaba un ambiente casi festivo; aquel caso era importante, y todos lo sabían.

Llegaron a las puertas dobles que daban al vestíbulo del laboratorio y Corrie las abrió con su tarjeta de acceso. El laboratorio y la zona colindante habían sido reconstruidos tras un incendio ocurrido cuatro meses antes, y habían pasado de ser un espacio obsoleto y algo descuidado a transformarse en un laboratorio forense de última generación, con una morgue anexa, dos quirófanos para autopsias y una nueva zona de almacenamiento de pruebas biológicas.

—¿Dónde los dejamos, agente Swanson? —preguntó Findlay.

—¿Pueden llevarlos directamente al quirófano número uno, por favor? Pásenlos a las dos camillas vacías que están bajo los focos. Me pondré con ellos de inmediato.

—Entendido, señora.

Una vez dentro, depositaron las bolsas para cadáveres en una camilla. En una mesa adyacente había un recipiente con las pruebas recuperadas junto a los cuerpos.

—¿Algo más? —preguntó Findlay con una sonrisa.

—Ya me encargo yo. Gracias, chicos.

Él inclinó la cabeza y se marcharon empujando las camillas. Cuando se cerró la puerta, el silencio llenó la sala y Corrie se quedó sola.

Exhalando, miró las dos bolsas para cadáveres. Luego echó un vistazo al reloj: eran las dos de la tarde. Le esperaba mucho trabajo, y era mejor que empezara ya. Le habría gustado tener a alguien con experiencia para ayudarla, pero el puesto de director del laboratorio seguía vacante. Podía llamar a Nate si lo necesitaba.

Repasó mentalmente los pasos que había que seguir. Debía tratar los restos con la máxima dignidad y respeto, por supuesto, pero al mismo tiempo su objetivo era extraer de ellos hasta la última prueba posible. Ambas metas —la obtención de pruebas y la dignidad— entraban en conflicto, ya que a los cadáveres habría que desnudarlos y practicarles la autopsia, seccionar órganos, realizar análisis toxicológicos y muchas otras cosas. Al final del proceso, muy poco de ellos quedaría intacto. A esto se sumaba la dificultad de la extrema desecación de los cuerpos.

Corrie tenía una licenciatura en Antropología forense, pero su especialidad era el análisis óseo. Aquello no eran huesos, sino cuerpos totalmente intactos y momificados de forma natural, y lo adecuado sería recurrir a un forense para que realizara las autopsias. La oficina de Albuquerque no contaba con uno en plantilla, lo que implicaba llamar a la Oficina del Investigador Médico del estado, con sede en la Universidad de Nuevo México. Pero antes de poder contactar con el patólogo, debía efectuar los exámenes preliminares y obtener una identificación legal de los cadáveres.

Fue al vestuario y se puso el equipo quirúrgico completo: bata, guantes, mascarilla, gafas protectoras y gorro. Luego, con cierta aprensión, abrió ambas bolsas y observó el cadáver al que Sharp había identificado informalmente como Paul Tolland. En la cueva, Corrie había sacado la cartera del bolsillo trasero, y ahora estaba al lado en el contenedor de pruebas. Aunque parecía cumplir todos los requisitos para una identificación, no bastaba para que esta fuera

legal. Mientras contemplaba el rostro momificado bajo los focos —las mejillas marchitas, los tendones del cuello encogidos y tensos como los apretados cordones de una soga, los cráteres oscuros donde debían estar los ojos—, supo que no tenía sentido pedir a la familia que lo reconociera, lo cual significaba que necesitaría huellas dactilares o registros dentales.

Volvió a suspirar. Una parte de ella sentía curiosidad por lo que pudiera encontrar, pero otra se arredraba ante lo macabro del proceso y la violación de la intimidad del cuerpo. Se recordó a sí misma que ya había visto suficientes cadáveres; era hora de aguantarse y ponerse a trabajar.

Se giró hacia una pequeña consola de audio y vídeo y puso en marcha la grabación. En la cámara instalada por encima de su cabeza se encendió una luz roja. Corrie rodeó la camilla de Tolland, comentando en voz alta sus observaciones y centrándose en la hoja que sobresalía del pecho. Sin duda, parecía una herida mortal; había atravesado las costillas y probablemente alcanzado el corazón. Los dedos que rodeaban el mango del cuchillo parecían habanos.

Dio un paso atrás. Wright llevaba puestos unos valenkis, mientras que Tolland tenía una bota en un pie y un valenki en el otro. Wright llevaba guantes, pero Tolland iba sin ellos. Al inclinarse sobre el cadáver de Wright, señaló que presentaba lo que parecían ser heridas defensivas graves en las manos; los guantes estaban rasgados. Las manos desnudas de Tolland, aferradas al cuchillo que tenía clavado en las costillas, no mostraban ningún corte defensivo. Su cuerpo tampoco presentaba heridas visibles, salvo la puñalada mortal.

¿Qué habría ocurrido? Solo se había recuperado un cuchillo en la escena, y seguía clavado en el pecho de Tolland. ¿Los había atacado una tercera persona? ¿O tal vez se habían peleado entre ellos? En

ese caso, las heridas defensivas de Wright apuntaban a que Tolland lo atacó primero, lo dejó hecho trizas, y luego Wright consiguió arrebatarle el cuchillo y lo mató con él. Por supuesto, suponiendo que el atacante no fuera otra persona. Corrie sabía que no podría responder a esas preguntas hasta que se completaran las autopsias, pero era inevitable planteárselas mientras rodeaba los cadáveres. No obstante, se limitó en todo momento a comentarios estrictamente descriptivos, sin valoraciones ni conjeturas.

Tardó unos treinta minutos en completar el examen anterior de los cuerpos vestidos. Ahora tenía que darles la vuelta y describir el estado de la parte posterior. Los cadáveres pesaban mucho menos de lo que habrían pesado si el fallecimiento hubiera sido reciente, pero aun así no podía girarlos ella sola. Necesitaba ayuda. Estaba a punto de salir del laboratorio para buscar a Nate cuando se abrió la puerta y apareció el agente Sharp.

—Buenas tardes, agente Swanson. ¿Cómo va todo?

—Muy bien —respondió ella—. Estoy en pleno examen preliminar.

—¿Interesante?

—Mucho, aunque aún es pronto para sacar conclusiones. ¿Le gustaría quedarse a observar?

—Para eso he venido.

—En ese caso, señor ¿le importaría ponerse ropa quirúrgica? Y de paso, me vendría muy bien su ayuda para voltear estos cadáveres.

—¿Voltear? —repitió él, sonriendo al oír aquella expresión—. Con mucho gusto.

Corrie lo observó mientras él echaba un vistazo a los dos cuerpos con una ceja ligeramente arqueada. Luego se giró para vestirse. No le sorprendió en absoluto que no fuera aprensivo.

Cuando volvió con el mono blanco puesto, resultaba bastante menos imponente que con uno de sus elegantes trajes. Por encima

de la mascarilla, sus ojos parecían somnolientos, como de costumbre, y, al mismo tiempo, inquietantemente atentos.

—Enséñeme a voltear un cadáver —dijo—. Imagino que no hará falta espátula.

—Coloque las manos por debajo, aquí y aquí —indicó Corrie—. Lo giraremos con suavidad pero con firmeza, y después lo deslizaremos de nuevo hasta el centro de la camilla.

Él asintió, colocando las manos enguantadas donde ella había indicado. El cuerpo de Tolland giró sin problemas y dejó expuesta la parte posterior. Como había estado tumbado de espaldas todos esos años, el contacto con el suelo había provocado una mayor degradación que en la parte frontal, junto con indicios de actividad de roedores e insectos.

—¿Le damos la vuelta al siguiente? —preguntó Corrie.

—Me muero de ganas.

Ese cuerpo resultó más complicado, ya que Wright estaba congelado en una posición semifetal. Pero, con la ayuda de Sharp, lograron girarlo sin demasiadas dificultades.

—Gracias —dijo Corrie—. Ahora debo terminar el examen preliminar bajo la atenta mirada de eso de ahí. —Señaló la cámara —. Y cuando acabe, tendré que cortar la ropa y volver a empezar desde el principio.

—¿Qué hay de la identificación legal de los restos?

—Como más o menos sabemos quiénes son, creo que lo mejor es hacer radiografías dentales. Podríamos rehidratar los dedos, pero dado que murieron jóvenes y no tenían antecedentes, es poco probable que sus huellas estén en los archivos. Como puede ver —señaló las bocas entreabiertas de perfil—, los dos se sometieron a procesos odontológicos.

Sharp asintió.

—¿Y hará las radiografías aquí?

—Sí. No contamos con un equipo odontológico como tal, pero la nueva máquina de rayos X servirá perfectamente. Tendremos que enviar las radiografías y los historiales dentales a Quantico. Cuando los hayamos identificado, habrá que informar a las familias. —Vaciló un momento—. Señor, nunca me he encontrado con esa situación. ¿Quién se encargará?

Sharp se la quedó mirando.

—Cada familia recibirá una visita de cortesía.

—Sí, señor.

No dijo quién haría esas visitas. Puede que aún no lo supiera ni él mismo.

—¿Y las autopsias? —preguntó Sharp, interrumpiendo sus pensamientos.

—Tendremos que llamar a la Oficina del Investigador Médico.

Sharp asintió.

—Muy bien. Continúe, por favor.

Se apartó mientras Corrie reanudaba la inspección, describiendo de nuevo sus observaciones en voz alta. Era muy consciente de la presencia de Sharp, y su evidente interés la ponía nerviosa. El caso de la Montaña Muerta se reabriría, por supuesto, y se preguntaba quién se haría cargo. Desde luego ella no, ya que seguía siendo una agente en periodo de prueba supervisado. Puede que ni siquiera Sharp; podía haber otros agentes en la oficina con más antigüedad o experiencia en el caso original. Al pensar en la presión y la exposición pública que conllevaría esa asignación, lo único que sintió fue alivio.

Finalizó la segunda ronda de observaciones, se acercó al armario de suministros y cogió unas tijeras especiales para cortar tela. Sharp no dijo nada cuando empezó a cortar metódicamente la ropa,

prenda a prenda. Utilizó unas pinzas para retirar cada pieza, que iba depositando sobre la mesa de pruebas; allí las etiquetaba y las metía en sobres, que cerraba y marcaba uno por uno. El proceso era largo, tedioso y desagradable. De los cadáveres emanaba un olor cada vez más penetrante, tenue pero repulsivo. Había algo en el olor de la carne humana en descomposición, pensó Corrie, que era infinitamente peor que el de cualquier animal muerto.

Poco a poco fue dejando al descubierto los cuerpos: miembros delgados y encogidos, piel arrugada y con el tono de una manzana vieja, genitales reducidos a casi nada. De las heridas había manado mucha sangre que, al secarse, había pegado la ropa a la piel en varias zonas. Corrie tuvo que despegarla con cuidado de aquella epidermis parecida al papel, procurando no arrancar carne junto con el tejido. Eran más de las cinco. Por fin, cuatro horas y media después de entrar con las camillas en el laboratorio, los cadáveres estaban completamente inspeccionados y listos para las radiografías.

Miró el reloj.

—Las seis y media —dijo Sharp—. Yo diría que es hora de terminar, ¿no le parece?

—Eso creo, señor.

—Bien. Podemos salir juntos del edificio. Seguro que será una experiencia estimulante.

—¿Estimulante? ¿A qué se refiere?

Sharp se limitó a arquear una ceja y sonreír.

12

Recorrieron juntos los pasillos del edificio, ya desiertos porque la mayoría del personal había acabado la jornada. Al atravesar el vestíbulo en dirección a las puertas principales, que tenían los cristales ahumados, Corrie empezó a oír un murmullo apagado que fue intensificándose a medida que se acercaban. A través de las puertas distinguió lo que parecían reporteros con cámaras y micrófonos.

—¿Qué es esto? —preguntó Corrie, deteniéndose.

—Los medios —respondió Sharp.

—¿Cómo demonios se han enterado tan rápido?

—Es su trabajo. Escuchan la radio de la policía y tienen confidentes y amigos en todos los rincones de las fuerzas de seguridad.

—Salgamos por la puerta trasera.

Sharp asintió sin objeciones y la siguió por el vestíbulo. A los pocos pasos, dijo:

—¿Está segura?

Corrie volvió a detenerse.

—¿A qué se refiere? No queremos hablar con ellos.

—Ah, ¿no?

Corrie se quedó mirando a Sharp. Aquello era nuevo. Por su escasa experiencia, el FBI odiaba hablar con la prensa y, en general, la evitaba a toda costa. Morwood, desde luego, se lo había inculcado bien.

—Señor, ¿está proponiendo que salgamos a hablar con la prensa?

—Lo que propongo —respondió Sharp— es que valore los pros y los contras antes de tomar una decisión precipitada. Los medios de comunicación no son nuestros enemigos y cumplen una función importante en nuestra sociedad. Aunque, para que no parezca que hablo como un jefe de prensa, reconozco que también pueden ser una auténtica pesadilla. Siempre tenemos la posibilidad de desviar la atención, o incluso de guardar silencio cuando proceda. Pero este es un caso importante con un interés público enorme. ¿No valdría la pena dejarse ver, decir unas palabras y hacer patente que estamos al mando y avanzando con la mayor diligencia?

Corrie pensó en ello. Lo último que quería era enfrentarse a una marabunta de periodistas. ¿Y si cometía un error, decía una estupidez o tartamudeaba y quedaba como una idiota?

—No tenemos nada que ofrecerles todavía —dijo, con escasa convicción.

—Es posible —respondió él—. Pero no estoy seguro de que esa sea la imagen que queremos dar a la ciudadanía. El caso aún está en ciernes… y ahora tiene una oportunidad. —Sharp le dedicó una tenue sonrisa—. Entonces ¿actuará como el aguerrido Elliot Ness o como el reservado J. Edgar? La decisión está en sus manos: salir por aquí o escabullirse por la puerta trasera.

«Escabullirse por la puerta trasera», pensó. Corrie intuía que Sharp quería que se enfrentara a la prensa, tal vez para, como decía una amiga de la academia que tocaba la guitarra, «endurecer un poco los callos». Sharp resultaba tan enigmático como el mismísimo

Buda, y Corrie habría deseado tener el consejo directo de Morwood para enfrentar aquella situación.

—Está bien, vamos —dijo, y avanzó decidida, empujó la barra de seguridad y abrió la puerta.

Nada más salir al pórtico, la multitud se abalanzó sobre ellos, apuntando con los micrófonos, encendiendo las luces de las cámaras y formulando preguntas a voz en grito. Corrie se quedó brevemente paralizada por el revuelo, pero respiró hondo y recordó que tenía a Sharp a su lado. Cruzaron una mirada, y él le dedicó una sonrisa divertida, como diciendo: «Tú puedes con esto».

Volvió a mirar a la multitud. En un segundo vistazo, ya no parecía tan grande ni tan intimidante. Alzó las manos.

—¡Señoras y señores! —dijo—. Si pueden guardar silencio, haré una declaración.

Le pareció asombroso lo rápido que se callaron.

—Soy la agente especial Corinne Swanson, una de las primeras agentes en personarse en la escena. —Intentó adoptar un tono serio —. En primer lugar, no puedo responder a ninguna pregunta por el momento. Es demasiado pronto para ofrecer detalles de la investigación. Lo que sí puedo decir es que estamos bastante seguros de haber encontrado a dos víctimas más de lo que se conoce como el incidente de la Montaña Muerta, ocurrido en 2008. Ahora mismo estamos en fase de identificación y recabado de pruebas, y puedo asegurarles que el FBI está dedicando todos los recursos necesarios para resolver este caso de una vez por todas. ¡Después de quince años!

Hizo una pausa. Las luces la deslumbraban, al igual que la idea cada vez más persistente de que probablemente lo estaban retransmitiendo en directo por televisión. Tenía que concluir su intervención.

—Mis compañeros y yo les facilitaremos más información en cuanto podamos. Gracias.

A continuación llegó una oleada de preguntas, pero Corrie echó a andar y la multitud les abrió paso a regañadientes. Algunos los siguieron cuando cruzaron la explanada en dirección a sus coches, aunque al poco se dispersaron, sabedores de que no iban a obtener nada más. Cuando llegaron a la puerta del coche de Corrie, estaban solos.

—Debe reconocer una cosa —dijo él en voz baja—: desde la salida trasera se tarda más.

Ahora que todo había terminado, notó que le latía el corazón con fuerza y aún sentía la adrenalina en las venas.

—Señor, ¿he dejado claro que estamos al mando y avanzando con la mayor diligencia?

No lo dijo con ánimo de resultar insolente, y las arrugas perezosas que se formaron junto a los ojos de Sharp le dejaron claro que no lo había interpretado así.

—Les ha dado lo justo para que se entretengan y ha representado al FBI con el debido respeto. Yo diría que ha estado casi perfecta. Cuando llegue a casa, le recomendaría tomarse un buen trago.

—Lo haré. Gracias, señor.

Sharp fue hacia su coche mientras Corrie subía al suyo, cruzaba el aparcamiento y salía a Leucking Park Avenue. Su corazón empezaba a recuperar por fin un ritmo normal.

13

Nora Kelly aparcó su jeep en la zona cada vez más embarrada que había junto al camino del Servicio Forestal. Vio que también estaba el Ford Explorer del sheriff del condado de Torrance, lo cual significaba que el ayudante Baca seguía custodiando la cueva. La temperatura había subido por encima de cero y una niebla fría se deslizaba entre los troncos negros de los árboles.

A su lado se detuvo un segundo jeep, en el cual iba Darren Tenorio, miembro del Consejo Tribal de los Isleta. Todos bajaron de los vehículos. Nora y su ayudante Stan Morrison llevaban pequeñas mochilas con herramientas y material, y Tenorio se echó al hombro una bolsa de cuero gastada.

—Es por aquí —dijo Nora, señalando el sendero ya establecido que descendía por la ladera.

Tenorio asintió. Era un hombre de mediana edad con dos largas trenzas canosas, y vestía una chaqueta de plumas sobre una camisa tradicional de los indios pueblo, vaqueros y botas de montaña.

Bajaron con cuidado por el terreno resbaladizo hasta que por fin llegaron al barranco. Nora se sorprendió al ver al sheriff Hawley con el ayudante Baca, ambos sentados en sendas sillas, fumando y pasándose un termo de café. Solo faltaban, pensó, una cubitera con

cervezas y una parrilla portátil para montar una fiesta como si fueran a ver un partido de los Jets.

Al verlos, Hawley se puso en pie.

—¿De qué va esto? —preguntó, mirando a Tenorio y luego a Nora.

—Este es Darren Tenorio, del Consejo Tribal de los Isleta —respondió ella.

El hombre le tendió la mano y, tras una breve vacilación, Hawley se la estrechó.

—Supongo que nadie me informó de esta visita. ¿Tiene alguna identificación?

A Nora la sorprendió el tono desafiante de su voz, pero Tenorio se llevó la mano al bolsillo trasero, sacó la cartera y le entregó al sheriff su carnet de conducir. Hawley lo examinó detenidamente.

—¿Y cuál es el motivo de su visita?

Se hizo un breve silencio, y entonces Tenorio respondió en voz baja y serena:

—He venido a inspeccionar las dos tumbas, que creemos pertenecen a antepasados de los isleta.

Hawley seguía examinando el carnet como si hubiera algún problema.

—¿Y quién ha autorizado esto? —preguntó el sheriff.

Tenorio miró a Nora.

—Lo he autorizado yo —dijo ella firmemente— con la aprobación de la agente especial Swanson, del FBI, que me ha pedido que me encargue de las gestiones con el pueblo isleta en lo referente a estos enterramientos.

—¿Swanson? —repitió él, con un deje de desprecio en la voz.

Nora se preguntó qué hacía Hawley allí. Aquel monte frío y húmedo no era precisamente un campo de amapolas de Monet. Era evidente que tramaba algo.

—Esta es una escena del crimen activa —dijo el sheriff, que devolvió el carnet de conducir a Tenorio con una lentitud insolente—. Tienen diez minutos.

Tenorio se guardó el carnet.

—Este es un cementerio de nuestros antepasados. Es sagrado para nosotros, y por ese motivo me tomaré todo el tiempo que necesite.

Lo dijo pausadamente, pero el mensaje era afilado, y Hawley se lo quedó mirando.

—Lo entiendo perfectamente. Como he dicho: diez minutos.

Nora sacó el móvil para llamar a Corrie, pero vio que no había cobertura. Miró a Hawley y, tras una brevísima deliberación, decidió plantarle cara.

—Como ha dicho el señor Tenorio, subiremos y nos quedaremos el tiempo que haga falta. Si eso supone un problema, sheriff, arréstenos.

Lo miró fijamente. ¿Por qué estaba poniéndoselo tan difícil de repente? Hawley también se la quedó mirando.

—No crea que no tomaré nota de esta desobediencia a una orden oficial.

Nora estuvo a punto de responder, pero, como parecía que iban a salirse con la suya, prefirió no hacerlo y señaló la escalera.

—Después de usted, señor Tenorio.

Tenorio comenzó a subir, seguido de Nora y Stan Morrison. Arriba, Nora encendió las luces, que seguían instaladas en la entrada de la cueva. Tras unos instantes de silencio, Tenorio recitó una oración en tiwa, sacó un pequeño cuenco de cerámica, cogió entre los dedos lo que parecía polen de maíz y lo esparció por el suelo mientras seguía entonando cánticos. Después lo guardó y se volvió hacia Nora.

—Enséñeme lo que han encontrado.

Tanto ella como Morrison se acercaron a la estructura de madera provisional y la retiraron, dejando al descubierto los dos cráneos, el borde de una manta y parte de la vasija micácea. Tenorio se aproximó y se puso de rodillas. Luego sacó un cepillo de la bolsa de cuero y empezó a pasarlo delicadamente por la manta antigua, lo cual permitió ver más tramo del ribete negro y una franja roja. Cuando hubo limpiado la zona de la vasija, vieron una decoración incisa en el lateral que Nora reconoció como un símbolo geométrico de un relámpago.

Tenorio se incorporó.

—Estos restos sin duda pertenecen a nuestros antepasados —dijo —. Quiero darles las gracias por habernos avisado con tanta rapidez y por el respeto con que han protegido el yacimiento.

Se dirigió al fondo de la cueva y examinó los petroglifos, pasando la mano por encima de los surcos y arañazos.

—Estos también son nuestros. Qué vergüenza.

—Los estropearon los dos chavales que encontraron la cueva. Esperamos que los lleven a juicio. El FBI recabó bastantes pruebas y se las entregó al sheriff. Por lo visto, es su jurisdicción.

—El sheriff no presentará cargos —dijo Tenorio, negando con la cabeza—. No es la primera vez que tratamos con el sheriff Hawley. No tiene jurisdicción en territorio pueblo, por supuesto, pero fuera de nuestros límites tampoco es que se haya mostrado especialmente cooperador. Por suerte, solo una esquina de nuestro territorio se encuentra en el condado de Torrance.

Tenorio sacó el móvil.

—Voy a hacer unas fotos.

—Claro.

Tomó una serie de imágenes desde distintos ángulos, primero de las tumbas y luego de los petroglifos. Justo cuando estaba

terminando, Nora oyó voces fuera de la cueva. La escalera metálica vibró y una cabeza asomó en la entrada.

—¡Hola ahí dentro! ¡Voy!

Bajo la atenta mirada de Nora, la cabeza siguió subiendo: era un hombre que llevaba una voluminosa cámara con el logotipo de una cadena de televisión local.

—Pero ¿qué coño es esto? —preguntó Nora.

—¡Prensa!

—Deténgase ahora mismo —dijo Nora, ubicándose de manera que no pudiese ver nada—. No se permite la entrada a nadie.

—¿Cómo que no? El sheriff nos ha dado permiso.

Cuando se disponía a echarse la cámara al hombro, Tenorio dio un paso al frente.

—Este es un cementerio sagrado. Le ruego que baje por esa escalera.

—Pero es una noticia relevante. El sheriff ha dicho…

—El sheriff no manda aquí. Considero que este lugar ahora pertenece al pueblo isleta.

—Vamos, hombre, sabe perfectamente que esto forma parte de un parque natural. Solo voy a grabar desde aquí…

Tenorio se acercó con paso decidido y tapó el objetivo de la cámara con sus manos anchas.

—No, no lo hará. Le ruego que no profane este lugar.

—¡Joder! ¡Quite las manos de mi cámara!

Entonces, Nora oyó la voz del sheriff, que gritaba desde abajo, claramente enfadado. De pronto lo comprendió todo: había organizado una sesión de fotos. Era 3 de noviembre, y las elecciones se celebrarían en dos días. Fue hacia la entrada de la cueva y vio al equipo de televisión mirándola desde el barranco. Era un grupo pequeño—por ahora—, pero tenían una segunda cámara y la estaba

enfocando directamente.

Respiró hondo.

—Señoras y señores, seguro que han oído al consejero Tenorio, del pueblo isleta, explicar que este es un cementerio sagrado. Como arqueóloga empleada por el gobierno federal, puedo confirmarlo. Por mucho que todos creamos en la libertad de prensa, eso no les da derecho a profanar un sitio sagrado.

—¡Y usted no tiene jurisdicción aquí! —gritó el sheriff Hawley, y todas las cámaras giraron hacia él. Después se recompuso y moduló la voz—. Como sheriff de este condado, yo estoy al mando. ¡He dado autorización a KWOW para cubrir una noticia importante y de legítimo interés para todos los ciudadanos del condado de Torrance!

Tenorio les habló desde lo alto con voz tranquila:

—¿De verdad quieren pisotear los valores y las tradiciones religiosas de mi pueblo por una noticia? ¿Qué pensarán sus espectadores? —Hizo una pausa—. Sé que su cámara está grabando mis palabras, así que, si a la postre deciden entrar aquí y pisotear las tumbas de mis antepasados, ¿tendrán al menos la decencia de presentar también nuestro punto de vista?

Se hizo el silencio mientras los cámaras situados abajo se movían con incomodidad. Finalmente, una mujer —sin duda la productora— decidió intervenir:

—Muy bien, recoged. Se acabó la grabación. Y mis disculpas, consejero, por esta intrusión. No estábamos —lanzó una mirada al sheriff— plenamente informados de la situación. No sabíamos que había tumbas indígenas aquí.

—Gracias —respondió Tenorio.

El sheriff no dijo nada mientras el equipo empezaba a recoger, pero era obvio que estaba mudo de rabia. Su ayudante, Baca, parecía muy cohibido.

El cámara bajó por la escalera y Nora y Tenorio volvieron al interior de la cueva. Este cogió sus herramientas y las guardó en la bolsa de cuero. Luego se volvió hacia Nora.

—El Consejo Tribal estudiará el caso y decidirá si hay que desenterrar y trasladar los restos a territorio pueblo o dejarlos aquí. Mientras tanto, gracias por haberlos protegido. Puede que le pidamos que comparezca ante el consejo para responder algunas preguntas.

—Por supuesto. Solo lamento las faltas de respeto.

Tenorio sonrió.

—Hemos tenido cuatrocientos años para acostumbrarnos a ellas.

14

Era avanzada la tarde cuando Corrie vio al agente Sharp asomando la cabeza en su cubículo: el cabello ligeramente despeinado, los mechones castaños brillando tenuemente bajo la luz fluorescente.

—Venga conmigo, por favor —dijo él.

Corrie bloqueó la pantalla del ordenador, se levantó y lo siguió por el pasillo, bordeando la pared de cubículos hasta que llegaron a la puerta del despacho de García, que estaba abierto y parecía abarrotado.

Pasaron junto al secretario de la oficina exterior. Sharp se hizo a un lado para dejarla pasar y a continuación cerró la puerta tras él. Entonces, Corrie vio algo que para ella era nuevo: al menos una docena de agentes de alto rango formando un semicírculo frente al gran escritorio. García estaba sentado detrás, jugando con un lápiz. Sharp y ella ocuparon un lugar en el extremo más alejado del grupo, colindante al cristal que normalmente daba al mar de cubículos. Las persianas horizontales estaban cerradas y no se veía nada.

García miró a cada uno de los agentes y pasaron muchos segundos hasta que llegó a Corrie. Su mirada no mostraba emoción, pero era penetrante y severa, y ella trató de no marchitarse como una orquídea bajo una lámpara de calor. Luego se apartó de la mesa

y se dirigió a todo el grupo.

—Ninguno de ustedes necesitará que le explique por qué los he convocado aquí —dijo—. El caso de la Montaña Muerta, congelado durante once años, a partir de este momento está activo y al rojo vivo.

Nadie medió palabra y Corrie podía sentir la tensión propagándose entre los allí presentes.

—Como todos saben, la noticia se ha filtrado en la prensa local —dijo García, mirando por un instante a Corrie—. Ojalá hubiéramos podido tener un par de días más para trabajar en esto discretamente, pero así están las cosas. Nuestra máxima prioridad es identificar formalmente a las víctimas y hablar con sus familiares más cercanos. Pueden estar seguros de que la prensa nacional llegará en breve, y grita mucho más que la de aquí.

García volvió a mirar a todo el grupo.

—Asignaré el caso de la Montaña Muerta al agente especial supervisor Sharp. —Hizo una pausa para que el anuncio calara, su mirada acallando cualquier murmullo—. Sé que algunos de ustedes colaboraron en el caso original, dirigido por el ya jubilado agente Gold. El agente Sharp sin duda les pedirá información. —Hizo otra pausa—. Tengo una advertencia para los jóvenes entusiastas: hacerse cargo de un caso como este no es algo a lo que un agente de la ley deba aspirar. Estarán bajo un microscopio. Los inundarán con mentiras, pistas falsas, tonterías y locuras. Las teorías de la conspiración brotarán como setas después de la lluvia. Si la cagan, la prensa y la ciudadanía serán implacables. Este maldito rompecabezas frustró nuestros mejores esfuerzos hace quince años. Ahora que ha vuelto a asomar la cabeza, tenemos que resolverlo de una vez por todas, porque este es el tipo de caso que marca una carrera… para siempre. El agente Sharp no ha sido elegido solo

porque él y la agente Swanson descubrieran los cuerpos. Sharp posee unas aptitudes únicas y, lo que tal vez es más importante, las habilidades y la disposición necesarias para llevar a cabo esta investigación. Pero necesitará ayuda, y sé que se pondrá en contacto con muchos de ustedes. Espero que le den el cien por cien. Eso es todo.

García terminó tan bruscamente que a Corrie le llevó un momento darse cuenta de que la reunión había finalizado. El semicírculo de agentes empezó a disolverse y fueron todos hacia la puerta. Varios miraron de reojo a Sharp al salir. Corrie, cuyo nombre se había mencionado una sola vez, se sentía un poco aturdida, como si acabaran de darle una bofetada inesperada. Cuando se disponía a marcharse, notó que Sharp la agarraba sutilmente del brazo.

Cuando solo quedaban ellos tres en el despacho, García se levantó, rodeó el escritorio y se acercó a Sharp.

—Creo que sabe por qué sigue dirigiendo este caso.

—Señor —dijo Sharp.

Corrie no estaba segura de si eso contaba como respuesta.

—Ya sabe lo que implica. Este caso no es lo suficientemente antiguo como para figurar en los libros de historia, pero sí para que todos los imbéciles que andan por ahí tengan una teoría. Sea discreto. No especule ni explique nada. Es mejor que no alimente la maquinaria de la conspiración.

Volvió a quedarse en silencio, una vacilación más que una pausa.

—Solo una cosa más, agente Sharp… ¿Hace falta que se lo recuerde?

—No, señor —dijo Sharp con rapidez—. No hace falta.

García asintió lentamente.

—Entonces, manos a la obra.

Cuando salieron del despacho, Corrie notó que el aturdimiento se

desvanecía y empezaban a arderle las mejillas. Justo el día anterior se había felicitado por ser una agente demasiado joven para participar una vez que el caso se complicara. Por otro lado, había estado allí y había hecho tanto como cualquiera; pero cuando García se acercó a Sharp, ni siquiera la miró. ¿Intervendría o no? Parecía que no. Y, dadas las circunstancias, no había forma de que Sharp pudiera seguir siendo su mentor. Inspiró de manera entrecortada y soltó el aire. Luego se recordó a sí misma que técnicamente estaba en prácticas y que se trataba de un caso importante. Debía aceptar que, si tenía un papel en la investigación, lo cual parecía improbable, sería pequeño.

Estaban acercándose al cubículo de Corrie y Sharp había permanecido en silencio todo ese tiempo. Ella hizo lo posible por reprimir sus sentimientos. El hecho era que no sabía cómo sentirse.

Ambos se detuvieron frente a su puesto.

—Solo quería darle las gracias, señor —le dijo. Se sintió aliviada al oír que su voz seguía siendo tranquila y profesional—. Agradezco sus enseñanzas, por breves que hayan sido. —Respiró hondo y se armó de valor—. Si necesita ayuda con este caso, a lo mejor podría… echar una mano.

No quería aventurarse a añadir nada más y se volvió hacia su mesa, pero hizo un alto al darse cuenta de que Sharp seguía allí.

—¿Echar una mano? —preguntó él.

Corrie esperó. Ya estaba bastante confusa y no tenía ni idea de a qué se refería.

—Como mentor suyo —dijo Sharp—, yo decido cuándo termina una asignación, no usted.

—Pero ¿este caso no le ocupará todo el tiempo…?

—Sí. Es necesario un pequeño reajuste. A partir de ahora, será mi subalterna en el caso de la Montaña Muerta.

Volvía a sentirse aturdida.

—Lo sé, parece que acaben de tirarla de un avión sin paracaídas, ¿verdad? Pero no se preocupe, al principio traeremos a varios agentes más e incorporaremos a otros a medida que los necesitemos. —Metió la mano en la americana y sacó un sobre—. Memorice esto.

Corrie lo cogió.

—Pero García ha pedido…

—¿Pedir qué? ¿La ha apartado del caso? No. Lo que hizo fue asignármelo a mí. Y mi primera decisión como agente al mando es seguir siendo su mentor y ascenderla a agente número dos. Si… se siente preparada —añadió, arqueando una ceja.

—Estoy preparada, señor. Totalmente. —Intentó sonar segura de sí misma, pero su voz chirrió un poco.

—Una prioridad es encontrar ese último cuerpo —dijo él—. Vamos a ampliar el equipo de búsqueda que ya trabaja en las montañas; ese será su cometido. Y ya que está, haga que instalen barreras más efectivas alrededor de la cueva.

—Sí, señor.

—Pase por mi despacho a las cinco y traiga sus ideas para un plan de investigación.

Al ver que no decía nada más, Corrie miró por fin el sobre. No había nada escrito en él, pero contenía una hoja con una lista de las nueve víctimas de la tragedia de la Montaña Muerta.

Víctima	Causa de la muerte	Ubicación del cadáver	Familiares
Andrew Marchenko	Hipotermia	Hoguera	Dmitri y Ann Marchenko
Henry	Hipotermia	Hoguera	Thomas

Gardiner			Gardiner
Michael Mastrelano	Hipotermia	Hoguera	Adele Mastrelano
Amanda van Gelder	Hipotermia	Cuatrocientos metros al norte de la hoguera	Terry van Gelder
Lynn Martínez	Fractura torácica; traumatismo cardiaco; faltan ojos y lengua; radioisótopos en lengua	Barranco	Ray Martínez
Luke Hightower	Fractura craneal y torácica; traumatismo cerebral; falta un ojo; radioisótopos	Barranco	Fred y Doris Hightower
Paul Tolland hijo	Pendiente autopsia	Cueva	Paul Tolland padre
Gordon Wright	Pendiente autopsia	Cueva	Cosmo y Cassy Wright
Rodney O'Connell	Desaparecido	Desaparecido	Melody Ann O'Connell

¿Sharp tenía pensado asignarle el caso en todo momento, incluso antes del anuncio? Pero entonces, ¿estaba al corriente del anuncio con antelación? Sintió una punzada de ansiedad al pensar en su nuevo y destacado papel en el caso, especialmente los resentimientos que podría causar entre los agentes más veteranos. Sharp le había dado la oportunidad de su vida, o tal vez la cerilla para inmolarse.

15

Corrie observó desde una mesa situada en la parte trasera del laboratorio cómo Nate —todavía con el traje de protección en la zona de la morgue— cerraba las bolsas para cadáveres y realizaba los preparativos finales para guardar los cuerpos de Wright y Tolland, que yacían sobre camillas metálicas con ruedas.

Wright y Tolland. Era irónico: conocían sus identidades, pero tenían que esperar a que el experto dental de Quantico llevara a cabo una verificación por rayos X. Solo entonces podrían notificárselo a las familias. Se habían enviado muestras de ropa para comprobar la contaminación por radiación. Las autopsias aún estaban pendientes, y Corrie esperaba que respondieran a algunos de los enigmas que planteaban aquellos cuerpos. Cuanto más examinaba los cadáveres de los dos jóvenes, más desconcertada se sentía. ¿Un tercero los habían atacado? ¿Era un asesinato-suicidio? Dada la extrañeza del caso de la Montaña Muerta, no podía dar nada por sentado.

En ese momento sonó el teléfono móvil. Corrie miró la pantalla y —casi agradecida por la interrupción— vio que era Nora Kelly.

—Hola, Nora. ¿Qué tal?

—Estoy bajando de la montaña. Por fin tengo cobertura.

—¿Estás volviendo ahora mismo? Ya se ha puesto el sol.

—Bueno, como diría mi hermano, mi compañero y yo hemos estado más agobiados que un cojo en una carrera de obstáculos.

—¿Cómo es eso?

—El Consejo Tribal de los Isleta va a abordar la cuestión de qué hacer con los restos prehistóricos.

—De acuerdo.

Hubo una pausa.

—El sheriff Hawley ha llamado a KWOW.

—Espera, ¿el canal de noticias local?

—Sí. Quiere que su careto aparezca en todos los televisores justo a tiempo para las elecciones.

Dios, ahora tenía otra aparición en televisión que ver.

—¿Consiguieron muchas imágenes?

—Nada útil. Les impedimos que grabaran planos dentro de la cueva. Cuando fueron conscientes de la situación, recogieron sus cosas y se fueron. Pero sabes de sobra que tarde o temprano volverán, y serán aún más.

—Vamos a ponerle freno. Estamos agrandando el perímetro alrededor de la cueva.

—Hace un rato me han adelantado un montón de todoterrenos oscuros con luces parpadeantes. Supongo que eran parte de la caballería.

—Lástima que no llegaran antes —dijo Corrie, más para sí misma que para la arqueóloga.

—Bueno, eso se lo puedes achacar al sheriff. Alguien debería enseñarle que la aplicación de la ley está antes que el autobombo.

—Nora, escucha. Quiero darte las gracias por tu ayuda en todo esto. No solo por echar una mano con los cuerpos, sino por ejercer de enlace con la tribu local, por mantener a raya a la prensa… Por

todo.

Otra pausa.

—¿Por qué esto suena como el preludio de otra petición?

—Porque lo es. ¿Podrías echar un vistazo al lugar donde estaba la tienda de campaña?

—¿Te refieres a hace quince años? Ahora hay un monumento allí. Los cazadores de souvenirs probablemente hayan limpiado ese lugar más a fondo que las letrinas de Parris Island. Esa es otra expresión imperecedera de mi hermano.

—Mira, sé que es mucho pedir con todo lo que tienes pendiente con el Consejo Tribal y demás, pero tú misma lo dijiste: eran cazadores de souvenirs, no arqueólogos. No hay forma de saber lo que encontrarás o lo que quince años de lluvia y nieve podrían haber desenterrado.

Otra pausa, seguida de un suspiro.

—De acuerdo. Supongo que Stan y yo podríamos hacer un estudio.

—Muchas gracias, Nora. Espero que llegues bien a casa.

Al colgar oyó un golpe seco, y luego otro, mientras Nate metía los cadáveres en sus neveras y cerraba las puertas de acero.

—Supongo que ya está —dijo. Luego se quitó el traje, se lavó siguiendo el proceso habitual, apagó las luces de la morgue y entró en el laboratorio principal—. ¿Viene?

—Me iré enseguida, gracias.

Nate se puso el abrigo.

—Vale. Hasta mañana.

Salió por la puerta y la dejó sola en el laboratorio.

Corrie se sentó a la mesa, la luz del laboratorio ahora relativamente tenue; solo ella y los dos cuerpos escondidos en la alcoba del fondo. Por un momento se preguntó por qué se había

quedado en lugar de irse con Nate. Entonces cayó en la cuenta: aquel golpe de metal contra metal había despertado un recuerdo, un recuerdo profundo que no afloraba desde hacía lustros.

Tenía trece años y habían pasado cinco meses desde que su padre se había ido de casa sin dejar una nota, o eso creía. Cinco meses y dos semanas, aproximadamente. Y en todo ese tiempo, su madre no le había dirigido la palabra. La primera noche, su madre había arrastrado el viejo televisor del salón de la caravana hasta su dormitorio, y después de aquello, Corrie tuvo que conformarse con libros de la biblioteca y novelas de segunda mano. Su madre bebía mucho, como denotaba el tintineo de las botellitas de vodka que traía a casa del trabajo. Un sexto sentido siempre le había advertido que no hiciera preguntas cuando su madre estaba bebiendo, preguntas como cuándo volvería su padre a casa o qué debía preparar para cenar. Así que vivió a base de copos de maíz y paquetes de ramen seco mientras soportaba las burlas y el acoso de sus compañeros de colegio y esperaba el regreso de su padre.

Durante aquellos años de instituto no era consciente de cuánta ira estaba acumulando en su interior —dirigida de forma difusa a Medicine Creek, Kansas y el mundo entero— hasta una tarde en que pasó por la taberna Wagon Wheel. Dentro vio al sheriff en la barra. Estaba bebiendo un ron con Coca-Cola, aunque nadie reconocería jamás que había ron en el vaso de plástico rojo, y comiendo un éclair. Y, sin duda, estaba hablando pestes de su padre, como hacía a cada oportunidad, o eso afirmaba su hijo, el matón local: su padre era un vividor inútil que se cansó de acostarse con la arpía de su mujer, saltó a un tren de mercancías y se largó del pueblo.

Sin esperar, sin pensar, Corrie se desvió de su camino previsto y cruzó la calle hacia donde estaba aparcado el polvoriento coche patrulla del sheriff Hazen. No entendía mucho de coches, pero sabía

desinflar neumáticos. Estaba a punto de terminar con el último cuando Hazen salió de la taberna.

Al cabo de diez minutos, tras forcejear y morderle un dedo, estaba en la única celda de la cárcel, temblando aún por el estruendo de la puerta al cerrarse.

Metal contra metal. Justo como las dos neveras para cadáveres.

Pasó horas sentada en la celda y el hijo del sheriff entró a burlarse de ella, pero al final se aburrió y se fue. No sabía si era legal tener a alguien de su edad encerrada tanto tiempo. Pero hizo todo lo posible por ocultar su miedo, consolándose con la idea de que su madre, cuya mezquindad no tenía rival, le echaría un buen rapapolvo al sheriff por hacerla ir al pueblo después del trabajo para sacar a su hija de la cárcel.

Finalmente oyó voces en el despacho principal; eran su madre y Tad Franklin, el nuevo ayudante. El sheriff debía de haber finalizado su turno. Cinco minutos después apareció el ayudante, que le abrió la celda y la llevó a la oficina. Su madre estaba esperando con semblante inexpresivo. En cuanto vio a Corrie, se dio la vuelta y salió de la comisaría, dejando que la puerta mosquitera se cerrara con un fuerte golpe en mitad de la noche de Kansas.

Corrie la siguió en dirección al AMC Gremlin.

—Mamá —dijo—, ese sheriff no para de hablar mal de papá y…

Su madre se giró —más rápido de lo que Corrie creía posible— y la abofeteó con fuerza en la cara. Corrie cayó al suelo y se le llenaron los ojos de lágrimas, tanto por la sorpresa como por el dolor.

—Acabo de pagar cuarenta pavos para sacarte de ahí —dijo, situándose frente a Corrie—. Eso son dos semanas de dinero para comida.

«Más bien, dinero para beber», pensó ella, pero no dijo nada.

—Eso significa que durante dos semanas tendrás que espabilar para conseguir comida. Y si vuelves a mencionarme al cabrón de tu padre, te daré la paliza de tu vida. ¡Ahora métete en el coche!

La Corrie de trece años, con los oídos zumbándole y llevándose una mano a la mejilla dolorida, se puso en pie y se metió en el coche. En el presente, la agente Swanson se levantó de la mesa y, tras una última ronda por el laboratorio, apagó las luces y cerró la puerta tras de sí.

16

Tom Gardiner estaba sentado en un sillón reclinable Barcalounger situado en el rincón más alejado del comedor de Adele Mastrelano. Su casa ya le resultaba reconfortante, como la residencia de un familiar político afín: la entrada de techos altos, muy de moda cuando se urbanizó por primera vez la subdivisión Briargate; la decoración nativa americana, domesticada para la periferia; la enciclopedia *World Book* y los libros de la Folio Society alineados en las estanterías, junto con las descoloridas fotos de familia. Gardiner notó que recientemente habían añadido algunas fotos más, la mayoría de Ralph Mastrelano, el marido de Adele, fallecido dieciocho meses antes tras una larga batalla contra un cáncer de colon.

La comida que habían traído los invitados estaba dispuesta sobre la larga mesa del salón, y Gardiner, a través de las columnas, podía ver a la gente haciendo cola para coger platos. En los últimos años, aquellas reuniones —ahora solo anuales— se habían vuelto cada vez más ritualizadas. La gente llevaba siempre los mismos platos: lasaña ranchera, jalapeños rellenos de queso chédar y beicon y el chili Pedernales River de Lady Bird Johnson. Casi siempre había alguna muerte que consolar o una transición a una residencia de ancianos de la que hablar. Después de la cena daría comienzo el ritual: el

encendido de las velas y el nombramiento de las víctimas en el orden en que se habían encontrado los cuerpos, seguidas de las que aún seguían desaparecidas. Y, como siempre, un periodo de silencio y oración después de cada nombre.

Gardiner miró alrededor de la mesa, comprobando instintivamente si faltaba alguien o si había alguna incorporación inesperada. Como de costumbre, lo hizo siguiendo la disposición en que habían sido hallados sus hijos. Aparte de Adele y él, estaban Dmitri y Ann Marchenko, siempre vestidos de negro. A continuación, Terry van Gelder, antes un extrovertido profesor de matemáticas de secundaria, ahora viudo. Luego los Hightower, Fred y Doris, que siempre se sentaban junto a Ray Martínez. A sus hijos, Lynn y Luke respectivamente, los habían encontrado en mayo del año siguiente a la tragedia, los cuerpos uno encima del otro en un barranco, con heridas horribles e inexplicables. Doris Hightower nunca hablaba, y Gardiner se preguntaba si obedecía a algún tipo de derrame cerebral, si era consecuencia del dolor o si simplemente prefería guardar silencio en las reuniones.

Ahora desvió la mirada hacia Paul Tolland padre y Cosmo y Cassy Wright. El destino había sido especialmente cruel con ellos tres: quince años sin saber nada, sin un cuerpo que enterrar. Una tortura. Paul, cirujano dental, ahora era viudo. Cosmo y Cassy, rollizos y tristes, estaban jubilados.

Y finalmente estaba Melody Ann O'Connell, abogada inmobiliaria y la nota discordante del grupo. Se había unido a la asociación hacía cuatro años como viuda de Harry O'Connell, quien a su vez había enviudado después de la tragedia y se había vuelto a casar con ella. Eso convertía técnicamente a Melody Ann en la madrastra de Rodney O'Connell, la novena víctima, aunque nunca había conocido al joven. Melody Ann tenía una personalidad fuerte y no tardó en

erigirse en el miembro más activo, organizado y elocuente de la Asociación Conmemorativa de las Familias de Manzano. Había dado al grupo su nombre oficial, conseguido el estatus 501(c)(3), redactado los estatutos y oficializado todo. Aunque podía ser brusca, muchas familias creían que después de tanto tiempo se necesitaba un poco de aspereza, y todos le estaban agradecidos por su capacidad de organización, aunque sintieran poco afecto por ella como persona.

A raíz de la tragedia, la vida de Gardiner había sido un borrón confuso, seguido de una angustia interminable y despiadada. Fue en aquella época inicial —después de que encontraran a los tres primeros— cuando las familias formaron un grupo improvisado. Su esposa, fallecida hacía ya cinco años, había sido fundamental en la organización del grupo de apoyo. Fue tras su muerte cuando Melody Ann apareció en escena y lo oficializó.

Menudos quince años habían sido. La investigación había empezado con una oleada de promesas, actividad frenética, afirmaciones de progreso, ruedas de prensa y comunicados, programas de noticias y, finalmente, documentales y una película para televisión. El FBI estaba por todas partes y la cara seria y fatigada del agente Gold se hallaba omnipresente en la televisión. Y luego vino el goteo lento, gradual y prolongado de la investigación a medida que se estancaba, se enfriaba y, a la postre, se congelaba. No oficialmente, por supuesto, pero a efectos prácticos se había convertido en un caso sin resolver.

Sin embargo, la Asociación Conmemorativa de las Familias de Manzano no se había rendido. Bajo el liderazgo de Melody Ann, recogieron firmas, escribieron cartas, fueron en masa a la capital del estado y crearon una página web con biografías y fotos de los nueve estudiantes. Recaudaron donaciones para ayudar a financiar la causa

y mantener viva la búsqueda. Pero, con los años, su dolor y rabia iniciales se habían desvanecido en tristeza, y las reuniones se habían convertido en reencuentros solemnes que rotaban entre las tres o cuatro casas más cercanas a la universidad y la sierra que se había llevado a sus hijos.

Pero aquella noche las cosas parecían distintas. La gente ya se había servido comida y había tomado asiento en los sofás del salón, y Adele había traído más sillas y bandejas para acomodar al resto. En lugar de coger un plato —Gardiner nunca tenía apetito en aquellas reuniones—, miró a su alrededor e hizo un recuento casi subconsciente. Doce personas, incluido él. Originalmente eran más del doble, con hermanos y otros familiares sumándose en un gesto de solidaridad. No obstante, entre esos doce, la conversación que solía oírse en la sala —los murmullos, los sollozos ocasionales, las risas infrecuentes— brillaba por su ausencia aquella noche. La gente simplemente parecía remover la comida sin decir nada. Gardiner sabía que era el regreso del viejo espectro, gracias a las noticias recientes, aún vagas e inciertas, pero que prometían una investigación renovada y más dolor por venir. En ese momento parecía que nadie tenía ánimo para tocar cicatrices solo curadas de modo parcial.

—¿Y bien?

La voz de una mujer había roto el silencio. Era Melody Ann.

—Ha pasado una hora y no puedo creer que todo el mundo esté evitando el tema. Es como si hubiera un fantasma aquí sentado y todos fingiéramos no verlo.

«Todos» era un término interesante, pensó Gardiner. Tres años después de la tragedia, Ruth, la primera esposa de Harry, había caído por las escaleras del sótano tras beber unas copas de más y se había roto el cuello. Harry se había vuelto a casar rápidamente —con

Melody Ann— y luego, igual de rápido, se lo había llevado de esta tierra un infarto fulminante, que para Gardiner no era más que otra expresión de su dolor.

Hubo un breve silencio.

—¿Y qué vamos a decir?

Quien hablaba era Paul Tolland, cuyo hijo estaba entre los desaparecidos y al que tal vez hubieran recuperado ahora.

—Cualquier cosa. Imagino que habrán oído hablar de lo que han encontrado y de que el FBI seguramente reabrirá el caso. ¡Tienen que haberlo oído!

Por supuesto que lo habían oído. Había aparecido en todos los informativos. Habían descubierto dos cuerpos en una cueva situada a unos tres kilómetros de donde emplazaron la tienda de campaña. Lo había confirmado una agente del FBI, pero se había limitado a señalar que probablemente eran víctimas de la tragedia. Emitieron un breve reportaje televisivo desde la cueva donde se produjo el descubrimiento, pero sin más detalles, cosa que no hacía sino empeorar la agonía.

Al enfrentarse súbitamente a los hechos, parecían todos paralizados. Todos, excepto una persona.

Melody Ann O'Connell dejó el plato encima de la mesa y continuó:

—Miro a mi alrededor y ¿qué veo? Parece que estemos medio dormidos.

Como nadie dijo nada, prosiguió.

—No quiero ser yo quien saque esto a colación, pero ¿por qué precisamente nosotros no nos enteramos de nada? ¿Por qué no se han puesto en contacto con nosotros? ¿No os parece sospechoso?

«Lo cierto es que te encanta sacar esto a colación», pensó Gardiner. Era el tipo de persona —con su rebuzno de Long Island, la cara llena de bótox, las extremidades demasiado delgadas y las

puntas con mechas rubias— que siempre quería ser el centro de atención. Ella no lo había vivido; había llegado tarde a la fiesta. Intentó ser caritativo, diciéndose que había sido increíblemente útil tanto con su tiempo como con su experiencia legal. Y era una luchadora. Necesitaban una luchadora.

Terry van Gelder dijo en voz baja:

—Ya hemos pasado por esto antes. Solo podemos esperar.

Terry al menos lo intentó, pero no sirvió de nada.

—Por supuesto que ya hemos pasado por esto antes —prosiguió Melody—. Saben que esperaremos. Cuentan con nuestra pasividad.

Van Gelder, a cuya hija hallaron cerca de la hoguera, no dijo nada.

—Mirad, hace bastante tiempo que me pregunto por qué el caso se archivó tan rápido teniendo en cuenta que nunca se resolvió. ¿Alguien más ha tenido esos pensamientos?

Se oyó un leve murmullo.

—A lo mejor no querían resolver el caso. Ahora aparecen dos cuerpos más y tienen que hacer algo, o al menos aparentarlo. ¿Me equivoco? Harry me habló del agente Gold, el que estaba a cargo de la primera investigación. A mí me parece que no movió un dedo. Puede que él se haya ido, pero el FBI es el mismo.

Gardiner ya había oído eso antes de boca de Melody Ann y no acababa de creérselo. Aunque no pensaba que el agente Gold, a pesar de todas sus promesas, hubiera hecho muy buen trabajo, siempre lo había considerado un hombre honesto. Sin embargo, lo asaltó una pequeña duda, la cual apartó rápidamente. A lo largo de esos quince años, los miembros del grupo habían sopesado, discutido y debatido más de cien teorías. Estaban ahogados en teorías, paralizados por teorías, ninguna de las cuales parecía encajar con los hechos.

—Hice un curso de ciencias políticas en Levittown Tech —prosiguió

Melody Ann—, y el profesor dio una clase sobre propaganda e influencia social. Así es como lo hacen: no paran de repetir las mismas cosas una y otra vez. «No sabemos mucho en este momento. Sigue llegando información. La investigación está progresando. Lo sentimos, los detalles son confidenciales». ¿Cuántas veces hemos oído eso?

Gardiner escuchó algunos murmullos que parecían indicar su acuerdo. También se preguntó si, a pesar de su tono estridente, no tendría razón.

—Y de vez en cuando —dijo—, sueltan una pequeña migaja de información concreta para desviar o confundir. —Hizo una pausa—. Nosotros solo somos personas, pero ellos son una máquina. No se cansan.

—¿Cansarse de qué? —preguntó Fred Hightower.

Todo el mundo estaba prestando atención.

—De guardar secretos, de manipularnos para que creamos sus mentiras. Ese es el método y siempre funciona. Si no sabes qué preguntas hacer, te agotas adivinando. Por eso tenemos que empezar con preguntas sencillas y exigir respuestas. Por ejemplo, ¿por qué todavía no se han puesto en contacto con nosotros? No solo en los últimos quince años, sino en las últimas catorce horas. ¿Os parece correcto que la prensa reciba esta información primero, que nos enteremos de lo que pasa por la televisión?

Todos asintieron.

—Esas preguntas que debemos hacer no son difíciles —prosiguió Melody Ann, con los brazos extendidos y los dedos huesudos separados—. Son fáciles. Y merecemos respuestas; seamos honestos, nos las hemos ganado.

Gardiner pensó en ello. No quería reconocerlo, pero Melody Ann volvía a tener razón. Otros dos cuerpos encontrados —casi con total

seguridad los de sus hijos—, pero sin notificación alguna. Al menos él había tenido un cuerpo que enterrar. Sabía por lo que Paul, Cosmo y Cassy —y, al menos indirectamente, la propia Melody Ann— debían de estar pasando ahora mismo.

A medida que más gente comenzaba a expresar su conformidad, Melody Ann elevó la voz por encima del ruido.

—Y cuando se nieguen a responder a esas preguntas fáciles, y lo harán, pasaremos a las difíciles. ¿De verdad fueron un par de chavales borrachos quienes encontraron esos dos cuerpos? ¿Cómo pudo gente común toparse por accidente con algo que el gobierno y el ejército llevan buscando una década y media? ¿Es pura ineptitud? ¿O está pasando algo más, algo tal vez intencionado?

Luego se humedeció la garganta con un trago de agua. La palabra «intencionado» había dejado al grupo en silencio. Y en ese silencio volvió a hablar en voz baja.

—El FBI oculta algo. Estoy segura de ello, y vosotros también. Como grupo, debemos centrarnos en un único objetivo: averiguar qué es ese algo.

17

—Pase la iglesia y siga recto —dijo Stan Morrison, consultando su teléfono en el asiento del acompañante.

Nora iba al volante de un coche del instituto y recorrieron un laberinto de calles sin asfaltar en la zona antigua de Isleta. En ese momento dejaron atrás la icónica iglesia encalada del centro del pueblo, uno de los templos misioneros más antiguos de los Estados Unidos.

—En medio kilómetro, la carretera tribal 40 cruza un puente y está a la derecha.

Sus indicaciones los llevaron a la oficina del gobernador, un modesto edificio de estuco con un aparcamiento de tierra rodeado de álamos desnudos. Nora aparcó delante y salieron. Era una mañana de otoño fría y soleada, y un viento constante arrastraba ráfagas de polvo por el suelo.

Cuando entraron en la pequeña sala de espera, una amable recepcionista los dirigió a la parte trasera, donde un corto pasillo conducía a una sala de reuniones. Aunque llegaron temprano, el Consejo Tribal ya se había dado cita en torno a una mesa ovalada.

Al verlos, sus integrantes se levantaron. Darren Tenorio los presentó a todos y se estrecharon las manos. Aparte del gobernador,

el consejo constaba de solo seis personas, y no tardaron en volver a sentarse, junto con Nora y Stan Morrison.

—Bienvenidos al pueblo de Isleta —dijo el gobernador al tomar asiento el último. Hablaba con voz suave—. Agradecemos que hayan venido y que respondan a nuestras preguntas. El concejal Tenorio dijo que nos ayudaron ayer en la cueva.

—Fue un placer —dijo Nora—. Lamento que fuera necesario.

El gobernador asintió y abrió una carpeta que tenía delante, sacó un papel y cogió un bolígrafo, listo para tomar notas.

Nora sentía curiosidad por cómo transcurriría aquello. La reunión parecía informal y amistosa —esa era la forma de ser de los isleta, como había descubierto en encuentros anteriores—, pero sabía que el tema era de la máxima gravedad.

—Por favor, cuéntenos la historia completa —dijo el gobernador—. Sería útil oírla de primera mano, de una fuente imparcial. Así que, si no le importa, empiece desde el principio.

—Con mucho gusto.

Procurando ser concisa, relató la historia de los universitarios borrachos, el accidente de coche, el refugio, el vandalismo, el descubrimiento de los cuerpos, tanto antiguos como recientes, y la implicación del FBI mientras el Consejo Tribal escuchaba con respetuoso silencio y el gobernador tomaba notas.

—Y esa es la situación hoy por hoy —concluyó.

El gobernador se volvió hacia el grupo.

—¿Algún miembro del consejo tiene preguntas?

Algunos levantaron la mano educadamente.

—¿Hasta qué punto están seguros de que los dos cuerpos hallados recientemente tienen relación con el incidente de la Montaña Muerta? —preguntó una mujer.

—El FBI parece estar seguro casi al cien por cien.

—El artículo del periódico hablaba de violencia.

—Así es. Uno de los cuerpos tenía un cuchillo clavado en el pecho.

Esto provocó un breve silencio.

—¿Fue un asesinato? —preguntó otro.

—No lo sabré hasta que les hagan la autopsia, pero parece probable.

—¿Y esos dos gamberros irán a juicio? —preguntó el propio gobernador.

—Eso depende del sheriff Hawley; es su jurisdicción.

Sus palabras fueron recibidas con un silencio gélido y varios ceños fruncidos.

—¿Cuánto tiempo estará la cueva acordonada y durante cuánto se la considerará la posible escena de un crimen?

—Es difícil saberlo. Puede que se alargue un poco. —Dudó—. Es un verdadero problema que los medios de comunicación encontraran la ubicación de la cueva e intentaran acceder a ella. El señor Tenorio y yo pudimos contener al primer grupo, y el FBI está estableciendo un perímetro más grande, pero imagino que tarde o temprano volverán otros.

—¿Cuál es el alcance de los desperfectos que han sufrido las tumbas? —preguntó un miembro del consejo.

—La alteración principal fueron rasguños en uno de los cráneos y la rotura del borde de una vasija micácea enterrada con los restos. —Explicó que había cubierto las tumbas con un marco de madera contrachapada para protegerlas—. Y, como saben, los petroglifos de la parte trasera de la cueva presentan muescas y arañazos.

Otro silencio incómodo.

—¿Podría haber más tumbas bajo tierra?

—Es posible —dijo Nora.

—¿Y en otras partes de la cueva?

—Yo diría que es improbable. Exploramos la cueva a conciencia.

Se hizo otro silencio. Luego, el gobernador dijo:

—Si no hay más preguntas, hemos llegado al punto en que tenemos que decidir si trasladamos los restos y los enterramos aquí, en territorio isleta, o los dejamos en su ubicación original.

Se volvió hacia Nora y Stan.

—¿Les importaría salir un momento? Dudo que tardemos mucho.

Nora y Stan fueron a la sala de espera. Diez minutos después, Tenorio los hizo entrar de nuevo.

—Debido a la profanación de la cueva, el vandalismo, la presencia de lo que podrían ser víctimas de asesinato, la publicidad y nuestra incapacidad para proteger el lugar —dijo el gobernador—, hemos decidido desenterrar los restos y volver a darles sepultura en territorio isleta.

Nora inclinó la cabeza; no estaba sorprendida en absoluto.

—Me parece una decisión sensata.

Se dio cuenta de que el gobernador la estaba mirando.

—Según la NAGPRA —dijo él—, necesitamos demostrar que se trata de restos ancestrales isleta. ¿Cree que lo hemos hecho?

—Sin lugar a dudas.

Tras un instante de vacilación, continuó.

—¿Estaría dispuesta a desenterrar los huesos en nuestro nombre? El señor Tenorio la ayudará a que se haga correctamente.

Esto sorprendió a Nora, pero se recuperó enseguida.

—Sería un honor —respondió.

—¿Cuándo podemos desenterrar los restos? —preguntó el gobernador.

—No estoy totalmente segura de cuál es el protocolo —dijo Nora —, pero como mínimo habrá que conseguir un permiso federal, y eso implica interactuar con el Servicio Forestal y posiblemente

también con el departamento del sheriff. Básicamente, es un montón de papeleo burocrático.

Ante esto, el gobernador esbozó una amplia sonrisa.

—Aquí en Isleta no somos ajenos a la burocracia. ¿Tiene idea de cuánto podríamos tardar en obtener la autorización?

Nora no había meditado mucho la pregunta, pero sabía cuánto se tardaba en obtener incluso el permiso más simple del Servicio Forestal o del Departamento del Interior.

—Devolver al Hombre de Kennewick a las tribus correspondientes llevó más de veinte años. Esto será mucho más rápido, pero no me extrañaría que estuviéramos hablando de seis meses o incluso un año.

Nora podía ver los engranajes girando en la mente del gobernador, que finalmente habló.

—El lugar ha sido profanado y se ha perturbado el descanso de las personas enterradas allí. Están sufriendo espiritualmente.

Nora asintió.

—Con su ayuda, hemos determinado que esos restos nos pertenecen según la NAGPRA. ¿Cree que es justo pedirnos que seamos pacientes durante meses o años mientras nuestros antepasados están afligidos?

—Yo diría que no —repuso Nora.

Por su experiencia, sabía que los indios pueblo se tomaban muy en serio el reposo espiritual de sus muertos.

—No tenemos forma de proteger la cueva. Ahora se conoce su ubicación y ha atraído o atraerá un considerable interés ciudadano. No habrá ninguna manera factible de que nosotros, usted o ni siquiera el FBI la protejamos día y noche.

Nora asintió de nuevo y el gobernador se inclinó hacia delante en la silla.

—¿Subirá usted mañana y desenterrará las tumbas por nosotros?

Nora se quedó sin palabras por un momento.

—¿Quiere que desentierre los huesos mañana? —preguntó—. ¿Sin permiso, así sin más?

—Como arqueóloga, usted sabe cómo hacerlo con respeto y profesionalidad. Tenorio la acompañará para oficiar las ceremonias adecuadas. Llevará una furgoneta. Usted simplemente pondrá los restos en ella y Tenorio los traerá de vuelta para su nueva inhumación.

—No…, no sé —balbuceó Nora.

—Hemos determinado que los restos nos pertenecen. La ley NAGPRA dice que, cuando eso sucede, podemos hacer lo que deseemos con los huesos. Afirmo que llevárselos ahora sería perfectamente legal.

—No soy abogada… —Nora dudó—. Pero puede que tenga razón.

—¿Sería poco profesional por su parte hacer esto?

Nora lo pensó. La petición no era descabellada. Profesionalmente, no estaría incumpliendo ninguna norma; al contrario, de hecho. Puede que a los federales no les gustara saltarse algunos trámites burocráticos, pero ¿se opondrían? Es probable que no. La propiedad de los huesos era clara, y había innumerables precedentes legales que lo respaldaban. Ciertamente, la opinión popular de Nuevo México se pondría de modo abrumador del lado de los indios isleta y sus esfuerzos por proteger los restos de sus ancestros. Nadie en el Instituto Arqueológico mostraría reparos; es más, teniendo en cuenta cómo había evolucionado el tratamiento de los objetos indígenas en las últimas décadas, lo aplaudirían.

—Creo que estaría cumpliendo con mi responsabilidad profesional como arqueóloga al ayudarlos a proteger esos restos de una mayor profanación —dijo, manteniendo un tono mesurado—. En todo

momento, el instituto trabaja de forma estrecha con los indios pueblo: los restos son suyos y simplemente les estaríamos ayudando a repatriarlos.

—Entonces ¿nos ayudará, doctora Kelly?

Una vez más, Nora hizo una pausa. La gente del Servicio Forestal quizá se opondría, y el sheriff probablemente lo haría. Pero podría excavar las tumbas en una hora, y entonces sería un hecho consumado. Esa era la clave: trasladar los cuerpos antes de que las autoridades locales pudieran intervenir y estropear el trabajo. Una vez concluido, ¿quién iba a oponerse?

Pero por encima de esas consideraciones había algo más: era lo correcto. Solo pensar en todos los permisos, las audiencias, los peritos engreídos y los políticos ávidos de atención que opinarían sin conocimiento de causa le provocaba mareos. Mientras tanto, la cueva sería un objetivo para saqueadores y vándalos. Y, en un nivel fundamental, el gobernador tenía razón: no había nada ilegal en ello. La jurisprudencia de la NAGPRA era clara: los restos pertenecían a los isleta y debían devolvérselos.

También era consciente de una motivación más egoísta. Si hacía el trabajo ella misma, tal vez podría recabar datos arqueológicos importantes, puede que incluso relacionados con la cerámica micácea.

—Lo haré —dijo ella.

—Bien. Podemos proporcionarles excavadores.

—No es necesario, puedo hacerlo con Stan si él está dispuesto. —Se volvió hacia él—. Lo siento, debería haberle preguntado antes. ¿Qué le parece?

Morrison se encogió de hombros.

—Por mí está bien.

Nora miró al gobernador.

—Reclutaré a mi hermano para que nos ayude; trabaja para el instituto y tiene experiencia en trabajo de campo arqueológico. Con nosotros tres bastará. El señor Tenorio estará allí para dejar bien claro, si fuera necesario, que lo que estamos haciendo cuenta con la autorización del pueblo isleta a petición suya.

El gobernador apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y miró a su alrededor con una sonrisa en los labios.

—Qué buena noticia. ¿Estamos todos de acuerdo con el plan?

Cuando todos asintieron, el gobernador se volvió hacia Nora.

—¿A qué hora nos vemos mañana?

—Me llevará toda la mañana recoger las herramientas y el material. ¿Qué tal a las dos?

—Muy bien. El señor Tenorio estará allí a las dos de la tarde con una furgoneta y llevará una carta oficial mía que autorice su trabajo. Traerá los restos aquí después de la exhumación.

—De acuerdo —dijo Nora.

El gobernador se levantó, y ella y Stan también lo hicieron.

—Sé que hablo en nombre de todo el pueblo isleta al agradecer su ayuda para proporcionarle la paz a nuestros difuntos, doctora Kelly. Nunca olvidaremos el servicio que ha prestado a nuestra gente.

18

—Oficina del sheriff del condado de Socorro, al habla Homer Watts.

—¿Hola? —dijo una voz de anciana.

—Soy el sheriff. ¿Puedo ayudarla?

—¿Hola?

—Señora, ¿me oye? Soy el sheriff Watts.

—Hable más alto, chico. Soy un poco dura de oído.

—¿Me oye ahora?

Corrie se apartó el teléfono de la oreja.

—No hace falta que grite. Puede que sea dura de oído, pero no estoy sorda.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Hay una serpiente de cascabel debajo de mi caravana y me da miedo salir.

Hubo una pausa.

—Señora, ¿ha dicho una serpiente de cascabel?

—¿Usted también es duro de oído? Sí, y quiero que venga a cogerla.

—¿Que vaya a cogerla?

—Chico, ¿siempre repite todo lo que le dice otra persona?

—Señora, ¿cómo… cómo sabe que es una serpiente de cascabel?

—Porque ya le he volado la cabeza de un tiro antes de entrar corriendo en la caravana.

—Entonces… ¿está muerta?

—No tiene cabeza, así que imagino que sí, a menos que sea una especie de zombi.

Otra pausa, más larga esta vez.

—Señora, no entiendo. Si la serpiente está muerta, ¿por qué tiene miedo de salir de su caravana?

—Porque no soporto ver sangre.

—Pero…, espere…

Corrie tenía intención de entretener al sheriff un minuto o dos más, pero empezaba a dolerle la garganta por el carraspeo y, en lugar de hablar, se echó a reír a carcajadas.

—Está bien, ¿quién es? —La voz de Watts se tornó indignada—. Es usted ¿verdad, Gus? Cuando lo pille, voy a darle p…

—Vaya, sheriff —dijo Corrie, aguantándose la risa—, esa no es forma de hablarle a una dama.

Otro silencio perplejo, este más breve.

—¿Corrie?

Estaba en su coche en el aparcamiento de la oficina de Albuquerque y volvió a reír a carcajadas.

—¡Corrie Swanson! ¡Eres el diablo!

—Un sheriff importante como tú tiene que estar siempre alerta.

—Me has pillado, la verdad. No puedo negarlo.

Ambos se rieron un momento.

Para ser honesta, Corrie no sabía qué decirle a Homer Watts. Habían trabajado juntos en dos casos y no estaba segura de si ahora eran compañeros o amigos, o de si tal vez iban camino de ser algo más. Lo único que sabía era que se sentía incómoda llamándolo de

repente, y gastarle una broma fue lo primero que se le ocurrió.

—¿Tienes idea de por qué llamo? —preguntó.

—¿Me echas muchísimo de menos y quieres invitarme a salir?

—No.

Lo dijo demasiado rápido y se arrepintió al instante.

—Ah. —Una pausa—. Entonces seguro que tiene que ver con esos dos cuerpos que encontraron en la sierra de Manzano. Te vi en la tele.

—Así es. Me han asignado al caso.

Watts silbó.

—La cuestión es que me parece que, al ser nueva en la zona, voy cinco pasos por detrás de los demás. Ni siquiera había oído hablar de los excursionistas de la Montaña Muerta hasta que mi nuevo mentor me lo contó.

Otro silbido.

—Eres novel.

—Ya, y esperaba que tú pudieras solucionarlo poniéndome al día de todos los rumores que no estarán en los archivos del FBI.

—Claro. Te invito a cenar.

—Yo te invito a comer.

Una risa resignada.

—De acuerdo. Conozco el sitio perfecto.

Jaramillo Eats era un local destartalado y polvoriento con puertas batientes, como en un viejo wéstern. Watts llegó primero, y al verla y levantarse del banco, Corrie contuvo el aliento. Casi había olvidado lo joven y atractivo que era, con sus ojos marrones, su pelo negro rizado y unos dientes dignos de un anuncio de dentífrico. Como de costumbre, llevaba sus dos pistolas, pero había algo diferente en él. Entonces cayó en la cuenta: el caro sombrero gris que siempre

llevaba. Se había estropeado en el último caso en el que habían trabajado juntos y ahora lucía uno nuevo de color negro.

—¿Te has pasado al lado oscuro? —preguntó Corrie al sentarse, señalando el sombrero con la cabeza.

Él soltó una carcajada.

—Siempre he querido ser el malo —dijo—. Estás estupenda. Parece que el FBI te sienta bien.

—Gracias —respondió Corrie—. ¿Y qué le pasó a ese despojo chamuscado que llevabas?

—Ahora está en mi despacho, colgado en la pared junto con mis otros sombreros retirados. —Se quitó el nuevo y lo dejó sobre la mesa, con el ala hacia arriba—. Estos Resistol son un poco como los mustang: tienes que amoldarlos poco a poco.

Se rieron mientras se acercaba una camarera y dejaba dos menús sobre la mesa desgastada.

—Dos cafés —le dijo Watts—. Uno solo, otro dulce y cargado.

Corrie sonrió para sí misma, complacida por que lo recordara.

—¿Cómo es que elegiste esta ciudad para que nos viéramos? Aunque, más que una ciudad, son dos señales de límite de velocidad separadas por quinientos metros.

—¿Veguita? Es una metrópolis bulliciosa con oficina de correos, dos iglesias, un cuerpo de bomberos voluntario y un Dollar General. ¿Qué más se puede pedir?

Miraron los menús plastificados un momento.

—En realidad, este es el punto más septentrional de mi jurisdicción —explicó Watts—. Estamos a tiro de piedra del condado de Valencia. Además, me pareció que sería un trayecto más corto para ti y la comida está bastante buena.

—Gracias, Homer. Es muy considerado por tu parte.

Y lo era. Había algo en el sheriff que siempre la hacía sentirse

cohibida.

—Así que te han asignado al caso de la Montaña Muerta —dijo él —. Yo no participé en la investigación inicial, por supuesto. Por aquel entonces tenía doce años, pero se me quedó grabado. Cuéntame lo que sabes y yo rellenaré las piezas que falten.

Corrie no podía rechazar aquella petición de otro agente de la ley. Al fin y al cabo, no había mucho que contar, y la única información importante que se mantenía en secreto —las identidades de Wright y Tolland— sería confirmada de manera formal por un experto a la mañana siguiente. Las autopsias estaban programadas para ese mismo día.

Watts escuchó en silencio mientras ella le hablaba en voz baja de los estudiantes borrachos, del antiguo cementerio que destrozaron y de la investigación con Nora Kelly en la que localizaron los dos cuerpos. El sheriff no perdió detalle mientras Corrie describía las extrañas heridas de cuchillo.

Watts se recostó.

—Uf —dijo, pasándose una mano por el pelo mientras la camarera se acercaba para tomarles nota. Esperó a que se alejara para volver a hablar—. Bueno, parece que estás bastante al día. Recuerdo que las historias que contábamos en el patio del colegio eran bastante descabelladas.

—¿De qué trataban?

—Estábamos seguros de que el abominable hombre de las nieves había aparecido en la entrada de la tienda y ellos se habían asustado y habían salido corriendo.

—¿Todavía crees eso?

—Naturalmente. —Sonrió—. Ha habido docenas de avistamientos de yetis en esas zonas de alta montaña. Ninguno confirmado, por supuesto.

—En serio, ¿tienes alguna teoría?

—En esos montes hay pumas y osos negros. Antes pensaba que quizá un animal hambriento asomó el hocico en la tienda y los dispersó a todos. Pero esa teoría se desmorona cuando tienes en cuenta lo lejos que llegaron algunos. Ningún oso los perseguiría durante kilómetros, y eran montañeros invernales experimentados. Tenían que saber que salir corriendo con esa ventisca, descalzos y en ropa interior, era una muerte segura. Mejor enfrentarse al oso. Así que, para responder a tu pregunta, realmente no tengo ninguna teoría. ¿Qué hay del último cuerpo desaparecido, el noveno estudiante? ¿Alguna idea de dónde podría estar?

Corrie negó con la cabeza.

—Estamos realizando una búsqueda exhaustiva en la zona y le he pedido a Nora Kelly que examine el lugar donde montaron la tienda y la cueva donde encontraron los dos cadáveres.

—¿Dónde estaba esa cueva exactamente?

—Más o menos en línea recta hacia el norte desde la tienda. —Corrie hizo una pausa—. Todavía no conozco bien la geografía del sector. No es más que un laberinto de caminos forestales y senderos embarrados, y luego está esa enorme zona silvestre.

—¿Tienes un mapa?

Corrie sacó el teléfono y él se sentó a su lado para mirar. Luego le mostró el mapa topográfico del USGS, plenamente consciente de que el muslo de Watts estaba rozando el suyo.

—Aquí es donde estaba la tienda —dijo ella—, y esa es la ubicación de la hoguera donde encontraron cuatro cuerpos. Aquí está el barranco. Y aquí está la cueva.

—Todo en línea recta hacia el norte.

—Exacto. Así que estamos centrando nuestra búsqueda del número nueve en ese mismo corredor. ¿Conoces ese espacio?

—No mucho, la verdad. He hecho senderismo por ahí un par de veces, pero hay muchísimas montañas.

En ese momento les sirvieron el almuerzo y Watts volvió a su lado de la mesa.

—Así que estaba pensando —continuó Corrie—: si no se dirigían a ningún sitio en particular, ¿por qué siguieron? ¿Intentaban llegar a un punto concreto de esas montañas?

—También debe de haber cuevas naturales por esa zona, como la que descubrieron esos chavales hace poco. —Negó con la cabeza—. Lástima que profanaran el lugar.

—Si no lo hubieran hecho, el sheriff Hawley probablemente habría terminado el trabajo por ellos.

Watts frunció el ceño de repente.

—¿Hawley? Joder, no estará involucrado, ¿verdad?

—Sí. Anduvo husmeando por esa cueva como un cerdo en un campo de trufas hasta que Nora y yo le paramos los pies. También nos hizo el favor de llamar a un equipo de cámaras de la KWOW. Lo único que se le olvidó fueron los letreros de neón y los banderines pidiendo la reelección.

—Era de esperar.

Watts le dio un bocado a su sándwich.

La respuesta sorprendió a Corrie.

—Háblame de él.

Watts tragó y se encogió de hombros.

—Hay mal rollo entre los departamentos del sheriff de Torrance y Socorro, y lo ha habido durante mucho tiempo. Hawley es la razón.

—¿Por qué?

—Bueno… —Watts dudó—. Lo siento, no me parece bien hablar mal de otro sheriff.

—Soy del FBI. Somos compañeros. Necesito saberlo.

Watts suspiró.

—Hawley ha sido el sheriff de Torrance toda su vida. Siempre sale reelegido; soborna, adula a los de arriba y pisotea a los de abajo. Solo hay quince mil personas en todo el condado y para él es como un pequeño feudo. No tiene estudios, es un payaso, moralmente inepto, y un matón. Pero tiene una extraña habilidad para olfatear el punto débil de una persona y atacarla.

Corrie hizo una mueca de desdén.

—En su primer mandato como sheriff —continuó Watts— hubo un tiroteo con un atracador de bancos y Hawley recibió un balazo. Respondió al fuego y contuvo al delincuente el tiempo suficiente para que lo atraparan. Hawley lleva veinte años viviendo de ese tiroteo, lo cual tiene su mérito. Solo que…

Watts se detuvo bruscamente.

—¿Qué? —preguntó Corrie.

—Ya he dicho bastante. —A Corrie le pareció que, por un segundo, Watts luchaba por mantener la compostura—. De todas formas, tiene amigos, así que su trabajo está a salvo a menos que cometa una gran estupidez. Pero ten cuidado: puede parecer un zoquete, pero es astuto como un zorro y una persona sin principios, y eso lo hace peligroso.

—Lo tendré en cuenta. Y se lo haré saber a Nora; ha estado tratando con él incluso más que yo.

—Qué suerte la suya.

Watts se echó a reír mientras se volvía para indicar a la camarera que les rellenara las tazas de café.

19

Nora, su hermano Skip y Stan Morrison llegaron a la zona de la cueva a las dos de la tarde, prácticamente al mismo tiempo que Tenorio, que apareció en una furgoneta adornada con el símbolo de los isleta en un lateral: un águila calva volando dentro de un abanico circular de plumas. Nora vio, con una sensación de desasosiego, que también había allí un vehículo del sheriff del condado de Torrance. Esperaba que fuera solo Baca, el ayudante. No le parecía un mal tipo, tan solo que se sentía intimidado por Hawley; creía que podría manejarlo.

Tenorio salió con la misma bolsa de cuero raída colgada al hombro. Levantó la mano a modo de saludo y se acercó.

—Doctora Kelly, me alegro de verla.

—Llámeme Nora, por favor —dijo ella.

—Claro. Y yo soy Darren.

—Él es mi hermano Skip, y ya conoce a Stan Morrison.

—Hola —dijo Skip, que le dio un fuerte apretón de manos a Tenorio.

La tarde anterior, cuando enroló a Skip en aquella pequeña expedición, había mostrado tanto entusiasmo que se había quedado un poco sorprendida. Le había explicado que sería una operación

rápida y discreta: sin líos, sin enfrentamientos, solo entrar y salir. Si había algún problema, Skip debía mantenerse al margen y dejar que ella y Tenorio se encargaran de hablar. No debía perder la calma, como ya era habitual en él.

Skip había aceptado esas condiciones.

—Lo prometo —dijo él—. Seré manso y apacible.

Tomando una bocanada de aire de montaña, Nora se echó la mochila al hombro y enfiló el sendero, cada vez más transitado, detrás de Tenorio y con Skip y Stan cerrando la marcha. Era otro día frío y soleado, y el suelo crujía bajo sus pies.

Cuando llegaron a su destino, encontraron al ayudante Baca sentado en una silla, fumando y con un termo de café a su lado. Al verlos, se levantó con dificultad.

Nora hizo un gesto de asentimiento a Tenorio y se acercaron a hablar con el ayudante. Ya habían acordado que Tenorio tomaría la iniciativa; él era el protagonista de aquella historia.

—Buenas tardes —dijo Baca, mirando con nerviosismo las mochilas.

—Igualmente —dijo Tenorio—. Espero que todo esté bien por aquí.

—Claro que sí —dijo Baca—. Sin problemas.

—Me alegro de oírlo. —Tenorio sacó una carta del bolsillo—. Hemos venido a recuperar nuestros restos ancestrales. Aquí tiene la autorización del gobernador de Isleta. Esa es su copia.

Baca empezó a leer la carta con expresión vacilante.

—Nadie me ha informado de esto.

—Es rutinario —dijo Tenorio—. Ley NAGPRA. Acabaremos en un abrir y cerrar de ojos.

Baca siguió leyendo.

—¿Van a desenterrar los huesos? No sé. ¿NAGPRA?

—Ley de Protección y Repatriación de Tumbas de Nativos Americanos. Vamos a repatriar estos restos según lo permitido por la ley. La doctora Kelly y sus dos asistentes harán el trabajo por nosotros. —Se volvió hacia Nora—. ¿Lista?

—Lista.

Tenorio volvió a mirar a Baca.

—¿Todo en orden?

El ayudante seguía mirando fijamente la carta.

—Será mejor que se lo consulte al sheriff.

—Adelante —dijo Tenorio—. Nosotros nos pondremos manos a la obra.

—Quizá deberían esperar al sheriff —insistió Baca.

—Lo siento, pero vamos con el tiempo justo —repuso Tenorio al pasar junto a él.

Luego asió la escalera y empezó a subir, seguido de Nora, Skip y Stan. En un momento, los cuatro estaban dentro de la cueva. Nora podía oír a Baca vociferando a la radio —mala conexión, al parecer— y contándole al sheriff lo que estaba sucediendo.

Tenorio se giró hacia ellos.

—Antes de nada, me gustaría decir unas oraciones.

—Por supuesto.

Tenorio empezó a cantar suavemente mientras esparcía polen de una bolsa, y después encendió un manojo de salvia y agitó el humo con una pluma de águila. Se percibía el dulce aroma a salvia quemada, y el tenue murmullo musical de la voz de Tenorio infundió a Nora una momentánea sensación de paz.

Al cabo de unos minutos, su voz se apagó.

—De acuerdo —dijo—. Pongámonos a trabajar.

—¡Eh! —gritó Baca desde abajo—. ¡Eh, ustedes!

—Skip, Stan, adelante —dijo Nora—. Nosotros hablaremos con él.

—Vamos, pues —dijo Skip, que abrió la mochila y sacó herramientas, paletas, cepillos y dos bolsas para cadáveres mientras Stan, tarareando *Between the Devil and the Deep Blue Sea* en voz baja, comenzaba a retirar la madera protectora.

Nora y Tenorio regresaron a la entrada de la cueva. Baca seguía abajo con la radio en la mano.

—¡El sheriff no ha autorizado esto! ¡Dice que tienen que parar ahora mismo!

—Lo siento, pero estamos en nuestro derecho —contestó Tenorio.

—¡Tienen que parar! ¡Es una orden!

Nora oyó la respuesta seria de Tenorio:

—Esta discusión ha terminado.

—¡Pero el sheriff…!

Tenorio dio media vuelta y se alejó de la entrada con rostro serio mientras Baca seguía gritándoles desde abajo.

—¡Les estoy advirtiendo! ¡El sheriff viene hacia aquí!

—¿Quién demonios es él para decirnos lo que tenemos que hacer? —dijo Skip enfadado—. Todo esto era territorio isleta antes de que los europeos lo robaran, ¿verdad?

—Sí —respondió Tenorio—, pero vamos a centrarnos en el trabajo.

—¡Que le den! —gritó Skip.

—Tranquilo —dijo Nora.

Se pusieron rodilleras, mascarillas y guantes y empezaron a trabajar, disgregando la arena con pequeñas paletas, barriéndola y amontonándola a un lado. La arena estaba seca y avanzaban con rapidez. Los dos cráneos, con sus trenzas de pelo, fueron los primeros en quedar a la vista. El resto de los esqueletos salió rápidamente a la luz, junto con la vasija micácea. Era una belleza, y Nora lamentó que, como ofrenda funeraria, tuviera que acompañar a los restos para darles sepultura en Isleta.

—Lástima que tu novio Tappan esté atrapado en la Costa Este por el papeleo burocrático —dijo Skip, exhalando y secándose la frente —. Nos habrían venido bien los músculos de unos cuantos de los suyos.

—Lo que necesitamos es paciencia y delicadeza —dijo Nora—, no músculo.

Los dos esqueletos yacían de lado, en la tradicional posición flexionada de las tumbas prehistóricas de los indios pueblo. En su día, ambos estuvieron envueltos en mantas, pero solo quedaban fragmentos, que recogieron con pinzas y colocaron en las dos bolsas para cadáveres. Las sandalias de fibra de yuca se habían conservado mejor, junto con algunos retazos de ropa de cuero.

Una hora después, ambos esqueletos estaban totalmente desenterrados. Tenorio los fotografió con su teléfono móvil, esparció polen sobre los huesos y recitó otra oración.

—Están listos para el trasladado —les dijo a los demás.

Nora y Stan utilizaron pinzas para coger los huesos y los guardaron cuidadosamente en la bolsa. Trabajaron rápido y con esmero, recuperando todos los restos humanos hasta que las dos tumbas quedaron vacías. Para decepción de Nora, la vasija micácea y los fragmentos del borde fueron a un recipiente de plástico. Le habría gustado estudiarla más a fondo, pero, al parecer, su destino era un sepulcro.

—Ahora —dijo Nora— tenemos que cribar esta arena por si se nos ha escapado algo.

Indicó a todos que se pusieran mascarillas N99. Skip montó el tamiz con destreza y, utilizando unas paletas, comenzaron a echar arena. Luego lo agitaron ligeramente y recogieron los últimos fragmentos óseos y los pusieron con los demás. En otros diez minutos, su trabajo con el primer esqueleto había concluido.

—De acuerdo —dijo Tenorio, esparciendo más polen sobre los restos—. Ya puede cerrarla.

Nora cerró la cremallera de la bolsa para cadáveres.

—¿Por qué no bajan usted y Skip los primeros restos a la furgoneta mientras Stan y yo terminamos de guardar este segundo cuerpo? —dijo Tenorio—. Es mejor que nos vayamos antes de que llegue el sheriff.

—Buena idea.

Nora y Skip cogieron los restos, los llevaron a la entrada de la cueva y los bajaron con cuidado. Luego agarraron la bolsa por las asas y enfilaron el sendero hacia la furgoneta.

20

Cuando llegaron a la zona de aparcamiento, Nora vio otro vehículo del sheriff del condado de Torrance entrando a toda velocidad, derrapando y levantando barro y tierra. La puerta se abrió y bajó el sheriff Hawley.

—¿Qué coño creen que están haciendo? —gritó mientras se dirigía hacia ellos y bloqueaba el sendero.

Baca, que había estado esperando en el aparcamiento, se situó detrás de él.

—¡Suelten eso! —dijo el sheriff.

—Sheriff —dijo Nora, hablando con la mayor calma posible—, la NAGPRA autoriza que estos restos sean repatriados al pueblo isleta y todo el mundo está de acuerdo en que le pertenecen.

—¿Todo el mundo? ¡Yo no, desde luego!

—Usted no es arqueólogo —repuso Nora con brusquedad.

Hawley la miró fijamente, con el rostro fatigado y enrojecido.

—Así que el FBI ha autorizado esto.

Nora dudó. Había pensado en llamar a Corrie, pero sabía que pondría a la agente novel en una posición difícil. Era mejor pedir perdón que pedir permiso.

—El FBI me autorizó a encargarme de estos restos —respondió

ella.

Los ojos de Hawley se iluminaron al ver lo que parecía una oportunidad.

—Yo no le he preguntado eso. ¿Le autorizaron específicamente a retirarlos?

—No específicamente. Pero, como le he dicho, recibí autorización general para hacer lo que considerara correcto.

—En otras palabras, no saben lo que está tramando. ¡Me lo imaginaba! —Agitó con aire triunfal la carta del gobernador, que debía de haberle entregado Baca—. ¡Esto no es más que jerigonza india! Escúcheme: estamos en tierra federal y esos huesos son propiedad federal. No se moverán de aquí.

Nora dio un paso al frente.

—Sheriff Hawley —dijo—, la ley NAGPRA, una ley federal, por cierto, da al pueblo isleta todo el derecho a repatriar sus restos de tierras federales.

—Tonterías. Suelte esos huesos ahora mismo.

—Lo siento. —Nora se giró hacia su hermano—. Skip, vamos a meterlos en la furgoneta.

Volvió a agarrar el asa con firmeza, pero Hawley seguía impidiéndoles el paso.

—¿Piensa arrestarnos? —preguntó Nora.

—A ustedes, activistas, les encantaría que los arrestaran. No voy a darles publicidad gratuita, pero les ordeno que suelten esa propiedad federal ahora mismo.

—¿Propiedad federal? —le espetó Skip—. ¡Esto proviene de una tumba nativa americana! ¡Estas personas estaban aquí cuando sus ancestros aún bebían aguardiente en algún pantano húmedo de la otra punta del mundo!

—Para, Skip… —terció Nora.

El sheriff se volvió hacia Skip con agresividad.

—¿Quién cojones eres tú, chaval?

—Skip, déjalo —insistió Nora—. Vámonos.

Intentó esquivar a Hawley, pero una vez más, el sheriff le impidió el paso. Nora dudó, consciente de que si lo rozaba siquiera, la acusaría de agresión. Y eso era probablemente lo que el sheriff esperaba.

—¿Piensa quitarse? —preguntó Nora.

—No mientras esté robando una propiedad federal. —El sheriff iba a decir algo más, pero de repente señaló a Skip—. ¡Eh, tú, deja eso!

Al darse la vuelta, Nora vio a Skip grabando la escena con el teléfono móvil.

—¡Para! —gritó el sheriff.

Se abalanzó sobre él para intentar arrebatarle el teléfono y apartó bruscamente a Nora, que perdió el equilibrio en la pendiente y soltó la bolsa al caer.

—¡Hijo de puta! —gritó Skip mientras el sheriff embestía.

Cogió al sheriff de los hombros y, aprovechando su propio impulso, lo agarró con una mano, lo frenó con el hombro y lo tiró al suelo. El sheriff cayó con un fuerte gruñido, aterrizó de costado y quedó boca arriba sobre el barro.

—¡Skip! —gritó Nora mientras se levantaba—. Pero ¿qué coño…?

Consciente de las repercusiones de lo que había hecho, Skip se quedó paralizado, con el teléfono aún en la mano.

Gruñendo de nuevo, esta vez por el esfuerzo, el sheriff se puso en pie, desenfundó el arma y apuntó a Skip.

—¡Estás detenido! —gritó, con la pistola temblándole en la mano —. ¡Las manos donde yo pueda verlas!

Aterrorizado, Skip levantó los brazos.

—¡Suelta el teléfono!

Obedeció.

Por un momento, Nora pensó que Hawley dispararía a Skip y arremetió contra él, pero al sheriff le interesaba más el teléfono. Lo cogió, enfundó el arma y, agarrando a Skip, lo hizo girarse tirándole del brazo por detrás de la espalda. Después le enganchó el otro brazo y le puso unas esposas de acero.

—¡Está usted detenido por agredir a un agente de la ley! —gritó Hawley—. ¡Y… por intento de asesinato!

—¿De qué está hablando? —dijo Skip.

—Me he rozado la cabeza con esa roca de ahí, después de que… después de que me derribara de un puñetazo. —El sheriff señaló una pequeña roca que sobresalía entre la nieve y el barro—. Podría haberme matado.

—¡Skip no ha derribado a nadie de un puñetazo! —dijo Nora mientras el sheriff, con un hombro y parte de la cara cubiertos de barro, recitaba los derechos Miranda de Skip a todo volumen—. ¡Ni siquiera se ha golpeado con esa roca!

—¡Ha agredido a mi hermana! —gritó Skip—. ¡Lo tengo grabado! ¡Devuélvame el teléfono!

—Ni hablar —dijo el sheriff—. Es una prueba.

—¡Es mi teléfono! —insistió Skip.

El sheriff le dio un fuerte empujón.

—Cierra la puta boca y muévete si no quieres que te acuse también de resistencia a la autoridad.

—¿Qué va a hacer con él? —preguntó Nora, presa del pánico.

—Irá a la cárcel y lo procesarán. Le tomarán las huellas, le harán fotos y lo imputarán. El proceso completo. —Hawley se frotó el hombro—. Agresión e intento de asesinato de un agente de policía.

—¡Eso es completamente falso! —gritó Nora—. ¡Usted me agredió a mí primero!

—Tonterías, señora. No la toqué. Perdió el equilibrio y se cayó sola.

—¡Está grabado! —gritó Skip.

—¿De verdad? El teléfono se presentará como prueba y ya veremos. De todos modos, tengo un testigo. El ayudante Baca jurará que no la toqué.

Nora se volvió hacia Baca, que no le sostuvo la mirada.

—Le he dicho que se mueva.

El sheriff le dio otro empujón a Skip y este miró a Nora con una mezcla de temor y menguante bravuconería.

—¡Skip —gritó ella—, por el amor de Dios, mantén la calma y cállate!

El sheriff empujó a Skip al asiento trasero del coche y Baca se sentó a su lado. Con un rugido, dieron marcha atrás y salieron derrapando por la carretera. Nora los vio desaparecer en el bosque, intentando controlar su furia y su desánimo y secándose una lágrima con brusquedad. Temía que Skip aún pudiera cometer alguna estupidez que le costara un disparo.

El silencio volvió a cernirse sobre el bosque y solo se oía el susurro del viento entre los abetos. La bolsa para cadáveres yacía en el suelo, olvidada por el sheriff en su afán por arrestar a Skip.

Nora se quedó allí, con el corazón latiéndole con fuerza. Era muy propio de Skip meterse en líos, pero, al mismo tiempo, ella había sido quien le había pedido ayuda; habían ido allí a hacer algo importante, y lo harían. Cogió la bolsa con ambos brazos, la llevó a la furgoneta de los isleta y la colocó dentro. Luego bajó de nuevo a la cueva justo cuando Tenorio y Morrison sacaban la segunda bolsa.

—¿Qué pasa? —preguntó Tenorio al verle la cara—. Hemos oído gritos.

Nora relató lo sucedido y la expresión de Tenorio se tornó seria.

—Lo siento mucho —dijo.

Ella tragó saliva.

—Mi hermano… es un poco impulsivo.

—Su hermano es un buen hombre —dijo Tenorio—, y solo estaba protegiendo a su hermana. El sheriff la agredió a usted primero.

—Sí, y lo grabó con su teléfono.

Tenorio parecía preocupado.

—El sheriff habrá borrado el vídeo para cuando bajen de la montaña y Baca confirmará sus mentiras en el tribunal.

Nora lo miró fijamente.

—¿De verdad lo cree?

—Lo sé. Llevamos veinte años tratando con Hawley.

Nora se secó otra lágrima. Si borraban el vídeo, Skip estaba perdido.

—¿Qué quiere hacer ahora? —preguntó Tenorio.

—Hemos venido aquí a repatriar estos restos —dijo Nora—, así que vamos a terminarlo. Al menos, hagamos un poco de justicia.

Tenorio asintió.

—Gracias. Voy a llevar este asunto ante el Consejo Tribal de los Isleta; no somos impotentes en este estado, eso se lo puedo asegurar. Usted y su hermano son verdaderos amigos del pueblo isleta.

—Se lo agradezco.

Trabajaron en silencio y Nora trató de no pensar en Skip. En cuanto hubieron cargado la segunda bolsa para cadáveres, Tenorio les estrechó la mano a ella y a Morrison, reiteró su promesa de ayuda y se fue.

Nora se volvió hacia Morrison.

—Lo llevaré al instituto y luego iré a Estancia a sacar a mi hermano de la cárcel.

—La acompaño —dijo Morrison.
—No es necesario.
—Quiero hacerlo, y no le vendrá mal un poco de apoyo.
Nora sintió una oleada de gratitud por aquel gesto inesperado.
—Gracias, Stan.

21

Los expedientes y las fotografías estaban extendidos sobre dos mesas largas de plástico en la cavernosa sala de pruebas de la oficina de Albuquerque. Corrie sabía que aquello era solo la punta del iceberg. Había al menos cuarenta cajas más apiladas a lo largo de la pared junto a las mesas. Nunca había visto un caso que hubiese generado ni siquiera una décima parte de ese material.

—¿Le parece un poco abrumador? —preguntó el agente Sharp, que estaba a su lado.

—Un poco, señor.

—¿Hace falta que le presente a los agentes Bellamy y O'Hara?

Sharp había incorporado a otros seis agentes al caso, incluyendo a Bellamy y O'Hara, y Corrie estaba bastante segura de que antes de que concluyera habría más.

—Ya nos hemos conocido, gracias —dijo Corrie, asintiendo a los dos, que le devolvieron el saludo con murmullos.

Bellamy y O'Hara eran más veteranos que ella y ya habían terminado el proceso de tutoría de tres años. Los había visto de pasada y le parecían agradables y muy entusiastas. Bellamy llevaba el pelo rapado y un traje azul, y O'Hara era similar, aunque más alto y delgado y con el pelo ligeramente más largo. Ambos estaban en

forma, eran rubios y de aspecto nórdico, y se parecían tanto que casi podrían ser hermanos.

—Como conozco mucho mejor el caso que ustedes —dijo el agente Sharp—, me he tomado la libertad de revisar rápidamente el material y seleccionar los expedientes más relevantes.

Se oyó un murmullo de agradecimiento. Sharp se situó junto a la primera mesa y se inclinó sobre la cabecera.

—He ordenado el material cronológicamente y voy a repasarlo para ponerlos al día. Por favor, no duden en interrumpirme con cualquier pregunta.

Todos asintieron.

—Ya conocen la historia básica: nueve excursionistas en una expedición de montañismo por la sierra de Manzano. Quedan atrapados por una ventisca que alcanzó su máxima intensidad el 31 de octubre de 2008, día de Halloween. Al no regresar el 3 de noviembre, se organiza una búsqueda. El 6 de noviembre, se descubre la tienda de campaña. Aquí hay fotografías del lugar tal como se encontró.

Media docena de fotos dispuestas sobre la mesa mostraban la tienda desde varios ángulos. Era de color verde oscuro y con capacidad de sobra para nueve personas. Estaba parcialmente desplomada y cubierta de nieve. La cremallera de la puerta delantera estaba abierta y el lateral de la tienda, orientado ladera abajo, aparecía rajado.

—Por desgracia, podrán observar que los buscadores iniciales lo pisotearon todo antes de que se hicieran estas fotografías, pero se descubrieron huellas más lejos.

Otra serie de fotografías mostraba huellas en la nieve, distorsionadas por el viento y el paso del tiempo, pero en algunas se veían claramente pies descalzos con la huella de los dedos. Otras

mostraban calcetines y algunas, botines de fieltro. Una serie de huellas mostraba una sola bota de montaña y otra, un par.

—Este —dijo Corrie, señalando— debe de ser Paul Tolland, el cadáver de la cueva que llevaba solo una bota.

—Es muy probable —respondió Sharp, que dio un golpecito en un papel—. Aquí hay un gráfico que resume las huellas. Tenemos dos con ambos pies descalzos, dos con calcetines, uno con un pie descalzo y un valenki, dos con valenkis en ambos pies, uno con un valenki y una bota, y uno con ambas botas.

Hizo una pausa.

—Parece que el que llevaba ambas botas, la novena víctima, es Rodney O'Connell, al que aún no se ha podido localizar.

Corrie pensó que llevar dos botas habría permitido a O'Connell recorrer más distancia.

—Salieron todos juntos de la tienda y fueron cuesta abajo hacia la línea de árboles.

—¿Alguna huella de yeti? —preguntó O'Hara entre un pequeño coro de risas.

—Lo crean o no, las buscaron —respondió Sharp—. La tienda estaba justo debajo de una cresta, en la cara este y a sotavento. Se había acumulado mucha nieve en ese lado y huyeron por allí. Pero en la cara oeste no había nieve debido a los fuertes vientos. Por tanto, es posible que hubiese huellas en ese lado, pero no lo sabemos. Las huellas de cualquiera que hubiese subido por la ladera oeste se habrían borrado. Ríanse todo lo que quieran, pero no podemos descartar esa teoría: algo o alguien apareció en la entrada de la tienda, y era tan aterrador que la rajaron para salir corriendo. Ese oso, puma, humano o yeti —esbozó una breve sonrisa— pudo haber subido por la ladera despejada.

Sharp fue hasta otro grupo de fotografías y documentos que había

sobre la mesa.

—En cualquier caso, los buscadores siguieron las huellas hasta la línea de árboles, situada aproximadamente a un kilómetro y medio. Allí hallaron los vestigios de una hoguera debajo de un cedro. —Sacó una fotografía que mostraba los restos de la hoguera cubiertos de nieve—. Y alrededor de ella había tres cuerpos totalmente congelados.

Cogió tres fotografías más y las alineó. Habían despejado la nieve alrededor de los cadáveres, que presentaban las posturas grotescamente contorsionadas en las que habían sido encontrados. Tenían un aspecto horrible: los ojos muy abiertos, la tez blanca por la escarcha, unas manos que no agarraban nada, muecas congeladas en sus rostros y vestidos solo con ropa interior.

—Andrew Marchenko… Henry Gardiner… Michael Mastrelano… —dijo Sharp—. Las tres primeras víctimas que descubrieron.

Cogió una carpeta cercana.

—Aquí están los informes de la autopsia. Solo mencionaré los puntos principales. Marchenko tenía quemaduras graves en el lado derecho de la cabeza; las manos y el torso llenos de cortes y rasguños, y el lateral de la parte inferior de la pierna también muy quemado.

Sacó fotos de la autopsia y Corrie hizo un esfuerzo por no reaccionar, y más aún por no apartar la vista.

—Aquí hay un estudio en tonos suaves del cedro y otro que muestra fragmentos de piel en la corteza rugosa. Parece que una de las víctimas trepó al árbol para romper algunas ramas inferiores y se raspó la piel. El ADN determinó que esa persona era Marchenko.

—Ahora, pasemos a Henry Gardiner. Tenía las espinillas con quemaduras graves y una herida de cuchillo larga y muy superficial en el lado exterior del muslo derecho. La herida es *post mortem*, por

cierto.

Más primeros planos.

—Michael Mastrelano tenía quemaduras de tercer grado en las plantas de los dos pies.

Sharp hizo una pausa.

—¿Alguna pregunta?

Corrie tenía un millón, pero decidió esperar hasta el final de la sesión informativa. Los demás guardaron silencio.

—Continuemos, pues. Los buscadores siguieron seis conjuntos de huellas en la nieve, que iban directamente hacia el norte desde la ubicación de la hoguera, más o menos a lo largo de la cresta de las montañas. El rastro era difícil de seguir, pero unos cuatrocientos metros más adelante se toparon con otro cuerpo congelado: el de Amanda van Gelder.

Más fotos mostraban un cuerpo grotescamente deformado.

—Van Gelder tenía el cabello bastante quemado en un lado de la cabeza.

Todavía más fotografías. En una aparecía una mujer con el pelo largo y negro, tendida boca abajo en la nieve, y en la otra su cuerpo congelado boca arriba. Llevaba valenkis y leotardos, un sujetador deportivo y una camisa de lana hecha jirones, pero no guantes.

—¿Se han fijado en que la camisa de lana tiene un corte en el lateral? Era de Michael Mastrelano y, al parecer, se la quitaron para intentar abrigarse más.

«¿Se la quitó quién?», pensó Corrie. Eso elevaba su cuenta de preguntas a un millón y una.

Sharp no había terminado de enseñar fotos.

—Ahora llegamos a las dos últimas víctimas originales. El primer equipo de búsqueda no halló más cuerpos, ya que hubo más tormentas de nieve, que borraron las huellas e hicieron imposible

continuar. A estos dos no los descubrieron hasta principios de mayo, siete meses después, cuando la nieve empezó a derretirse. Son Lynn Martínez y Luke Hightower. Los cuerpos estaban boca abajo, uno sobre el otro, en el lecho rocoso de un arroyo al fondo de un barranco.

Las fotos mostraban los cuerpos en esa posición y luego dados la vuelta. A Martínez le faltaban los ojos y tenía la boca abierta, lo cual permitía apreciar la ausencia de lengua. A Hightower también le faltaba un ojo y tenía el cráneo extrañamente deformado. Ambos llevaban más ropa que las víctimas anteriores: valenkis, pantalones y chaquetas de plumas.

—Aquí están los puntos clave de los informes del forense para estas víctimas. Ambos sufrieron importantes lesiones por aplastamiento. El forense señaló, y cito textualmente: «Lesiones que normalmente solo vemos en una persona que ha sido arrollada por un camión a toda velocidad». Martínez tenía el pecho aplastado y las costillas incrustadas en los pulmones y el corazón. La cabeza de Hightower también estaba aplastada, con trozos de cráneo incrustados en el cerebro. Ambas lesiones habrían sido incapacitantes, si no mortales; sin embargo, la piel no estaba desgarrada. Esas lesiones debieron de producirse en el lugar donde encontraron los cuerpos, a menos, claro, que alguien los moviera, de lo cual no había pruebas. El forense no pudo determinar con certeza cuál fue la causa directa de las lesiones.

Se dirigió al final de la primera mesa.

—Esto nos conduce a las nuevas víctimas que descubrió la agente Swanson. Todavía no les han practicado la autopsia ni las han identificado formalmente, pero apenas hay dudas de que se trata de Paul Tolland y Gordon Wright.

Primero, Corrie se sorprendió y luego se sintió complacida de

llevarse el mérito, aunque procuró no mostrar ninguna reacción.

Sharp miró lentamente a cada uno de los agentes.

—¿Alguna pregunta?

—¿Qué hay de la radiactividad? —preguntó Corrie.

—Por alguna razón que nunca se ha aclarado, enviaron muestras de ropa de las seis primeras víctimas para que las sometieran a pruebas de radiactividad. Detectaron plutonio 239, uranio 235, polonio 210 y tritio en concentraciones muy bajas. No son peligrosas, pero desde luego tampoco algo natural.

—¿Se propuso alguna teoría? —preguntó O'Hara.

—¿Se refiere a teorías legítimas? Solo una: que era contaminación proveniente de la Base Aérea de Kirtland, donde se almacenan armas nucleares. Da la casualidad de que esos radionúclidos son los componentes clásicos de un arma termonuclear. Una de las teorías sostenía que las fuerzas aéreas estaban probando algún arma secreta, las pruebas salieron mal y, por alguna razón, contaminaron la ropa de algunos excursionistas.

—¿Investigó el FBI si hubo ensayos armamentísticos? —preguntó Corrie.

Sharp la miró un momento.

—Sí, lo hicimos, y no había nada: ni pruebas, ni indicios de pruebas, ni desarrollo secreto de armas.

—¿Y si era altamente clasificado? —insistió Corrie.

—En otras palabras: ¿las fuerzas aéreas nos mintieron? —Se encogió de hombros—. Es posible. Lo que sí sabemos es que en Kirtland no prueban armas, nunca lo han hecho y nunca lo harán. Todas las pruebas armamentísticas las llevan a cabo en el campo de misiles de White Sands, más al sur y a corta distancia en avión desde Kirtland.

—¿El FBI realmente se planteó una teoría sobre el Yeti? —preguntó

Bellamy.

—Tuvimos en cuenta todas las teorías. De hecho, las incluimos en un catálogo que tengo aquí mismo. —Dio un golpecito a un voluminoso archivador—. Las setenta y cuatro.

—¿Setenta y cuatro? —preguntó Corrie sorprendida.

—Y subiendo. Mencionaré algunas de las más destacadas. Pueden leerlas después; las hay bastante entretenidas.

»Uno: ovnis. Eso explicaría que huyeran despavoridos, la radiación y las extrañas quemaduras en algunas partes corporales.

»Dos: avalancha. La tienda quedó sepultada por una pequeña avalancha, se asustaron y cortaron un lateral para salir. Luego se refugiaron en los árboles. Intentaron calentarse con una hoguera improvisada, pero el frío y el viento eran demasiado intensos y algunos murieron congelados. Los vivos les quitaron la ropa a los cadáveres, se dirigieron al norte y fueron muriendo por el camino. Pero no había indicios de una avalancha en el lugar.

—¿Por qué fueron hacia el norte? —preguntó O'Hara.

Era la misma pregunta que Corrie le había hecho a Watts.

—Nunca pudimos responder a eso. No hay nada al norte, excepto una franja de tierra india y Kirtland, rodeada por una doble valla.

»Sigamos. Tres: drogas. Los nueve excursionistas ingirieron alguna sustancia alucinógena potente que los volvió locos. Pero se realizaron análisis para detectar todo tipo de drogas y toxinas en su organismo y los resultados fueron negativos.

»Cuatro: asesinato. Quizá invadieron tierra sagrada y los atacaron, persiguieron y mataron a modo de represalia. O puede que agentes rusos de la KGB que espiaban Kirtland o el arsenal nuclear encontraran la tienda, salieran tras ellos y los asesinaran.

»Cinco: viento catabático. Es una tipología inusual de viento repentino, extremadamente frío y huracanado que puede formarse

en las montañas. Pudo haber golpeado la tienda y haberlos obligado a huir.

»Seis: infrasonido. Vientos fuertes arremolinándose alrededor del pico pudieron haber creado lo que se conoce como una calle de vórtices de Von Kármán y generar un sonido aterrador de baja frecuencia que los llevó a enfrentarse a la tormenta para escapar de él.

—¿Calle de vórtices de Von Kármán? —preguntó Bellamy—. ¿Qué demonios es eso?

—Si no les gusta el nombre, hablen con los meteorólogos. Siete: fluctuación gravitatoria. Una fluctuación local súbita y violenta en la gravedad afectó al grupo, posiblemente arrastrándolos hacia arriba o incluso fuera de la tienda.

»Ocho: intoxicación por monóxido de carbono. El hornillo con el que cocinaban producía monóxido de carbono, que pudo haber llenado la tienda, haberlos obligado a salir y haber contaminado su sistema nervioso hasta el punto de la irracionalidad. Resultado: locos en la tormenta.

»A partir de ahí, las teorías se vuelven más extravagantes. Un vórtice temporal, un experimento de teletransportación, histeria ártica, *folie à neuf*, una pelea entre el grupo, intoxicación por metanol… Más otros cincuenta y nueve escenarios, todos resumidos en este archivador.

—Había dos mujeres en el grupo —dijo Corrie—. ¿Alguna salía con uno de los hombres?

—Es una pregunta interesante. No había pruebas de interés o vínculo afectivo entre los miembros del grupo. Tampoco indicios de conflictos o problemas anteriores. Por lo que se sabía, se llevaban bien y ya habían ido de acampada juntos. Y no se trataba de aficionados: todos eran montañeros, excursionistas y esquiadores

muy experimentados. Sabían que el clima en esas montañas era peligroso en noviembre, y debían ir preparados con toda la ropa necesaria. Pero la mayoría de esas prendas se quedaron en la tienda.

—Es una historia de locos —murmuró el agente Bellamy.

Sharp arqueó una ceja como diciendo: «Una observación muy perspicaz, sin duda». Luego se aclaró la garganta y continuó.

—Este nuevo hallazgo, dos cuerpos con indicios de una pelea con cuchillos, no ha aclarado nada; al contrario, solo ha agrandado el misterio. Si encontráramos el cuerpo de Rodney O'Connell, el noveno y último, tal vez obtendríamos alguna pista sobre qué los hizo salir corriendo. Sabemos por viejas entrevistas que él era el cronista de la expedición, y dado que no se han localizado ni la cámara ni el diario, es posible que estén con su cuerpo, si es que aún existen. Y lo que necesitamos desesperadamente es esa pista, porque ese es el problema fundamental aquí, al menos en mi opinión: algo apareció en la entrada de la tienda, algo tan aterrador que, en lugar de afrontarlo, cortaron la tela y huyeron despavoridos hacia una muerte segura.

Hizo una pausa.

—Así que, damas y caballeros, vamos a trazar un plan de acción y pongámonos manos a la obra.

22

La enfurecida Nora estaba en el aparcamiento de la oficina del sheriff. Desde las montañas, Stan y ella habían ido directamente a Estancia, la capital del condado de Torrance, para averiguar qué estaba ocurriendo con su hermano. Nunca había visitado la ciudad. Se encontraba al este de la sierra, donde comenzaba el Llano Estacado de Nuevo México, extensas praderas salpicadas de lagos secos y cubiertas de depósitos blancos de álcali. La ciudad le resultaba inquietante: una cuadrícula de casas prefabricadas barridas por el viento y rodeadas de vallas de tela metálica con perros que gruñían. Muchas casas estaban abandonadas y en ruinas. Eran las seis de la tarde y el sol empezaba a ocultarse en un cielo gris. El viento estaba arreciando y vio un envoltorio grasiento de McDonald's deslizándose y rodando por el aparcamiento.

Había intentado entrar en la oficina del sheriff, pero se lo habían impedido bruscamente, y solo le confirmaron que la lectura de cargos y la audiencia para estipular la fianza de Skip se celebrarían a la mañana siguiente en el tribunal de primera instancia. Stan se despidió de ella e hizo autostop hasta que un electricista lo llevó de vuelta a Santa Fe. Al parecer, Skip pasaría la noche en la cárcel, y Nora no podía hacer nada hacer al respecto.

Pasó un buen rato sentada en el coche y miró el teléfono antes de marcar el número de Corrie.

—Hola, Nora —dijo—. ¿Qué pasa?

—Llamo porque tengo un problema.

—¿Qué clase de problema?

Nora detectó la preocupación en la voz de Corrie y sintió una punzada de aprensión; no sabía cómo reaccionaría a tan complicada noticia. Se habían hecho amigas, sí, pero a veces discrepaban, al menos profesionalmente.

—Ayer tuve una reunión con el Consejo Tribal de los Isleta —dijo Nora—. Me pidieron que los ayudara a repatriar los restos de la cueva.

—Ajá —dijo Corrie.

—Y lo hice.

—¿Hiciste qué?

—Esta tarde he ido a la cueva con un miembro del Consejo Tribal, he desenterrado los restos y se los ha llevado.

Hubo un largo silencio.

—¿Y eso quién lo autorizó?

—Corrie, ahora me doy cuenta de que debería haberte llamado, pero también sé que te habría puesto en un aprieto si te lo hubiera dicho con antelación.

Otro largo silencio.

—Vale, pero conseguiste que el Servicio Forestal, o Interior, o alguna otra agencia federal lo autorizara, ¿verdad?

—No, no lo hice. Por mi experiencia, las tribus tardan meses o más en repatriar restos encontrados en tierras federales. La burocracia es una locura. Este es un caso claro en el que los isleta son la tribu que tiene la custodia y se aplican las normas de la NAGPRA. Los universitarios habían profanado la cueva, por no

mencionar la desaparición violenta de las dos víctimas de la Montaña Muerta. Los espíritus de sus ancestros estaban alterados. Corrie, ellos se toman sus creencias religiosas tan en serio como cualquier sacerdote. Mi responsabilidad moral era recuperar esos huesos antes de que sufrieran más perturbaciones o los robaran.

—¿O sea que fuiste allí, desenterraste los huesos y se los entregaste a la tribu?

—Sí.

Oyó un largo suspiro al otro lado del teléfono.

—Bueno, no sé si esto concierne al FBI. Hablaré con mi supervisor, pero creo que nuestra postura será que es un asunto entre tú y, no sé, el Servicio Forestal o las fuerzas del orden locales.

—Hay una complicación —dijo Nora.

Un breve silencio.

—Continúa.

—El sheriff intentó impedirnos físicamente la retirada de los restos. Decía que eran propiedad federal. Cuando nos bloqueó el paso, mi hermano Skip empezó a grabarlo en vídeo. El sheriff me tiró al suelo y se abalanzó sobre el teléfono y Skip lo empujó. Entonces Hawley lo detuvo y le confiscó el móvil.

—¿El sheriff te tiró al suelo? ¿Estás bien?

—Sí, pero Skip está en la cárcel y tienen su teléfono. Me preocupa que borren el vídeo, ya que el sheriff asegura que nunca me tocó. Skip solo actuó para defenderme, pero Hawley dice que se golpeó la cabeza con una roca y amenaza con acusarlo de intento de asesinato.

Ahora el silencio se prolongó unos treinta segundos. Finalmente, Corrie habló.

—Vaya lío. Nora, esto no es propio de ti. Se supone que tú eres la sensata, la que sigue las reglas, y yo la impulsiva. Y sin embargo,

aquí estás, robando huesos y metiéndote en una refriega con un sheriff.

—¡No robé nada! Lo que hice estaba totalmente amparado por la ley NAGPRA. Y era lo correcto.

—Claro que era lo correcto —dijo Corrie—. Pero, Nora, vivimos en el mundo real, donde lo correcto no siempre es lo inteligente. Créeme, lo he aprendido por las malas. Pensaba que eras más astuta.

—No voy a disculparme por un comportamiento éticamente correcto —dijo Nora, acalorada—. ¡Sobre todo cuando se trata de la dignidad de los nativos americanos y sus derechos religiosos!

—¡Eh, no me sermonees como si fuera una retrógrada! Estoy totalmente de acuerdo con esos puntos de vista, pero, por el amor de Dios, Nora, ¡tu hermano se metió en una pelea con un sheriff!

Nora tragó saliva e intentó recomponerse.

—Mira, sé que he creado un problema, pero voy a necesitar ayuda. Skip está en un lío muy gordo. Eres del FBI; espero que puedas intervenir, calmar la situación o utilizar tu influencia para que retiren los cargos.

—¿Estás de broma? El FBI no puede intervenir ni por asomo. Lo siento mucho, pero tendremos que desautorizar tu operación clandestina de forma clara e inequívoca.

—¿No me ayudarás? ¿Y si el sheriff borra el vídeo? Ese cabrón es un corrupto, y lo sabes.

—No podemos intervenir de ninguna manera. Lo siento. De verdad, de verdad desearía que hubieras acudido a mí primero. Esto va a salir en todos los noticiarios, y yo voy a quedar mal por haberte traído.

—¿Que vas a quedar mal? ¡Me gustaría recordarte que si no me hubieras pedido ayuda, mi hermano no estaría ahora mismo entre

rejas!

Hubo una breve pausa cargada de tensión.

—Lo siento. Tienes que buscarle un buen abogado a Skip, porque si Hawley sigue adelante con la acusación de intento de asesinato… —Hizo una pausa, y Nora la oyó hablar con alguien—. Nora, tengo que dejarte. Quantico está a punto de enviarnos el examen odontológico de los dos cuerpos.

Nora bajó el móvil. Le temblaba la mano y tenía náuseas. Al mirar hacia el aparcamiento vio cómo el grasiento envoltorio de McDonald's volvía a girar en círculos, rozando el asfalto, arrastrado por el viento incesante del Llano Estacado.

Levantó el teléfono y llamó a Tenorio.

23

—Desvíese a la derecha en la carretera 69 —dijo Sharp— y sígala hacia el norte durante un kilómetro y medio aproximadamente. La entrada no está mucho más allá del Cementerio Masónico.

Una vez más, Corrie conducía el Tahoe y su mentor iba de copiloto. Había un trayecto de tres horas desde Albuquerque hasta Trinidad, Colorado, y Sharp no había pronunciado más que unas pocas palabras en la última hora, en su mayoría indicaciones. Ella le había hablado de la excavación no autorizada de Nora y del arresto de Skip, y su reacción había sido, cuando menos, opaca. Asintió con brusquedad, murmuró que no era problema del FBI y se quedó en silencio. A medida que avanzaba el viaje, Corrie le había echado algunas miradas furtivas, y él parecía profundamente dormido, pero no creía que fuera el caso. En momentos como ese, casi le recordaba a un lagarto fibroso que podía permanecer inmóvil una eternidad y de súbito atacar a la velocidad del rayo.

«Solo una cosa más, agente Sharp… ¿Hace falta que se lo recuerde?», rememoró las últimas palabras de García y, de nuevo, se preguntó qué significaban.

Casi todos los familiares de las víctimas de la Montaña Muerta vivían en Albuquerque o alrededores. Paul Tolland padre era uno de

los pocos que, a contracorriente, se habían mudado más lejos. Tras cinco años desde la desaparición de su hijo, él y su esposa se instalaron en una urbanización de Colorado. Cinco años después, su esposa también falleció.

Los Wright figuraban asimismo en su lista de visitas que realizar, pero vivían más cerca de Santa Fe, y Sharp pensó que sería mejor hablar con ellos a la vuelta. Mientras tanto, los otros agentes principales, Bellamy y O'Hara, junto con otros que Sharp había reclutado, se ocuparían del arduo trabajo de volver a entrevistar a todas las personas relacionadas con el caso, empezando por las familias de aquellos cuyos cuerpos se encontraron primero. Corrie no estaba segura de cuál de esas tareas habría preferido que le asignaran.

Trinidad resultó ser una ciudad agradable, con un barrio histórico y suficientes mesetas, senderos y galerías de arte para satisfacer a los turistas que iban a pasar el día. Más adelante divisó la cuidada entrada a la urbanización de Tolland, llamada Piñón Canyon Estates, y se detuvo en la garita. Le dijo su nombre a la mujer que estaba dentro, esperó mientras llamaba por teléfono y luego siguió las indicaciones. Sabía que podrían haberse presentado sin previo aviso y haber mostrado las placas, pero Sharp había vetado la idea. «Es mejor que sepa que vamos —había dicho su mentor—. Conocerá el motivo y le dará tiempo a prepararse».

Corrie aparcó en una plaza reservada para visitas y bajaron del coche. La residencia de Tolland era una casa adosada esquinera, ordenada y discreta, salvo por los lujosos ventanales en arco que tenía en dos lados. Estaba pintada con los colores aprobados por la comunidad. Mientras observaba, Corrie recordó la pregunta que le había hecho antes a Sharp: ¿por qué iban precisamente ahora, cuando el forense no había practicado todavía la autopsia? «El FBI

está al servicio de la gente, y debemos demostrar que nos importa —fue su respuesta—. Y el hecho es que sí nos importa. Ahora que contamos con una identificación clara, es nuestro deber informar a los familiares directos, en persona y sin demora».

Sharp subió los escalones de entrada y pulsó el timbre. Corrie, que iba detrás, vio una serie de agujeros pintados debajo del ventanal más cercano y le hicieron pensar que en su día hubo una jardinera colgada allí, tal vez antes de que la esposa de Tolland falleciera.

—Agente Swanson —dijo Sharp en voz baja—, me ocuparé yo mismo de esta entrevista, si no le importa.

Corrie no se esperaba aquello, y aunque no es que ansiara dar la noticia, fue consciente de que en realidad sí le importaba. ¿Por qué no se lo había comunicado antes? Había pasado casi todo el viaje repasando mentalmente lo que diría. Pero entonces, el pomo de la puerta empezó a girar, se oyó un leve crujido de burletes y apareció en el umbral un hombre alto y encorvado.

La agente se recordó que antes era endodoncista, y de mucho éxito. Cuando era un hombre de mediana edad, debía de medir un metro ochenta y cinco, o tal vez un poco más. Pero la edad, la cifosis y la tragedia habían encogido su figura. Llevaba un cárdigan con una camisa de vestir, una corbata y unos pantalones de lana bien planchados. Mientras Sharp hacía las presentaciones, Corrie observó a Tolland lo más disimuladamente que pudo. Tenía los ojos rojos y un poco legañosos, pero no creía que fuese de haber llorado. Se preguntó si se había puesto la corbata por ellos.

—¿Hay alguien más en casa, algún familiar, quizá, que le gustaría que estuviera presente en esta conversación? —preguntó Sharp.

El hombre negó con la cabeza. Utilizando pocas palabras —como muchos médicos, Tolland parecía acostumbrado a hablar con brevedad—, los hizo pasar a una sala de estar ordenada y bien

equipada. Les ofreció té y café, que ambos declinaron. Mirando a su alrededor, Corrie no detectó lo que antaño habría calificado de toque femenino.

Tolland esperó a que ambos estuvieran sentados y a continuación ocupó el que obviamente era su sillón favorito; en la mesita contigua había un par de revistas y un libro sobre historia de Roma con el lomo despegado.

—Doctor Tolland —prosiguió Sharp—, me saltaré las trivialidades e iré al grano, ya que parece usted una persona que lo agradecerá.

Él asintió.

—Sin duda sabrá que hace poco se han hallado dos cuerpos en la sierra de Manzano, la zona donde se produjo el incidente de la Montaña Muerta. —Hizo una pausa de tan solo un segundo—. Sentimos mucho informarle de que una de esas dos personas ha sido identificada como su hijo Paul. La agente Swanson y yo queremos expresar nuestras más sinceras condolencias.

Corrie miró a su mentor, que estaba sentado en el otro extremo del sofá con las piernas cruzadas. No es que se hubiera puesto cómodo, exactamente, pero tampoco tenía la postura atenta y con las manos entrelazadas que ella habría adoptado. Hablaba como siempre, con cierta formalidad pero sin adornos innecesarios, y el método pareció funcionar: mientras Sharp hablaba, el doctor Tolland se relajó visiblemente en el sillón. Las manos, que estaban agarradas a los reposabrazos, perdieron parte de su rigidez.

Sharp se quedó en silencio para dejar que su anfitrión asimilara lo que en el fondo de su corazón ya sabía. Eso también sorprendió un poco a Corrie; ella quizá habría esperado a que los hechos salieran a la luz para llenar un hueco incómodo. Pero Sharp permitió —o al menos, pareció permitir— que Tolland dirigiera la conversación.

Al cabo de un minuto, el cirujano dental se aclaró la garganta.

—Han pasado cinco días desde que encontraron los cuerpos, o puede que seis, ya que nadie nos ha dado una cronología clara.

Sharp asintió.

—Si mi hijo Paul era uno de los dos que encontraron, ¿por qué me estoy enterando ahora?

—Porque, doctor Tolland, nuestra política es no informar a los familiares hasta que contamos con una identificación definitiva, y no llegó hasta anoche.

—¿Registros dentales? —preguntó Tolland bruscamente, sus manos tensándose de nuevo sobre los reposabrazos.

—Exacto. Fue entonces cuando nuestro laboratorio en Quantico acabó de cotejar los registros dentales con los restos. Usted es la primera persona a la que hemos informado, y hasta que haya un comunicado de prensa oficial, no se lo diremos a nadie. —Hizo una pausa—. Naturalmente, estoy dispuesto a responder a cualquier pregunta que pueda tener.

Corrie se maravilló ante el estilo conciso pero relajado con que Sharp presentó la información. Parecía un mensaje sin editar, lógico, frío y suave como el mármol; pero, igual que el mármol, resbaladizo y dejando poco margen para más cuestiones.

Tolland asintió con lentitud mientras lo asimilaba.

—¿Dice que no tuvieron una identificación definitiva hasta ayer noche?

—Así es.

—¿Y por qué tardaron tanto?

Sharp aceptó la pregunta directa sin inmutarse.

—Doctor Tolland, es complicado describir el proceso que debemos seguir en estos casos sin sonar un poco fríos y robóticos. Por supuesto, nuestra máxima preocupación era que los restos se tratasen con el mayor cuidado y dignidad. Solo eso, retirarlos de la

cueva donde se descubrieron, llevó más de un día.

—Eso todavía deja cuatro días.

La voz de Tolland tembló ligeramente al hacer esa afirmación. Hasta el momento había mostrado una gran serenidad, y Corrie rezó para que no se desmoronara.

—Para ser exactos, tres, o un poco menos. Luego tuvimos que recuperar los registros dentales de su hijo, proceso que duró dos días, y finalmente nuestro laboratorio los comparó con las radiografías que tomamos de los restos.

—Imagino que encontraron alguna identificación con el cuerpo.

Sharp mantuvo el mismo tono de voz y la postura semirrelajada.

—Sí, pero en una investigación de esta índole, un carnet de conducir o similar no se considera oficial o legal. Se podrá imaginar el dolor innecesario que causaríamos si cometiéramos un error.

—No me pidieron que identificara el cuerpo —dijo Tolland.

—No estaba en condiciones para una identificación.

Tolland se quedó muy quieto unos instantes y luego añadió:

—¿Puede decirme cómo murió?

—Todavía no. Debemos esperar a la autopsia. Sabremos más en un plazo de veinticuatro a cuarenta y ocho horas. Este caso es nuestra máxima prioridad.

—¿No puede decirme nada más? —insistió Tolland.

A Corrie le parecía cada vez más agitado y se preguntó si era una reacción normal. Daba la sensación de que Tolland tenía algo en mente.

—Desde luego. —Casi imperceptiblemente, Sharp aceleró el ritmo al hablar—. Ahora que su hijo ha sido identificado, puedo ofrecerle algunos datos más, aunque le pediría que no los compartiera, ya que son preliminares y también confidenciales para la investigación. Él y otro de los excursionistas buscaron refugio en una cueva situada

unos tres kilómetros al norte de la hoguera improvisada donde aparecieron las tres primeras víctimas.

—¿Mi hijo y el otro murieron congelados?

—Es poco probable. Parece que hubo una pelea.

—¿Una pelea? ¿Qué clase de pelea?

—Había un cuchillo.

—¿Quiere decir que mi hijo murió apuñalado?

—Presentaba una herida mortal causada por un cuchillo, sí.

Tolland se puso colorado.

—¿Quién lo hizo? ¿La otra persona? ¿Quién era?

—Todavía no podemos decirle la identidad de la otra persona, y no sabemos qué pasó. Tenemos que esperar a la autopsia. No puedo añadir nada más. La otra víctima también presentaba heridas de cuchillo.

—¿Los atacaron a ambos?

—Parece más probable que pelearan entre ellos, pero, de nuevo, son especulaciones.

Tolland lo miró con incredulidad.

—Mi hijo no se ha acercado a un cuchillo desde… ¡Desde lo que ocurrió en octavo curso! ¡Apenas soportaba tocar uno!

Sin inmutarse, Sharp preguntó en voz baja:

—¿Qué ocurrió en octavo curso?

—¡Estaba jugando al *mumblety-peg* y le clavó un cuchillo en el dedo a su mejor amigo! —respondió Tolland, casi gritando.

—Lo siento mucho —dijo Sharp, y continuó como si la información no tuviera demasiada relevancia—. Como he dicho, no podremos determinar la causa de la muerte ni reconstruir por completo lo sucedido hasta que las autopsias hayan finalizado, pero usted será el primero en conocer los resultados. Ahora debo preguntarle una cosa, doctor; sé que lo entrevistaron hace años, pero puede que

queramos hablar de nuevo con usted. De hecho, lo haremos. ¿Estaría dispuesto a ayudarnos?

Tolland respiró hondo y asintió de nuevo muy lentamente.

—Claro que sí —dijo. Entonces, tras un momento de vacilación—: Gracias por venir a darme la noticia.

Los dos agentes volvieron al Tahoe, salieron de la urbanización, cruzaron la ciudad y se incorporaron a la I-25 antes de que Sharp hablara.

—¿Qué opina, agente Swanson?

—La historia del cuchillo es interesante. ¿Qué es el *mumblety-peg*?

—Es un juego de niños anticuado en el que compiten dos personas. Algo así como las canicas, pero con un cuchillo. —Sonrió irónicamente—. Se ponen uno frente al otro y se turnan para hundir el cuchillo en el suelo, intentando que se quede clavado entre ellos. Ya no se juega mucho, por razones bastante obvias.

—Me ha dado lástima ver cuánto sufre después de tantos años.

—Sí, pero, como he dicho antes, estamos aquí para servir a la gente y tenemos que demostrar que nos importa. Acabamos de hacer precisamente eso. Esperemos que el doctor Tolland obtenga algo de consuelo, o una conclusión, gracias a lo que hemos podido decirle. Además —dijo tras una pausa considerable—, aparte de mostrar nuestra preocupación, de esas reuniones puede surgir información valiosa. En su dolor y conmoción, las personas que están pasando por un duelo a veces revelan cosas que de otro modo no contarían.

—Comprendo, señor.

—Podríamos investigar más a fondo lo del cuchillo. Si hay antecedentes penales, lo más probable es que sean confidenciales

por tratarse de un menor, pero tal vez no. En todo caso, si lo que ha dicho Tolland es cierto, su hijo no parece la clase de persona que empuñaría un cuchillo con ira. —Sharp se la quedó mirando—. ¿Ha advertido alguna otra revelación novedosa?

Corrie frunció el ceño. No estaba segura de a qué se refería exactamente.

—¿Perdón?

—Por ejemplo, aunque es obvio que vive solo, utilizó el plural: «Nadie nos ha dado una cronología clara». Ese «nos» significa que el grupo de apoyo de la Montaña Muerta se ha reactivado. Causaron bastantes problemas durante la investigación inicial. No es de extrañar, pero debemos estar preparados.

Y con esa declaración un tanto premonitoria, se quedó en silencio. Cuando dejaron atrás Ratón, Corrie no pudo contenerse más.

—¿Y usted, señor?

Sharp se despabiló.

—¿Yo qué?

—¿Ha captado alguna revelación nueva?

No pensaba renunciar a la oportunidad de interrogar al interrogador.

—Al margen de lo que ya hemos comentado, nada. —Dejó pasar unos cuantos kilómetros de carretera antes de continuar—. Al menos, nada relacionado con el caso.

—¿De qué se trata, entonces?

—Swanson, a veces, cuando menos me lo espero, algo me recuerda mi humanidad, y me ha vuelto a ocurrir durante esa conversación.

—¿En qué momento?

—Cuando el doctor Tolland se tensó tan bruscamente en el sillón.

Corrie no necesitaba que se lo recordara; el movimiento había sido

bastante evidente. Pero ¿y qué? Estaban dándole una noticia trágica. Pensó un poco más.

—Fue justo después de que adivinara que la identificación se realizó mediante los registros dentales.

—Exacto. —Al ver que Corrie no respondía, añadió—: Puede que me equivoque, por supuesto. Pero recuerde que antes de jubilarse, Tolland era endodoncista. Creo que en ese instante estaba imaginándose a sí mismo llevando a cabo la identificación dental de su hijo.

«Dios mío». Corrie quitó una mano del volante y se la limpió en la manga.

Ahora que su descanso se había visto interrumpido, Sharp aprovechó para coger una carpeta del asiento trasero.

—Como dijo Job, los humanos nacen para sufrir, tan cierto como que las chispas vuelan. Y ahora nos encontramos llevando sufrimiento a los Wright. —Abrió la carpeta y la examinó un momento—. Si quiere, puede tomar la iniciativa en esta ocasión.

Corrie frunció los labios mientras conducía hacia el sur, recordándose a sí misma que, en el futuro, debía tener más cuidado con lo que deseaba.

24

Nora dejó el coche en el maltrecho aparcamiento y entró en la oficina del sheriff del condado de Estancia, un edificio endeble de paneles de estuco marrón que se erguía bajo un cielo gris. Había previsión de nieve y Nora quería llevar a Skip a casa antes de que empezaran a caer los primeros copos.

Skip había pasado la noche en la cárcel y ella no pudo hacer nada al respecto. Gracias a Dios, la comparecencia se había celebrado aquella mañana. De no ser por el abogado que contrataron los isleta para representarlo, Skip seguiría en su celda.

Encontró a Skip esperando con su nuevo abogado en unas sillas de plástico del diminuto vestíbulo. Cuando Nora entró, él se levantó de un brinco y la abrazó como un niño. De repente, a Nora la invadió el recuerdo de Skip abrazándola en busca de consuelo tras haber estado en el despacho del director por alguna infracción.

Skip la soltó y ella se giró para saludar a su abogado, que tenía un aspecto llamativo. Era alto y delgado, con una melena negra, la piel oscura y la tez arrugada, y llevaba un traje y una corbata de buena calidad.

—Edward Lightfeather —dijo, estrechándole la mano—. Encantado de conocerla. El señor Tenorio me ha hablado mucho de usted.

Nora tenía una docena de preguntas que hacer, pero incluso antes de que pudiera hablar, Lightfeather sonrió y se llevó un dedo a los labios.

—Vayamos a un lugar tranquilo y seguro para charlar.

Subrayó la palabra «seguro» de forma muy sutil.

—Sí, gracias.

—¿Le parece bien, Skip? —preguntó el abogado.

—Claro. Oye, Nora…

Lightfeather le dio un apretón en el hombro a Skip.

—Luego.

Salieron al aparcamiento de aquel pueblo dejado de la mano de Dios y Lightfeather se detuvo en la puerta de su Porsche 911 para entregarle una tarjeta a Nora.

—Comeremos a la una en el Cervantes Club de Aztec Boulevard, en Albuquerque. —Metió la mano en el coche y sacó una corbata—. Para usted.

Skip la cogió.

—¿Qué clase de sitio es ese?

—Tranquilo. Privado.

Lightfeather se montó en el coche y arrancó con un rugido, dejando una nube de polvo, y Nora fue hacia la camioneta seguida de Skip. Deslizándose en el asiento del conductor, Nora se volvió hacia él.

—Lo siento mucho, hermana —dijo Skip con voz quebradiza y los ojos llenos de lágrimas.

Nora suspiró.

—Me estabas defendiendo. ¿Cómo voy a enfadarme?

Skip alzó la corbata.

—¿Tenemos que hacer esto? Yo solo quiero irme a casa y dormir. He estado encerrado en una celda con un borracho apestoso que se

ha pasado la noche tirándose pedos. Al menos no intentó…

—¡Skip, demasiada información! Limitémonos a hacer lo que él diga. Lightfeather es un abogado de primera.

Skip asintió con pesar.

Había un trayecto de una hora hasta Moriarty y luego tendrían que cruzar el cañón de Tijeras hasta Albuquerque. El Cervantes Club —Nora había oído hablar de él, pero nunca había estado allí— se encontraba en la última planta de uno de los edificios más altos de Albuquerque. En el ascensor, Skip se puso la corbata. Nora se alegró de haberse vestido bien para el viaje a Estancia, pero su hermano tenía un aspecto horrible: sin afeitar, con el pelo revuelto y la ropa sucia de cavar en la cueva. Pero si a Lightfeather no le importaba, a ella tampoco.

Entraron en el restaurante, donde reinaba un ambiente sosegado y discreto, y vieron a Lightfeather sentado a una mesa junto a la ventana. Les hizo un gesto para que se aproximaran, se levantó y le arrimó la silla a Nora. Skip se sentó al otro lado.

—Lo siento —dijo Skip—. Debo de parecer un vagabundo.

—No se preocupe —respondió Lightfeather con una sonrisa—. A menudo traigo a mis clientes aquí para ayudarlos a recuperarse tras una o dos noches en la cárcel. Bien, antes de empezar, debo hacerle una pregunta: ¿podemos hablar libremente sobre el caso delante de su hermana?

—Por supuesto.

—De acuerdo. Pero antes pidamos algo de beber. —Levantó un dedo y un camarero se acercó rápidamente—. Nora —dijo—, ¿qué le apetece?

—Café solo.

Lightfeather parecía decepcionado.

—¿Nada más?

—No, gracias.

—Yo tomaré una cerveza Nuckolls —terció Skip.

—Lo de siempre —indicó Lightfeather al camarero, que enseguida los dejó solos.

—¿Qué tal la comida en la cárcel? —preguntó Lightfeather—. ¿Pidió la tarta de fresa de Betty's?

Skip no pudo evitar reírse.

—Ya sabe que no. —Se volvió hacia Nora—. La cárcel no tiene cocina, así que te dejan pedir en Betty's Café. Lo único que no puedes pedir es la tarta de fresa. Es una norma de la cárcel. El resto de la oferta es… espantosa.

En ese momento llegaron las bebidas; la de Lightfeather resultó ser un martini solo con dos aceitunas y hielo picado. Luego pidieron la comida. Nora no tenía mucha hambre y eligió una ensalada nizarda. Skip optó por el filete «cowboy», el plato más caro de la carta, su práctica habitual cuando pagaba otro. Lightfeather pidió lo mismo. Nora se preguntó quién pagaba en realidad —¿los isleta?—. Sería mejor que lo averiguara.

Cuando el camarero se hubo marchado, Lightfeather dijo:

—Detesto interrumpir una buena comida para hablar de trabajo.

—Yo solo defendí a mi hermana —empezó Skip, atropelladamente —, y lo grabé con el móvil…

Lightfeather levantó la mano.

—Será mejor que primero repase los cargos que pesan contra usted. Me temo que son delitos graves de clase tres y cuatro. El primero es «agredir voluntaria e intencionadamente a un agente del orden mientras este se encuentra en el ejercicio legítimo de sus funciones con intención de cometer obstrucción a la justicia». El segundo, «huir intencionadamente, intentar eludir o eludir a un agente de este estado cuando la persona que comete el acto tiene

conocimiento de que el agente intenta aprehenderla o arrestarla». Delito grave de clase cuatro. Tres: «Hurto en tercer grado, siendo el valor de la propiedad superior a dos mil quinientos dólares e inferior a veinte mil dólares». Y cuatro: «Manipulación de pruebas con intención de impedir la aprehensión de la persona sospechosa».

—¡Mentira! —exclamó Skip—. Lo empujé, sí, pero no intenté huir. ¿Y qué es esa chorrada de manipular pruebas y resistirse a la autoridad? ¡Dios santo!

Una vez más, Lightfeather levantó la mano.

—Lo sé. Ya me ha explicado lo que pasó, y lo creo. Nora lo corroborará. El problema es demostrarlo en los tribunales.

—¡Pero lo grabé todo!

—He solicitado que se entreguen todas las pruebas del teléfono. —Dudó—. ¿De verdad piensa que esa grabación sigue existiendo?

Skip se lo quedó mirando.

—¿Cree que la borraron?

—Por supuesto que sí —dijo Nora.

El abogado asintió.

—Coincido. Al parecer, esa grabación muestra al sheriff intentando agredirlo para tratar de confiscarle ilegalmente el teléfono, tirando a su hermana al suelo en el proceso. Si no hubieran borrado semejante grabación, usted no solo sería absuelto, sino que seguramente lo indemnizarían de forma generosa por daños y perjuicios.

—Pero ¡borrarlo es ilegal! ¿Así es como actúan por aquí?

—La mayoría de los sheriffs de Nuevo México jamás harían algo así. Lamentablemente, Hawley es la excepción.

—Tengo el teléfono configurado para subir todas las imágenes a la nube —dijo Skip con aire triunfal—, así que está ahí.

—No hay servicio de telefonía móvil ni de datos en esas montañas

—respondió Nora.

—¡Mierda! —se acaloró Skip.

El abogado asintió.

—«Mierda» es la palabra correcta. Puede estar seguro de que borraron la grabación mucho antes de que el teléfono volviese a tener cobertura.

—Pero, aunque borres algo, sigue estando ahí, ¿no?

—Si sabes lo que haces, no. Me temo que debemos dar por sentado que ese vídeo ha desaparecido para siempre. —Se inclinó hacia delante—. Y tienen un testigo impecable en el ayudante Baca, quien sin duda testificará según las instrucciones. Odio ser portador de malas noticias, pero estamos en un aprieto.

—Pero yo lo vi —dijo Nora—. Soy testigo.

—Usted es su hermana y el jurado se tomará su testimonio con escepticismo. Y Skip, la caída de Hawley le dejó un moratón visible en el hombro. Tienen fotos y un informe hospitalario. Además, ese sheriff tendrá al jurado del condado de Torrance en el bolsillo. Allí lo quieren mucho, al menos la mayoría, y los que no, se mantienen al margen. El sheriff Hawley sigue siendo reelegido año tras año, y sus colegas dirigen ese condado como un club de amigotes.

Skip soltó un gemido.

—Estoy bien jodido.

Lightfeather continuó.

—Si no colaboramos y llegamos a un acuerdo, han amenazado con añadir intento de asesinato a los cargos.

—¿Intento de asesinato? Pero ¿qué coño…?

—El sheriff afirma que al caer se golpeó la cabeza con una roca y que podría haber muerto. ¿Es eso cierto?

Nora y Skip se miraron.

—Había una roca que sobresalía del suelo —dijo Skip—, pero no

creo que se golpeara con ella. Ni siquiera creo que le rozara la cabeza.

—El intento de asesinato podría suponerle quince años, y dado que el supuesto delito implicó a un agente de la ley, la pena podría ser mayor. No sabemos qué dicen los informes médicos de Hawley, pero tiene una buena mano y el resto de las cartas están en nuestra contra.

—¿Quince años? —Skip gimió de nuevo—. Esto empeora cada vez más. —Se llevó las manos a la cabeza y empezó a balancearse hacia adelante y hacia atrás—. ¿Qué hacemos?

—He expuesto el problema de la forma más cruda posible. Aún me queda mucho por hacer y mucha investigación por delante. La buena noticia es que conseguimos que saliera bajo fianza a pesar de sus esfuerzos por que le impusieran prisión preventiva. Puede permanecer bajo la custodia de su hermana, ir y venir del trabajo e incluso viajar por motivos laborales; sin salir del estado, por supuesto. Y no tendrá que llevar una tobillera electrónica.

Entonces llegaron los filetes y la ensalada de Nora, que había perdido el poco apetito que tenía. Skip se quedó mirando el filete con el rostro descompuesto. Lightfeather, en cambio, empezó a comer de inmediato. Al cabo de un instante, se detuvo y los miró a los dos.

—Buen provecho —dijo, antes de apurar el martini y cortar un trozo de carne sangrienta—. Una cosa que aprendes como abogado defensor es a disfrutar cada momento que puedas…, porque nunca sabes lo que traerá el mañana.

25

Tom Gardiner observó el estudio con curiosidad. Hacía años que no visitaba la casa de los O'Connell y vio que la viuda de Harry había estado ocupada desde su muerte. La moqueta, los paneles de madera, los muebles modestos y los cuadros de artistas locales habían sido reemplazados por azulejos de mármol, cromados, estanterías de cristal y una enorme pieza de arte abstracto con un marco reflectante. Los sillones y los sofás eran de cuero blanco, angulares y con patas bajas. Con cautela, Gardiner se sentó en un sofá junto a Paul Tolland. El cirujano dental ya jubilado se lo quedó mirando —lentamente, como alguien que despierta de la hibernación — y asintió a modo de bienvenida.

Gardiner supuso que el estudio normalmente no tenía ese aspecto, sin las mesas y con los asientos dispuestos en algo que se asemejaba a un círculo. No obstante, nada en aquella reunión era normal. No habría cena ni charlas triviales, tan solo un grupo de personas sentadas en silencio, esperando con inquietud… ¿El qué? La cordial jocosidad, forzada o no, había desaparecido, y reinaba un ambiente de tensión.

«Tensión», concluyó, era la palabra adecuada. Había recibido el correo electrónico solo cuatro horas antes. Era de Melody Ann y

pudo oír su voz estridente en aquellas letras mayúsculas. El grupo debía citarse de nuevo aquella misma noche para una ¡¡¡REUNIÓN DE EMERGENCIA!!!, como Melody Ann la había descrito en su convocatoria en línea.

Gardiner intuía de qué trataría, y eso había contribuido a la vaga sensación de temor que lo invadió de camino hacia allí, y lo que veía a su alrededor no hizo nada por atenuarla. Ya fuera por los acontecimientos recientes, por la «reunión» de unos días antes, por el tono del correo electrónico o por una combinación de todo, percibió en los rostros de la gente una mezcolanza de expresiones: confusión, consternación, aprensión, ira, beligerancia e indignación.

Como anfitriona, Melody Ann O'Connell invitó a Terry van Gelder, el último en llegar, a ocupar su sitio, y luego cerró la puerta del estudio. Pero, en lugar de tomar asiento, se quedó de pie, como si fuera a soltar un discurso.

—Hacia las tres de la tarde he recibido una llamada de Cassy Wright —comenzó finalmente—. El FBI acababa de salir de casa de Cosmo y Cassy después de darles la noticia. —Hizo una pausa y miró a los Wright, que estaban sentados en un sofá de dos plazas frente a Gardiner. Después echó a andar y se detuvo ante el sofá, agachándose ligeramente y poniendo las manos en las rodillas, como se haría al hablar con un niño—. ¿Te gustaría contarle al grupo lo que os dijeron? —le preguntó a Cassy Wright.

Cassy, que tenía un pañuelo en las manos, bajó la vista. Lo que les habían dicho a Cosmo y a ella era obvio; ¿por qué era necesario que lo repitiera? La Asociación Conmemorativa de las Familias de Manzano se había fundado para recibir apoyo emocional, por supuesto, y para organizar acciones de defensa, entre otras cosas, pero desde luego nunca había sido una terapia de grupo improvisada.

—Adelante —insistió Melody Ann en un tono reconfortante—. Al fin y al cabo, me llamaste tú. Necesitabas hablar, y contárselo a los demás te ayudará.

—Bueno…. —empezó Cassy, pero dejó la frase a medias.

¿Qué intentaba conseguir Melody Ann? Pero, por el momento, era la que más sabía sobre la situación, así que Gardiner se obligó a recostarse y mantener la boca cerrada.

—Me dijeron… —continuó Cassy, secándose la nariz—. Me dijeron que uno de los cuerpos que encontraron… era Gordy.

Una leve exclamación recorrió la habitación. La noticia no era menos horrible por ser esperada y hubo una efímera explosión de condolencias y compasión. Finalmente, Melody Ann tomó la palabra de nuevo.

—Sentimos muchísimo vuestra pérdida, pero espero que os ayude recordar que esta es exactamente la razón por la que se creó el grupo: ayudaros a superar un momento tan difícil.

Esa no era la principal razón por la que se creó y, en cualquier caso, aquella mujer no podía saberlo, pero Gardiner se mordió la lengua. Miró a Cosmo, el marido de Cassy, que permanecía muy quieto y evitaba el contacto visual con cualquiera.

—¿Por qué no le cuentas al grupo qué más os dijo el FBI? —instó Melody Ann.

Hubo otro silencio.

—Por ejemplo, ¿os dijeron algo que pudiera ayudaros a pasar página?

—Me dijeron que, al parecer, Gordy estuvo implicado en un ataque con cuchillo —dijo la mujer, retorciendo el pañuelo una y otra vez alrededor del dedo—. Una pelea con cuchillo con la otra persona que hallaron en la cueva. No lo sabrían con certeza hasta que hicieran la autopsia.

Esta vez, las exclamaciones que circulaban por la habitación fueron mucho más audibles.

—¿Os dijeron con quién lo encontraron? ¿Quién era esa otra persona?

Cassy agachó la cabeza.

—Se negaron. Dijeron que era confidencial.

—¿Todos sabemos que los informes hablaban de dos cuerpos y aun así se negaron a decirte a quién más habían encontrado?

Cassy Wright se limitó a negar con la cabeza y rompió a llorar.

Melody Ann se irguió de nuevo y miró al grupo.

—No puedo hablar por el resto —dijo, ahora con voz temblorosa —, pero cuando recibí la llamada de Cassy, no sabía si era más horrible su pérdida o que no nos dijeran nada de Rodney.

Más exclamaciones, seguidas de un murmullo.

—Hace una semana, tres de nuestros hijos estaban desaparecidos. Por lo visto, ahora han recuperado a dos. Llamé al FBI y se negaron a decirme si Rod era uno de ellos. No me dijeron nada. ¡Nada!

Al callar, el murmullo cesó.

—Que Dios me ayude, pero, cuando se negaron a decirme si mi chico era uno de los cuerpos…, no pude evitarlo. Llamé a Paul.

Gardiner se quedó inmóvil, esforzándose por no mirar a Paul Tolland, sentado justo a su lado.

—Le pregunté si hoy había recibido una visita. —Se volvió hacia Tolland, como animándolo a intervenir—. Paul, ¿quieres hablarle al grupo de esa visita?

Para entonces, el resto de los allí presentes también habían desviado la mirada hacia él.

—Parece que el otro cuerpo que encontraron en la cueva era el de mi hijo —dijo Tolland.

Comenzó otra efusión de simpatía, pero Melody Ann la interrumpió levantando las manos.

—Esto es lo que sabemos hasta ahora. El FBI visitó a Paul y a los Wright a primera hora del día. Eran dos agentes, un hombre y una mujer, al parecer la misma joven que se negó a responder a las preguntas de los medios frente a la oficina del FBI. Y, por supuesto, respetaré la privacidad de Paul en este asunto, pero básicamente le dijeron lo mismo que a Cassy. Habían encontrado a su hijo en las mismas condiciones: frases vagas sobre violencia, una pelea con cuchillo y Dios sabe qué. En otras palabras, ¡fueron desde Albuquerque para plantearle más acertijos, pero se negaron a confirmar la causa de la muerte! Mientras tanto, otros dos agentes perturbaron la paz de Terry y los Marchenko, haciéndoles las mismas preguntas que les habían hecho hace quince años. Lo que quiero saber es qué pasa con mi chico, con Rod. ¿Por qué no dan con él? Pero nada. ¡Nada! ¿Queréis saber lo más triste? Las respuestas están en internet, a la vista de todos, y los federales solo esperan que seamos demasiado tontos como para verlas.

—¿Qué respuestas? —preguntó alguien.

—¡Por el amor de Dios! —dijo Melody con incredulidad—. Media docena de las teorías que he estudiado, o puede que más, encajan con los hechos. Pero, en mi opinión, nuestros hijos fueron víctimas del Proyecto Boston.

—¿El qué? —preguntó Ray Martínez.

—El Proyecto Boston. Empezó en los años cincuenta, como tantas otras iniciativas gubernamentales descabelladas. Querían crear supersoldados que pudieran luchar y conquistar en la Tercera Guerra Mundial, que creían que estallaría en cualquier momento. Probaron muchas cosas diferentes, incluyendo cruzar humanos con yetis.

—¿Cruzar humanos? ¿Te refieres a…?

La voz se apagó cuando la inferencia, y tal vez una imagen mental, quedaron claras.

—Antes había avistamientos constantes de yetis en las montañas —dijo Melody Ann—. ¿Por qué crees que ya no? Los que quedan están en Kirtland, a la espera de que los utilicen para la cría. ¿De verdad pensáis que las autoridades van a reconocer eso?

Gardiner no pudo soportarlo más y respiró hondo.

—Todos hemos oído especulaciones. Cuando las autoridades sepan algo a ciencia cierta, nos lo dirán.

—Ah, ¿sí? Para ti es fácil decirlo —le espetó Cosmo Wright. Hasta ahora había guardado silencio, pero ahora estaba mirando a Gardiner con furia—. Tú lo dejaste todo atrás hace quince años, pero nosotros no tuvimos ese lujo. Llevamos quince años sin saber nada.

Su tono era fuerte e irregular.

—Cosmo —respondió Gardiner—, no estoy diciendo eso. Sé por lo que estás pasando; yo también estuve en tu situación, aunque fuera hace años. Pero después de tanto tiempo, ¿no debería ser más un consuelo que otra cosa?

—¡Quizá eso sea suficiente para ti! —dijo Cosmo, casi gritando—. Tú tenías a alguien a quien enterrar. Pero nosotros no tuvimos nada, esperando a que el FBI hiciera algo, cualquier cosa, prometiéndonos la verdad sin cumplir nunca. Ese agente Gold montó un buen espectáculo, ¿eh? Hizo muchas promesas.

—A mí me parecía sincero —dijo Gardiner.

—¿Sincero? —chilló Wright—. Llevo quince años esperando la verdad y ya estoy harto. Todos hicimos preguntas, escribimos cartas y pusimos en marcha peticiones. Y respondimos a todas sus preguntas, muchísimas preguntas, una y otra vez. ¿Y para qué? Para nada. Y ahora vuelta a empezar. Puede que desde el principio

hayamos sido tan mansos como un rebaño de ovejas. Nos reunimos como si fuera una fiesta anual, comemos guisado, cantamos *Kumbayá*… Pues adivina: ellos cuentan con eso. Y ahora vuelven quince años después, repitiendo las mismas preguntas una y otra vez y esquivando cualquier respuesta relevante. ¡Dios bendito!

—¿Crees que están encubriendo algo? —preguntó Gardiner.

Wright lo miró fijamente.

—Por supuesto que sí.

Se hizo un silencio de asombro, pero luego empezaron a oírse susurros de aprobación.

—¿Qué le pasó realmente a mi hijo? —Wright miró a su alrededor —. ¿Qué les pasó a todos nuestros hijos? Lo que hemos oído sobre sus muertes no tiene sentido: sin ropa, contaminados por radiación, sin ojos, aplastados, con heridas de cuchillo… ¡Y el FBI ni siquiera nos da una pista de lo que acabó con sus vidas! He esperado quince años, pero lo que he oído hoy del gobierno… No voy a seguir tragando la mierda que nos sirven en el plato. Pienso llegar al fondo de este asunto, lo juro por Dios.

Por un momento, el murmullo de fondo cesó y Doris Hightower dijo:

—Tiene razón.

—Necesitamos respuestas, no evasivas —terció Ray Martínez.

—He intentado pasar página, pero no puedo. No está bien y, para ser sincero, siempre ha sido así. —Esto lo dijo Terry van Gelder, quien solo un par de noches antes había sido una voz de la razón—. Estoy cansado de que me ignoren. Hay cosas raras desde hace mucho tiempo, y creo que lo que ha ocurrido hoy no hace más que demostrarlo. Simplemente nunca hemos tenido agallas para enfrentar la verdad. El problema no son solo nuestras tragedias personales. ¡El verdadero problema es el desprecio por nuestro

derecho a conocer la verdad!

La discusión subió de volumen, todos hablando a la vez, hasta que Melody Ann volvió a levantar las manos. Cuando por fin se hizo el silencio, miró a su alrededor y habló, en voz baja para variar.

—Nadie nos ayudará —dijo—. Lo entendéis, ¿verdad? Estamos solos. Tenemos que averiguar qué tratan de ocultar y denunciarlos. Se lo debemos a nuestros hijos. Nosotros, y solo nosotros, podemos hacer esto. Estoy con Cosmo. ¿Estamos juntos en esto? La Asociación Conmemorativa de las Familias de Manzano tiene una nueva misión, una misión que deberíamos haber antepuesto siempre a todo lo demás: descubrir la verdad. Así que, ¿quién se une a nosotros? ¡Levantad la mano!

Todo quedó en silencio y se alzó una mano, y luego otra. Pronto estaban todas en alto, excepto la de Gardiner. Miró a su alrededor y finalmente levantó también la suya, sintiendo un rubor de emoción al pensar en su hijo Tom, semidesnudo, aterrorizado y muriendo de frío en una ventisca. Y mientras se le llenaban los ojos de lágrimas, aún podía distinguir en medio del círculo a Melody Ann O'Connell, que, más que una madre afligida, parecía una generala triunfante.

26

El monumento erigido en la ubicación de la tienda en la Montaña Muerta estaba a un kilómetro y medio de una carretera del Servicio Forestal que terminaba al borde de la sierra de Manzano. Nora había aparcado en el pequeño desvío y bajó del vehículo del instituto con Stan Morrison. El concurrido sendero discurría hacia el norte a lo largo de una cresta alpina elevada, con vistas espectaculares hacia el este sobre las llanuras de Nuevo México y hacia el oeste a través del valle del Río Grande. Era un día gris y ventoso, con previsión de nieve por la tarde, y Nora estaba ansiosa por llegar al emplazamiento de la tienda antes de que empeorara el clima. Gran parte de la nieve de la tormenta anterior se había derretido, lo cual brindaba una oportunidad para realizar el estudio que le había prometido a Corrie. Pero allí arriba, el tiempo podía ponerse feo en un instante; dada la altitud y el terreno montañoso, ni siquiera Skip se plantearía llevar la moto de nieve hasta aquel lugar apartado.

Pensar en Corrie le recordó por qué iba a llevar a cabo el estudio, lo que a su vez le recordó a Skip y el lío en el que estaba metido. Por mucho que respetara e incluso apreciara a Corrie, parecía que cada vez que le hacía un pequeño favor a la agente del FBI acababa en un enredo gigantesco. Cerró los ojos y exhaló profundamente,

tratando de desterrar esas distracciones. Pero esta vez el enredo afectaba a su hermano, y eso empeoraba las cosas. Durante años se había esforzado mucho por evitar que se metiera en problemas, y ahora ocurría esto.

El sendero que conducía al monumento pasaba por debajo de la cima de Shaggy Peak, un promontorio árido de granito roto. Últimamente había habido bastante tránsito, sin duda a consecuencia de las nuevas noticias sobre el caso. Stan iba detrás de Nora, tarareando como solía hacer. Era una de sus características, o quizá manías, con las que Nora había aprendido a convivir. Stan tarareaba por lo bajo melodías del gran cancionero estadounidense, pero lo que salía era más bien una serie de gruñidos y trinos, con muchas de las notas omitidas o incorrectas. Por lo general, Nora procuraba ignorarlo, pero en ocasiones se descubría tratando de identificar qué canción tarareaba, trinaba, o lo que fuese que hacía.

En el lado opuesto del pico, donde la cornisa de la montaña se nivelaba temporalmente, se erigía un montículo de piedras cementadas de tres metros de altura. Una placa de bronce documentaba el sombrío suceso, y alrededor de la base se apreciaban los restos de varias ofrendas, desde flores marchitas hasta cuentas y piedras semipreciosas, junto con un gran batiburrillo de objetos: un Buda de cristal, un collar de cascabeles, monedas, llaves y candados y otras ofrendas extrañas de significado incierto.

Nora observó el lugar con consternación. El paso del tiempo, la climatología y los curiosos habían desperdigado las ofrendas por todas partes.

—Menudo yacimiento arqueológico —dijo.

—¿Cómo se supone que vamos a distinguir todo esto de los objetos que dejaron los excursionistas? —preguntó Stan.

Nora se lo quedó mirando.

—Es imposible.

—¿Y qué hacemos?

—No lo sé.

Nora se descolgó la mochila y dio una vuelta alrededor del monumento, haciendo fotografías. Luego se detuvo a leer la placa:

> La noche del 31 de octubre de 2008 acamparon en este lugar nueve excursionistas del Instituto de Tecnología de Nuevo México. Esa noche, una tragedia de naturaleza desconocida hizo salir a los nueve miembros de la expedición de su tienda y se adentraron en una ventisca, en la cual perecieron. Este monumento fue erigido por la Asociación Conmemorativa de las Familias de Manzano en julio de 2010 para honrar la memoria de quienes perdieron la vida:
>
> Henry Gardiner
> Luke Hightower
> Andrew Marchenko
> Lynn Martínez
> Michael Mastrelano
> Rodney O'Connell
> Paul Tolland Jr.
> Amanda Van Gelder
> Gordon Wright

Nora miró hacia las nubes de tormenta que avanzaban desde el oeste y observó de nuevo el monumento, cubierto no solo de ofrendas, sino también de restos de basura que habían tirado visitantes desconsiderados: envoltorios de chicle, viejas colillas, papel de aluminio, una botella de agua e incluso papel higiénico. La gente podía ser muy cerda.

Sintió una oleada de irritación. Podían recoger el abundante material esparcido y llevarlo al laboratorio de arqueología, por

supuesto, pero aun así no habría forma de distinguir las ofrendas y la basura de algo que hubieran dejado los excursionistas originales. ¿Y qué podían descubrir ahora, quince años después, que no se hubiera recuperado antes?

Se volvió hacia Stan.

—Sé que le prometimos al FBI que inspeccionaríamos el lugar, pero es inútil. ¿Está de acuerdo?

—Sí.

Qué pérdida de tiempo. Tenía que haber algo que pudieran hacer para aprovechar el largo viaje que los había llevado hasta allí.

De repente, tuvo una idea: era tan simple, tan obvia, que le sorprendió que nadie lo hubiera pensado antes.

Se detuvo, mirando a su alrededor. Los excursionistas habían montado la tienda al abrigo del viento, con la cresta descendiendo hacia el noreste hasta la línea de árboles y una hondonada situada a un kilómetro y medio de distancia. Esa era la dirección en la que habían huido, y en esos árboles era donde habían intentado encender una hoguera. Debajo de un cedro. Pero al mirar hacia abajo, se dio cuenta de que la mayoría de los árboles no eran cedros, sino abetos de Douglas.

—Bajemos a la hondonada —dijo—. A ver si encontramos el cedro bajo el que encendieron la hoguera y de paso inspeccionaremos esa zona en vez de esta.

—¿El FBI le pidió que lo hiciera? —preguntó Morrison con aire titubeante.

—No. Dudo que lo hayan pensado siquiera, pero es buena idea, ¿no le parece?

—Claro. Si lo encontramos…

Se echaron las mochilas al hombro y fueron cresta abajo, Stan reanudando su tarareo. Al cabo de un rato divisaron la imponente

línea de árboles, que parecía un muro de abetos, algunos pequeños y retorcidos por el viento y otros más altos hacia el interior.

Nora siguió el borde de los árboles, buscando un cedro y, muy a su pesar, tratando de averiguar qué melodía estaba masacrando Stan. Justo cuando llegó a la conclusión de que era *On the sunny side of the street*, hizo un alto. En efecto, allí estaba el cedro, y tan solo se habían adentrado veinte metros en el bosque de abetos.

Se abrió paso a través de los abetos raquíticos y al poco se hallaban debajo del cedro. La zona estaba bastante despejada y parecía un lugar perfecto para refugiarse. Al mirar hacia arriba, vio que algunas de las ramas más bajas mostraban signos de haberse roto años atrás.

—De acuerdo. Busquemos carbón.

Nora se detuvo para hacer balance, intentando imaginar cómo sería aquello de noche, en medio de una ventisca. El viento llegaba del oeste —lo recordaba de los partes meteorológicos—, así que debieron de encender el fuego en el lado este del árbol. Como, naturalmente, todos querrían acurrucarse alrededor, la hoguera debía de estar un poco alejada del tronco. Su mirada se posó en una zona de tierra en la que por fortuna no había nieve y estaba cubierta de acículas de cedro.

—Empecemos aquí —dijo, antes de dejar la mochila y sacar una pequeña pala.

Arrodillada, utilizó el borde de la pala para retirar con cuidado una capa de sotobosque, luego otra, y después una tercera, moviéndose linealmente de un lado a otro de la posible localización de la hoguera. En la cuarta pasada, desenterró un pequeño trozo de carbón y algo de tierra manchada de negro.

—Bingo —dijo.

Stan se la quedó mirando boquiabierto.

—¿Cómo carajo ha hecho eso?

Nora no pudo evitar sonreír.

—Delimitemos una cuadrícula de cuatro metros cuadrados, con esquinas aquí, aquí y aquí.

Morrison sacó unas estacas de colores fluorescentes de la mochila y clavó una en el suelo. Luego midió distancias de dos metros en ángulo recto y no tardó en completar la cuadrícula, que quedó delimitada con una cuerda naranja. Nora la fotografió.

—Empiece usted por esa cuadrícula, yo empezaré por esta. Baje solo hasta el horizonte de carbón, no más. Fotografíe cada sección de pala y, por favor, amontone los escombros aquí.

—Entendido.

Se pusieron manos a la obra y, por suerte, Stan guardó silencio. Nora retiró con esmero una capa de sotobosque de la mancha de carbón, y el olor a cedro, resina de pino y tierra húmeda le inundó las fosas nasales. Poco a poco, dejaron a la vista la extensión total de la hoguera, tan bien conservada que aún quedaban algunos trozos de madera parcialmente quemada incrustados en el suelo. Eran recientes, y muy distintos de los hogares prehistóricos que ella estaba acostumbrada a excavar.

Cuando destaparon la zona de carbón, Nora empezó a bajar, milímetro a milímetro, raspando con el borde de la pala, mientras Stan trabajaba fuera del perímetro de la mancha de fuego.

Entonces vio algo brillante al borde de la vieja hoguera y miró más de cerca. Dejó la pala a un lado y sacó una pequeña brocha, con la que apartó los grumos de tierra y carbón. Por un momento, contempló con asombro el objeto que había descubierto y después hizo varias fotos con su teléfono.

—Eche un vistazo a esto —dijo.

Morrison se acercó.

—Vaya. ¿Cree que lo tiró uno de ellos?

—Sí. Páseme una bolsa hermética.

Morrison fue a buscar la mochila mientras Nora observaba el objeto: una navaja abierta y ligeramente chamuscada, con mango de madera y virolas de latón. Se hallaba en un estado bastante bueno para haber pasado quince años enterrada en la tierra. Aquello le produjo una sensación extraña, una conexión con los nueve excursionistas desesperados que se habían acurrucado alrededor de la hoguera, intentando entrar en calor en medio de una ventisca monstruosa. Tres de ellos habían muerto allí, mientras que los otros seis continuaron, pero no sin antes quitarles la ropa a los muertos. ¿Por qué abandonaron el refugio que les brindaba el fuego? ¿La tormenta era demasiado fuerte para que el fuego los mantuviera calientes? Pero, si seis de ellos se alejaron de la hoguera, ¿adónde iban exactamente?

Morrison regresó con la bolsa.

—Por favor, grabe mientras saco esto —dijo Nora, que le tendió el teléfono.

—Entendido.

Mientras Morrison grababa, Nora cogió unas pinzas de madera, liberó la navaja de su lecho de carbón y la giró con cuidado. En el mango había una pequeña placa plateada con unas iniciales:

M H T

Utilizando las pinzas, metió la navaja en la bolsa y la colocó dentro de un recipiente de plástico.

—MHT —dijo Morrison—. No recuerdo que ninguna de las víctimas tuviera esas iniciales.

Nora repasó mentalmente los nombres que acababa de leer en la placa conmemorativa. El único cuyo apellido empezaba por «T» era

Paul Tolland, y se preguntó si la navaja pertenecía a su padre, a su hermano o a algún otro pariente.

Valía la pena investigarlo.

La navaja —la llevase quien la llevase en la expedición— probablemente se había utilizado en el frenético intento de coger ramas para combustible y después se había quedado allí olvidada. Y al fijarse en los restos de la hoguera, Nora se dio cuenta de que no era pequeña.

Sin embargo, por alguna razón que no acertaba a comprender, seis personas habían renunciado al calor que les ofrecía.

27

Nora se sentó en el restaurante. Había llegado con unos minutos de antelación, y se tomó un momento para observar el tenue interior, las paredes de adobe alisadas a mano, la chimenea tipo kiva en la que ardía un fuego de verdad, el techo bajo de vigas y listoncillos, y las pequeñas mesas dispuestas muy juntas. Era uno de los restaurantes famosos de Santa Fe, en el que nada había cambiado durante décadas, incluida la carta. Aquello había sido idea de Corrie, que insistió en invitar a Nora como una especie de disculpa por su reacción al enterarse del arresto de Skip.

Al entrar, Corrie la vio y fue hacia ella. Luego tomó asiento y el camarero les entregó la carta.

—¿Agua del grifo o con gas?

—Con gas —dijo Corrie.

—Yo también.

—Tráiganos una botella, por favor.

—¿Bebidas?

—Un dirty martini con dos aceitunas —dijo Corrie.

—Una copa de Chablis —dijo Nora.

—Enseguida.

El camarero se marchó.

—¿Dirty martini? —preguntó Nora—. No sabía que bebías cosas tan fuertes.

Corrie se rio.

—Acabo de salir de la autopsia de las dos víctimas y necesito algo bien cargado.

—¿Qué has descubierto? —preguntó Nora.

—Es una locura, una auténtica locura. Te lo contaré en un minuto. —Se inclinó hacia delante—. Pero primero, siento mi reacción al enterarme del arresto de Skip. Estoy muy agradecida por tu ayuda, y todo este problema con Hawley es horrible. Ojalá pudiera hacer algo, pero sabes que es imposible.

—Lo entiendo —dijo Nora. Estaba cansada de preocuparse hasta la extenuación por Skip. Si había una manera de meterse en problemas, él la encontraría, por muy buenas que fueran sus intenciones. Pero nunca se había visto en un lío como aquel—. Está en libertad bajo fianza y tiene un abogado de primera, que es todo lo que podemos hacer. Pero no hablemos de eso.

La camarera volvió con las bebidas. Corrie prácticamente le arrebató la suya, derramando el vodka por el borde, y la levantó.

—¡Salud! —dijo antes de beber un trago alarmantemente largo.

—¡Salud! —Nora sorbió el Chablis—. ¡Eh, no te comas la copa!

Corrie abrió la carta con una sonrisa.

—¿Qué recomiendas?

—El Dunigan es un clásico. Es un filete de tira acompañado de chile verde y champiñones.

—Perfecto —dijo Corrie, cerrando la carta—. Lo quiero poco hecho. E invito yo, recuerda.

—¿Estás segura? Este sitio es caro.

—¿Después de todo lo que has trabajado? Es lo mínimo que puedo hacer.

—Entonces, háblame de la autopsia —dijo Nora.

Corrie bebió otro trago.

—Ha sido un poco extraño. Los dos cuerpos estaban completamente desecados. Es mucho más difícil diseccionar un cuerpo seco que uno húmedo, y tuvimos que llevar respiradores y trajes.

—¿Cómo hacen realmente la disección? —preguntó Nora.

—Con pequeñas sierras manuales y mecánicas, tijeras y bisturíes. Cortar esos cuerpos levantó un montón de polvo.

La camarera captó las últimas palabras al regresar.

—¿Les tomo nota?

—Filete Dunigan para las dos —dijo Nora—. Poco hecho.

—¿Les apetece vino?

Ambas negaron con la cabeza y, cuando la camarera se fue, Corrie continuó.

—La autopsia empezó con un análisis de los cortes en la ropa, comparándolos con cortes equivalentes en el cuerpo. Primero examinamos a Wright, comenzando con un catálogo de sus lesiones cutáneas y luego una tomografía computarizada de todo el cuerpo. Después pasamos a la habitual incisión en Y.

—¿Cuando dices «pasamos» es porque participaste?

—Ayudé. Tengo titulación; hice un curso en John Jay.

—Una aptitud útil. Probablemente también sirva para entablar conversación en las fiestas.

Corrie se echó a reír.

—Determinamos rápidamente la causa de la muerte: desangramiento por sección en la arteria femoral, con herida de entrada en la parte anterior del muslo derecho. El cuerpo estaba cubierto de lesiones de arma blanca: cuello, cara, manos, brazos, pecho y piernas. Wright sin duda pasó mucho rato defendiéndose de

un atacante que lo apuñaló por todas partes siguiendo un patrón casi aleatorio antes de alcanzar finalmente la femoral. El cuerpo presentaba más de setenta heridas de cuchillo, sin mencionar muchos más tajos en la ropa que no penetraron. No se apreciaba ningún método o habilidad especial, tan solo un frenesí de tajos y cortes.

—¿Alguna idea de quién era el atacante?

Corrie hizo una mueca.

—Ahí es donde las cosas se ponen raras. Había sangre de Wright por todo el cuerpo de Tolland, pero este no tenía heridas defensivas ni puñaladas; su cuerpo estaba limpio. La única herida que tenía era una fuerte puñalada, el cuchillo hundido en el corazón. Era el mismo cuchillo utilizado en el ataque a Wright.

Cuando llegaron los filetes, Corrie hizo una pausa en su descripción.

—Dios, estoy hambrienta —dijo, mirando la gruesa tira de carne. Luego cogió el cuchillo y al cortarla por la mitad, empezaron a fluir los jugos rojos—. Justo como a mí me gusta.

Nora cortó su filete, y hubo un silencio mientras daban los primeros bocados. El chile verde estaba picante, pero a Corrie no parecía importarle. A menudo, a los recién llegados a Nuevo México les costaba unos años acostumbrarse a la intensidad del chile local, pero ella parecía haberse adaptado con rapidez.

Finalmente, dejó el cuchillo y se limpió la boca.

—Cuando terminamos la autopsia, solo había una conclusión posible.

Nora se hacía una idea de cuál era, pero esperó.

—Tolland mató a Wright en un ataque frenético y luego se suicidó. Se clavó el cuchillo en el pecho utilizando ambas manos. El golpe atravesó el esternón en la zona débil entre el manubrio y el cuerpo,

y luego fue directo al corazón, provocando una hemorragia masiva y la muerte en cuestión de segundos. Todo fue tan rápido que murió con las manos rodeando el mango del cuchillo.

—Dios mío —dijo Nora, que se quedó pensativa y añadió—: La hipotermia extrema puede llevar a la gente a hacer cosas extrañas. Según recuerdo, muchos de esos excursionistas abandonaron la tienda con poca ropa. Por lo visto, estaban demasiado asustados incluso para vestirse. Eso debió de provocar que su temperatura corporal descendiera muy rápido debido a la exposición al frío.

—Algunos se desprendieron de algunas prendas mientras corrían —precisó Corrie—, y otros intentaron abrigarse más y les quitaron la ropa a los cadáveres en la zona de la hoguera.

—Lo que se conoce como «desnudez paradójica» se da en hasta la mitad de los casos de hipotermia grave. Los comportamientos en fase tardía incluyen el «enterramiento terminal», que podría ser lo que estaban haciendo estas dos víctimas, Wright y Tolland. Ellos iban más abrigados, y el enterramiento terminal es más común cuando la pérdida de calor es gradual. —Hizo otra pausa, esta más significativa—. Otros comportamientos habituales son las alucinaciones y la agresividad extrema.

—¿Incluyendo agresividad contra uno mismo? —Corrie se acabó el martini—. Probablemente sea obvio, pero apuñalarse el corazón requeriría un deterioro mental grave, por no mencionar una determinación increíble.

Cuando Nora estaba a punto de asestarle a su filete un golpe mortal, miró a su derecha, donde se encontraba la amable pareja mayor de la mesa de al lado, sin duda turistas de la tercera edad. No parecían contentos. Estaban pálidos y ni siquiera habían tocado sus filetes. El hombre le lanzó una rápida mirada con ojos horrorizados.

«Oh, no —pensó Nora—, han estado escuchando nuestra

conversación». Les dedicó una sonrisa de disculpa y volvió a centrarse en el filete.

La camarera se acercó.

—¿Otra ronda?

Su expresión había cambiado desde que acompañó a Nora a la mesa.

—Sí, por favor —dijo Corrie mientras Nora pedía un cabernet—. El cuchillo entró con tanta fuerza en el esternón…

Nora le tocó la mano y ladeó la cabeza hacia la pareja de la mesa contigua. Corrie dejó de hablar y se volvió hacia ellos con expresión comprensiva.

Nora se inclinó hacia delante y susurró:

—Creo que les estamos fastidiando la cena.

—Desde luego. Las mesas están muy pegadas.

Nora asintió.

—Me recuerda a mi clase de anatomía humana en John Jay —dijo Corrie en voz baja—. Almorzábamos durante las disecciones; un sándwich de hígado picado en una mano y el bisturí en la otra. Supongo que somos inmunes.

Ambas soltaron una risita, y luego Corrie continuó, hablando en voz baja e inclinándose hacia delante.

—Tolland se apuñaló con tanta fuerza que el borde inferior del manubrio se fracturó y se incrustaron trozos de hueso en el corazón.

—¡Uf!

—La cuestión es que esas dos víctimas iban mucho más abrigadas que las demás. Habiendo encontrado la cueva, podrían haber sobrevivido a la tormenta.

—Si no hubieran estado ya demasiado hipotérmicos para resistir una pelea provocada por sus alucinaciones agresivas.

—¿Crees que Tolland pudo empezar a recuperar la lucidez después

de matar a Wright? Pudo haberse suicidado por remordimientos tras matar a su amigo.

—He estudiado la hipotermia y sus efectos de manera bastante exhaustiva, y supongo que todo es posible. La desnudez paradójica, el enterramiento terminal… Todo es de sobra conocido y ha sido documentado. Pero este tipo de pelea, y el extraño suicidio… —Nora negó con la cabeza—. Eso supera la mayoría de los comportamientos sobre los que he leído.

—Estamos realizando una histología y toxicología amplias en los cadáveres, buscando una gama completa de drogas y venenos exóticos, junto con un análisis del contenido estomacal. Ya hemos descartado toda la serie de drogas comunes: LSD, setas, psilocibina, metanfetaminas, etc. Buscamos marcas de agujas y cicatrices; no hay signos de consumo de drogas. La tomografía computarizada no mostró evidencias de anomalías cerebrales, derrames, aneurismas o ataques epilépticos; nada que pudiera explicar un brote psicótico. Tenemos gente investigando la relación entre Wright y Tolland, conflictos previos, pero hasta ahora nada: sin problemas de novias, celos o discusiones públicas. Eran buenos amigos desde el instituto en Albuquerque.

Llegó la siguiente ronda de bebidas.

—Ahora entiendo por qué necesitabas un martini —dijo Nora—. Esto es una locura.

—Lo sé. Era lógico pensar que el descubrimiento de dos víctimas más arrojaría algo de luz, pero ha ocurrido justo lo contrario. —Corrie dejó la copa—. Por cierto, no te he dado las gracias por localizar la hoguera y desenterrar esa navaja.

—¿No peinaron la zona en 2008?

—No encuentro un registro de ello en los archivos. —Se mostró dubitativa—. Las montañas estaban cubiertas de nieve y no

desapareció hasta junio. Estamos a punto de entrevistar al agente supervisor de entonces, un tipo llamado Gold. Esa es una de las cosas que pienso preguntarle.

—¿Ha habido suerte con las iniciales MHT? —preguntó Nora.

—Partimos de la idea de que podían corresponder a un miembro de la familia Tolland, pero al parecer no había ninguno con esas iniciales.

Nora negó con la cabeza.

—Me gustaría hacer un estudio en el barranco donde se hallaron los otros dos cuerpos —dijo Corrie—, pero las montañas están totalmente nevadas. Tendremos que esperar hasta la primavera.

—Espero que el caso esté resuelto para entonces —repuso Nora.

—Por cómo van las cosas…

Corrie negó con la cabeza y su voz se perdió en el silencio.

28

Según descubrió Corrie, Silver City era un pequeño pueblo del Oeste, situado cuatro horas al sur de Albuquerque y tan bien conservado que a menudo se utilizaba como plató de rodaje. Sharp lo había mencionado durante el trayecto; eso, y el hecho de que el pueblo había sido tomado por los jubilados. Había dicho poco más, acomodado en el asiento del acompañante y haciendo su imitación de un lagarto: inmóvil y rara vez levantando sus pesados párpados.

Hasta que cruzaron Silver City y se acercaron a su destino, no volvió a hablar.

—Corrie, una advertencia: guárdese su criterio profesional hasta que la entrevista haya concluido. Una entrevista a menudo es como una partida de póquer: sin comentarios, sin reacciones y siga jugando, puede que en este caso más que en la mayoría.

Aquello era lo último que Corrie esperaba oír. Algunos comentarios velados sobre Gold por parte de agentes superiores indicaban que algo no había ido del todo bien con él desde la investigación original. Pero conocía lo suficiente a Sharp como para limitarse a asentir y no pedir más detalles.

La casa de Robertson Gold se encontraba al norte del pueblo, en una bonita calle sin salida que daba a la Reserva Nacional de Gila. La

casa, observó Corrie, era la última de la calle y miraba hacia abajo, la preferencia instintiva de un agente de la ley por estar de espaldas a la pared y tener una vista completa de cualquiera que pudiese llegar. Había media docena de coches aparcados, y por un momento se preguntó si serían agentes inmobiliarios en una jornada de puertas abiertas. Pero al acercarse se dio cuenta de que eran manifestantes: tres hombres y dos mujeres, algunos con carteles que decían simplemente VERDAD. Cuando pasaron junto a los coches hacia el camino de entrada, pudo oírlos corear «¡Cuenten la verdad, basta de mentiras! ¡Cuenten la verdad, basta de mentiras!», todo ello adornado con puños en alto y carteles ondeando.

—Esa es Melody Ann McConnell —dijo Sharp, ladeando la cabeza en dirección a una mujer de unos cuarenta y cinco años, con vaqueros blancos ajustados y unos tacones incongruentemente altos —. Es la madrastra de Rodney McConnell, la víctima número nueve, y la portavoz *de facto* del grupo de víctimas, la Asociación Conmemorativa de las Familias de Manzano.

Corrie la miró de arriba abajo y memorizó el caro peinado, las uñas pintadas de negro y un rostro que parecía haber recibido los cuidados de múltiples cirujanos estéticos. Tuvo la sensación de que la había visto antes en algún lugar, probablemente en un reportaje de televisión.

Al bajar del vehículo, Sharp y Corrie fueron rápidamente hacia la puerta principal, lo cual hizo aumentar el volumen de los cánticos.

—¡Eh, FBI! ¿Qué esconden?

—¡Digan la verdad, mentirosos!

Como agente, Corrie nunca se había topado con un enfrentamiento como aquel, pero siguió el ejemplo de Sharp y los ignoró. En lugar de llamar al timbre, Sharp aporreó ruidosamente la puerta, anunciando su presencia por encima del estruendo. La

puerta se abrió de inmediato, tan rápido que Corrie supuso que el ocupante de la casa ya estaba en el recibidor, observando lo que ocurría fuera.

—Agentes Sharp y Swanson —dijo Sharp.

La puerta se abrió lo suficiente para dejarlos pasar. Cuando entraron, un hombre —Robertson Gold, supuso Corrie— cerró, echó el pestillo y puso la cadena rápidamente. Según el expediente, Robertson Gold tenía sesenta y ocho años, pero Corrie le habría echado al menos una década más. Era alto, pero estaba encorvado por la edad, y vestía una camisa de trabajo a cuadros y unos vaqueros. En su rostro surcado de arrugas, Corrie pudo ver, como un *pentimento*, vestigios de un hombre extraordinariamente apuesto.

—Volvamos al despacho —dijo Gold—. Allí hay menos ruido.

Dio media vuelta y pasaron por la sala de estar y la cocina, y luego enfilaron un pasillo. El interior de la casa estaba a oscuras, con las cortinas echadas. Mientras Gold caminaba delante de ellos, Corrie vio que llevaba una pistola metida en los vaqueros.

El despacho trasero era anodino, con tanta personalidad como un almacén de muebles. Sobre un escritorio de madera clara había un ordenador y una impresora. El único lugar donde acomodarse, aparte del escritorio, era un sofá contra la pared del fondo, entre dos archivadores; por indicación de Gold, Corrie y Sharp se sentaron en él. No había fotografías familiares a la vista, ni placas o condecoraciones en la pared, ni tampoco adornos personales en el escritorio, detrás del cual había una estantería, prácticamente vacía salvo por algunos libros sobre el asesinato de JFK e historias de las batallas navales de Midway y el mar del Coral. Más allá había una ventana con cortinas de gasa que daba a las montañas. No había absolutamente nada que demostrara que ese hombre había pasado casi treinta años en el FBI.

En la parte trasera de la casa, los ruidosos cánticos del grupo eran más que audibles.

Gold les ofreció agua, que ellos declinaron cortésmente.

—¿A qué viene la pistola? —preguntó Sharp de modo pausado.

Con una leve sonrisa, Gold extendió el brazo, sacó una Browning Hi-Power 9×19 Parabellum bastante deslucida y la dejó encima de la mesa.

—Era de mi padre —dijo.

Al ver que su respuesta era recibida con un silencio, añadió:

—No se preocupe; no tengo pensado disparar a esos idiotas. Pero el hogar de un hombre es su castillo, y no toleraré intrusiones en mi propiedad. Además, me gané bastantes enemigos en el trabajo.

—¿No nos ocurre a todos? —repuso Sharp.

Gold asintió.

—Han pasado… ¿qué? ¿Catorce años? Pero usted no ha cambiado nada, Clay.

—Me sorprende que recuerde mi nombre.

—Ah, recuerdo mucho más que eso. Recuerdo cuando se incorporó a la oficina de Albuquerque. Por aquel entonces, fue motivo de muchas especulaciones junto a la fuente de agua. Su procedencia era un verdadero misterio.

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo Sharp, aparentemente ansioso por cambiar de tema.

La curiosidad de Corrie se avivó, pero era evidente que Sharp no tenía interés en hablar de ello.

—Qué curiosas las cosas que recuerda uno. Usted, por ejemplo. Y aquello de la serpiente —dijo entre risas.

Corrie rompió el breve silencio que sobrevino.

—¿Serpiente?

Sharp cambió de postura.

—No entremos en…

—El agente Sharp —interrumpió Gold, volviéndose hacia ella— llevaba solo uno o dos meses en la oficina de Albuquerque.

Sharp parecía disgustado y Corrie se dio cuenta de que acababa de cometer un error.

Gold continuó.

—Alguien entregó un paquete en la tercera planta. Iba dirigido a una secretaria, elegida al azar, supongo. El FBI no era especialmente popular en aquella época, y los idiotas de la sala de correo no lo habían revisado lo suficiente. Debajo de unos documentos falsos había una serpiente coral venenosa, y estaba furiosa. La mujer soltó tal grito que las paredes estuvieron a punto de caerse, y lanzó el paquete y la serpiente al pasillo. Se formó un gran alboroto. La serpiente podría haber escapado en un abrir y cerrar de ojos y la habríamos estado buscando para siempre, pero Sharp la agarró de la cola y le atizó con fuerza, como si estuviera usando un látigo. Cabeza, ojos, sesos, lengua…, toda la parte delantera se desprendió. —Negó con la cabeza—. Le alegró el día a la oficina, no sé si me entiende.

Corrie miró a Sharp, que ahora parecía aún más disgustado. Quería saber más, pero se mordió la lengua.

Al cabo de un momento, Sharp dijo con calma:

—Los viejos tiempos… Pero estamos aquí para hablar de la investigación de la Montaña Muerta que usted dirigió. ¿Podemos continuar?

—Cómo no —respondió Gold, y algo en su voz hizo que Corrie sospechara que la anécdota de la serpiente había sido una forma de ganar tiempo.

—Bien. Me alegra comprobar que su memoria sigue tan aguda como siempre.

—Ese caso… —Se puso serio—. Ese caso. —Señaló hacia la parte delantera de la casa, donde se oían los cánticos amortiguados—. ¿Han oído eso? Me llaman mentiroso y me insultan delante de mis vecinos cuando dediqué catorce meses a buscar respuestas y me arruiné la vida.

—¿Quiere que le asigne un equipo de vigilancia? —preguntó Sharp.

Gold negó con la cabeza.

—No. Sé cuidarme solo.

Lanzó una mirada a la pistola que había encima del escritorio.

—Tenemos todos los informes —dijo Sharp—, así que ¿por qué no nos cuenta el caso a su manera? Una visión general, por así decirlo.

—Cuando me notificaron que sería el jefe —dijo Gold—, estaba más contento que un tornado en un aparcamiento de caravanas. —Sacudió la cabeza—. Nunca han visto a un hombre ir a la guillotina con una sonrisa más grande. Pero primero, me gustaría que me informaran sobre lo que descubrieron ustedes en esa cueva. Solo sé lo que oigo en la televisión y leo en los periódicos. ¿A quiénes encontraron? ¿Luke? ¿Paul? ¿Gordy?

Corrie pudo oír un repentino apremio en su voz, y le vino a la mente una imagen nítida de un Gold más joven liderando la investigación, revisando transcripciones de interrogatorios, recorriendo las montañas, haciendo todo lo que se le ocurría, y luego volviéndolo a hacer todo de nuevo, durante años.

—De acuerdo —respondió Sharp, que puso al tanto a Gold sobre su investigación mientras el anciano escuchaba absorto.

—Dios —murmuró Gold cuando Sharp hubo terminado—. ¿Se pelearon, dice?

—Tolland mató a Wright a cuchilladas y luego se quitó la vida.

—Madre mía. —Gold parecía aturdido. Se había inclinado hacia

delante, con las manos fuertemente entrelazadas—. No entiendo nada. No soy capaz de conectarlo con nada que tenga sentido.

—Entonces —dijo Sharp—, escuchemos su relato.

Gold empezó a contar su historia; era prácticamente todo lo que Corrie ya sabía, pero con la inyección de rabia y resentimiento que Gold, como resultaba obvio, había cargado sobre sus hombros desde entonces. El caso de la Montaña Muerta arruinó su carrera y su tranquilidad. Mientras hablaba, Corrie esperaba no terminar en la misma situación, con un caso sin resolver y una carrera destruida casi antes de que hubiera empezado.

—Y eso es todo —dijo Gold—. Me jubilé anticipadamente y me vine aquí. El caso quedó aparcado y, con el tiempo, las cosas se calmaron. Hasta ahora. Imagino que habrán leído todos mis resúmenes semanales hasta… ¿el último?

Ambos asintieron.

—Todo lo que sé, todo lo que hice, está ahí: repasando lo mismo una docena de veces, rastreando cada pista por estrambótica que fuera y escuchando cada puñetera confesión falsa y cada acusación estúpida que llegaba anónimamente a la línea telefónica de información.

—Gracias, agente Gold —dijo Sharp—. ¿Ahora podemos hacerle algunas preguntas?

—Adelante.

Sharp se recostó en el sofá y miró a Corrie, una clara señal para que tomara la iniciativa, así que utilizó las preguntas que había anotado en una libreta.

—La integridad del lugar donde habían montado la tienda había quedado alterada, pero ¿qué hay de la hoguera improvisada donde hallaron los tres cuerpos?

—¿Qué le pasa?

—¿Rastrearon la zona?

—Había medio metro de nieve, pero hicimos lo que pudimos. Los equipos de búsqueda y rescate tenían mucha prisa. Habían pasado varios días y aún teníamos la esperanza de encontrar a algunos vivos. —Hizo una pausa—. Si ha leído los informes, sabrá que los descubrimientos… de los cuerpos, de los restos de la hoguera… Se tardó un tiempo en encajarlo todo. Los descubrimientos se solapaban. Hasta pasado cierto tiempo no fuimos capaces de reconstruir lo que pudo haber sucedido allí. El gran misterio era por qué esos cuerpos estaban quemados de la forma en que lo estaban; los pies, e incluso la cabeza.

—¿Y cuando se derritió la nieve? ¿Rastrearon la zona entonces?

Gold la miró largo rato.

—No había razón para hacerlo.

Corrie miró a Sharp y recordó su advertencia: cara de póquer. Ahora lo entendía; debían evitar que el hombre se pusiera a la defensiva. Pero la respuesta era extraña y, en su opinión, casi engañosa.

—De acuerdo —dijo ella—. Sé que esta pregunta puede sonar un poco rara, pero ¿su sexto sentido captó algo que quizá no incluyó o no pudo incluir en sus informes? ¿Algo que tal vez no juzgó apropiado plasmar por escrito?

Gold se quedó pensativo un buen rato.

—La respuesta es no. Lo que contenían esos informes eran hechos concretos, pruebas contundentes y declaraciones verificadas. No había especulaciones. Hasta el último idiota tiene una teoría, pero mi objetivo era mantenerme al margen y centrarme en los hechos.

Corrie pasó una página.

—Una cosa que nos despierta especial curiosidad son las pruebas de radiación: ¿por qué las solicitaron y quién envió las muestras?

—No tengo ni idea.

—¿De dónde venían los resultados? ¿De qué laboratorio?

—No lo sé. La carpeta no incluía ninguna identificación y no había información en la portada. Y, así sin más, el informe fue clasificado repentinamente. Nadie respondía a mis preguntas, a pesar de que, por supuesto, yo tenía autorización de seguridad.

—¿Puede concretar más en cuanto a la retirada de ese informe?

—Un día después de que llegaran los resultados, aparecieron dos agentes muy educados. Pasaron un rato en el laboratorio y en la cámara de pruebas, y luego vinieron a vernos a mi equipo y a mí y nos pidieron que les entregáramos todos los archivos relacionados con las pruebas. De pronto, el asunto estaba clasificado al más alto nivel.

—Entonces ¿quiénes eran los agentes? Imagino que les pidió su identificación.

—No llevaban insignias de ninguna rama oficial del gobierno, solo identificaciones genéricas, que confirmamos con el Departamento de Justicia. Eran auténticas, sin duda.

—Pero la noticia sobre la radiación se filtró igualmente —dijo Corrie—. ¿Cómo es posible?

—Investigamos esa filtración y no llegamos a ninguna parte. Estoy bastante convencido de que no fue cosa del FBI. Tal vez del Departamento de Justicia o del Ejército. Demasiada gente había visto los resultados como para volver a meter al genio en la botella. —Hizo una pausa—. ¿Han averiguado algo más sobre la radiación en sus investigaciones?

Al hacer la pregunta, su tono era curioso, tenso, casi sarcástico.

—Los resultados coincidían totalmente con las pruebas practicadas a las muestras originales hace quince años. —De hecho, esa información acababa de llegar, junto con las pruebas toxicológicas

adicionales realizadas a Tolland y Wright, que por desgracia no habían revelado nada interesante—. Avancemos hasta mayo del año siguiente, cuando localizaron dos cuerpos más.

Gold asintió.

—Lynn y Luke.

—Sus informes describen el estado de los cuerpos con detalle, pero no ofrecen conclusiones firmes sobre lo que sucedió.

—No se nos presentó ningún escenario viable. Era evidente que los dos, que iban más abrigados que los cuatro primeros, habían intentado excavar una cueva para calentarse en una zona con mucha acumulación de nieve cerca de la parte alta de un barranco. Siendo sincero, lo que no entendíamos era por qué murieron aplastados de una manera tan traumática.

—¿Una avalancha? —preguntó Corrie.

—Lo investigamos, por supuesto. Llamamos a un experto local en montañismo de invierno; figura todo en los informes. Para que se cree una avalancha es necesaria una pendiente de al menos veintidós grados, y la del barranco era de quince. Además, estaban en la parte alta del barranco, donde no suele haber avalanchas. Pedimos al experto que estudiara la topografía y lo descartó. En ausencia de una avalancha, no pudimos determinar cómo habían quedado así de aplastados y sin que hubiera desgarros en la piel, igual que tampoco sabíamos cómo algunos habían sufrido quemaduras de tercer grado.

—Eso decía su informe definitivo —observó Corrie.

—Permítame que la corrija, agente Swanson. Como les decía, hubo un último informe, pero era provisional. La presión por resolver el caso era increíble y circulaban muchísimas ideas descabelladas. Podría haber elegido la hipótesis menos disparatada y haberla presentado como nuestra teoría oficial, pero el FBI no trabaja de esa

forma, o al menos se supone que no debe trabajar así.

—Entonces, al no encontrar ninguna teoría que encajara, ninguna respuesta que explicara las circunstancias, usted, como investigador principal, no ofreció ninguna respuesta en absoluto —dijo Sharp.

—Exacto.

«Y de ese modo, el caso quedó abierto —pensó Corrie—, lo cual no hizo sino alimentar aún más la controversia y precipitó la caída en desgracia de Gold. Al menos fue honesto».

—¿Hicieron un estudio de la zona del barranco donde encontraron los dos cuerpos? —preguntó.

—Recabamos pruebas, desde luego.

—Me refiero a un estudio de tipo arqueológico, bajo la superficie.

—Habría sido inútil —repuso Gold—. Incluso en mayo, el barranco estaba lleno de nieve. Ya vieron las fotografías. Nuestro equipo de la Científica llevó a cabo un trabajo meticuloso para recoger pruebas.

Dejó de hablar y cambió de postura mientras los cánticos provenientes del exterior llenaban el silencio. En sus ojos, Corrie vio de repente una desesperación solitaria, desafío, ira y frustración.

—No tengo más preguntas —dijo Corrie, que cerró la libreta.

Diez minutos después estaban de vuelta en el todoterreno. El pequeño grupo de manifestantes tomó posiciones a ambos lados del vehículo y los cánticos se revitalizaron con su partida. La estrofa y la antiestrofa del estribillo fueron apagándose a medida que se alejaban. La puerta principal de la casa estaba cerrada y las persianas bajadas.

29

Cuando emprendieron el largo viaje de regreso a la oficina, Corrie se descubrió compartiendo la desgana de Sharp por hablar. Tenía demasiado en qué pensar. Esperaba descubrir un filón, alguna discrepancia, alguna pista que todos hubieran pasado por alto, que abriera el caso de par en par, pero lo único que había sacado de la entrevista era desesperación y fracaso. Gold estaba agotado. Todo lo que había presenciado, todo lo que había hecho, estaba en los archivos que Corrie ya había revisado. La revelación que ella esperaba se había visto reemplazada por una muy distinta: cómo era que te asignaran un caso monstruoso y no poder obtener una conclusión satisfactoria.

Tenía la creciente sospecha de que Gold, un agente trabajador, competente y honorable, no había estado a la altura. Había abordado el caso con grandes esperanzas, como un trampolín hacia cosas mayores. Pero, en cambio, se había jubilado bajo la sombra de la sospecha y el asunto inconcluso lo carcomía desde entonces. A Corrie le pareció que no había hecho un seguimiento, o que se había rendido demasiado pronto en algunas líneas de investigación obvias. En lugar de un filón, se había topado con una escena triste y perturbadora que empeoraron aún más los bulliciosos manifestantes

que invadían su lugar de retiro. «¡Cuenten la verdad, basta de mentiras!». Era horrible. Eran horribles. Al momento se recordó a sí misma que eran familiares de las víctimas, pero ¿eso los excusaba?

«¡Cuenten la verdad, basta de mentiras!». Las voces resonaban en la cabeza de Corrie mientras se incorporaba a la I-25 justo al sur de Caballo. Pero Gold había dicho la verdad; ese era el problema.

¿Podía sucederle lo mismo a ella? ¿O a Sharp?

¿Qué tipo de agente había sido? Competente y honesto, pero poco imaginativo. La mentalidad tan reglamentada de la que había hecho gala no era adecuada para un problema tan inusual. Si alguna vez hubo un caso que exigiera un pensamiento innovador, era este. Cuanto más lo pensaba, más parecía que Gold había buscado respuestas haciendo solo las preguntas más obvias. Cuando los caminos de investigación normales no conducían a ninguna parte, se limitaba a recorrerlos de nuevo, una y otra vez. Por ejemplo, no entendía por qué los cuerpos que encontraron alrededor de la hoguera presentaban quemaduras tan graves en los pies, las piernas y la cabeza. Para él era un misterio. Para la ciudadanía, demostraba la presencia de alienígenas o armas secretas. Pero, para Corrie, la respuesta parecía tan obvia que casi temía expresarla.

Y Gold no había inspeccionado la zona de la hoguera, algo que Nora hizo antes de que a Corrie se le ocurriera pedírselo. Además, había recuperado una navaja con unas iniciales. Puede que no fuese una pista valiosa, pero aun así… Luego estaba el barranco. Nadie lo había inspeccionado. Era imposible que se hubiera producido una avalancha. Corrie tenía la impresión de que Gold lo había demostrado razonablemente, pero ¿qué otras posibilidades no había considerado? ¿Algún fenómeno meteorológico extraño? ¿Desprendimiento de rocas? ¿Qué pudo haber aplastado los cuerpos de aquella manera?

Condujo otros veinte minutos en silencio, con las ideas bullendo tanto en su mente como los neumáticos en la carretera, y luego se volvió hacia Sharp.

—Esas quemaduras de las víctimas…

—Diga.

Corrie dudó.

—No practico el excursionismo de invierno, señor, pero creo saber cómo se quemaron.

—Cuénteme.

—De acuerdo. Piénselo, señor; tiene a esas nueve personas, la mayoría sin ropa, que han huido de su tienda y se han adentrado en una tormenta. Han corrido por la nieve casi un kilómetro y medio y luego han encendido un fuego. Eso debió de llevarles media hora o más. Según el estudio que realizó la doctora Kelly en la zona, era una hoguera grande.

—Siga.

—Así que, cuando encendieron el fuego, ya se estaban congelando. Sufrían hipotermia y tenían los pies y las manos gravemente congelados. Estaban perdiendo el contacto con la realidad.

—¿Cree que metieron los pies, las manos y la cabeza en el fuego?

Dicho así parecía una estupidez, pero Corrie continuó.

—Lo cierto es que sí. Piénselo. Esa hoguera, por muy grande que fuera, no podía evitar que se congelaran. El parte meteorológico dice que los vientos eran de sesenta y cinco a ochenta kilómetros por hora, con unas temperaturas de veintitrés grados bajo cero. Se acercaron demasiado al fuego en un intento desesperado por entrar en calor.

—¿Y se quemaron la carne?

—¡No lo notaban! Tenían quemaduras en los pies, las espinillas,

los antebrazos y la cabeza. Son las zonas que estaban expuestas al frío. Tenían las extremidades congeladas. Se acurrucaron tan cerca del fuego que puede que incluso estuviesen dentro de él al mismo tiempo que se congelaban. Los tres primeros murieron igualmente y los demás les quitaron la poca ropa que llevaban y continuaron hacia el norte, conscientes de que el fuego no podría salvarlos.

—Esto es nuevo.

—A mí me parece obvio.

De repente se detuvo. Tal vez había forzado demasiado su argumento.

—¿Obvio? Ninguno de nuestros expertos ha llegado a esa conclusión.

—El agente Gold sabía que no fue una avalancha lo que provocó el derrumbe de la tienda. Dijo que había llamado a un experto en montañismo invernal.

—Un experto de la zona.

—Pero no mencionó haber llamado a un médico especializado en hipotermia o a un verdadero experto en avalanchas.

—No —dijo Sharp lentamente, alargando la palabra—. Pero quizá debería hacerlo usted.

—Lo haré, señor.

Aquellos ojos somnolientos no desvelaban qué estaba pensando Sharp en realidad, pero le había dado autorización para contratar a expertos. Tomó nota mental para buscar al especialista en avalanchas más cualificado que hubiese; el caso y las víctimas no exigían menos.

—Y otra cosa —aventuró.

Sharp abrió más los párpados.

—¿Cree que podríamos organizar una visita a Kirtland?

El agente tardó en reaccionar.

—¿A Kirtland?

—Me gustaría pedir al ejército que nos enseñe el lugar. No me refiero al típico recorrido turístico, sino a visitar la zona montañosa del este.

—¿Puedo preguntar por qué?

—La contaminación por radiación, todo el asunto clasificado del que habló Gold. Kirtland almacena las armas nucleares de la nación. Es una conexión obvia.

—Otro «obvio». De acuerdo. Ahora deme alguna razón anodina que tenga posibilidades de superar la burocracia militar.

Corrie se quedó en silencio un momento.

—La frontera sur de Kirtland está unos ocho kilómetros al norte de la cueva donde encontraron a Tolland y Wright. Usted fue el primero en decirme que la ubicación de los cuerpos sigue una línea recta hacia el norte: desde la tienda hasta la hoguera, el lugar donde hallaron el cuarto cuerpo, el barranco y la cueva. Esa dirección lleva a la frontera sur de Kirtland. Me gustaría ver esa parte de la valla.

—¿Y buscar qué?

—A lo mejor la novena persona cruzó la valla y todavía hay pruebas de ello.

—No sé si a las fuerzas aéreas les gustaría que las vincularan con la investigación de la Montaña Muerta. Podríamos no ser bienvenidos.

—No hace falta que nos reciban con bailarinas y champán. Con un todoterreno y un conductor bastará. Plantee la visita como algo rutinario, para atar cabos.

—Es probable que aleguen que esto parece bastante descabellado.

—Dudo que sea casualidad que todas las víctimas huyesen en la misma dirección. Dejaron la hoguera con un objetivo en mente, un

objetivo que aún no conocemos. Puede que fuera la propia base y la esperanza de dar con una patrulla. Pero es lógico pensar que si el noveno excursionista, O'Connell, sobrevivió más tiempo que el resto, y no hemos encontrado su cuerpo en ningún tramo de la ruta, pudo haber llegado a esa valla y a la base. Él era el único que conservaba sus botas y, probablemente, más ropa.

—No insultaré su inteligencia señalando que si hubiera llegado a Kirtland, ya se habría descubierto su cuerpo hace mucho tiempo.

—Pero es el único lugar que no hemos podido investigar. Y debe reconocer que esa radiación apunta a Kirtland. No recuerdo de los informes que Gold o cualquier otro siguieran esa posible pista.

Sharp permaneció tanto tiempo en silencio que Corrie estaba convencida de que había descartado la idea. Pero, cuando pasaron por el apeadero conocido como Luis López, se sorprendió al oírlo decir:

—De acuerdo.

—¿De acuerdo qué, señor?

—Me parece buena idea.

—Gracias.

—No me dé las gracias todavía. Cuando volvamos a la oficina, programaremos una visita con el comandante de Kirtland para hablar del tema. Él tendrá la última palabra. Y otra cosa, Corrie.

—Dígame.

—Vaya más rápido, ¿quiere? Me gustaría llegar antes de la cena.

Mientras Sharp se acomodaba en su asiento como un perro preparándose para una siesta, Corrie, que ya iba a ciento veinte kilómetros por hora, pisó el acelerador hasta añadir veinticinco kilómetros por hora más. A fin de cuentas, no corría peligro de recibir una multa por exceso de velocidad.

30

El invierno se había instalado a lo largo del Río Grande. Un viento helado arrastraba unos cuantos copos de nieve dispersos por la meseta que dominaba el río, que fluía lento y pardo. La cima de la meseta estaba desnuda, salvo por unos pocos enebros retorcidos, y el cielo tenía el color del zinc. Nora miró a su alrededor con curiosidad mientras la gente se congregaba para la ceremonia del entierro. Aunque había asistido a algunos bailes de los indios pueblo, nunca había participado en algo así, y sabía que era un privilegio estar allí. Había pocas personas, menos de dos docenas. Dos tumbas contiguas yacían abiertas, con la tierra amontonada cerca. Junto a ellas había una mesa plegable, cubierta con un paño de fieltro, y encima, dos cajitas pintadas que contenían los huesos. Al lado de las cajas se exhibían los pocos objetos recuperados: la vasija micácea dorada, que brillaba tenuemente bajo la luz gris, varias puntas de lanza y un amuleto de concha tallada. Una fila de ancianos isleta con vestimenta tradicional de los pueblo formó una solemne hilera junto a las tumbas, donde también había un cantante con un tambor. Todos esperaban inmóviles, con el viento revolviéndoles el cabello y la ropa. Nora, abrigada con una chaqueta de plumas, gorro y guantes, pensó que debían de estar congelándose, pero no daban

señales de estar pasando frío.

Skip estaba a su lado, también enfundado en una voluminosa chaqueta de plumas. Llevaba las manos metidas en los bolsillos y parecía abatido. El abogado de Skip, Edward Lightfeather, estaba junto a él. El último en llegar fue Darren Tenorio, con una camisa de estilo isleta, sombrero de vaquero y chaleco de cuero, y se acercó desde la zona de aparcamiento. Saludó a Nora asintiendo y dándole un apretón de manos.

—Me alegra que haya venido —dijo.

—Gracias por la invitación.

Tenorio se inclinó y le estrechó la mano a Skip.

—Skip, también me alegro de que haya podido venir a ver cómo damos descanso a estos restos, especialmente después del precio que ha pagado.

—Gracias —dijo Skip—, se lo agradezco de veras. Ese cabrón de Hawley…

Nora le dio un fuerte codazo; no era la situación más adecuada para otra diatriba sobre el sheriff corrupto.

Tenorio se volvió hacia Nora.

—Esta meseta es nuestro cementerio tradicional. La mayoría de nuestra gente hoy en día es católica y se la entierra en el cementerio de la misión, pero no inhumamos restos prehistóricos allí. Los que no son cristianos pueden ser enterrados aquí arriba, si así lo deciden.

—Tiene unas vistas increíbles.

—Sí, se ve todo el pueblo. Originalmente, Isleta se construyó en una isla del río; por eso los españoles le dieron ese nombre hace cuatrocientos años. Se puede ver la cicatriz del antiguo cauce del río detrás del pueblo. Su nombre real, nuestro nombre, es Shiewhibak.

Nora podía ver dónde estaba antes el río, que evidentemente se

había desplazado a su cauce actual en algún momento del pasado. Las polvorientas casas de adobe y prefabricadas del pueblo estaban rodeadas de campos irrigados, con franjas de álamos desnudos a orillas del río. La sierra de Manzano se alzaba al este, una pared de montañas de norte a sur hasta donde alcanzaba la vista, sus laderas superiores cubiertas de nieve fresca, las cumbres perdidas entre las nubes invernales. En la dirección opuesta, al oeste, se extendían capas y capas de mesetas desérticas en tonos marrones, naranjas y rojizos. Era un paisaje austero azotado por el viento.

En el último instante apareció un Ford Explorer con un logotipo de sheriff y se apeó un joven tocado con un sombrero negro. Para su sorpresa, Nora vio que era el sheriff Watts, quien se acercó dando grandes zancadas.

—Me alegra que haya podido venir, sheriff —dijo Tenorio mientras se daban la mano.

—Es un honor que me hayan invitado.

Se inclinó y estrechó la mano a Nora, a Skip y al abogado.

—¿Qué haces tú aquí? —susurró Nora.

—Soy amigo de la tribu —respondió él en voz baja—. Digamos que nuestra oficina los ha ayudado con algunos asuntos.

Con esa misteriosa respuesta, llegó la hora y se quedaron en silencio. Watts se quitó el sombrero. El músico comenzó a interpretar un ritmo lúgubre, largo y lento con un tambor de álamo pintado y cubierto con cuero. Tras un rato, varios cantantes entonaron una melodía aguda y temblorosa que subía y bajaba con el viento.

Instantes después, un anciano —envuelto en una manta tejida y con largas trenzas blancas que le caían por la espalda— se adelantó y esparció polen y harina de maíz de una pequeña olla pintada sobre las dos cajas-ataúd. El canto aumentó su cadencia y el ritmo se intensificó, aunque manteniendo su lentitud. Luego, el anciano

retrocedió, tapó la olla con un trozo de arenisca, la levantó y volvió a guardarla en una bolsa de cuero.

Los cánticos se apagaron poco a poco, a medida que el redoble del tambor se suavizaba, y todo terminó con el sonido de un cascabel hecho de hueso.

El anciano dio un paso adelante y empezó a hablar en el idioma isletano, que, por lo que sabía Nora, era el tiwa del sur. No era tanto un réquiem hablado como un canto bajo y repetitivo, con una entonación fúnebre. Su voz temblorosa era arrastrada por el viento frío, a veces más fuerte, a veces más suave, pero siempre elegíaca. Mientras proseguía el cántico, Tenorio y otros tres miembros del consejo avanzaron y sujetaron las correas verdes alrededor de ambos ataúdes, que utilizaron para bajarlos cuidadosamente a los hoyos, primero uno y luego el otro. A continuación, depositaron los pocos objetos funerarios, incluyendo, según vio Nora con pesar, la vasija micácea. Cada miembro del consejo cogió una paleta de plata y echó un poco de tierra de los montones. El anciano hizo un gesto para que el resto de los presentes se acercaran y también echaran una palada al son del pesaroso cántico.

Y entonces concluyó. Todos se dieron la mano en silencio y fueron a sus vehículos, mientras algunos se quedaban para acabar de rellenar las tumbas.

Watts dio alcance a Nora y Skip cuando se dirigían al coche.

—Lamento lo de Hawley —dijo Watts, negando con la cabeza—. Es una vergüenza para el estado.

—Desde luego —respondió Skip—. Lo grabé todo en vídeo, pero supongo que ya lo habrá borrado.

—Por supuesto que lo habrá hecho.

Lightfeather se unió a ellos y se quedaron junto al coche.

—¿Qué sabes de él? —preguntó Skip al sheriff.

Watts hizo una pausa.

—Bueno… En una ocasión tuvimos una pequeña disputa. Es una larga historia. Lo único que puedo decir es que me alegra que hayas conseguido un buen abogado. —Sonrió y le puso la mano en el hombro a Lightfeather—. Me encantaría ver cómo le da una buena tunda a Monohuevo.

Lightfeather asintió con un brillo en los ojos y Skip se inclinó hacia delante.

—¿Monohuevo?

—Lo conocemos como Monohuevo Hawley.

—¿Por qué?

Watts soltó una risita.

—No es momento ni lugar para hablar de eso. Por ahora, solo diré que Hawley es un auténtico hijo de perra, y será mejor que esté preparado.

Se quitó el sombrero, subió a su vehículo y se despidió con la mano al alejarse.

31

Corrie entró en casa y dejó el ordenador portátil y los cuadernos encima del escritorio. Entre la entrevista con Gold y el viaje de ida y vuelta, le había parecido un día largo, aunque solo eran las cuatro y media. Importante o no, el caso de la Montaña Muerta seguía plagado de tareas monótonas: comprobar cada pista, rellenar papeleo y seguir informaciones inútiles. Bellamy, O'Hara y los demás se habían pasado el día haciendo precisamente eso; ahora estaban entrevistando a personas cuya relación con el caso era meramente tangencial. Después de hablar con Gold, Corrie se había asignado el problema de la navaja.

Una vez que supo que las iniciales MHT no coincidían con nadie de la familia Tolland, empezó a buscar más lejos. Se le ocurrió llamar al registro del Instituto de Tecnología de Nuevo México para averiguar si había algún estudiante con esas iniciales en la época de la tragedia de Manzano. Había logrado contactar con un administrador justo antes de que cerrara la oficina de registro, y había utilizado las habituales presiones del FBI para agilizar la burocracia, pero al final la habían recompensado con una lista de alumnos más o menos contemporáneos a los nueve desafortunados, entre los cuales destacaba un nombre: Matthew Hartley Tanner, graduado en 2010

con un doctorado en Bioquímica. Ahora trabajaba en una empresa a las afueras de Stanford, especializada en la investigación de nuevas aplicaciones farmacéuticas para la FDA.

Puso agua a hervir, miró el reloj y encendió la televisión. En medio de la avalancha de contenido en *streaming*, había encontrado por casualidad un canal local que, como burlándose de un presente distópico, dedicaba obstinadamente las tardes a reemisiones de clásicos como *The Dick van Dyke Show*, *El Llanero Solitario* y *Los héroes de Hogan*. Eso le traía buenos recuerdos de aquellas tardes al llegar del colegio, antes de que su madre saliera de trabajar, disfrutando del murmullo de fondo. Además, de joven estaba colada por Clayton Moore, con su máscara negra y sus pistolas de culata blanca, y el encaprichamiento no había desaparecido del todo.

Corrie abrió el portátil y actualizó el registro del caso para reflejar el trabajo que había realizado ese día. Luego repasó sus notas y bajó el volumen del televisor —justo cuando el Llanero Solitario ordenaba a Tonto, de una manera muy poco *woke*, que fuese al pueblo— e hizo una llamada con el teléfono móvil. Miró el reloj y vio que eran las cinco menos cuarto. La jornada laboral ya casi había terminado, así que era buena hora para llamar.

—Tanner —dijo una voz nítida al otro lado del teléfono.

—¿Matthew Tanner?

—Doctor Tanner, sí. ¿Con quién hablo?

—Doctor Tanner, soy la agente Corinne Swanson. Trabajo para el FBI y estamos investigando los recientes acontecimientos relacionados con el caso Manzano.

Hubo una breve pausa.

—¿Se refiere a los dos cuerpos?

—Sí.

—¿Eran dos de los desaparecidos?

—Sí. Más allá de eso, me temo que no puedo entrar en detalles. El motivo de mi llamada es que se encontró una navaja con las iniciales MHT en un lugar donde murieron algunas de las víctimas. Como usted asistió al Instituto de Tecnología de Nuevo México en la época de la tragedia y esas son sus iniciales, nos preguntábamos si sabía algo de esa navaja.

Otra pausa.

—¿Qué puede decirme de la navaja? ¿Cómo era?

Tanner sonaba cauteloso, pero, dadas las circunstancias, era normal.

—Es una navaja plegable, con una hoja bloqueable de unos diez centímetros de largo. Las iniciales están grabadas en una pequeña placa de plata incrustada en un lateral del mango de madera.

—¿Era una Buck clásica?

—Sí.

—Entonces es mía, en efecto. Me la regaló mi padre cuando me hice Eagle Scout.

—¿Y se la llevó a la universidad?

—Sí.

—¿Qué fue de ella?

—Creí que la había perdido. ¿Dice que la encontraron con los cuerpos?

—Sí.

—Vaya.

—Doctor Tanner, ¿conocía usted a alguna de las víctimas de esa expedición?

—Sí. Dos de ellas, Mike y Amanda, vivían en la misma residencia que yo. Los conocía sobre todo por mi compañero de habitación, que estaba en el Departamento de Ingeniería con ellos. Yo estaba en el Departamento de Química.

—Comprendo. ¿Y le prestó la navaja a alguno de ellos?

—No.

—¿Y a otra persona?

—No. —Tras un momento de duda, añadió—: Jamás se la habría prestado a nadie. Significaba mucho para mí.

—¿Algún miembro de la expedición pudo habérsela llevado sin su conocimiento?

—Supongo que sí. Ya sabe cómo es vivir en una residencia. La gente siempre te cogía cedés o te robaba galletas. —Otro momento de vacilación—. Para nosotros fue una época bastante traumática en la universidad.

—Dice que su compañero de habitación conocía bien a algunos de ellos. ¿Quién era?

—Alex. Alex DeGregorio. Estaba absolutamente destrozado por lo ocurrido.

El nombre no le sonaba. Estaba bastante segura de que no lo habían entrevistado durante la investigación inicial. A lo mejor él había cogido la navaja y se la había dado a uno de los excursionistas.

—Me gustaría enviarle una foto de la navaja para obtener una identificación en firme. ¿Es posible?

—Por supuesto. ¿Hay alguna forma de que pueda recuperarla?

Corrie dio por hecho que quería la navaja por razones sentimentales, lo cual era lógico, dadas las circunstancias.

—Ahora mismo es una prueba, pero puedo valorar la posibilidad de devolvérsela cuando se haya cerrado el caso.

Tras una breve conversación, le dio las gracias y colgó. Ahora tenía un propietario que coincidía con las iniciales de la navaja, pero no había avanzado mucho. Algún integrante de la expedición la había tomado prestada o la había robado.

«Los conocía sobre todo por mi compañero de habitación». Por tanto, el compañero, Alex DeGregorio, conocía bien a las víctimas. Se había encomendado a dos agentes que revisaran una lista de entrevistas llevadas a cabo en el Instituto de Tecnología de Nuevo México —asesores académicos de las víctimas y amigos cercanos—, pero no sabían nada de Tanner o DeGregorio. Ya que estaba verificando pistas, bien podía seguir adelante con aquella.

Repasando las listas de alumnos que había obtenido de la oficina del registro, Corrie localizó a un Alexander DeGregorio que estaba en el campus por la misma época que Tanner. Su expediente era menos completo que el de Tanner, quizá porque se había trasladado a otro lugar. Una comprobación en la base de datos del FBI le proporcionó una dirección y un número de teléfono en Falmouth, Massachusetts. Parecía una dirección de empresa, pero era la única que figuraba en los archivos, así que hizo la llamada.

—Prometheus Libre Associates.

—¿Podría hablar con Alexander DeGregorio?

Cuando Corrie fue transferida al despacho de DeGregorio después de pasar por un número alarmante de asistentes, la secretaria le informó que estaba trabajando en Nirwana, Indonesia, y temporalmente ilocalizable.

Corrie le dejó un mensaje pidiendo que le devolviera la llamada. Ya eran pasadas las seis y las reemisiones en su televisor habían dado paso a las noticias locales. Cuando se disponía a activar el volumen, en la parte inferior de la pantalla apareció un faldón informando de una ejecución al estilo mafioso —de alguien con el extraño nombre de Cheape— que había tenido lugar en Socorro.

Socorro: ese era el territorio de Watts. Activó el sonido y se enteró de que Cheape, un trabajador de mantenimiento jubilado de la Base de las Fuerzas Aéreas en Kirtland, había sido atado con cinta

adhesiva en su propio salón y había recibido un disparo en la nuca. Pensó que sería un caso notable para Watts, algo interesante de lo que oirían hablar en su próxima reunión. Y ahí estaba Kirtland una vez más.

Por un momento pensó en Watts, su pelo rizado y sus dientes blancos, pero volvió a centrarse rápidamente en el ordenador. Mientras realizaba una búsqueda más a fondo sobre DeGregorio, descubrió que le había ido bien después de terminar la universidad: a los treinta y cinco años había fundado y vendido una empresa de bioingeniería por un par de cientos de millones, y luego había creado una fundación para mejorar el tratamiento de las enfermedades tropicales desatendidas, o ETD, endémicas de países del Pacífico Sur como las islas Marshall, Malasia, Brunéi y Borneo, donde había pasado los primeros años de su vida como hijo de militar.

Nirwana, había dicho la secretaria. Corrie lo buscó en Google y descubrió que era una comunidad situada en el litoral de la isla de Sulawesi. Las fotos que aparecieron en pantalla mostraban un idilio virgen de aguas de color turquesa, arena blanca y palmeras frondosas.

«Si vas a crear una fundación, que sea en el paraíso», pensó Corrie. Luego se puso de pie y pensó si todos los agentes del FBI serían igual de cínicos o si era otra cosa que debía agradecerle a Medicine Creek.

32

La rueda de prensa se celebró en la amplia escalinata de la oficina de Albuquerque. Habían montado a toda prisa un podio y unos postes, y la prensa se había congregado en el aparcamiento situado justo enfrente. Mientras Sharp se acercaba al podio bajo la luz vespertina, Corrie, siguiéndolo a corta distancia, se quedó impactada por el inmenso mar de cámaras y micrófonos de pértiga y la multitud de rostros ansiosos que conformaban los medios de comunicación allí reunidos.

Corrie sabía que el caso era importante, pero al mirar los distintivos de las cámaras —CNN, FOX, MSNBC, varios canales de red y cable— se dio cuenta de que aquella gente no solo venía de todo el estado, sino que muchos representaban a medios de comunicación nacionales. Había visto furgonetas de prensa y grupos de reporteros por la ciudad —una incluso había aparcado delante de su casa hacía unos días, cosa que la obligó a salir por una puerta trasera—, pero aquello distaba mucho de la rueda de prensa improvisada que había dirigido ocho días antes.

En su momento, Sharp le había anunciado sin rodeos que se ocuparía de esta rueda de prensa, y ella se sintió aliviada. Detrás de Sharp se erguía una impresionante hilera de peces gordos con trajes

azules. García estaba en el centro, callado, serio y con las manos cruzadas delante, flanqueado por los otros agentes del caso, incluida Corrie.

Sin probar antes el micrófono o aclararse la garganta, Sharp empezó.

—Señoras y señores —dijo, su voz resonando perezosamente por el aparcamiento—, los hemos convocado para presentar nuestras conclusiones iniciales en el caso de la Montaña Muerta. Nuestro propósito es exponer los hechos que conocemos, responder a sus preguntas lo mejor posible, acallar cualquier rumor y, al hacerlo, cumplir con nuestro deber de informar a la ciudadanía.

No llevaba notas, así que, tras una rápida mirada a su alrededor, continuó. Con un tono calmado y casi coloquial, repasó la historia del caso y luego procedió a resumir los nuevos hallazgos tan rápida y magistralmente que el grupo guardó silencio para no perderse ni una sola palabra. Sonaba sorprendentemente franco y comunicativo —nombrando a las dos víctimas que habían hallado—, pero no mencionó que Tolland mató a Wright y luego se clavó el cuchillo en el corazón.

Cuando hubo terminado, escrutó al público con los ojos entrecerrados.

—Ahora responderemos a unas pocas preguntas. Por favor, sean directos y concisos.

Miró de nuevo al público y pareció que todos levantaban la mano a la vez.

—Señorita Fleming —dijo, señalando.

Al volver la cabeza, Corrie se sorprendió al ver a una de las presentadoras más conocidas de la CNN.

—¿Dónde encontraron esos nuevos cuerpos en relación con el campamento? —preguntó la mujer.

—Unos cinco kilómetros al norte. La ubicación específica está acordonada, y permítanme pedir a la ciudadanía y a la prensa que, por favor, no intenten acceder ni acercarse a ella.

—¿Sigue desaparecido un miembro de la expedición? —preguntó otro periodista.

—Sí, Rodney O'Connell.

—¿Tienen idea de dónde puede estar?

—Lamentablemente, no. Pero lo estamos buscando.

—¿Estas víctimas iban desnudas, igual que las otras?

—Estas iban más protegidas contra el frío, pero no lo suficiente para aquellas condiciones. Sin embargo, no había señales de desnudez paradójica.

Todos empezaron a hablar a la vez, y una mujer rubia y esquelética logró imponerse al griterío.

—Algunas de las víctimas encontradas con anterioridad, o muchas, en realidad, presentaban un estado inusual, con los pies y el pelo quemados, sin ojos y cosas por el estilo. Ese estado nunca se ha explicado satisfactoriamente. ¿Cuál fue la causa de la muerte en estas víctimas que han encontrado recientemente?

—Como usted bien dice, el estado de algunos cuerpos no ha sido explicado satisfactoriamente, y a día de hoy, la situación es la misma. Algunas muertes aún no han sido esclarecidas. Cuando tengamos pruebas, no las ocultaremos.

Sharp esperó a que la conmoción amainara y después señaló a otro periodista.

—Cuando esta tragedia salió a la luz por primera vez —dijo un hombre situado junto a una cámara con el logotipo de Tripp NewsNational—, se plantearon muchas teorías. ¿El descubrimiento de estos dos cuerpos ha dado impulso a alguna de ellas?

—Todavía no. Como les decía, aún estamos analizando las

pruebas.

—Ha pasado mucho tiempo desde la tragedia —dijo otro presentador nacional—, y la tecnología forense ha mejorado mucho en estos años. ¿Debemos pensar que el descubrimiento de estos dos cuerpos ha suscitado un nuevo análisis de las pruebas originales?

—Si no fuera así, estaríamos siendo negligentes.

—¿Y alguna de esas tecnologías ha dado lugar a nuevas pistas?

—Sí, pero es demasiado pronto para decir cuáles son.

—¿Qué pasa con los huesos indios ancestrales que también encontraron en esa cueva? —gritó alguien.

—Los huesos han sido repatriados a Isleta y enterrados en tierra sagrada bajo los auspicios de los líderes tribales. Para obtener más información, tendrá que hablar con la propia tribu.

—¿Qué hay de la radiación? —preguntó una nueva voz—. ¿Estos cuerpos estaban contaminados como algunos de los otros?

—Lo estamos investigando —respondió Sharp.

No era exactamente una mentira piadosa, sino una omisión de detalles, ya que la respuesta que habían recibido era positiva.

—¿De dónde provenía la radiación?

—De nuevo, estamos investigando activamente esa cuestión.

—Como todo el mundo sabe, se vieron luces extrañas en las montañas la noche que murieron los excursionistas —gritó un reportero—. ¿Han valorado la posibilidad de que se trate de algún tipo de ataque o encuentro alienígena?

—Los alienígenas con los que he hablado niegan cualquier implicación.

Se oyó un murmullo jocoso y Corrie se maravilló de que Sharp estuviera manejando a aquella multitud ingobernable como un director domando a su orquesta.

—¿Qué hay del Proyecto Boston? —dijo una periodista.

—¿El Proyecto Boston? —repitió Sharp.

—¡El proyecto secreto lanzado paralelamente al Proyecto Manhattan, el que involucraba la guerra biológica y la ingeniería genética!

A Corrie se le encogió el alma al reconocer a Melody Ann, la líder del grupo de Familias de Manzano que había visto manifestarse frente a la casa del agente Gold el día anterior.

—El llamado Proyecto Boston fue totalmente desmentido hace años —repuso Sharp con templanza—. No creemos que tal proyecto haya existido nunca.

Melody estaba rodeada por la misma gente, solo que esta vez eran más. De nuevo, varios sostenían carteles con la palabra VERDAD. Corrie no entendía cómo habían logrado acceder a una rueda de prensa, pero entonces se dio cuenta de que sería terriblemente difícil negar la entrada a los familiares.

—Represento a las Familias de Manzano —continuó Melody Ann—, y creemos que están encubriendo algo desde que desaparecieron nuestros hijos. ¿Cómo puede estar tan seguro de que el Proyecto Boston no es real?

—Gracias por la pregunta —dijo Sharp, dirigiéndose a la mujer como si fuera una reportera profesional—. Como ya he mencionado, estamos revisando todos los aspectos de este caso, nuevos y antiguos. Es importante que seamos abiertos de mente. —Hizo una pausa para que calara el mensaje—. Así que permítame dirigir mi respuesta a todas las teorías sobre la Montaña Muerta que caen en el terreno de lo exótico o inusual.

Miró a su alrededor.

—En realidad, las hemos tomado todas en consideración: alienígenas, un ataque de yeti, espionaje ruso fallido, Corea del Norte, hienas fantasma del cinturón de asteroides y, por supuesto, el

llamado Proyecto Boston que usted menciona. Hasta ahora no hemos encontrado absolutamente ninguna prueba que sustente alguna de ellas. Pero, permítame repetirlo para despejar cualquier duda: hasta que resolvamos este caso con pruebas tangibles e irrefutables, haríamos un flaco favor a las víctimas si no estuviéramos totalmente abiertos a cualquier posibilidad.

—¡Ustedes afirman haber investigado, pero nosotros no lo creemos! —gritó Melody—. Todo esto es una cortina de humo, una distracción. ¡Usted! —dijo, señalando a Corrie—. ¿Qué esconde? ¿Qué esconden todos?

Corrie se sintió como si le hubieran lanzado un manojo de serpientes de cascabel, pero Sharp no vaciló. Se acercó al micrófono, y el poder de su voz amplificada resonó alto y claro, imponiéndose a la estridente mujer.

—Tiene mi promesa de que volveremos a estar a su disposición tan pronto como sepamos más. Gracias por venir y que tengan un buen día.

Y con esto, dio media vuelta, asintió a García y le hizo un gesto a Corrie para que lo precediera de vuelta a la oficina. En ese momento llegó una nueva andanada de preguntas y se oyó un coro de voces —incluida la de Melody— entonando los nombres de las víctimas:

—Henry Gardiner… Luke Hightower… Andrew Marchenko… Lynn Martínez…

33

El agente especial Brendan O'Hara se detuvo en la cima de Wilson Peak, su aliento formando nubes de escarcha en el aire frío. Las vistas eran estupendas tanto hacia el este como hacia el oeste. La cima era llana, una gran extensión de nieve ininterrumpida que culminaba en unos acantilados escarpados. Había unos treinta centímetros de nieve, pero en la cresta, el viento la había arrastrado casi toda, cosa que hacía innecesarias las raquetas. No le había gustado aquella asignación —le parecía una pérdida de tiempo buscar restos humanos en unas montañas nevadas—, pero ahora que estaba allí, se alegraba. O'Hara era aficionado al senderismo y decidió tomárselo como un día libre.

Al norte se divisaba la amplia cumbre estrechándose hasta una cresta que continuaba a lo largo de las montañas, llevando a otro pico que se alzaba como un diente de tiburón en la distancia. Consultó la aplicación GPS del teléfono: Lagarto Peak, justo en el límite de la Base de las Fuerzas Aéreas en Kirtland. Se encontraba a menos de tres kilómetros de distancia y la caminata parecía sencilla. Más allá, la pendiente era pronunciada.

El agente Bellamy se acercó por detrás con dos miembros del equipo forense que cargaban mochilas con el material y los

recipientes habituales, aunque no parecía probable que fueran a recoger pruebas en aquellas montañas nevadas.

—Ese pico es nuestro destino —dijo O'Hara, mirando de nuevo el teléfono—. Tres kilómetros. La valla de Kirtland atraviesa la cumbre.

—Vale —dijo Bellamy, jadeando—. ¿Y qué se supone que estamos buscando exactamente?

—Cuevas, salientes, rocas, cualquier lugar donde la última víctima pudiera haber intentado refugiarse.

—Una aguja en un pajar —repuso Bellamy—. El cuerpo podría estar en cualquier punto de estas montañas, o en ninguno si los coyotes y los osos se lo llevaron. Han pasado quince años, joder.

O'Hara se estaba hartando de las quejas de Bellamy, que habían sido constantes durante todo el viaje.

—Es una caminata de seis kilómetros, dos horas en total. No es gran cosa.

Echaron a andar. La nieve no era profunda, especialmente en la cresta, donde el viento se había llevado gran parte.

—¿Cómo es posible que le dieran a una aprendiz el puesto número dos en este caso? —preguntó Bellamy mientras buscaban su ritmo de caminata.

—¿Se refiere a la agente Swanson?

—Sí. ¿Por qué ella? Este caso es muy importante.

O'Hara no respondió. No le apetecía discutir con Bellamy sobre el tema.

—Yo le diré por qué —continuó Bellamy—. Discriminación positiva. Siempre están reivindicando que se reclute a más mujeres, así que cogen a una chica como ella y nos pasa por delante a pesar de nuestra antigüedad. Apenas ha salido de la academia.

A O'Hara no le gustaba nada aquello. Era el tipo de conversación que podía meterlos a Bellamy y a él en un buen lío. Hizo una pausa

y levantó los prismáticos para examinar las laderas y buscar cualquier indicio de una cueva o refugio. El viento era suave y el aire estimulante. Mientras que las cimas estaban desnudas, se acumulaban cornisas de nieve en las laderas orientales. Los nueve excursionistas habían ido hacia el norte, pero no podía imaginar por qué. Más adelante solo veía montañas.

—Simplemente no me parece justo, eso es todo —masculló Bellamy.

Parecía que Bellamy necesitaba una respuesta, así que O'Hara dijo:

—Fue ella quien encontró la cueva con los dos cuerpos. No me parece tan raro que le dieran el puesto.

—Si fuera un tío no habría ocurrido.

—En todo caso, ¿por qué está tan seguro de que ha tenido suerte? Si no lo resuelven, está perdida. Mire lo que le pasó a Gold.

—Eso fue antes de que yo llegara.

—La Montaña Muerta acabó con su carrera profesional. Tuvo que jubilarse anticipadamente.

—Sharp es un tío listo, pero, en mi opinión, Swanson será un lastre para él. No tiene experiencia.

Ante eso, O'Hara miró a los dos técnicos forenses, que iban enfrascados en su conversación y estaban demasiado lejos para oírlos. Luego se volvió hacia Bellamy y habló en voz baja.

—Debería tener más cuidado con lo que dice.

—¿Quién me va a oír?

—Yo.

—No me diga que se ha ofendido.

—Poco me falta.

Bellamy negó con la cabeza.

—Lo siento. ¿Es amiga suya?

—No.

—Entonces ¿por qué se pone así? Estuve en el campo de tiro con ella y es una inútil disparando. Esto es un tema serio, O'Hara. El FBI está bajando el listón. Es un riesgo para todos nosotros.

O'Hara sabía que avanzar profesionalmente en el FBI dependía en gran medida del compañerismo y de contar con la estima de los demás agentes. Por esa razón, no sería buena idea decirle a Bellamy que era un imbécil redomado. Solo deseaba que el tipo cerrara la boca el tiempo suficiente para permitirle disfrutar de las vistas en paz, y concluyó que la solución era aumentar el ritmo drásticamente.

Funcionó. Bellamy empezó a quedar rezagado y, por suerte, dejó de hablar al quedarse sin aliento. O'Hara se detenía de vez en cuando a observar las laderas con sus prismáticos y consultar el GPS. Si la novena víctima realmente llegó tan al norte, no tuvo más remedio que seguir la cresta de la montaña, ya que las laderas eran muy pronunciadas, excepto una que se desviaba a la derecha y se curvaba hacia el este por detrás de Lagarto Peak. Luego sacó el teléfono y miró el GPS, que mostraba un mapa topográfico del USGS. La cresta descendía ligeramente y se adentraba en los terrenos de la Base Aérea de Kirtland antes de culminar en un laberinto de cañones intransitables, marcados en el mapa como el Nudo. Si la novena víctima siguió ese camino, sin duda se perdió y murió en el laberinto.

O'Hara pensó en la novena víctima. Era de noche y había una tormenta de nieve. Debía de llevar una linterna frontal, o de lo contrario no habría llegado a ninguna parte… Pero una linterna frontal no debía de servir de mucho en medio de una tormenta de nieve, lo cual significaba que, a menos que hubiera un refugio cerca de la cresta, el número nueve no lo habría encontrado.

Intentó recordar el nombre. Rodney O'Connell, ese era. Irlandés, como él. La familia de la víctima no figuraba en su lista de

entrevistas pendientes, y se preguntó si seguirían viviendo en la región. Él y su mujer estaban intentando tener un bebé, y la idea de que su hijo desapareciera repentinamente le parecía la peor pesadilla del mundo.

Siguió caminando a grandes zancadas. No había nieve en la cresta y era fácil avanzar. Lagarto Peak se alzaba imponente. Iban a buen ritmo y O'Hara se alegraba de estar en buena forma. Bellamy, en cambio, se estaba quedando atrás y se oía su respiración agitada.

La cresta descendía gradualmente hasta un collado. Al llegar abajo, se detuvo a contemplar Lagarto Peak, que ascendía como una pirámide. Ahora podía ver claramente hasta la cima y se detuvo a examinarla con los prismáticos.

—¿Ve algo? —preguntó Bellamy.

Ignorando a su compañero, O'Hara no veía una buena ruta para subir por la cresta de Lagarto. No había sendero y tendrían que escalar varias formaciones rocosas, algunas de las cuales parecían bastante complejas, tal vez de clase tres o incluso cuatro. Intentar escalarlas de noche en medio de una tormenta de nieve era impensable. No era posible que O'Connell hubiera trepado hasta allí, lo cual solo podía significar dos cosas: o había perecido antes de llegar a Lagarto Peak o había tomado otro camino. La cresta que se curvaba hacia el este era la única opción viable. Era una ruta relativamente suave hasta terminar abruptamente en aquellos cañones.

No tenía sentido seguir subiendo Lagarto Peak. Sería una escalada infernal, y O'Connell no había ido por ahí. El laberinto de cañones situado al este podía ser una zona a explorar más tarde.

—No vamos a escalar eso, ¿verdad? —preguntó Bellamy, mirando a la cima.

—No —dijo O'Hara—. Se está haciendo tarde. Vamos a regresar.

—Ya era hora, joder.

34

El todoterreno se acercó a las estribaciones de la sierra de Manzano por un camino de tierra recto. Al volante iba la coronel Abecassis, que conducía rápido; demasiado rápido. Corrie llevaba una lista completa de preguntas que quería formular, pero le era difícil concentrarse mientras el todoterreno atravesaba el desierto a cien kilómetros por hora. Entretanto, Abecassis recitó la historia de Kirtland y el papel que desempeñaba en la defensa nuclear de la nación: ocupaba veintiuna mil hectáreas y en la base trabajaban veintitrés mil personas, incluidas cuatro mil doscientas en servicio activo. Albergaba a la 377.ª Compañía Aérea —la suya—, la 498.ª Compañía de Sistemas Nucleares, la 58.ª Compañía de Operaciones Especiales, diez grupos y siete escuadrones, y así sucesivamente. Corrie iba asintiendo, murmurando palabras de aliento y agarrándose con fuerza a los reposabrazos.

En su reunión inicial, la había sorprendido que la subcomandante fuera una mujer, y luego se reprendió a sí misma por hacer las mismas suposiciones inconscientes que criticaba en los demás. Había anotado en el cuaderno su nombre y rango, que era un trabalenguas: Coronel Maryam Abecassis, subcomandante de la 377.ª Compañía Aérea. En Kirtland, era la responsable, entre

muchas otras cosas, de la seguridad de la base.

Abecassis descartó la idea de un chófer y decidió conducir ella misma el todoterreno. Indicó a Corrie que se sentara a su lado —claramente impresionada de que una mujer tan joven fuera agente del FBI—, mientras hacía que Sharp ocupara la parte trasera con un sargento primero llamado Brickell, a quien había elegido para que los acompañara porque conocía zonas remotas de la base y llevaba allí casi diecisiete años, periodo en el que había acontecido la tragedia de Manzano.

Abecassis tenía una presencia imponente: un metro ochenta de altura, atlética, el pelo recogido en un moño, vestida de camuflaje y con una boina granate con el águila de coronel bordada en la parte delantera. A pesar de su aspecto intimidatorio, era amigable y tranquila, y hablaba tanto que rozaba la verborrea.

Corrie había estado a punto de cancelar la visita tras recibir el informe de O'Hara sobre las dificultades a las que se habría enfrentado la novena víctima para llegar a la valla de la base aérea. Pero no lo hizo, aunque solo fuera porque estaba segura de que la contaminación guardaba relación con Kirtland y su almacén de armas nucleares. Si bien había otras posibles fuentes de contaminación radioactiva —usos médicos, por ejemplo—, el laboratorio del FBI en Quantico aseguraba que los radioisótopos hallados en la ropa incluían trazas de plutonio y uranio que solo podían obedecer a un arma nuclear o un reactor. Parecía obvio que la cercana Kirtland, el almacén de armas nucleares más grande del mundo, era la fuente.

A medida que se aproximaban a las estribaciones, Abecassis redujo ligeramente la velocidad, para alivio de Corrie, que logró insertar una pregunta durante una breve pausa en su relato.

—Tengo entendido que aquí almacenan gran cantidad de armas

nucleares.

—Sí, en el Complejo Subterráneo de Almacenamiento y Mantenimiento de Municiones. No es algo de lo que hablemos, pero todo el mundo lo sabe. En cuanto a lo que se almacena allí, es confidencial.

—Había contaminación radiactiva en la ropa de las dos víctimas encontradas en la cueva. —«Igual que en las otras seis», pensó, pero no lo dijo—. ¿Tiene idea de cuál podría ser su origen?

—¿Qué tipo de contaminación?

—El laboratorio de Quantico dice que plutonio, uranio y tritio, entre otros. En cantidades muy pequeñas.

—Vaya. Eso no es bueno.

—El informe dice que solo podía venir de un arma nuclear o un reactor.

—Correcto. —Tras un momento de vacilación, añadió—: Seamos honestos. En los días del Proyecto Manhattan, del que formábamos parte, la gente no era cuidadosa y hubo bastantes episodios de contaminación menor. La gente no sabía lo peligrosa que era la radiactividad o cómo manejarla adecuadamente. A veces se deshacían de los radioisótopos como si fueran basura. Me han dicho que en Los Álamos los arrojaban a los cañones. Increíble, ¿verdad? Por lo visto, aquí también sucedió, aunque en menor medida. En la base hemos tenido que adoptar algunas medidas correctivas en materia de eliminación de residuos.

—¿Y fuera de la base, en las montañas donde encontraron a las víctimas?

—Es muy improbable. De hecho, diría que es imposible. Recibimos y enviamos armas nucleares, por supuesto, pero quedan almacenadas herméticamente.

—Entonces ¿no sabe cómo pudo llegar esa contaminación a las

montañas situadas más al sur, donde aparecieron los cuerpos?

—No tengo ni la menor idea, pero, en cualquier caso, diría que los cuerpos llevaron la contaminación a las montañas y no a la inversa.

Habían llegado a la base de las estribaciones y el todoterreno redujo aún más la velocidad mientras la carretera serpenteaba por un barranco.

—¿Qué puede contarme sobre el almacenamiento de armas en este sitio? —preguntó Corrie.

—La policía militar del Proyecto Manhattan custodió las primeras bombas que se enviaron aquí, en 1945, en un lugar que entonces se llamaba Base de Manzano. Kirtland absorbió la base a medida que se expandía. En 1947 construyeron unas instalaciones de almacenamiento en la sierra de Manzano y trasladaron las armas, que se almacenaban en búnkeres de acero. Esas primeras bombas Mark V tenían que ser ensambladas en caso de guerra. En 1953 también crearon un centro de reubicación de emergencia para el presidente Eisenhower, al cual podía ir si estallaba una guerra nuclear: un complejo de búnkeres de mando y control, construido especialmente para él y para el personal militar seleccionado.

—¿En serio? —preguntó Corrie sorprendida—. ¿Un búnker presidencial en Nuevo México? ¿Es de dominio público?

—Es legendario. En Nuevo México, casi todo el mundo conoce la historia.

—¿Todavía está en uso?

Abecassis se echó a reír.

—Es el típico ejemplo de gasto militar anacrónico, pero no le cuente a nadie que se lo he dicho yo. Menos de diez años después de su finalización, cuando los rusos lanzaron la Bomba del Zar, se dieron cuenta de que el búnker no podría sobrevivir a un ataque con una bomba H de ese tamaño, así que lo abandonaron.

—¿Dónde está ese complejo? ¿En las montañas?

—El búnker se construyó dentro de las montañas. La entrada estaba en la base de las estribaciones y se adentraba bastante.

—¿Hay alguna otra entrada?

—¿Se refiere a algo así como una puerta trasera en un submarino? —Abecassis rio de nuevo—. No, solo esa.

—¿Qué hay de la actual zona de almacenamiento de armas nucleares?

—La ubicación exacta es clasificada, pero no está en las montañas; de hecho, está a varios kilómetros de distancia.

A Corrie le pareció fascinante, pero la impacientaba que nada de todo aquello hiciera avanzar su investigación.

—Otra pregunta, si no le importa: los nueve excursionistas fueron en línea recta hacia el norte tras huir de la tienda y se dirigieron a los terrenos de Kirtland. ¿Hay algo o algún lugar en la zona montañosa de Kirtland hacia donde pudieran ir?

Haciendo girar el todoterreno en una curva especialmente cerrada, Abecassis no respondió de inmediato. No habían dejado de subir, y ahora se hallaban entre pinos ponderosa que se erguían en laderas empinadas al comienzo de la sección montañosa de los terrenos de Kirtland.

—¿Cuándo cerraron los búnkeres de almacenamiento en Manzano?

—A principios de los años noventa. Como decía, el búnker presidencial se cerró décadas antes, pero los de armas se utilizaron hasta junio de 1992, si no recuerdo mal. Fue entonces cuando desactivaron las alarmas perimetrales, trasladaron las armas nucleares a la nueva ubicación y el complejo se puso en reserva y se clausuró de modo permanente.

—Me comentaba que aquí todo el mundo conocía esos búnkeres.

¿Cree que hay alguna posibilidad de que los excursionistas se dirigieran a ese complejo en busca de refugio?

—Ni de broma. La única entrada está en las llanuras. Desde donde se encontraban los excursionistas, una zona de alta montaña, no se puede bajar a las llanuras. Hay acantilados, cañones, barrancos… Imposible.

El todoterreno pasó por un bache particularmente grande que hizo dar un bote a todos.

—Perdón —dijo Abecassis, aminorando la marcha—. Ya casi hemos llegado a la valla.

Ahora se veían tramos de nieve en un frondoso bosque de abetos. Al cabo de un momento apareció a su derecha una doble valla metálica, deslucida pero aún en buen estado y coronada por alambre de púas.

—Ahí está la valla perimetral —dijo la coronel mientras reducía la velocidad.

A partir de allí, la carretera discurría en paralelo al cercado y siguieron ascendiendo por la cresta.

—¿Quedan sensores o alarmas en esta parte del vallado? —preguntó Corrie.

—Desde que cerraron el búnker no. Tenemos cientos de kilómetros de valla. Evidentemente, los perímetros de seguridad que rodean los almacenes de armas son mucho más estrictos y mucho mucho más rigurosos.

—Si alguien lograra cortar la alambrada, ¿lo sabrían? —preguntó Sharp, hablando por primera vez desde que empezó la visita.

—Sí. No hay alarmas, pero nos enteraríamos. Patrullamos esta carretera semanalmente.

—¿Hace quince años hubo algún indicio de que alguien intentara entrar? —dijo Sharp—. ¿Un agujero en la valla que hubo que reparar,

por ejemplo?

—Siempre puedo revisar nuestros registros de seguridad. Si ocurrió algo parecido, figurará allí, pero es poco probable que alguien entrara por esta parte de la valla, a menos que tuviera alas. La zona situada al este se llama el Nudo. Es un terreno horrible, lleno de lomas, picos afilados y barrancos tan profundos que ni siquiera entra la luz. —La coronel miró a Corrie—. ¿Hasta dónde quiere que sigamos la valla?

—¿Hasta la esquina este?

—Claro.

Allí, la nieve era un poco más alta, pero había sido compactada por la patrulla semanal. Finalmente, la larga cresta llegaba a una cima y Abecassis detuvo el todoterreno.

—Estamos en el punto más alto: Lagarto Peak. Vamos a estirar las piernas.

El aire era frío y olía a nieve, y las vistas eran espectaculares. La valla cruzaba la cima y bajaba de nuevo. La pendiente del lado de Kirtland era suave, pero en el lado conocido como el Nudo se extendía un paisaje brutal y pedregoso que culminaba en un fuerte descenso. O'Hara tenía razón; el excursionista número nueve jamás habría podido escalar esa pendiente de noche y en invierno. En aquel tramo, la valla estaba tan deslucida y vieja como en otros lugares, sin señales de una reparación antigua o de un agujero.

Al parecer, el número nueve no entró en Kirtland por ese punto, ni por cualquier otro. Habían llegado a un callejón sin salida.

Sharp había estado tan callado durante el trayecto que, cuando iban a subir de nuevo al coche, Corrie se volvió hacia él.

—¿Por qué no cambiamos de sitio para que pueda hablar con la coronel Abecassis el resto del viaje? —Bajó la voz—. Por si tiene preguntas…

Dejó la frase a medias y Sharp asintió.

—Perfecto.

Sharp se sentó delante y Corrie detrás con el sargento. Brickell era un hombre mayor, calvo y con un poco de pelo gris muy corto a los lados. Tenía unos ojos azules intensos, unos labios delgados y una expresión taciturna; la viva imagen de un soldado.

Mientras el jeep seguía avanzando y Sharp y Abecassis charlaban delante, Corrie no sabía qué decirle.

—¿Así que lleva mucho tiempo en Kirtland?

—Toda mi carrera —respondió él con una voz áspera que no animaba a hacer más preguntas.

—¿Cuál es su función aquí?

—Seguridad.

—Cuando ocurrió la tragedia de la Montaña Muerta, ¿se habló mucho de ello en la base?

—Se hablaba en todas partes.

—¿Qué cree usted que pasó? —preguntó Corrie.

El sargento Brickell se mostró dubitativo.

—No tengo ni idea.

—Pero todo el mundo tiene una teoría, ¿verdad?

—Yo creo que iban drogados.

—¿Por qué lo dice?

—Los jóvenes en aquella época siempre consumían drogas.

—¿En la base había rumores sobre el incidente? ¿Es eso lo que decía la gente? ¿Drogas?

—Se hablaba de todo, tonterías. Como usted dice, todo el mundo tenía una teoría.

El jeep redujo la velocidad al llegar a la esquina de la valla. Al otro lado, el terreno descendía bruscamente y se adentraba en un horrible laberinto de cañones, barrancos, arroyos y crestas afiladas

como cuchillos.

—¿A quién pertenecen esas tierras? —preguntó Corrie, mirando hacia abajo.

—Son parte de la Reserva Natural de Manzano —le dijo Brickell—. Lo mencionó la coronel. Se llama el Nudo porque es muy enrevesado.

—Pero ¿y ese valle de ahí abajo, al otro lado? Veo edificios y un camino.

Le dio un vuelco el corazón. A lo mejor O'Connell se dirigía hacia allí.

—Rancho Bonito. Es un nuevo rancho de lujo para turistas.

—¿Cómo de nuevo?

—Cuatro o cinco años. Lo construyeron en una propiedad privada dentro de la reserva natural.

—¿Y no estaba allí cuando la tragedia?

—No.

Decepcionada, Corrie respiró el fresco perfume de la vegetación. El sol brillaba en la nieve, los abetos suspiraban mecidos por una ligera brisa y las llanuras orientales se perfilaban nítidamente contra el cielo azul. Era hermoso, pero el viaje había sido un fracaso. Era imposible que la víctima número nueve hubiera recorrido aquellos cañones o subido a Lagarto Peak. Era bastante evidente que O'Connell no había entrado en Kirtland en ningún momento. Debió de desaparecer en algún tramo de la sierra de Manzano, al sur de la valla.

Corrie se inclinó hacia adelante para hablar con Abecassis.

—Una cosa más. ¿Se enteró del asesinato de ese hombre en Socorro hace un par de días?

La subcomandante frunció el ceño.

—No me suena.

—Fue una ejecución y los periódicos decían que era empleado civil de Kirtland desde hacía mucho tiempo.

—¿Cómo se llamaba?

—Benjamin Cheape.

—¿Cheape? —Negó con la cabeza—. Lo siento, no lo conozco. ¿Le he dicho que tenemos veintitrés mil empleados? —Hizo una pausa y frunció el ceño—. ¿Hay algo relevante o algún vínculo que deba conocer?

—No —respondió Corrie—. Era solo una pregunta.

Al volverse hacia Sharp, vio una mirada de desaprobación en sus ojos y recordó su reprimenda: no todos los asesinatos están conectados.

—Ese homicidio en particular no es un caso del FBI —dijo Sharp, como si estuviera recitando sus pensamientos palabra por palabra—. Lo llevan el sheriff y la policía estatal.

Hubo un silencio breve e incómodo.

—¿Ahora qué, agente Swanson? —preguntó Abecassis—. Podemos seguir la valla hacia el norte o volver.

—Volvamos —dijo Corrie—. Muchas gracias por su tiempo. Ya he visto todo lo que necesitaba.

35

Al dirigirse hacia el sur por la I-40, Corrie estuvo a punto de no atender la llamada de un número oculto, pero era su teléfono del FBI, así que lo cogió.

—¿Agente especial Swanson? —preguntó una suave voz femenina.

—Yo misma.

—Tengo al doctor DeGregorio al teléfono desde Indonesia.

Corrie no esperaba que el filántropo le devolviera la llamada tan rápido, o ni siquiera que lo hiciese, pero al momento se escuchó otra voz, clara y aguda.

—¿Agente Swanson? Soy Alex DeGregorio devolviéndole la llamada..

Como iba conduciendo, Corrie no podía tomar notas, pero no quería volver a llamarlo, ya que tal vez no conseguiría contactar de nuevo con él.

—Gracias. Señor, estoy trabajando en el caso de la Montaña Muerta, que imagino que conocerá.

—Por desgracia, sí. Era buen amigo de algunas de las víctimas.

—Hemos reabierto el caso y me gustaría hacerle unas preguntas.

—¿Ahora? ¿Por teléfono?

—Es voluntario y, naturalmente, si se sintiera más cómodo con un

abogado presente…

—No es necesario —dijo DeGregorio—. Será un placer colaborar en todo lo que esté en mi mano. Pero ¿cómo puedo ser de ayuda?

—Recuperamos una navaja con las iniciales MHT en un lugar donde encontraron a varias víctimas. Descubrimos que pertenecía a Matthew H. Tanner, su antiguo compañero de habitación en el Instituto de Tecnología de Nuevo México, y confirmó lo que usted acaba de decir, que era amigo de algunas de las víctimas.

—Mucho. Especialmente de Rodney O'Connell, el que sigue desaparecido. Era uno de los mejores amigos que he tenido. Si no le importa que pregunte, ¿hay alguna pista sobre sus restos?

—Todavía no. Estamos buscando activamente.

—Me afectó mucho en su momento. Tuve que dejar los estudios un trimestre.

Corrie se desplazó al carril lento para poder concentrarse mejor.

—El doctor Tanner no sabía por qué una de las víctimas tenía su navaja. No recordaba habérsela prestado o regalado a nadie. ¿Tiene usted algún recuerdo al respecto?

Hubo un breve silencio.

—No. De hecho, no recuerdo que Matt tuviera una navaja, aunque seguro que era así. Le gustaban mucho las actividades al aire libre.

—Al parecer, los nueve excursionistas se dirigieron al norte de la sierra de Manzano, posiblemente hacia algún refugio. ¿Tiene idea de cuál podía ser su destino?

Otra pausa.

—Lo siento. Ninguna en absoluto.

Corrie decidió cambiar de estrategia.

—¿Cómo era Rodney? Dice que le encantaban las actividades al aire libre. ¿Era un montañista experimentado?

—Muy experimentado. Le gustaba la aventura, estaba en forma y

corría todos los días.

—¿Y los demás? ¿Conocía al resto?

—Conocía a la mayoría, más o menos. Estudiábamos un posgrado en el Departamento de Ingeniería. Era bastante pequeño, al menos en aquella época —dijo, riendo con pesar.

—¿Qué estudiaba el grupo?

—Casi cualquier rama de la ingeniería que pudiéramos encontrar: informática, civil, nuclear, aeroespacial, ese tipo de cosas.

—¿Nuclear?

Corrie sintió una punzada repentina.

—Esa era la especialidad de Rod.

—Ah, ¿sí?

—Quería trabajar en el Laboratorio Nacional de Los Álamos cuando se graduara.

—¿Así que iba a ser diseñador de bombas nucleares?

—No. Al menos, esa no era su intención. Las cosas pueden cambiar una vez que obtienes el doctorado, pero le interesaban principalmente los sistemas de reentrada y el diseño de misiles balísticos, no las ojivas reales.

Sin duda, valdría la pena investigar aquello más a fondo, pensó Corrie.

—¿Estaba al corriente del viaje de senderismo antes de que partieran?

—Sí, claro. Hablaban de ello constantemente.

—¿Lo invitaron a ir?

—No. Me gustaba escalar tanto como a los demás, pero no tenía experiencia en montañismo de invierno.

«No tenía experiencia en montañismo de invierno». De repente, Corrie se imaginó el cuerpo de hombros caídos que acompañaba a aquella voz aguda. Eso no le había impedido ganar una fortuna

antes de cumplir los cuarenta. Se dio cuenta de que se estaba quedando sin preguntas.

—Usted conocía a las víctimas. ¿Tiene idea de qué pudo pasar?

—Debo de haberle dado un millón de vueltas. Cada teoría que me sobreviene tiene al menos una fisura, y normalmente varias. Estoy seguro de que algo los aterrorizó, pero no tengo ni idea de qué, ni de cómo. Y lo de la contaminación radiactiva es una verdadera locura.

—Gracias por su tiempo, doctor DeGregorio. Antes de colgar, ¿hay algo más que quiera decirme o que cree que debería saber?

—Ahora mismo no, pero si se me ocurre algo la llamaré. —Hizo una pausa—. Espero que esta vez puedan resolver el caso. No soy familiar, solo un amigo, pero no saber nada ha sido una verdadera carga para mí.

—Gracias de nuevo.

Corrie colgó justo cuando salía de la autopista en dirección a Socorro.

Llegó temprano al Martha's Black Dog Café y decidió dar un par de vueltas a la manzana para no parecer demasiado ansiosa. Como de costumbre, se ponía un poco nerviosa cada vez que veía a Homer Watts y, esa mañana, el nerviosismo se mezclaba con una profunda sensación de desasosiego y abatimiento por el caso. Habían pasado once días y no habían hecho ningún progreso real. Últimamente, Sharp parecía más callado y somnoliento de lo habitual, cosa que interpretaba como una señal de advertencia.

Cuando entró en la cafetería, vio al sheriff Watts sentado al fondo, con el sombrero de vaquero sobre la mesa y la taza de café al lado. Se levantó al verla y se inclinó para estrecharle la mano con su habitual timidez. Al sonreír, entrecerró sus penetrantes ojos

marrones.

Ambos se sentaron.

—He llegado pronto y he pedido café. Lo siento —dijo.

—No te preocupes.

La camarera llenó una taza para Corrie, que echó tres azucarillos y bastante crema, removió y bebió un buen sorbo.

—¿Qué tienes?

—Buen material —dijo Watts, con una sonrisa que mostraba su dentadura blanca—. Empezando por ese tal Cheape.

—Cuéntame.

Ambos se inclinaron hacia delante y Corrie pudo oler su loción de afeitado.

—Cheape trabajó casi toda su vida en el Departamento de Mantenimiento de Kirtland como empleado civil. Empezó como conserje, aunque incluso para eso debía de necesitar una autorización de seguridad. Acabó siendo supervisor. Una carrera totalmente anodina, una pequeña condecoración en su expediente y pocos ascensos. Se jubiló a los cincuenta y cinco, y desde entonces llevaba una vida tranquila y aburrida.

—¿Una condecoración? ¿Qué hizo?

—No lo sé. A lo mejor le lustró pero que muy bien los zapatos a algún piloto. Tendré que buscar la carta, supongo.

—¿Quién pudo haberlo matado?

Watts negó con la cabeza.

—Parece el trabajo de un profesional; un solo disparo en la nuca con un calibre veintidós, nada menos. El asesino utilizó silenciador y no hay huellas dactilares ni otras pruebas. ¿Sabes que ahora todo el mundo tiene timbres con cámara de vídeo que dan a la calle? La policía estatal vio muchas grabaciones, pero nada. El autor consiguió evitar las cámaras. No sabemos cómo, pero demuestra un nivel de

sofisticación fuera de lo común.

—Qué extraño —dijo Corrie.

—Pero hay algo más. Recientemente, Cheape había hecho el pago inicial de un Tesla de cien mil dólares.

—¿En serio?

—Sí. En efectivo.

—Joder.

—Sí.

—¿Y sus extractos bancarios?

—No hay nada raro. Era un tipo austero. Estaba divorciado y tenía dos hijos mayores ya independizados. En las cuentas bancarias no se aprecian gastos ni depósitos inusuales. No hay constancia de ingresos para comprar el Tesla.

—¿De cuánto fue el pago por el Tesla? —preguntó Corrie mientras llegaba el desayuno (huevos, beicon y tostadas para él; tortilla para ella).

—Diez mil dólares. Cheape no tenía dinero en el banco para pagar los noventa mil restantes cuando le entregaron el coche, así que creemos que tenía al menos cien mil en efectivo guardados en algún sitio.

—¿Le robaron?

Watts le regaló una lenta sonrisa.

—Al principio creíamos que habían revuelto toda la casa a modo de coartada, porque se dejaron muchas cosas de valor. Pero lo del Tesla nos hace pensar que se llevaron el efectivo, porque ahora no está.

—¿Alguna idea de dónde salió el dinero?

—Estamos investigando. La vida de Cheape parece intachable. Nada de drogas, deudas, juegos de azar, mujeres, conflictos familiares, disputas o tan siquiera multas por exceso de velocidad o

aparcamiento.

—Entonces, a lo mejor no fue una ejecución. Quizá fue solo robo y asesinato.

—Es posible. Pero ¿de dónde salió el dinero? ¿Y cómo sabían los ladrones que lo tenía? Eso es lo que estamos investigando ahora mismo.

Corrie se quedó en silencio, un tanto decepcionada. Aquello parecía guardar cada vez menos relación con Kirtland o el caso de la Montaña Muerta. Por lo visto, Sharp estaba en lo cierto: el asesinato de Cheape no conduciría a ninguna parte.

—Gracias por contármelo —dijo Corrie.

—Tengo más. He estado investigando un poco a las familias de la Montaña Muerta —dijo Watts—. ¿Sabías que Harry O'Connell, el padre de la víctima desaparecida, también trabajaba en Kirtland?

—¿Cómo se me pudo pasar por alto? ¿Qué tipo de trabajo hacía?

—No lo sé. Estaba repasando viejos artículos del *Albuquerque Journal* sobre la Montaña Muerta y ahí estaba: Harry O'Connell, el padre de uno de los desaparecidos, teniente coronel, retirado, Base de las Fuerzas Aéreas en Kirtland.

—Lástima que haya fallecido —dijo Corrie—. Su viuda es un mal bicho. Melody Ann, la madrastra que nunca conoció a su hijastro. Por desgracia, no querrá hablar conmigo; cree que estamos encubriendo algo.

—¿Es la que está armando jaleo por la investigación? La vi en las noticias.

—Esa misma. El otro día interrumpió la rueda de prensa exigiendo la verdad. Se ha metido en un pozo sin fondo, en serio. —Hizo una pausa—. Me sorprende que no supiéramos ya que el padre de la víctima desaparecida era militar.

—Probablemente esté escrito en alguna nota minúscula, enterrada

en papeleo de hace quince años.

Era otro dato que Gold había descubierto, pero que no había llevado a ninguna parte.

—Aun así, me ha entrado la curiosidad. Veré qué puedo averiguar, pero ¿te importaría investigar a la familia O'Connell desde un punto de vista local?

—Faltaría más.

—Gracias. Te debo una, Homer. De verdad.

—Si tú lo dices. —Se recostó con una sonrisa e hizo una señal para que les llevaran la cuenta—. ¿Te acuerdas del bosque del Apache donde vimos el amanecer sobre el río hace un tiempo? ¿Esa arboleda de álamos que había en la orilla?

Corrie asintió.

—Vamos a buscar café para llevar y volvamos allí. Es sábado y los dos estamos libres. ¿Qué te parece?

—¿Y qué hacemos? ¿Contemplar el río?

De repente, Corrie se sonrojó, avergonzada por la insinuación estúpida e involuntaria.

—Ya se nos ocurrirá algo —respondió él con una sonrisa pícara.

Corrie tenía palpitaciones. Dios, ¿qué le pasaba? Tragó saliva.

—Vale.

36

Skip entró en el aparcamiento de Gallina's Peek y dejó que el polvo se asentara mientras observaba con desdén el parpadeante letrero de neón de una joven india núbil que miraba coquetamente desde un tipi. El juego de palabras con el cercano Gallinas Peak no era más prometedor que el propio establecimiento, pero aquella tarde ya había parado en media docena de bares de carretera, y uno más no le haría daño.

Había empezado la jornada tarde —aunque no tanto, teniendo en cuenta que había pasado media noche buscando en internet información comprometedora sobre el sheriff Hawley—, pero se mostraba entusiasta. Creía que Hawley era lo suficientemente capullo como para que la experiencia de Skip no fuese única. Tenía que haber otros a los que hubiera maltratado, que odiaran al sheriff, y entre ese augusto grupo, uno o tal vez varios conocerían algún chismorreo que Hawley no quería que saliera a la luz. En uno o dos días de búsqueda esperaba reunir suficiente porquería sobre Hawley para construir un coloso de estiércol más grande que el de Rodas, y cuando Lightfeather arrojara las pruebas condenatorias ante él, abandonaría el caso tan rápido que Skip casi podría notar aquellos labios gruesos besándole el trasero.

Pero no fue tan sencillo. Primero probó en un par de clubes de campo y hermandades, haciéndose pasar por un periodista que estaba escribiendo una historia del condado de Torrance; pensó que acercarse a Hawley, el hombre, con una actitud neutral sería la mejor manera de encontrar a alguien que estuviera dispuesto a hablar mal de él. Pero las cosas no habían resultado como esperaba. Nora le había dicho que el condado era el feudo personal de Hawley. Y por la forma en que los golfistas jubilados y los peces gordos de la comunidad cantaban sus alabanzas, estaba claro que Hawley había extendido sus beneficios corruptos por todas partes. Skip tendría que hundir su rastrillo en un estrato inferior de la ciudadanía.

Así que probó en las barberías y cafeterías de McIntosh, Estancia, Encino y alrededores. En esos establecimientos, la gente no hablaba de Hawley con tanta devoción —ya no era una encarnación del Señor resucitado—, pero también había una profunda cautela, e incluso miedo, y Skip no dio con nadie interesado en sacar trapos sucios.

Finalmente, fue en bares y restaurantes de carretera donde Skip tuvo la sensación de que podría averiguar algo. Al parecer, cuanto más al sur iba, más se atenuaba la influencia de Hawley. Reemplazó la historia del periodismo por la injusticia de un hombre agraviado: Hawley se había acostado con su hermana mientras el novio de ella estaba con el ejército en el extranjero. Había procurado no demostrar mucho rencor, pero lo dejaba aflorar poco a poco mientras invitaba a copas a quienes lo rodeaban, y se sintió animado por algunas miradas de complicidad y gestos de simpatía. Había oído algunos datos interesantes, pero nadie estaba dispuesto a concretar más allá de vagas afirmaciones de que Hawley era un cabrón.

Sin embargo, parecía que en Gallina's Peek podría encontrar algo. Un viejo gruñón había puesto mala cara cuando mencionó a Hawley,

y la historia del derecho de pernada que implicaba al sheriff y a la hermana de Skip (Dios le asistiera si alguna vez llegaba a oídos de Nora) fue recibida con un coro de protestas.

—Así que al viejo Monohuevo todavía se le pone dura —dijo el camarero gordo y calvo mientras servía una pinta de Michelob Ultra a un cliente.

—¿Monohuevo? —Skip recordó haber oído ese apodo en el funeral de Isleta—. ¿Qué significa eso?

El camarero rio de nuevo.

—¿No lo sabías? Hawley es el pistolero más peligroso de todo Nuevo México. Desbarató un atraco a un banco y se enzarzó en un tiroteo con el ladrón. Le disparó, pero él también salió herido. —Deslizó la pinta por la barra—. Está muy orgulloso. Recibió un balazo en acto de servicio.

—Pero no le preguntes dónde lo hirieron —dijo alguien—. ¡A menos que quieras pasar una noche en el calabozo!

Hubo risas generalizadas.

—Un centímetro más a la izquierda —dijo el camarero—, y ese disparo lo habría matado.

—¡Dependiendo de lo ajustados que llevara los pantalones ese día! —dijo el otro, provocando más risas.

Skip empezaba a captar la idea.

—¿Dónde le dispararon, exactamente?

—Joder, chico ¿tan difícil es de entender? —replicó el camarero, señalando hacia abajo con la mano delante de la hebilla del cinturón.

—¿Así que a Hawley le dispararon en los huevos? —Skip rio a carcajadas—. ¡Hostia, me encanta!

De repente, una enorme figura se levantó de una de las mesas situadas al fondo del bar. Llevaba el pelo rapado y una chaqueta de

cuero, y se acercó a Skip, que estaba recostado en su taburete, riendo.

—Cerrad la puta boca —les dijo a Skip y al camarero—. Los dos.

—En mi establecimiento puedo decir lo que me venga en gana —repuso el camarero.

Mientras tanto, Skip estaba tan contento de que su némesis tuviera un talón de Aquiles que no podía callar.

—¡Monohuevo Hawley! —exclamó—. ¡Ja, ja, ja, ja…!

Sus carcajadas se vieron interrumpidas por un puñetazo en los dientes. Mientras caía, el motorista se inclinó sobre él y, agarrando al camarero por el cuello, lo levantó con una mano y le golpeó la cara con la otra. Un cliente saltó encima del grandullón, y otros salieron en su ayuda. Skip, que yacía en el suelo medio aturdido, se alejó a rastras de la trifulca, oyendo vagamente los sonidos de golpes y cristales rotos. Casi había llegado a la puerta cuando alguien gritó:

—¡Ahí va el que lo empezó todo!

Skip se puso en pie y se preparó para correr, pero recibió un golpe en la cabeza.

Al instante estaba tirado en el suelo, todo quedó en silencio y aparecieron dos ayudantes del sheriff en la entrada. Varios hombres, algunos sangrando, habían formado una fila delante de la barra. Skip intentó levantarse, pero descubrió que tenía las manos esposadas a la espalda.

—¿Qué cojones…? —dijo, parpadeando para intentar enfocar.

—¡Eh! —dijo uno de los agentes—. ¡La Bella Durmiente está despierta!

Se oyó un coro de risas y Skip vio que era el único que llevaba esposas.

—¡Un momento! Yo no empecé la pelea. Ni siquiera he dado un puñetazo. ¡Soltadme!

—Esto no tiene nada que ver con una pelea de bar —dijo otro agente, que estaba escribiendo algo en un bloc de notas.

—¿Con qué entonces?

—Incumplimiento de las condiciones de la libertad condicional —replicó el agente, que hablaba en el tono más lento que Skip había oído nunca. Estaba mascando chicle, y puede que eso, sumado al hecho de escribir y hablar, le resultara difícil.

—¡Eso es absurdo! —dijo Skip, forcejeando con las esposas—. Yo no he incumplido nada. ¡Esto es Nuevo México!

—Exacto —dijo el primer agente—, pero no es tu condado de origen. Las regulaciones de la fianza estipulan que no puedes salir del condado de Santa Fe, y aquí estás, en Torrance, que está a tomar por saco. Pero no te preocupes, el sheriff Hawley viene de camino y seguro que cuidará muy bien de una ovejita perdida como tú.

El hombre se echó a reír, pero esta vez solo se sumaron los otros agentes.

37

—Estoy mirando las fotografías ahora mismo —dijo Evan Gross, cuyo rostro asomaba en el Zoom del ordenador de Corrie. Podía ver al experto en avalanchas sentado en su luminoso despacho de Colorado y los picos nevados que se elevaban al otro lado de la ventana.

Cuando Sharp le dio autorización para hablar con un experto en avalanchas, creyó que le costaría encontrar uno, pero había resultado sorprendentemente fácil: la Universidad de Colorado posiblemente contaba con los mejores expertos en avalanchas del mundo, y el doctor Gross encabezaba la lista. No solo mostró su disposición a hablar con ella, sino que lo haría con gusto. Parecía que, a diferencia de los políticos, los científicos estaban ansiosos por hablar sobre los detalles de su trabajo.

A través de la ventana de Zoom, Corrie vio que tenía encima de la mesa las fotografías que le había enviado por correo electrónico, junto con las autopsias de las dos víctimas aplastadas: Lynn Martínez y Luke Hightower. Gross era bastante joven, con una coleta larga y barba, y parecía más un aficionado al esquí que un científico doctorado. O a lo mejor era un fanático del esquí que había logrado convertir su afición en una carrera exitosa.

—Es muy interesante —dijo, revolviendo las fotos—. No me he topado con un problema tan rebuscado en mucho tiempo.

—Doctor Gross, ¿puedo grabar esta llamada?

—Por supuesto.

—Por favor, ¿podría decir su nombre y credenciales para que quede constancia?

—Claro. Soy Evan Gross y tengo un doctorado en Geociencias por la Universidad de Colorado, donde ahora soy profesor investigador. Mi especialidad es el estudio de la estructura, la transferencia de masa y el movimiento del calor en la nieve.

—De acuerdo —dijo Corrie—. ¿Y eso significa que es usted un experto en qué campos?

—Entre otras cosas, la predicción de avalanchas, fenómenos ligados a la estructura de la nieve y los procesos de transferencia de masa.

—Gracias.

Corrie sintió una punzada de esperanza. El misterio de los dos cuerpos aplastados había hecho tropezar a Gold en la investigación inicial y había alimentado la plétora de teorías conspirativas sobre ovnis, ataques de yetis, armas secretas y demás. Gold también había contratado a una persona que concluyó que no era posible que se produjera una avalancha en la ladera donde hallaron a las dos víctimas aplastadas. Fuera así o no, su investigación no había podido determinar qué les había sucedido exactamente a las dos víctimas.

—Empecemos con las dos autopsias que me envió —dijo Gross—. No soy médico, pero tengo mucha experiencia en muertes por avalanchas y recuperación de cuerpos. La primera víctima tenía una fractura torácica tan extrema (tórax inestable severo) que le causó un traumatismo cardiaco mortal. La segunda, además de un traumatismo torácico, sufrió una fractura de cráneo tan drástica que

le incrustó esquirlas óseas en el cerebro. Ambas lesiones presentaron una letalidad inmediata.

—Sin embargo, lo que les sucedió no provocó desgarros en la piel —dijo Corrie—. Es extraño.

—En realidad no. Esas lesiones no son atípicas en víctimas de avalanchas.

—Pero no había pruebas de una avalancha.

—¡Exacto! Eso es porque no la hubo. La pendiente es demasiado leve y la zona está demasiado cerca de la cresta. Estas fotos cuentan una historia por completo distinta, una historia trágica.

Revolvió de nuevo las fotografías impresas.

—Aquí están los cuerpos tal como los encontraron los equipos de rescate.

Sostuvo en alto una imagen que Corrie reconoció al punto. En ella aparecían los dos cuerpos tendidos boca abajo en el arroyo, transversalmente, uno encima del otro: Hightower debajo y Martínez encima.

—Como puede ver, están tendidos en el lecho de un arroyo poco profundo y rocoso, parcialmente sumergidos en el agua. Aquí hay una foto de lo que queda de la supuesta cueva de nieve que estaban construyendo. Se distinguen las ramas frescas que habían cortado y extendido por el suelo. En esta foto, están todas mezcladas con la nieve.

—En efecto, los investigadores anteriores llegaron a la conclusión de que estaban construyendo una cueva de nieve.

—Y así es. Las dos víctimas se habían metido en la nieve, a sotavento de una cresta. Por desgracia para ellos, estaban excavando un saliente de nieve profundo que estaba justo encima de un arroyo. En ese momento había mucha nieve en la zona, más de seis metros.

—Era solo 31 de octubre, a principios de la temporada.

—Correcto. Esos salientes pueden desarrollarse muy rápido cuando hay vientos fuertes y alcanzar alturas de quince metros o más. Lo que no vieron fue que la cueva que estaban construyendo se asentaba justo encima de la cavidad formada por ese arroyo. El arroyo no se congelaba en invierno, y la nieve alta y aislante de arriba era una de las razones. Pero, como el arroyo siempre estaba unos pocos grados más caliente que el punto de congelación, se formaba una cavidad justo por encima de su cauce.

Le mostró otras fotografías de la zona en las que aparecían la cresta y una depresión formada por el arroyo.

—En algún momento, el fondo de la cueva de nieve se derrumbó en la cavidad. Lanzó a los dos excavadores alrededor de un metro y medio hacia el lecho rocoso del arroyo, y la nieve que tenían encima se les vino encima, los aplastó contra las rocas y provocó las lesiones masivas que se aprecian en la autopsia.

Corrie dudó.

—Cuesta creer que una caída de un metro y medio sea suficiente para aplastar esos cuerpos.

—Normalmente no lo sería. Lo que causó las lesiones no fue la caída, sino los cuatro metros y medio de nieve que se precipitaron sobre ellos. Hagamos números. La nieve en la que cavaron no era normal, sino nieve dura arrastrada por el viento, que es tres o cuatro veces más densa que la nieve reciente. Ese tipo de nieve suele pesar entre doscientos setenta y cuatrocientos cincuenta kilogramos por metro cúbico. Multiplique eso por cuatro metros y medio, o cinco metros cúbicos, y obtendrá unos dos mil doscientos setenta kilogramos de nieve cayendo sobre ellos y aplastándolos contra las rocas del lecho del arroyo. Créame, eso hace mucho daño.

Una vez concluida la explicación, Gross se recostó.

—Y esa, agente Swanson, es la solución a su misterio.

Corrie lo miró fijamente.

—¿Está seguro?

—Casi al cien por cien.

—¿Qué hay de la lengua y los ojos desaparecidos?

Ante eso, Gross negó con la cabeza y se echó a reír.

—Eso es aún menos misterioso. Estaban tendidos boca abajo en un arroyo, donde viven todo tipo de bichos pequeños: larvas de frigánea, ninfas de plecóptero, larvas de mosquito, crustáceos y peces pequeños. Todos comen proteínas animales siempre que pueden. Los ojos y la lengua de dos personas muertas, sumergidas en el agua y descomponiéndose durante meses son un festín.

Corrie estaba asqueada y asombrada.

—¿Así de simple?

—¿Se siente decepcionada? —Volvió a reírse—. A la gente le encantan los misterios. Siento aguarles la fiesta, pero este se explica aplicando un poco de ciencia.

—¿Estaría dispuesto a incluir todo esto en un informe? Le pagaremos sus honorarios habituales, por supuesto.

—Claro. Lo redactaré esta tarde y se lo enviaré por correo electrónico mañana.

Corrie le dio las gracias y finalizó la llamada de Zoom. No entendía por qué Gold no había buscado a un verdadero experto en avalanchas como Gross. Es cierto que ella también había estado a punto de no hacerlo, pero se dio cuenta de que era una parte de la investigación de Gold que no cuadraba del todo. Sin embargo, no era el único aspecto de esa investigación que le provocaba cierta inquietud; había algo que no podía precisar, pero que simplemente no encajaba.

38

Era un domingo frío de noviembre, incluso para Silver City, pero Melody Ann O'Connell estaba animada ante la idea de la próxima protesta. Cosmo y Cassy Wright habían ido con ella y al menos una docena de personas más se habían apuntado a la protesta en la página de Facebook de las Familias de Manzano, cosa que la convertiría en la más numerosa hasta la fecha. Aún era más satisfactorio que KWOW, una cadena de televisión local, planeara grabar la manifestación y entrevistarla para el informativo de la noche.

Bluejay Lane, la calle del agente Gold, se hallaba a las afueras de la ciudad, un callejón sin salida que terminaba en un círculo. Su casa, de un estilo moderno de mediados de los cincuenta, se encontraba al final. Como de costumbre, estaba cerrada a cal y canto y con las cortinas corridas, y Gold había guardado el coche en el garaje. La calle ofrecería aparcamiento para todos y mucho espacio para desfilar frente a la casa sin invadir el jardín de Gold.

Melody Ann aparcó el Lexus y se apeó, seguida de Cassie y Cosmo. Luego bordeó el coche y abrió el maletero para sacar las pancartas, que apoyó encima procurando no rayar la pintura. Se había asegurado de que no parecieran hechas por aficionados e

incluían los mensajes que, en su opinión, más habían calado: VERDAD, RECORDAD A LOS NUEVE y FBI, HABLA CLARO.

Después sacó una pequeña mesa plegable del maletero y colocó encima una bandeja de Dunkin' Donuts, café y una pila de vasos.

Faltaba un cuarto de hora para el mediodía y los demás no tardarían en llegar; de hecho, ya habían aparecido algunos. Un coche entró en la calle, seguido de otro, y luego otro. Melody Ann vio algunas cortinas moviéndose en otras casas, pero la de Gold permanecía cerrada y en silencio.

—No parece que haya nadie —dijo Cassy Wright, que cogió un dónut de arándanos y un vaso de café.

—Da igual —respondió Melody Ann—. Lo que importa es la publicidad.

Cosmo cogió un buñuelo y le dio un buen mordisco, regado con un sorbo de café.

—Espero que ese cabrón esté ahí dentro —murmuró mientras masticaba.

Seguían llegando más coches y la gente se congregó alrededor del café y de los dónuts. Mientras tanto, un hombre salió de la casa contigua a la de Gold y se quedó en el porche, con los brazos en jarra y una expresión de enojo.

Melody Ann lo saludó con la mano, pero, en lugar de devolverle el saludo, el hombre gritó:

—¿No tienen ustedes nada mejor que hacer un domingo?

—No le hagáis caso —dijo Melody Ann.

—¡Vayan a molestar a otro sitio! —añadió—. ¡Este es un buen barrio!

Pero nadie respondió y, finalmente, volvió a entrar y cerró de un portazo.

El creciente grupo se arremolinó y había una sensación de

electricidad en el aire que para Melody resultaba casi festiva. Cuando dieron las doce, levantó la voz y, flanqueada por Cassy y Cosmo, pidió atención.

Se hizo el silencio y miró a su alrededor. Contó veintiuna personas, incluso más de lo que esperaba. La furgoneta de informativos llegaría a la una y planeaban terminar a las dos.

—¡Amigos míos! —dijo Melody—. ¡Las Familias de Manzano les agradecemos que hayan venido a apoyarnos en esta fría tarde! ¡Gracias!

Levantó las manos y aplaudió, lo cual también generó aplausos entre el grupo.

—Me gustaría presentar a Cosmo y Cassy Wright, los afligidos padres de Gordon Wright, cuyos restos, como ya saben, fueron encontrados recientemente en una cueva en la sierra de Manzano. Hace dos semanas, el FBI anunció que reabriría el caso, pero desde entonces no hemos sabido nada más. Al principio supusimos que era otro ejemplo de lentitud e incompetencia, pero nos dimos cuenta de que estaba ocurriendo algo más. Empezaba a repetirse un patrón siniestro.

Hizo una pausa para mayor dramatismo.

—Todo el caso de la Montaña Muerta parece una tapadera de principio a fin. ¿Por qué no hemos sabido nada? ¡Porque se niegan a darnos información! Y por eso estamos aquí, para denunciar al FBI. ¡Para exigir la verdad!

Señaló ostentosamente la casa y volvió a hablar con voz resonante.

—Robertson Gold, el exagente del FBI, dirigió la investigación original y el encubrimiento. Él sabe la verdad. Todos los caminos conducen a él. ¡Y después de quince largos años, exigimos respuestas!

Hizo una pausa.

—En las últimas semanas, las Familias de Manzano han estado recabando información nueva y aterradora. No puedo prometer que tengamos las respuestas, pero sí algunas pistas. Y nosotros, las familias, queremos explicarles lo que sabemos.

Otra pausa.

La multitud estaba en absoluto silencio.

—Durante años ha habido rumores de un proyecto secreto lanzado en paralelo al Proyecto Manhattan. Por supuesto, me refiero al Proyecto Boston. Sin duda, algunos de ustedes habrán oído hablar de él. El Proyecto Boston se centró en otro tipo de arma de destrucción masiva: no eran armas nucleares, sino biológicas, concretamente lo que hoy se llamaría ingeniería genética. El Proyecto Manhattan fue un éxito, por supuesto, y condujo a la bomba atómica y a la victoria sobre los japoneses. Pero el Proyecto Boston, llevado a cabo en Kirtland, no prosperó, al menos durante mucho tiempo. Aunque todavía estamos reuniendo los detalles, creemos que su objetivo era crear el soldado perfecto. Al principio, el Proyecto Boston no tenía la tecnología necesaria, y sus experimentos rudimentarios no progresaron demasiado. No obstante, continuó en secreto, y al final llegó a buen puerto gracias a las herramientas biotecnológicas avanzadas de las que ahora disponemos. Pero hubo, por así decirlo, algunos contratiempos en el camino.

Melody Ann sintió una oleada de energía y emoción al ver que la pequeña multitud estaba fascinada.

—Digo «contratiempos», pero una palabra más precisa sería «fracasos». Al principio crearon monstruos horribles, poderosos e infrahumanos. Y la noche del 31 de octubre de 2008, uno de esos monstruos genéticos escapó de la base y se adentró en la tormenta.

Abrió la tienda y desató el horror y el pánico. Y al hacerlo, dio lugar a una tragedia que provocó nueve muertes.

Miró a su alrededor una vez más y dejó que calaran sus palabras.

—Imagino que estarán pensando si tengo pruebas, y es normal, así que repasemos los hechos. Primero, se sabe, y lo ha reconocido incluso el gobierno, que algo bloqueó la entrada de la tienda y era tan aterrador que nuestros hijos cortaron la tela y huyeron. ¿Un oso?, ¿un puma?, ¿otro ser humano? Difícilmente. Eran montañeros y excursionistas experimentados.

»En segundo lugar, revisando viejos artículos de prensa, he observado que la gente vio un número inusual de helicópteros y aviones sobrevolando la sierra de Manzano esa misma noche, antes incluso de que nadie supiera que los excursionistas habían desaparecido. ¿Qué buscaban si no era a un fugitivo?

»Tres: la radiación depositada en algunas prendas de ropa, que pretendían mantener en secreto, pero, afortunadamente para cualquiera que busque la verdad, acabó filtrándose. Es un hecho de sobra conocido que en ingeniería genética y en la identificación de problemas neurológicos se utilizan isótopos médicos.

La multitud estaba pendiente de cada palabra. De la media docena de teorías que había mencionado, no estaba segura de si aquella era cien por cien correcta, por supuesto, pero para motivar a la gente había que utilizar las mismas herramientas que empleaban los oponentes, e incluso retorcer un poco la verdad si eso permitía darles algo tangible.

—¡Basta de charla! —gritó—. ¡Iniciemos la protesta!

Sacó dos megáfonos electrónicos, se quedó uno para ella y le tendió el otro a Cosmo. Después repartieron los carteles y ordenó a todos que se quedaran en las aceras y la glorieta, moviéndose en sentido contrario a las agujas del reloj. Melody Ann empezó a corear

y todos la siguieron al unísono mientras describían un círculo frente a la casa de Gold, evitando invadir el césped.

Aquello duró cuarenta y cinco minutos, y lo verdaderamente emocionante comenzó cuando apareció una gran furgoneta blanca con una antena parabólica en el techo: KWOW. Se detuvo junto a su coche y bajaron diversos técnicos y un sonidista, seguidos de la reportera de investigación Liz Sánchez, una mujer atractiva con un traje impecable y el pelo corto y oscuro. A su lado había un hombre, gesticulando y dando instrucciones, que evidentemente era el productor de informativos. Melody Ann se separó del grupo y fue hacia ellos.

—¿Hay rastro de Gold? —preguntó Sánchez.

—No, pero sé que está ahí dentro —dijo Melody Ann—. Nunca sale.

—De acuerdo. Vamos a instalarnos ahí —dijo, mientras el técnico de sonido le ponía a Melody Ann un micrófono de solapa.

Sánchez y el productor comentaron dónde se situarían para grabar y pidieron que los manifestantes siguieran dando vueltas y coreando en primer plano, con la casa de Gold a media distancia.

Al poco estaban listos y Melody Ann sacudió su melena teñida mientras Sánchez se ubicaba junto a ella con el micrófono.

—Soy Liz Sánchez y estoy en Silver City con Melody Ann O'Connell, la madre de la última víctima desaparecida en la tragedia de la sierra de Manzano. Melody Ann, ¿puede decirnos qué está ocurriendo?

—Sí, Liz, y gracias. —Respiró hondo—. Estamos aquí para protestar por la flagrante tapadera del FBI sobre lo que realmente les sucedió a los nueve de la sierra de Manzano.

—¿Tapadera? ¿A qué se refiere?

Mientras Melody Ann iniciaba el discurso ensayado, se oyó un grito

detrás. El productor de noticias estaba señalando la casa.

—¡Eh, grabad eso! ¡Va a salir!

El equipo de informativos abandonó a Melody Ann y echó a correr por el camino de entrada con sus cámaras y sus micrófonos de pértiga.

Gold había salido de la casa y estaba gritando:

—¡Lárguense de aquí! ¡Fuera de mi propiedad!

—¡Agente Gold! ¡Agente Gold! —dijo Sánchez, extendiendo la mano en la que llevaba el micrófono.

—¡Lárguense de aquí, putos tarados! —gritó Gold con el rostro enrojecido, los ojos desorbitados y la americana mal puesta.

Melody Ann se asustó; parecía completamente desquiciado, un hombre capaz de cualquier cosa.

—¡Fuera! —Avanzó por el camino—. ¡Fuera! —gritó de nuevo, llevándose la mano a la espalda.

—¡Una pistola! —gritó alguien y hubo un coro instantáneo de alaridos mientras todos se echaban cuerpo a tierra.

Las cámaras cayeron al suelo y los micrófonos salieron volando. Melody Ann se tiró al asfalto mientras la gente se ponía en pie y salía corriendo en todas direcciones, como gansos histéricos dispersados por un perro desbocado. Pero Melody Ann se quedó en el suelo, con el corazón palpitando con fuerza a pesar de que había recobrado la calma. El hombre no les había disparado; tan solo había agitado la pistola por encima de la cabeza, y ahora estaba mirándose la mano como si no fuera suya. Un operador de cámara había reanudado la filmación desde el suelo y el productor gritó:

—¡Grábalo! ¡Grábalo!

«Esto es increíble», pensó Melody Ann. La cadena estaba captando imágenes de un agente del FBI chillando y blandiendo una pistola, como si su discurso sobre la tapadera lo hubiese empujado a

hacerlo. Lo único que faltaba para que aquello fuera perfecto era que arrestaran a Gold delante de las cámaras.

Arrestado delante de las cámaras. Aquello saldría en todos los noticiarios y ella, Melody Ann, lo había hecho posible. Eso supondría una reivindicación de su arduo trabajo durante años —bueno, como mínimo meses— de luchas y dudas. Ahora el FBI tendría que confesar y eso abriría de par en par el caso de la Montaña Muerta.

Cogió el móvil y marcó.

—Nueve uno uno. ¿Cuál es su emergencia? —dijo una voz anodina.

39

Corrie aparcó el coche del FBI en North San Pedro Drive, apagó el motor y se quedó un rato observando el asfalto agrietado, los moteles y los pisos de clase obrera que bordeaban la calle.

En el asiento del pasajero, Watts se estiró y bostezó.

—Que me lleven en coche es una novedad —dijo—. Y menos mal que vas armada. Estamos solo —se giró, mirando por la ventanilla trasera— kilómetro y medio al norte de la «zona de guerra».

Corrie sonrió irónicamente ante aquella referencia al Distrito Internacional de Albuquerque, uno de los barrios más pobres de la ciudad y, sin duda, el más violento.

—Bueno, a ver cómo va. Las entrevistas son fáciles cuando solo necesitas que alguien verifique lo que ya sabes. Otras pueden complicarse, por ejemplo, cuando no sabes exactamente lo que quieres.

—¿Todo eso lo has aprendido como agente en prácticas?

—No estoy en prácticas —dijo Corrie, que le dio un puñetazo juguetón en el brazo—. Otro comentario así y utilizaré ese sombrero para jugar al frisbi.

Watts no paraba de gastarle bromas y Corrie se preguntó si estaría ocultando un nerviosismo persistente desde su momento —

no sabía cómo llamarlo— junto al río unos días atrás. Lo que ocurrió fue inesperado. El bosque del Apache era hermoso, como una miniatura de Albert Bierstadt, y él la había acariciado bajo los álamos. Corrie le había devuelto la caricia. Y, cuando quiso darse cuenta, estaban dándose un beso apasionado. Uno de los dos, no estaba segura de quién, se había echado hacia atrás sorprendido…, y una pareja de ancianos que paseaba por allí impidió que el paisaje de Bierstadt se transformara en *El almuerzo sobre la hierba*. Lo único que Corrie sabía con certeza era que en ese momento la invadió un deseo ardiente hacia Watts. Pero el momento había pasado y, por suerte, no se había vuelto demasiado drástico o bochornoso.

¿Qué estaba ocurriendo, o no ocurriendo, entre ellos? No podía negar su atracción, y era obvio que él sentía lo mismo, pero parecía que casi todo el tiempo que pasaban juntos se mezclaba con el trabajo. No es que esperara un cortejo decimonónico, pero unas cuantas noches de cine, unas cenas románticas o unas flores no estarían mal. Sabía que Watts era un hombre íntegro al que no le interesaba una aventura rápida y sin compromiso. Puede que simplemente se sintiera intimidado o que fuera inexperto. Bueno, eso era aplicable a ambos.

Fuera lo que fuese, podía esperar; ahora mismo estaba haciendo malabares con muchas pelotas y no estaba segura de querer añadir dos más.

—De todos modos, me alegro de que hayas venido —dijo—. Al fin y al cabo, la encontraste tú.

—Me pediste que olfateara por aquí. Lo que sea por una dama.

—No es que nadie vaya a preguntar, pero si lo hacen, podría haber aparecido durante tu investigación sobre el asesinato de Cheape.

Al salir, azotados por un viento gélido, cruzaron la calle y se

aproximaron a la anodina residencia de Winifred Luckie. Watts ya le había facilitado información sobre la mujer: nacida en Hartsdale, Nueva York; treinta y nueve años; soltera, sin hijos; graduada en el Hudson Valley Community College. Se había mudado a Nuevo México en 2006 y trabajaba como profesora suplente con contratos temporales. Cuando estaba desempleada, a veces solicitaba ayuda al Departamento de Recursos Humanos de Nuevo México.

Corrie había decidido no avisar con antelación. Esta vez, su instinto le dijo que era mejor cogerla desprevenida para que no tuviera tiempo de prepararse. Eran las diez de la mañana de un lunes festivo, y aunque Winifred Luckie estuviera trabajando en esa franja horaria, no había clase, aunque su historial denotaba que seguramente estaría en paro.

Cuando llamó a la puerta, abrió una mujer vestida con sudadera y mallas negras. Un vistazo a su ropa y su cabello despeinado indicó a Corrie que probablemente no trabajaba desde hacía tiempo.

—¿Winifred Luckie? —dijo, mostrando su identificación a través de los barrotes de seguridad de la puerta—. Soy la agente especial Corinne Swanson, del FBI, y este es el sheriff Homer Watts. ¿Podemos pasar y hacerle unas preguntas?

—¿Sobre qué?

—Rodney O'Connell.

—¿Lo han encontrado?

—Todavía no. —La mujer no parecía tener prisa por abrir—. Señora, si no le importa, ¿podríamos hablar dentro?

Luckie dudó el tiempo suficiente para examinar sus identificaciones una vez más, y luego abrió la puerta de seguridad y los dejó entrar.

El piso se hallaba sumido en un curioso desorden. A Corrie le pareció que la mujer había intentado contener el caos, pero, como

una marea creciente, siempre regresaba. Unos táperes cuidadosamente apilados en la mesa del comedor estaban rodeados de envases de comida china. En el rincón, una tabla de planchar con ropa doblada encima tenía las patas enterradas en camisetas y ropa interior sin lavar. Mientras la mujer los acompañaba a través del comedor hacia una sala de estar contigua, Corrie vio que en una esquina había una mesa plegable con un ordenador. Aquella zona estaba escrupulosamente limpia. Al lado había una estantería improvisada hecha de tablones, y a Corrie la sorprendió ver que Luckie compartía sus gustos tanto en música como en literatura de ficción. Había cedés rayados de Inade y Stars of the Lid, así como algunos de sus libros favoritos de ciencia ficción de la infancia, títulos de Larry Niven y Roger Zelazny, y unos cuantos thrillers poco conocidos, incluyendo el tristemente olvidado *Más allá del hielo*.

Luckie apartó varios mandos a distancia del sofá y les indicó que se sentaran. Sin ofrecer ningún tipo de refrigerio, cogió la cómoda silla de oficina que había cerca del ordenador, le dio la vuelta y los miró expectante.

—Y bien —dijo—, ¿han descubierto algo más sobre Rod?

—No —respondió Corrie—. Hay una nueva búsqueda en curso.

—¿Y por qué quieren hablar otra vez conmigo? Debí de hablar con los federales al menos una docena de veces cuando sucedió.

En realidad, se había sometido a cinco interrogatorios bastante apresurados y superficiales, que Corrie había revisado cuando Watts le facilitó el nombre de la mujer. Aunque se mostró cooperadora, no había podido aportar ninguna información útil.

—Le robaremos el menor tiempo posible —dijo Corrie—. Debido a los descubrimientos recientes, estamos contactando con todos los involucrados por si se nos pasó algo por alto.

La mujer se encogió de hombros.

—De acuerdo.

—Gracias, Winifred. ¿Puedo llamarla Winifred?

—No. Y, por favor, tampoco me llame Winnie. Llámeme Helen. Es mi segundo nombre.

—Helen, entonces. ¿Recuerda dónde conoció al señor O'Connell?

—Claro. En la gruta.

—¿La qué?

—Así llaman a las secciones locales de la ANE.

—La Asociación Nacional de Espeleología. —Watts habló por primera vez—. ¿Eran ustedes espeleólogos?

—Así es. Salíamos con otros miembros de nuestra gruta a las cuevas del condado de Dutchess, en Nueva York. Rod estaba muy metido en la espeleología y yo era novata. Él me ayudó a recorrer algunas cuevas bastante complicadas, como Carson's Mistake.

—¿Carson's Mistake? —repitió Corrie.

—Tiene un tubo horizontal de cien metros al que llaman «la trituradora de carne». Cuando entras, no hay vuelta atrás, hay que seguir. Me entró miedo a mitad de camino y él me ayudó a superarlo.

La mujer señaló una mesa situada junto al sofá, sobre la cual había un par de fotos en Ektachrome, enmarcadas y muy descoloridas. Corrie se sorprendió al ver a una chica delgada con un traje de espeleología ajustado y una cuerda colgada al hombro derecho que parecía un cordón militar. A pesar del atuendo manchado de barro y un casco con luz y barboquejo que le ocultaba parcialmente el rostro, vio que la chica era guapa. Era difícil relacionar aquella imagen de hacía veinticuatro años con la mujer de aspecto cansado que ahora tenían delante. Corrie se dio cuenta de que cada día era otra encrucijada en la vida, basada en lo que se hacía o se dejaba de hacer, y podían pasar años antes de que

supieras que alguna acción, ahora motivo de arrepentimiento, te había llevado por el camino equivocado. Seguramente le podría haber sucedido a ella también. Desterró aquellos pensamientos y volvió a su lista mental de preguntas.

—Y empezaron a salir —dijo.

La mujer asintió.

—Pero iban a escuelas diferentes.

—No. Yo comencé en Rensselaer y pedí el traslado a Hudson Valley después de mi primer año.

Corrie intentó alinear las fechas. Luckie se había trasladado de una universidad de cuatro años a una de dos justo antes de que Rodney O'Connell se graduara en el Rensselaer Institute y continuara sus estudios de posgrado en el Instituto Tecnológico de Nuevo México. Debía de ser alumno de último curso cuando ella empezó.

—De modo que siguió a Rodney hasta aquí —dijo Watts. Corrie estaba pensando eso mismo, pero la frase le sonó agresiva.

—No lo seguí. Íbamos a casarnos.

—¿A casarse? —repitió Watts, que parecía poco convencido.

—¡Estaba embarazada! —le espetó Helen.

¿Qué carajo estaba haciendo Homer? Corrie quería que la entrevista siguiera siendo amistosa y productiva.

—Entonces ¿llegó a conocer a los amigos que tenía aquí, por ejemplo, algunos de los excursionistas fallecidos?

—A algunos.

Helen cambió de postura, ahora disgustada e impaciente.

—¿Era especialmente amigo de alguno?

Helen se encogió de hombros.

—Supongo. Gordy. Luke.

—¿Sabe si había alguna animosidad en el grupo? ¿Celos, competencia o algo parecido?

—No.

—¿Hay algo que Rodney le contara, o que usted oyera o descubriera, que pudiese arrojar más luz sobre lo sucedido?

—No.

Corrie insistió un poco.

—¿O tal vez hay algo que haya recordado o que haya sucedido desde aquellos primeros interrogatorios?

—No. Se lo conté todo a la policía. Si no lo han encontrado, pónganse a buscar y dejen de molestarme.

—En aquel momento, no nos contó que estaba embarazada —dijo Watts, aventurando algo que Corrie sabía a ciencia cierta que era una suposición.

La mujer miró a Corrie y luego a él.

—No era relevante.

—Debía de serlo para usted y para Rodney. Y supongo que también para sus padres. ¿Qué fue lo que pasó?

Por un instante, la mujer adoptó un rostro inexpresivo.

—No pasó nada.

—¿Abortó? ¿Tuvo un aborto espontáneo? ¿Dio al niño en adopción?

—¡Eso no es asunto suyo!

—A menos que fuese mentira —repuso Watts, mirando al techo como si estuviera observando un retablo celestial—. Mintió para que siguiera con usted y después de la tragedia, ya no importaba… hasta que sí importó.

Corrie abrió la boca, pero no dijo nada. Watts no solo estaba siendo agresivo, sino que tampoco estaba recabando información; había un método allí, y debía dejar que lo desarrollara.

Parecía que Helen había intuido lo mismo, porque ella también se quedó callada.

—Cuando se calmaron las cosas —prosiguió Watts—, usted significaba algo para los padres, Harry y Ruth. Ellos la veían a usted y especialmente al niño no nacido como un vínculo con su hijo.

Al ver que no lo negaba, continuó.

—Y entonces, por la razón que fuera, el niño desapareció. Pero incluso después de eso, usted mantuvo viva la relación con los padres de Rodney. Le tenían lástima, especialmente Harry. Y le daba dinero.

Helen se incorporó.

—¡Eso es…!

Dejó la frase a medias, evidentemente obligándose a guardar silencio.

—No era mucho. A lo mejor fue un regalo puntual o posiblemente un estipendio. Usted jugó con su conciencia, con esa mezcla paternal de culpabilidad y tristeza. Muy pronto, disponía de una pequeña fuente de ingresos. Pero entonces Ruth murió y Harry empezó una relación con Melody Ann. Y cuando usted la conoció, se dio cuenta de que el juego había terminado.

—¡No pueden demostrar nada! —dijo Helen.

—No, y tampoco es nuestra intención. Es usted quien cargará con eso en su conciencia, no nosotros.

De repente, la aludida se recostó en la silla y hundió la cabeza entre las manos. No emitió ningún sonido y sus hombros no se agitaron a causa de los sollozos. Corrie, un poco sorprendida por el cambio repentino, no sabía si estaba llorando o no.

—No hay forma de deshacer lo que ha hecho —dijo Watts en un tono más suave, melancólico en lugar de acusatorio—. No hay forma de reparar el daño. No creo que tenga nada que ofrecernos, lo cual es una lástima. Si supiera algo que sirviera para que la familia pasara página y honrara la memoria de su novio, podría ser un

pequeño paso hacia la curación.

Y con esto, se preparó para levantarse.

—Espere —dijo ella, con el rostro aún oculto.

Watts y Corrie cruzaron miradas.

—Me pidió que nunca se lo contara a nadie.

—¿Que no le contara a nadie qué? —preguntó Watts.

La mujer no dijo nada más durante un rato. Entonces, justo cuando Corrie pensaba que Watts empezaría a interpretar de nuevo el papel de poli malo, habló.

—Una vez dijo que conocía un camino hacia el búnker.

—¿Qué búnker? —preguntó Corrie.

—El viejo búnker. El de Kirtland, donde trabajaba su padre. Lo construyeron a principios de los años cincuenta para proteger al presidente y a su equipo de expertos en caso de ataque nuclear. El búnker tenía una entrada principal, pero también había una ruta de escape secreta, un túnel largo que salía por la parte de atrás. Aparecía en algún lugar de la sierra de Manzano. Harry…, quiero decir, el señor O'Connell, se ocupaba de la vigilancia de la puerta trasera y se jactaba de ello ante Rod. Dijo que había utilizado la fecha de cumpleaños de su hijo como código para la cerradura. Rod me hizo jurar que jamás se lo diría a nadie.

Mientras Helen hablaba, la emoción fue desvaneciéndose hasta que pareció que estaba recitando de memoria.

—¿Y dónde estaba esa salida trasera? —preguntó Corrie.

—Ni idea. Rod dijo que me llevaría, pero entonces desapareció…

Volvió a dejar la frase a medias.

—¿No le dio ninguna pista? —insistió la agente.

—No. Como les comentaba, dijo que el túnel era largo. Atravesaba la montaña y salía al otro lado, en una zona llana donde podía aterrizar un helicóptero. No me dijo nada más.

—¿Qué montaña?

—No lo dijo.

—¿Por qué no se lo contó a nadie, Helen? —preguntó Corrie.

—No quería meter en un lío a Rod y a su padre.

Y ahora, por fin, llegaron los sollozos.

Corrie cruzó lentamente la calle, tratando de encajar aquella revelación de última hora en el rompecabezas de lo que ya sabía.

—¿Crees que O'Connell iba hacia ese búnker? —preguntó.

Para su decepción, Watts no parecía muy impresionado.

—Lo dudo. Es una zona llamada el Nudo. Es un suicidio ir allí en invierno, de noche y en medio de una tormenta de nieve.

—Ah, sí —dijo Corrie—. Vi el Nudo cuando visitamos Kirtland. Eso y el nuevo rancho turístico.

—Rancho Bonito, un lugar para gente del sector tecnológico. Tienen retiros de yoga, balnearios, masajes, meditación y todo lo que se te ocurra. —El tono de Watts dejaba claro lo que pensaba del rancho—. De todos modos, el complejo se construyó hace pocos años. No creo que O'Connell tuviera intención de entrar en el Nudo aunque pensara que había una puerta trasera oculta.

—Ha dicho que había una zona llana. ¿Cuántas hay en la sierra de Manzano?

—No hace falta mucho espacio para que aterrice un helicóptero —dijo Watts.

Corrie asintió.

—Cambiando de tema, ¿de dónde has sacado toda esa información sobre la novia estafadora?

—Conozco a gente que conoce a gente que conoce a gente —dijo con una sonrisa que hacía que se le marcaran los hoyuelos—. Cuando la encontré, no pude resistirme a abandonar la investigación

de Cheape durante quince minutos y escarbar un poco. Simplemente tuve una corazonada. Parece que nuestra querida Winifred, o Helen, o quien sea, empezó a tener buenos ingresos en los años posteriores a la muerte de Rod y dejó de trabajar, pero eso terminó abruptamente cuando su amiga Melody Ann apareció en escena.

Mientras subían al coche, añadió:

—¿Y bien? Creo que esto merece como mínimo un almuerzo. Pagas tú.

Corrie se echó a reír.

—Vale, te invito a comer. Pero tengo otra entrevista esta tarde, así que tendrán que ser perritos calientes en algún puesto ambulante.

—Si es un perrito con chile, por mí adelante.

Con una sonrisa, Watts se abrochó el cinturón y se colocó bien el Resistol mientras Corrie ponía rumbo hacia el norte.

40

Aquella visita a la cárcel fue distinta de la primera en todos los sentidos imaginables. No hubo papeles que Nora tuviera que firmar, cheques que extender o formularios que sellar. Y Skip no salió por una puerta lateral, balanceando los brazos y vestido con su ropa. En esta ocasión, Nora y el abogado Lightfeather tuvieron que soportar cacheos, escáneres de magnetómetro y una larga espera antes de franquear dos puertas hasta llegar a una pequeña habitación con una ventana sucia de metacrilato en la pared del fondo. Había un par de asientos, pero apenas tenían espacio para los dos. Al cabo de un minuto se encendió una luz detrás del cristal y apareció Skip. A Nora se le encogió el alma al instante. Le habían puesto esposas en las muñecas y grilletes en las piernas, y caminaba arrastrando los pies. Llevaba un mono naranja con la palabra PRISIONERO y el nombre de la cárcel del condado estarcido tanto en la parte delantera como en la trasera. No se había afeitado en un par de días y tenía el pelo revuelto. Pero lo peor de todo era su mirada, como un animal enjaulado, desesperado, al borde de un ataque de pánico.

—¡Nora! —dijo, al verla—. ¡Dios mío, Nora!

Skip corrió hacia el cristal, pero lo detuvo un guardia, que lo empujó hacia la silla. Cuando el prisionero se hubo tranquilizado, le

quitó las esposas y cerró la puerta después de advertir que tenían cinco minutos.

—¡Skip! —gritó Nora a través de una pequeña rejilla circular en el plexiglás—. ¿Estás bien?

Él se masajeó las muñecas, apoyó los codos en la estrecha barandilla de metal que tenía delante y apoyó la frente en las palmas de las manos.

—Hermana, estoy jodido.

Le temblaba la voz y estaba al borde de las lágrimas.

Nora extendió las manos sobre el plexiglás y notó, asqueada, su tacto grasiento.

—Skip, ¿te están maltratando? ¿Estás en peligro?

Él negó con la cabeza sin alzarla.

—No. Es solo que… ¡No puedo ir a la cárcel! ¡No puedo!

—Skip —terció Lightfeather, inclinándose hacia la rejilla del altavoz y hablando con voz tranquilizadora—, está en la cárcel, pero es solo por violar las condiciones de su libertad condicional. No es un delito grave. Cruzó el límite del condado por cuatro mil quinientos metros e involuntariamente. El verdadero problema es…

Pero Skip no estaba escuchando.

—¿Qué edad tendré cuando salga? —gimió—. ¿Cuarenta, cincuenta años?

—Vamos a centrarnos en el caso. El fiscal ha decidido acusarlo de intento de asesinato, lo cual es una clara extralimitación, una especie de extorsión para que se declare culpable, así que debe plantearse esa posibilidad.

—¡Pero soy inocente! —gritó Skip—. ¡Empezó él! ¡Atacó a mi hermana! ¡Y luego manipuló pruebas!

—Tranquilícese —dijo Lightfeather—. No es lugar ni momento para hablar de abogado a cliente, pero solo quiero que piense en

declararse culpable, ¿de acuerdo? El sheriff tiene casi todos los ases en su mano.

—¡Seré un delincuente el resto de mis días!

—Skip —dijo Nora—, cálmate y escucha al señor Lightfeather, por favor.

—¡Me he arruinado la vida! ¡Y la tuya también! ¡Lo he arruinado todo!

Todo lo que Skip había guardado en su interior durante aquellas tristes horas entre rejas empezó a brotar como líquido de una botella rota. No estaba escuchando, solo necesitaba desahogarse.

—Skip —dijo Nora—, ¿por qué fuiste a ese bar?

—Te diré por qué. —Skip cambió repentinamente el tono—. Estaba llegando a algún sitio. En ese bar conocí a gente que estoy seguro de que sabe que Hawley es corrupto. Lo único que debemos hacer es indagar un poco más…

Ahora fue el abogado quien lo interrumpió.

—Skip, no es una estrategia viable. Las alegaciones de un par de borrachos en un bar no lo ayudarán. Aunque fueran ciertas, no serían admisibles en los tribunales. Escúcheme: ir por libre, intentar resolver esto por su cuenta, solo lo perjudicará ante el jurado.

—¿Y qué coño propone?, ¿que me declare culpable?, ¿que le cuente a todo el mundo que ese saco de mierda decía la verdad y que no agredió a mi hermana?, ¿perjurar para salvarle el pellejo y encima ir a la cárcel? ¡De ninguna manera!

En ese momento regresó el guardia.

—Se acabó el tiempo —dijo, agachándose para esposar a Skip.

Por un terrible instante, Nora pensó que Skip opondría resistencia. Abrió unos ojos como platos y la llamó por su nombre, pero luego todo su cuerpo pareció flaquear y permitió que el guardia lo levantara.

—Hablaremos pronto —dijo Lightfeather—. Piense en un acuerdo con la fiscalía.

Skip salió de la pequeña habitación sin mirar atrás. Después de otro angustioso viaje a través de puertas cerradas y barrotes de hierro, Nora se encontraba de nuevo en la sala de visitas y miró a Lightfeather.

—Está negando la realidad —dijo el abogado—. Es normal. Pediré otra cita con él y estoy seguro de que para entonces habrá reflexionado un poco más.

—Pero tiene razón —dijo ella—. ¿No importa que sea inocente?

Lightfeather suspiró.

—Claro que importa, pero la vida es fundamentalmente injusta. Hawley no va a ceder, y la mayoría de los jueces y fiscales son amigos suyos o le deben un favor. Jugarán duro.

—¿No podemos solicitar un cambio de jurisdicción?

—Podríamos, pero estaríamos en terreno muy inestable. Y si fallara, estaríamos peor que al principio. Dadas las circunstancias, tenemos que enfrentarnos al hecho de que incumplió las condiciones de la libertad condicional, aunque fuera sin intención.

Aquella verborrea legal hizo que Nora tuviese ganas de gritar. No podía borrar la imagen de Skip; jamás lo había visto tan asustado, tan abatido. Había pasado por periodos de depresión durante y después de la universidad, siempre bien regados con tequila, pero había logrado superarlos.

—Dígamelo a las claras, por favor —añadió Nora—. ¿De qué tipo de acuerdo de culpabilidad estamos hablando?

Lightfeather la miró fijamente.

—El intento de asesinato es un delito de segundo grado, punible en Nuevo México con hasta quince años de prisión. Si Skip es condenado por eso, quizá saldría en siete con buena conducta. Hay

muchas posibilidades de que pueda negociar con el fiscal para que se reduzca a agresión con agravantes, pero sigue siendo un delito grave, con una posible sentencia de dieciocho meses, de la cual Skip cumpliría la mitad. Y si Hawley quiere retorcer el cuchillo de verdad, puede solicitar un aumento de la pena, lo que expondría a Skip a una temporada más larga. El fiscal se ha mostrado evasivo en ese aspecto.

—¿Y si Skip no acepta el acuerdo?

—Entonces irá a juicio por intento de asesinato de un agente de la ley, muy probablemente con un jurado hostil, y el juez podría condenarlo fácilmente a la pena máxima. Escuche, Nora: la próxima vez hablaré con él a solas. Vamos a darle un par de días para que se tranquilice. Eso suele funcionar. Pero… Bueno, perdóneme, pero es una persona terca e idealista. Aunque verla lo solivianta, puede que yo necesite su ayuda para convencerlo de que se declare culpable.

—¿Declararse culpable cuando sabemos que el sheriff es un puto mentiroso y que Skip no hizo nada malo? —repuso Nora con amargura.

—Vaya mundo en el que vivimos, ¿verdad? ¿Podrá hacer eso por mí? ¿Mantenerse alejada un par de días y dejar que lo vea a solas?

Nora asintió.

—Bien. Olvídese de Hawley. Aunque Skip hubiera descubierto algo sobre él, nunca sería admitido. —Hizo una pausa—. Escuche, el Consejo Tribal de los Isleta está siendo extremadamente generoso con mi tiempo y mis honorarios, así que tengo muchos recursos con los que trabajar. No pierda la esperanza.

Por alguna razón, esa última frase hizo que las esperanzas de Nora, ya de por sí escasas, se redujeran aún más. Respirando hondo, asintió de nuevo, le dio las gracias a Lightfeather, y salió al implacable aire de noviembre.

41

El sargento primero Ramsay Brickell vivía en una bonita casa de Trumbull Village, un barrio de Albuquerque. Corrie había decidido entrevistarlo sola al ver que a Sharp lo impacientaba que quisiera seguir investigando en torno a Kirtland. Sharp no le había prohibido hablar con él —evidentemente, la dejaba tomar sus propias decisiones—, pero tampoco había intentado disimular su escepticismo.

Sin embargo, Corrie no podía obviar la sensación de que había un destello en los ojos de Brickell en ese momento de vacilación en que mencionó el incidente de la Montaña Muerta durante el recorrido por la base. Más concretamente, durante su investigación sobre el asesinato de Cheape, Watts había obtenido archivos del personal de Kirtland y le había pasado a Corrie un único documento. Tal como había mencionado Watts, el informe de Cheape contenía un reconocimiento menor. La nota no especificaba qué había hecho que fuese digno de elogio, y normalmente no habría sido de interés, excepto por la fecha de los hechos que propiciaron esa muestra de gratitud: 1 de noviembre de 2008.

El día después del incidente de la Montaña Muerta.

Corrie aparcó en el camino de entrada y fue hacia la puerta, que

Brickell abrió de inmediato. Sin duda, la estaba esperando. Se sintió un poco desconcertada al verlo con su uniforme de gala y todas sus condecoraciones. Con un breve apretón de manos y una gran formalidad, la invitó a pasar y se sentaron en un modesto salón. El militar rezumaba corrección y decoro militar.

—Señor, gracias por recibirme.

Brickell inclinó la cabeza.

—Es un placer volver a verla, agente Swanson. Estaré encantado de poder ayudar.

—¿Puedo grabar?

Corrie levantó el teléfono del FBI y el sargento se mostró dubitativo.

—Preferiría que no lo hiciera, gracias.

—De acuerdo. —Guardó el teléfono—. Solo para que quede constancia, esta entrevista es voluntaria. Obviamente, usted no es sospechoso. Estoy aquí para recabar información. Puede interrumpir la entrevista cuando lo desee y, por supuesto, tener un abogado presente si así lo prefiere.

El hombre asintió de modo enérgico.

—Entendido.

Corrie sacó un cuaderno en el que había anotado algunas preguntas. Brickell estaba sentado con rectitud militar y las manos entrelazadas, adoptando en todo momento la pose de sargento duro e inflexible que Corrie había visto en su primer encuentro. Intuyó que era un hombre de principios morales firmes y una integridad inquebrantable, y no estaba segura de cómo afectaría eso a la entrevista.

—Sargento Brickell —dijo—, usted estaba en Kirtland cuando se produjo la tragedia de la sierra de Manzano. Sé que ya hablamos de esto en una ocasión, pero quería saber si recuerda algo más

concreto.

—No mucho. Era solo ruido de fondo. Estábamos ocupados con asuntos más urgentes.

Corrie supuso que se refería a la aniquilación nuclear, que, en efecto, parecía más apremiante que la desaparición de unos excursionistas.

—¿Sabía que el padre de Rodney O'Connell, la víctima que sigue desaparecida, trabajaba en Kirtland? Se trata del teniente coronel Harry O'Connell.

—Conocía un poco al teniente coronel O'Connell y, sí, sabía que su hijo era uno de los desaparecidos. Por aquel entonces, todo el mundo en la base lo sabía.

—¿Qué cargo tenía el teniente coronel O'Connell?

—Era comandante en la 58.ª Compañía de Operaciones Especiales, pero no sé cuál era su función.

La voz de Brickell era tan áspera como antes, y a Corrie le pareció detectar un acento de Texas. Hablaba con meticulosidad, haciendo pausas para formular cada respuesta. ¿Era habitual o estaba siendo especialmente cuidadoso por alguna razón?

—¿Tuvieron algún encuentro?

—Creo que sí, pero no recuerdo ninguno en concreto.

—¿Conocía a Benjamin Cheape?

—¿Se refiere a la persona que apareció en las noticias, al que asesinaron?

—Sí.

—No lo conocía bien, pero nuestros caminos se cruzaron. Era un empleado civil del Departamento de Mantenimiento.

Brickell parecía irradiar una creciente tensión. ¿Estaba mintiendo? Lo cierto es que no parecía esa clase de persona, todo lo contrario.

—¿Cómo se cruzaron sus caminos?

—De forma muy fugaz y creo que solo una vez. Trabajamos en el mismo proyecto, aunque en diferentes niveles, por supuesto. Él era, como le decía, un empleado civil de mantenimiento y yo soy sargento primero. En Kirtland, los civiles y los militares no suelen mezclarse.

—Al parecer, el señor Cheape obtuvo un reconocimiento por esa época, pero no hay detalles al respecto. ¿Usted sabe algo?

—No.

—Decía usted que en Kirtland estaban ocupados con asuntos más apremiantes durante el incidente de la sierra de Manzano.

Ante eso, adoptó un semblante aún más granítico.

—Así es.

—¿Puede concretar más?

La pregunta vino seguida de un silencio prolongado.

—Agente Swanson, como comprenderá, gran parte del trabajo que hacemos es clasificado. Me temo que no puedo responder a eso.

—Deduzco que participó usted en un asunto clasificado el 1 de noviembre de 2008 entonces.

—Casi todo el trabajo que hago era, y es, clasificado.

—¿Y quince años después recuerda lo que sucedió ese día en particular?

—Sí.

—Sargento Brickell, como sabe, soy agente del FBI y trabajamos con información clasificada todo el tiempo. Puede decir lo que quiera con absoluta confianza.

—No tengo constancia de que cuente usted con una autorización de seguridad o, incluso si la tiene, de qué nivel. Estoy convencido de que entiende que, en una base tan vital como Kirtland, la mayoría estamos sometidos a restricciones de seguridad.

«Maldita sea», pensó Corrie. Era cierto: aún no tenía autorización

de seguridad en el FBI; eso llevaba tiempo.

—¿Estaría dispuesto a hablar con un agente con la autorización de seguridad necesaria?

—No sobre este tema.

—¿Por qué no?

Brickell no respondió. Mientras Corrie contemplaba su bello y envejecido rostro, sus fríos ojos azules y su mandíbula cuadrada; se dio cuenta de que no le diría nada que no quisiera. La clave era hacer que quisiera.

—¿Por esa época, su trabajo clasificado estaba relacionado de alguna manera con el incidente de la sierra de Manzano?

—No.

Tenía la sensación de estar jugando a las adivinanzas con el viejo y curtido suboficial sin llegar a ninguna parte. Guardó el cuaderno, se recostó y lo miró un instante.

—Sargento Brickell, el teniente coronel O'Connell sirvió a su país honorablemente. Sé que fue un soldado excelente y que la desaparición de su hijo lo destrozó. Murió de un ataque al corazón a los sesenta años. El dolor y la incertidumbre sobre el destino de su hijo sin duda contribuyeron a ello. Si usted puede arrojar algo de luz sobre lo que ocurrió…

—No creo que pueda.

—¿Tiene hijos?

—Una hija.

—¿Y su esposa?

—Soy viudo.

—Lo siento. Pero imagine, señor, que su hija desapareciera sin dejar rastro y que usted no tuviera ni idea de lo que le pasó: sin saber cómo fueron sus últimos momentos, dónde estaba, si sufrió o no. ¿Puede imaginarse eso, sargento Brickell?

El hombre no dijo nada, pero Corrie vio cómo le subía el color a la cara.

—Lo pregunto porque eso es lo que han pasado esas familias, algunas durante quince años. Mi trabajo no solo es resolver este caso, sino ayudarlos a pasar página, aportarles un poco de paz. Si usted cuenta con información, sea clasificada o no, que ayude a descubrir qué fue de esos nueve jóvenes, diría… —dudó un instante — que tiene el deber moral de hacérmelo saber.

Corrie vio que finalmente había tocado una fibra sensible. Brickell adoptó un semblante serio y se hizo un largo silencio durante un minuto o más; una eternidad en una conversación. Al fin, habló.

—Lo siento, agente Swanson, pero esta entrevista ha terminado.

Ella le devolvió la mirada a un rostro pétreo.

—Si no le importa, solo tengo unas pocas preguntas más.

Brickell se puso en pie.

—Permítame que la acompañe.

Corrie recogió sus cosas y lo siguió hasta la puerta. Cuando la abrió, ella le ofreció su tarjeta.

—Sargento Brickell, estoy disponible si alguna vez quiere hablar.

El hombre cogió la tarjeta y cerró la puerta suavemente. Mientras Corrie se daba la vuelta, oyó el cerrojo.

42

Antes de incorporarse a la autopista, Corrie se detuvo en un 7-Eleven a comprar café. El crepúsculo había caído sobre Albuquerque, el cielo de un tono malva enfermizo, mientras aparcaba frente a la tienda, iluminada de una forma casi estridente. Al entrar, repasó mentalmente la entrevista con Brickell. Se sentía muy decepcionada de que no hubiera hablado, y al mismo tiempo, estaba convencida de que sabía más de lo que decía. Algo había sucedido en Kirtland la noche que murieron los nueve excursionistas, pero el asunto de las autorizaciones de seguridad había supuesto una traba. Lo que debía hacer era hablar con Sharp, conseguir la autorización requerida y obligar a Brickell a hablar, con una citación si era necesario. Pero ¿cuánto tiempo llevaría eso? Y dada su fachada impasible, ¿cómo iba a sonsacarle algo cuando no tenía ni idea de qué había que contar exactamente?

Cuando salió de la tienda con un café grande, un coche se detuvo junto al suyo y vio a Brickell.

Corrie se quedó inmóvil.

—Subamos a su coche.

Ella se sentó en el asiento del conductor y él en el del pasajero.

—¿De qué va esto? —preguntó Corrie con calma.

—Seamos claros: nunca he estado en este coche. Nunca hemos hablado. Nada de lo que le diga puede atribuirse a mí. ¿Podemos proceder de esa manera?

Corrie dudó. En Quantico les habían enseñado a tratar con los informantes confidenciales. Era un terreno complicado y había un sinfín de reglas.

—Sargento Brickell, debo trasladar lo que usted me diga a mi superior inmediato.

—No. Tiene que darme su palabra de que no le dirá a nadie dónde escuchó esto. Es libre de ir y corroborar la información en otra parte, y espero que lo haga, pero no se me puede nombrar. ¿Queda claro?

¿Cómo iba a manejar aquella situación?

—No creo que pueda aceptar eso.

Brickell extendió la mano hacia la puerta y se dispuso a salir.

—Espere —dijo Corrie.

No podía dejarlo marchar. De repente, le pareció la clave de todo.

El sargento se detuvo.

—De acuerdo. Tiene mi palabra.

El hombre volvió a entrar, respiró hondo y empezó a hablar, lenta y mesuradamente.

—Lo llamamos el «incidente de Halloween» —dijo.

Corrie esperó.

—Sucedió la noche del 31 de octubre de 2008. Fue un accidente.

—¿Qué tipo de accidente?

—Lo que estoy a punto de contarle está clasificado al más alto nivel. Dudo que el actual mando de Kirtland lo sepa siquiera. Todo el asunto fue silenciado, no para proteger la seguridad nacional, sino para encubrir la grave inoperancia de ciertos oficiales de alto rango, y nunca me ha parecido bien.

—Por favor, cuénteme qué pasó.

Brickell se recostó en el asiento y miró al frente.

—La noche del 31 de octubre de 2008, un B-52H Stratofortress despegó de Kirtland con una ojiva termonuclear Mark 17 y se dirigió a Carolina del Norte para su desmantelamiento. Era un artefacto obsoleto con una potencia de diez megatones, el más grande de nuestro arsenal. La mayoría de las Mark 17 habían sido retiradas en los años sesenta, pero ciertos comandantes querían conservar algunas, por si acaso. Esta era una de ellas, pero en 2008 se había deteriorado en exceso y era inutilizable. Así que aquella tarde la depositaron en un soporte especial en el compartimento del B-52. Pesaba veintiuna toneladas. Con esa sobrecarga y aquellas condiciones climatológicas, el avión no debería haber despegado, pero se dio la orden y los pilotos obedecieron. Unos siete kilómetros al sur de la torre de control de Kirtland, alrededor de las seis y media de la tarde, hora local, el avión encontró una turbulencia severa. Los pilotos perdieron el control y, en un intento desesperado por aligerar la aeronave, soltaron la bomba. El avión ascendió, esquivó por poco la sierra de Manzano y los pilotos lograron regresar a Kirtland.

—¿Y la bomba?

—Se hundió unos quinientos metros en la sierra de Manzano. El impacto activó la cubierta explosiva de la parte primaria, pero, gracias a Dios, no con la precisión necesaria para detonar la ojiva. No obstante, hubo una explosión infernal. El incendio resultante formó una columna de humo que transportaba plutonio y otros radionúclidos.

Hizo una pausa, respirando con dificultad. Corrie no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Qué pasó entonces?

—Kirtland envió de inmediato varios equipos de recuperación a la

sierra de Manzano y localizaron rápidamente el lugar de la caída. Lo encubrieron todo, rellenaron y camuflaron el cráter, recuperaron los escombros y, con el tiempo, la zona fue descontaminada en secreto.

—¿Y a quién se lo notificaron?

—A nadie. Los que lo sabían, finalmente se jubilaron, murieron… o intentaron olvidar.

Corrie procuró mantener una actitud tranquila y serena. No había tomado notas, no había grabado la conversación y había dado su palabra de que no le diría a Sharp cómo había averiguado todo aquello. Eso iba en contra de las reglas sobre informantes confidenciales y supondría un problema.

—¿Qué conexión hay entre ese accidente y las muertes de la sierra de Manzano?

—No lo sé. Puede que ninguna.

—¿Cree que la explosión y el fuego pudieron asustar a los nueve excursionistas, que huyeron de la tienda y murieron a causa de la ventisca?

Hubo un largo silencio.

—Siempre me lo he preguntado.

—¿Alguien en Kirtland investigó un posible vínculo?

—No. En ese momento, lo último que nos preocupaba era un grupo de excursionistas acampados en la nieve. Más tarde se dijo que había sido una coincidencia. Y aunque hubieran presenciado la caída, estaban todos muertos, así que no importaba.

—¿Participó usted en la operación de recuperación de la bomba?

—Estuve directamente involucrado, sí.

—¿Cheape también?

—Sí. Ese es el proyecto que mencioné antes, cuando nuestros caminos se cruzaron.

—¿Cuál fue su papel?

—Era miembro de un equipo de búsqueda terrestre que se ocupaba de precisar la ubicación de la bomba. No pudieron enviar recursos aéreos de inmediato.

—¿Y Cheape encontró la ubicación?

—No. Otro buscador informó primero, pero Cheape estaba en el mismo equipo y todos obtuvieron un reconocimiento.

—¿Puede mostrarme en un mapa dónde cayó la bomba?

—Sí.

Corrie cargó una imagen de la sierra de Manzano en Google Earth.

—¿Puede incluir un marcador en la ubicación?

El sargento cogió el teléfono, amplió la imagen, dio un toque a la pantalla y se lo devolvió.

La bomba había caído un kilómetro y medio al sur de donde estaban acampados los nueve excursionistas. Esa era la respuesta al enigma de la Montaña Muerta. La explosión y el fuego debieron de asustarlos tanto que salieron corriendo de la tienda. También explicaba que hubiesen ido hacia el norte: no se dirigían a ningún sitio, sino que estaban escapando de la deflagración.

—Sargento Brickell —prosiguió Corrie—, ¿sería tan amable de repetir lo que me ha dicho al agente especial Sharp, mi superior en el caso? Esta es la solución que hemos estado buscando durante quince años.

—De ninguna manera. Me jubilo en un mes. He aliviado mi conciencia y he cumplido con mi deber moral, como usted decía. Pero no estoy dispuesto a que me den de baja deshonrosamente, perder mi pensión y pasarme la jubilación, que tanto me ha costado ganar, en el calabozo.

—El FBI puede protegerlo. Hay salvaguardias para los denunciantes.

Brickell se la quedó mirando y su impasibilidad dio paso al hastío.

—Es usted muy joven, ¿verdad? ¿Realmente cree que no habría represalias? Apenas está descubriendo cómo funciona el mundo, agente Swanson, y no envidio la educación que recibirá. —Hizo una pausa—. Recuerde: me ha dado su palabra y sé que cumplirá.

—Así es —respondió Corrie con pesar.

43

El sol de primera hora de la tarde brillaba intensamente sobre Sandía Crest cuando se incorporaron a la autopista en dirección sur. Para su sorpresa, Sharp había insistido en conducir. Parecía inusualmente alerta, y Corrie no estaba segura de qué denotaba la ausencia de su habitual expresión soñolienta, pero la ponía nerviosa.

—Solo quiero dejar una cosa clara —dijo él—. Hablaré yo. Puede que le pida que intervenga, pero, por favor, no lo haga hasta que yo se lo indique.

—Sí, señor.

Un largo silencio.

—Vamos a repasar esto una vez más —dijo finalmente—. Me preguntarán cómo sabemos que nuestro informante confidencial no es un chalado. ¿Qué debo responder?

—Ocupa un cargo de responsabilidad y no está repitiendo rumores. Conoce de primera mano los hechos.

—Si es así, ¿por qué no quiere que conste su nombre?

—La información es clasificada. Es un soldado íntegro y divulgar secretos no se ajusta a su idea de patriotismo. También cree que lo arrestarán y que no podremos protegerlo.

Sharp suspiró. Por una vez, Corrie pudo ver lo que sentía su

compañero: escepticismo y ansiedad.

—Imagino que será consciente de que esta es una acusación asombrosa que no ha sido corroborada.

—Lo soy, señor.

Lo habían repasado varias veces cuando Corrie le habló por primera vez de sus dos reuniones del día anterior: la antigua novia de O'Connell, con su historia del búnker, y luego la bomba de Brickell, literalmente.

Tomaron la salida hacia Kirtland y no tardaron en llegar a la entrada de la base, donde entregaron sus identificaciones. De inmediato les permitieron el paso, y cinco minutos después estaban aparcando frente al edificio de mando. Dos soldados, que al parecer estaban esperándolos, los escoltaron al despacho del comandante.

Era un espacio amplio, con una mesa grande flanqueada por banderas, y el comandante se puso en pie.

—General de división Frank Marsby —dijo, acercándose a estrecharles la mano—. Y la coronel Maryam Abecassis, a quien ya conocen.

Ambos vestían uniformes de gala adornados con condecoraciones. Las dos estrellas plateadas que Marsby lucía en los hombros centelleaban bajo la luz cenital. El general los invitó a unirse a él y a la coronel en una zona de descanso, con una mesa de cristal y cromo y varios sillones tapizados en color gris topo.

Corrie sentía un nerviosismo casi abrumador. Si aquello salía mal, si Brickell estaba loco, su prometedora carrera se iría a pique al instante.

—Gracias por reunirse con nosotros —dijo Sharp.

El general Marsby asintió.

—Siempre estamos encantados de ayudar al FBI, pero debo reconocer que esta es una citación inusualmente misteriosa y, por

supuesto, estamos ansiosos por saber qué es tan urgente.

Sharp apoyó los codos y Corrie vio que él también estaba nervioso. Por primera vez cayó en la cuenta de que, si la acusación era falsa, la carrera de Sharp podía verse incluso más afectada que la suya propia.

—Iré directo al grano —dijo Sharp—. Tenemos un informante confidencial que nos dice que la noche del 31 de diciembre de 2008, un B-52 despegó de Kirtland llevando un dispositivo termonuclear desmantelado, un Mark 17, y soltó su carga útil en la sierra de Manzano, unos diez kilómetros al sur de la base. La ojiva no estalló, obviamente, pero los explosivos convencionales de la bomba sí, y provocaron un incendio. Los restos del artefacto se recuperaron enseguida, la zona se descontaminó y cualquier indicio del cráter se eliminó. El incidente se clasificó al más alto nivel.

Hizo una pausa y Corrie descubrió en los rostros de los dos oyentes expresiones de auténtica conmoción, preocupación y duda.

—Además —continuó Sharp—, y esto de interés inmediato para el FBI, puede que fuera la causa del incidente de la sierra de Manzano que estamos investigando. La explosión y el incendio ocurrieron, según nuestro informante, un kilómetro y medio al sur de donde estaban acampados en ese momento. Eso motivó que los nueve excursionistas abandonaran la tienda y, para alejarse de la explosión, corrieran hacia el norte, donde todos perecieron. —Hizo una pausa y luego dijo—: Ese es un breve resumen. Esperábamos que ustedes pudieran arrojar algo de luz, si es que es cierto. Por supuesto —añadió—, nuestro informante podría estar equivocado o mentir, pero si creyéramos eso, no habríamos puesto el asunto en su conocimiento.

El general Marsby los observó un instante, se pasó la mano por el pelo rapado y dijo:

—¿Puedo preguntar quién es ese informante confidencial?

—Me temo que solicitó permanecer en el anonimato —respondió Sharp.

—Pero ¿ustedes se creen esa historia?

—El informante fue muy convincente —dijo Sharp—. Ni creemos ni dejamos de creer. Por eso estamos aquí, para esclarecerlo.

—En su opinión, ¿ese individuo es digno de confianza? ¿No está loco?

Sharp se volvió hacia Corrie.

—La agente Swanson fue quien entrevistó al informante. ¿Podría responder a la pregunta, por favor?

Corrie miró al general, que estaba mirándola con incredulidad.

—Sí, creo que es fiable y digno de confianza.

—¿Cuántas personas conocen la identidad de ese informante? —preguntó el general.

Corrie asintió.

—Solo yo, señor.

—¿Nadie más? ¿Ni usted, agente Sharp?

—No.

—¿La persona en cuestión está relacionada con esta base?

—No puedo revelar eso, señor —dijo la agente.

El general miró a Sharp y luego a Corrie.

—¿Y han venido aquí a lanzar esa grave acusación basándose en la historia de una sola persona? ¿La han corroborado?

De nuevo, Sharp miró a Corrie.

—Bueno, señor —dijo Corrie—, está la contaminación por radionúclidos en la ropa de varias víctimas. Incluía plutonio, polonio y tritio, que son precisamente los ingredientes que se encontrarían en un arma termonuclear, según nuestros expertos del laboratorio.

El general la miró fijamente.

—¿Alguna corroboración más?

—No, pero creo que esos radionúclidos son bastante indicativos. Es difícil explicar de qué otra manera podrían haber llegado allí, señor.

—Deje de llamarme señor, joven. No es mi subordinada.

—Anotado —dijo Corrie, sonrojándose.

Abecassis intervino prudentemente.

—Si lo que cuenta ocurrió de verdad, debió de ser un incidente importante que involucró a docenas de personas, y sin duda habrá gran cantidad de registros clasificados. Al general y a mí nos será fácil confirmar o refutar la historia. Lo investigaremos de inmediato, y puedo asegurarle que en veinticuatro horas sabremos si el incidente se produjo o si la historia es falsa.

—Gracias, comandante —dijo Corrie.

—Estupendo, pero me sorprendería mucho que alguien lo confirmara —dijo el general, mirando gélidamente a Abecassis—. Me suena a teoría de la conspiración, como tantas otras relacionadas con el caso de la sierra de Manzano. —Hizo una pausa—. Me pareció leer que la policía acababa de arrestar a un agente del FBI que participó hace tiempo en el caso por amenazar a unos manifestantes con una pistola.

—El agente en cuestión llevaba tiempo retirado —respondió Sharp con brusquedad.

—Aun así —dijo el general—, no es muy alentador. Francamente, me sorprende mucho que nos traigan esta historia sin haberla revalidado.

—Cuando la oímos —dijo Corrie con calma—, creímos que lo correcto era informarles de inmediato y, por supuesto, de modo confidencial. Pensamos que era preferible a investigar la alegación a sus espaldas, y también debo añadir que nuestro interés solo se

extiende hasta lo que precipitó las muertes de esos nueve excursionistas.

—Bien —repuso el general—, lo entiendo. Como ha dicho la coronel Abecassis, lo investigaremos. Huelga decir que es un hecho inesperado, y confío en que el FBI mantendrá esto en secreto absoluto.

—El FBI maneja a diario información altamente clasificada —dijo Sharp—. Puede estar seguro de que esto no saldrá a la luz.

Los escoltaron a su vehículo y Sharp no volvió a hablar hasta que estuvieron en la autopista.

—Ha ido mejor de lo que esperaba —dijo.

—¿Usted cree? —preguntó Corrie con sorpresa.

—Absolutamente. Primero, estoy convencido de que no tenían conocimiento de ese incidente, si es que en realidad ocurrió. Eso es bueno. Segundo, parecían sinceros en su deseo de investigarlo y no se han puesto demasiado a la defensiva. Tercero, prometieron que encontrarían rápidamente los registros en su archivo clasificado, así que no tardaremos en obtener una respuesta. Cuarto, creo que ambos tienen buenas intenciones. Y quinto… —Sonrió—. Ha estado muy bien diciendo que no queríamos investigar a sus espaldas.

Corrie dudó.

—Y a título personal, ¿qué opina usted, señor?

—¿Creo que se les cayó una bomba nuclear por accidente? No lo sé. Es una historia descabellada, pero solo Dios sabe si es posible que ocurra algo así. No obstante, me siento en la obligación de decirle que no estoy satisfecho con su manejo indebido de un informante confidencial.

—¿Indebido?

—La próxima vez —añadió Sharp— tiene que pedirle que proporcione corroboración independiente de una historia así. Y

también debe insistir en que cuente la historia a dos agentes como mínimo para que haya testigos. De lo contrario, la información es prácticamente inútil.

—Señor, hice todo lo posible por cumplir todo eso. Le pedí que declarara en su presencia, pero se negó en redondo y estuvo a punto de irse. No tenía otra opción, a menos que estuviera dispuesta a permitir que nuestra posible respuesta se escapara.

—Puede ser, pero las regulaciones no solo existen para proteger a la ciudadanía, sino también a nosotros. Si esto es una pista falsa, usted y yo tendremos problemas. Las fuerzas aéreas no lo pasarán por alto. ¿Lo entiende?

—Sí, señor.

—Ahora mismo, mi preocupación —dijo Sharp al cabo de un rato— es cómo responderá el ejército si todo esto es cierto.

44

Corrie llegó a su cubículo a las siete, sin apenas haber dormido la noche anterior. Estaba ansiosa por culpa del caso y por lo que les sucedería a Sharp y a ella si esa confesión resultaba ser falsa.

Casi antes de que pudiera sentarse a su mesa, empezó a vibrar su teléfono. Era Sharp.

—El jefe García nos quiere en su despacho ahora mismo.

—Sí, señor.

El hecho de que García y Sharp estuvieran en el despacho a las siete de la mañana le aceleró el pulso. Habían hablado con el general Marsby y la coronel el día anterior a la una de la tarde, y les habían prometido una pronta investigación, pero seguramente no podía ser tan pronta.

Se alisó el pelo, se colocó bien el traje y echó a andar por el pasillo. En pocos minutos llegó al despacho esquinero de García, con sus vistas a la sierra de Sandía, cubierta de nieve fresca y tocada por el amanecer.

García estaba de pie frente a su mesa con Sharp al lado, y ninguno de los dos mostraba una actitud normal. El jefe tenía mala cara, frunciendo sus cejas pobladas y con las pupilas tan encogidas que parecían cabezas de alfiler. No la saludó, ni la invitó a sentarse,

y tan siquiera la miró. Corrie se volvió hacia Sharp, que parecía inusualmente enfadado, furioso, de hecho, y con una rabia contenida que casi la asustó.

Nadie dijo nada y Corrie, al cabo, logró balbucir:

—Em, buenos días. ¿Todo bien?

—Anoche recibí una llamada de Raeburn —dijo García—. A las tres de la mañana.

A Corrie le dio un vuelco el corazón. Raeburn era el director del FBI.

—Raeburn nos pidió a mí, a usted y a todos los que están en este edificio que suspendiéramos las investigaciones sobre Kirtland.

Corrie lo miró fijamente.

—¿Qué?

García hizo un esfuerzo por controlarse.

—Ya no podemos considerar que Kirtland esté relacionada con la investigación.

—Pero ¿sucedió o no el accidente de la bomba? ¡Podría ser la clave de todo el caso!

Al recordar con quién estaba hablando, Corrie calló de repente y García se los quedó mirando a ambos.

—No me dieron información sobre el presunto incidente.

—Lo siento, señor —dijo Corrie—, pero es que no lo entiendo. ¿Cómo se supone que vamos a obviar un elemento tan crucial de la investigación?

García parecía exasperado.

—Agente Swanson, estoy transmitiendo órdenes del mismísimo director del FBI. Esas órdenes son claras: elimine a Kirtland del caso. No me han dado más explicaciones. ¿Lo comprende?

—No —dijo Corrie con actitud desafiante.

—Entonces se lo explicaré yo —intervino Sharp con un deje de

sarcasmo. Se volvió hacia Corrie, con la tez colorada—. Es obvio que su informante tenía razón. Kirtland sí soltó una bomba nuclear. Causó una explosión y un incendio que, indirectamente, provocaron la muerte de esos nueve excursionistas. Quieren que detengamos la investigación para encubrir su incompetencia.

—Me resulta inconcebible —dijo Corrie.

Sharp continuó.

—Cuando el mando de las fuerzas aéreas escuchó nuestra historia, les entró el pánico. Subieron la cadena de mando hasta llegar a alguna figura importante en el gobierno y les dijeron que pusieran freno a todo esto, así que ahora se nos ha ordenado fingir que investigamos. Nuestro papel es montar un espectáculo, humillarnos y degradarnos actuando en una farsa de incompetencia y estupidez, justo de lo que nos acusan los padres de las víctimas.

—Ya es suficiente —dijo García en voz baja.

—Nunca es suficiente —repuso Sharp.

García le dirigió una mirada penetrante.

—Miren, detesto lo que está sucediendo, y el director del FBI también. Evidentemente, la agente Swanson está disgustada, pero hemos recibido órdenes directas. Esto proviene de un nivel más alto que el director, es probable que incluso más alto que el fiscal general.

—¿Me está diciendo que desde ayer por la tarde hasta las tres de la madrugada de hoy el problema ha llegado a la Casa Blanca y luego ha vuelto al director del FBI? —preguntó Corrie.

—Diría que es una posibilidad bastante factible.

Corrie no podía creerse lo que estaba oyendo.

—¿Se supone que debemos mentir a la ciudadanía, simular una investigación y dejar morir el caso de forma intencionada?

—A veces hay que cumplir órdenes que no gustan —respondió

García—. No me importa decirles que este es el peor ejemplo que he visto. Cuesta asimilarlo, pero el trabajo es así. Ambos recibirán menciones importantes.

—No puedo aceptar esto, señor —dijo Corrie.

García la miró un buen rato.

—Swanson, tenga en cuenta que un agente del FBI que revele deliberadamente información clasificada que ponga en peligro nuestra seguridad nacional podría ser juzgado por traición.

Ante eso, se hizo el silencio en el despacho. Sharp se levantó con brusquedad, dio media vuelta y se fue.

Por un momento, Corrie no supo qué hacer. ¿Había concluido la reunión? Aunque así fuera, todavía tenía una pregunta pendiente.

—¿Gold sabía lo del accidente? —dijo—. ¿A él también lo silenciaron? ¿Por eso abandonó el FBI y acabó perdiendo la cabeza?

García se la quedó mirando.

—Nunca lo sabremos, ¿verdad?

45

La reunión había terminado. Corrie se levantó y salió del despacho sin saber adónde había ido Sharp ni qué se suponía que debía hacer ahora. Agitada, volvió a su cubículo con paso inseguro y se sentó. La invadía una ardiente sensación de traición que hizo temblar los cimientos mismos de su pertenencia al FBI. Su infancia había estado plagada de injusticias y usos desleales del poder, desde su madre alcohólica y su padre ausente hasta el acoso en la escuela y el hostigamiento por parte del sheriff local. Hacer frente a la injusticia fue lo que forjó la idea que tenía de sí misma y la animó a elegir aquella profesión. Pero esto era cualquier cosa menos justicia. ¿Cómo podía haberlo aceptado el director?

Ahora, una oleada de ira se llevó los sentimientos de traición. Aquello era más que una traición. Desde García para abajo, los habían defraudado, socavado y desmoralizado. ¿Y Sharp? Nunca lo había visto tan enfadado. ¿Qué haría él? ¿Qué haría ella?

Primero, se dijo, tenía que calmarse. Necesitaba un momento para meditar la situación. Habían resuelto el caso, eso era obvio. El impacto —el sonido, la luz brillante, los temblores, lo que fuera— había aterrorizado a los nueve excursionistas. Eso explicaba por qué habían huido hacia la tormenta, por qué habían echado a correr en

dirección norte, no hacia algo, sino escapando del desastre para acabar sumidos en otro peor. ¿Y ahora se suponía que debían seguir fingiendo? ¿Cómo exactamente?

«Eso era obvio». De repente, se puso erguida y comenzó a notar la cabeza más despejada. ¿En realidad era tan obvio o la emoción de aquel enorme descubrimiento le había impedido formarse una imagen completa?

«Ya vieron las fotografías». Casi podía oír a Gold susurrándole de nuevo.

Corrie cogió unas fotos del lugar donde se encontraba la tienda de campaña y las revisó lentamente. Luego se quedó mirando al vacío, pensativa, mientras iba pasando el tiempo. Habían transcurrido cuarenta minutos desde la horrible reunión en el despacho de García. Eran las ocho y los agentes empezaban a llegar a la oficina. ¿Qué podía hacer ahora? Examinó de nuevo las fotos y eligió unas pocas, junto con un inventario de los objetos descubiertos con Tolland y Wright. Luego salió del cubículo y fue saludando a sus compañeros con la cabeza mientras se dirigía al despacho de Sharp.

La puerta estaba cerrada y la golpeó con los nudillos.

No hubo respuesta. ¿Estaba allí? Se acercó a la puerta.

—¿Agente Sharp?

Al cabo de un rato, oyó que se abría la puerta y vio a Sharp, que no dijo nada. Le indicó que se sentara en una silla y echó el cerrojo. Su comportamiento era rígidamente sereno.

Sharp tomó asiento y juntó las manos sobre la mesa.

—Supongo que, cuando ingresó en el FBI —dijo—, jamás imaginó que pudiera ocurrir algo así.

—No, señor, ni por asomo —dijo Corrie.

—Ni yo —respondió Sharp.

—¿Qué va a hacer al respecto?

Él negó con la cabeza.

—Agente Swanson, antes de unirme al FBI, hice algunas cosas por mi país que… —Guardó silencio unos instantes—. Digamos que no me gustaban, pero no había duda, tenía que hacerlo. Pero esto es diferente. Pienso en esas familias que nunca supieron lo que sucedió realmente. Y nosotros, fingiendo que investigamos, haciendo promesas… Eso va en contra de todas mis creencias como agente del FBI. —Negó con la cabeza y Corrie percibió el disgusto en su voz —. Yo…

Hizo una pausa y ella esperó, pero Sharp no acabó la frase. Después de un largo silencio, añadió:

—Corrie, siento mucho que le haya pasado esto. Pronto hará veinte años que estoy aquí, pero usted apenas acaba de empezar.

¿Significaba eso que podía dimitir?

—No puede abandonarme —le dijo.

Sharp la miró y negó con la cabeza. Fue un gesto ambiguo, y Corrie no estaba segura de si pretendía ser tranquilizador o todo lo contrario.

Respiró hondo. Era ahora o nunca.

—Señor, hay un aspecto del caso que me gustaría comentar con usted.

Él la miró atento.

—Dígame.

—No sé si verdaderamente lo hemos resuelto.

La mirada de Sharp se volvió más intensa y Corrie sacó una de las fotos.

—Aquí tiene una imagen de la tienda tal como la encontraron inicialmente los buscadores. —La deslizó hacia él y cogió otra—. Y aquí tiene una desde otro ángulo.

Pero Sharp no estaba mirando las fotos, sino a Corrie, con las

manos cruzadas sobre la mesa.

—Como apreciará, señor, hay una zona de acceso en la parte delantera de la tienda. Estaban utilizando esa zona para cocinar con su hornillo de camping; aquí se ve el infiernillo, varios paquetes de comida liofilizada y cacao instantáneo.

Finalmente, Sharp apartó la mirada de ella y observó las fotos sin decir nada.

—Como puede advertir, la puerta delantera de la tienda está abierta, y la zona de entrada también lo está parcialmente, con toda probabilidad para permitir la ventilación de los vapores del hornillo.

Por fin, Sharp habló con voz fría.

—¿Y?

—Me refiero a que era fácil salir de la tienda, pero en lugar de hacerlo por la puerta, lo hicieron por un lateral.

—Por el lado opuesto a la explosión.

—Cierto. Pero, por favor, observe estas fotos de los cortes, una hecha desde dentro y otra desde fuera.

Corrie le deslizó otras dos fotos.

—¿Ve que tuvieron que cortar dos capas, la tienda interior y la solapa? Además, hay múltiples cortes, algunos no lo suficientemente largos y otros no lo suficientemente fuertes. Tuvieron que cortar varias veces el nailon para hacer una abertura lo bastante grande. ¿Se da cuenta? No fue fácil abrirse paso. Además, la forma desorganizada y dispersa de los cortes parece indicar un pánico real.

Sharp permaneció en silencio y apartó la mirada de la foto para encontrarse con la de ella.

—Piénselo, señor. Están en la tienda hirviendo agua para cenar, con la solapa abierta. De repente, hay una explosión al sur. El cielo se ilumina. Pero a ellos no les pasa nada, porque la explosión ha sido bastante lejana. Son montañistas experimentados y saben que

la tormenta es mortal. Saben que salir descalzos o sin ropa sería un suicidio. ¿Cuánto tiempo tarda uno en ponerse unas botas y coger un abrigo y un gorro? Mire esta foto del interior. Se ven los abrigos, los gorros y las botas, todo allí, cuidadosamente alineado. ¿De verdad cree que saldrían corriendo hacia una muerte segura sin molestarse en ponerse un abrigo o unas botas? ¿Y por qué perder el tiempo cortando la tela cuando habría sido mucho más rápido salir por delante?

Corrie hizo una pausa, pero Sharp no se inmutó.

—Señor, desde el principio nuestros investigadores han dado por hecho que en la entrada apareció algo que les impedía salir y los aterrorizó tanto que perdieron la capacidad de razonar. Estallara una bomba o no, no hay razón para revisar esa suposición.

A Corrie la desconcertaba que su compañero guardara silencio.

—¿Y qué pasa con el asesinato-suicidio en la cueva? No hemos descubierto ningún indicio de tensiones entre Wright y Tolland. ¿Por qué Tolland iba a matar a Wright y luego suicidarse de una manera tan extraña? ¿Cómo pueden la explosión y el incendio explicar eso?

Sharp empezó a negar con la cabeza lentamente y Corrie aceleró el ritmo, temerosa de que la interrumpiera.

—Mire, aquí está la lista de objetos que Tolland y Wright llevaban consigo. Ambos tenían encendedor. ¿Por qué no encendieron una hoguera como hicieron los borrachos de la fraternidad? ¿Y por qué el número nueve, O'Connell, no se quedó en la cueva con Tolland y Wright? ¿Por qué, hasta donde sabemos, siguió avanzando a pesar de la tormenta? Nada de eso es un comportamiento racional y, cuanto más lo pienso, menos creo que el accidente de la bomba lo explique todo.

Corrie se detuvo, respirando con dificultad, y Sharp separó las manos y volvió a juntarlas.

—¿Ha terminado?

—Sí, señor.

—¿Qué cree usted que ocurrió? —preguntó con voz tensa.

—No lo sé, señor.

—¿Y qué propone hacer al respecto?

—Dos pruebas fundamentales siguen desaparecidas: la cámara y el diario que el grupo llevaba conjuntamente. No estaban en la tienda, ni tampoco junto a ninguno de los cuerpos o en algún lugar del camino que recorrieron. O'Connell, como cronista oficial de la expedición, debió de coger ambas cosas. Y como su cuerpo nunca se ha encontrado, creo que podría estar en ese búnker que mencionó su novia. Si lo piensa, O'Connell conocía el código de la salida de emergencia y sabía dónde estaba: al norte de la tienda, justamente la dirección que siguieron todos los excursionistas.

Sharp hizo una pausa larga e incómoda y luego dijo:

—Agente Swanson.

—¿Sí, señor?

—¿Qué ha sucedido esta mañana?

—Nos han dicho que cerremos el caso. Pero ¿cómo vamos a hacer eso cuando hay todas esas pistas nuevas? Cheape, por ejemplo. Sabemos que formaba parte del equipo de búsqueda. Hizo algo que mereció un reconocimiento, pero el motivo no figura en los archivos. Y cuando se reabrió el caso, empezó a tener mucho dinero y lo acabaron asesinando. ¿No le parece sospechoso?

—¿Y cuál es su solución a todas esas pistas nuevas?

—Ir a Kirtland y lograr que autoricen una búsqueda en el búnker.

Sharp hizo una mueca. Parecía que estuviese sufriendo.

—Permita que le pregunte otra vez: ¿qué ha ocurrido esta mañana?

En esta ocasión, Corrie no dijo nada.

—Agente Swanson, estoy profundamente impresionado por su tenacidad. Demuestra implicación en su trabajo, pero tiene que dejarlo. Podría rebatir gran parte de lo que acaba de decirme: por ejemplo, no sabemos si O'Connell está en el búnker; no sabemos si tiene la cámara; no sabemos si la película se encuentra en buen estado; y en particular, parece poco probable que contenga algo útil, sobre todo si, en efecto, estaban demasiado ocupados corriendo como para vestirse. Pero no iré por ahí, porque la situación es mucho más sencilla que eso. Si sigue adelante, destruirá su carrera en el FBI. ¿Me entiende? Será una agente espléndida si es capaz de contenerse, mantener la boca cerrada y aceptar el reconocimiento que le van a dar.

—No creo que pueda hacer eso, señor.

Sharp se puso en pie.

—Pues tendrá que hacerlo. Y yo también. Ya se lo expliqué: personas mucho más poderosas que nosotros han determinado que aquí está en juego la seguridad nacional. Ninguno de los dos tiene elección en este asunto. Se acabó.

—¿Y Gold tuvo elección?

La pregunta se le escapó antes de que pudiera reconsiderarla y Sharp se inclinó hacia ella.

—Voy a tomarme uno o dos días libres para digerir esto, y usted debería hacer lo mismo.

Luego cogió su abrigo del colgador, abrió la puerta y la dejó sentada en su despacho.

46

—Todos en pie —entonó el secretario judicial.

Nora se levantó, al igual que todos los demás ocupantes de la destartalada sala del tribunal. Edward Lightfeather, el abogado de Skip, otro miembro del bufete y ella estaban sentados a la mesa de la defensa, situada en el lado derecho de la sala. A la izquierda estaban el fiscal y su equipo: el fiscal de distrito, que llevaba personalmente el caso, un fiscal adjunto y varias personas más. Skip ocupaba el banquillo de los acusados.

Nora sabía que Skip no tendría buen aspecto y se había preparado para ello. O eso creía. Llevaba un traje que no era de su talla, el único que tenía. Nora lo había recuperado de su armario, pero se lo había puesto descuidadamente, haciendo que el resultado recordara más al Ejército de Salvación que a Saks. La corbata estaba mal anudada y el botón de arriba desabrochado, y la camisa se había arrugado en el poco tiempo que la había llevado puesta. El viejo remolino que tenía estaba más elevado de lo normal, como la cresta de una cacatúa, y el resto del pelo parecía apelmazado de haber dormido. Parecía aterrorizado.

Todos los asientos de los espectadores estaban llenos; al parecer, era un gran acontecimiento en el condado de Torrance. Nora tenía

un mal presentimiento. Sabía lo popular que era el sheriff en su territorio, y le preocupaba que la gente estuviera deseando ver cómo condenaban a Skip.

El juez entró vestido con una toga negra. Era un sexagenario de aspecto cansado, con un flequillo de pelo negro —obviamente teñido — que le tapaba la calva, una nariz chata y unas mejillas del color del sebo. Mantenía una expresión neutral y Nora supuso que era intencionada. Cuando se sentó en el estrado, el resto de la sala hizo lo mismo.

Nora centró su atención en el jurado. Vio, o creyó ver, una muestra representativa de la clase trabajadora de Nuevo México: ganaderos, agricultores, trabajadores de la construcción, dependientes de tiendas y empleados del sector servicios; gente común por entero. Era imposible leerles la mente, pero parecían fiables y justos, cosa que le infundió una ligera sensación de esperanza.

El juez inició los trámites preliminares, dio la bienvenida al jurado y ofreció algunas observaciones introductorias. Luego llamó al fiscal de distrito para que hiciera su presentación del caso.

El fiscal se llamaba Scowsen y Lightfeather lo había descrito como formidable y más competente de lo que cabría esperar en un condado recóndito: decidido a ganar, pero no deshonesto. Nora lo escrutó con atención. Era un hombre alto, robusto y apuesto de unos treinta y cinco años, con cabello negro rizado y ojos azules. Llevaba un traje gris y unas preciosas botas de avestruz. Nora podía percibir su carisma e inteligencia, lo que la preocupaba aún más que si hubiera sido corrupto. Se volvió hacia Skip, que tenía la ansiedad y el miedo grabados en el rostro mientras observaba a Scowsen dirigirse al centro de la sala. Skip nunca había sido bueno ocultando sus emociones, y ahora parecía exactamente lo que era: una

persona que estaba siendo juzgada, muerta de miedo y haciendo frente a veinte años por intento de asesinato.

—Señoras y señores del jurado —dijo el fiscal con un tono campechano, dirigiéndose al estrado y apoyando ligeramente la mano en la barandilla—, me gustaría presentarme. Mi nombre es Will Scowsen, y soy el fiscal de distrito electo de este buen condado. Ejerceré de fiscal principal en este caso y contaré con la ayuda de la fiscal adjunta Maureen Rivera.

Esta se puso en pie y asintió dirigiéndose al jurado y dedicándole una rápida sonrisa.

—Voy a hablarles un momento sobre el juicio y de qué trata, lo que los abogados denominamos «presentación del caso». Durante el juicio les explicaré lo que hizo el acusado y cómo pretendemos probarlo más allá de toda duda razonable. La carga de la prueba recae sobre nosotros, y esa carga es alta. Muy alta. Es así por una razón: para asegurar que ninguna persona inocente sea condenada. Pero, como verán a medida que avance el juicio, la evidencia aquí es abrumadora. Cumpliremos con esa carga de la prueba y más.

»El acusado, Elwyn Kelly —se giró y señaló con el dedo—, conocido familiarmente como Skip, está acusado de una serie de delitos graves. Los repasaré brevemente. El primero es, y cito textualmente: «Agresión con agravantes a un agente del orden público de cualquier manera por la cual se pueda infligir gran daño corporal o la muerte, con intención de cometer obstrucción a la justicia». El segundo, «huida intencionada, intento de evasión o evasión de un agente de este estado cuando la persona que comete el acto de huir, intentar evadir o evadir tiene conocimiento de que el agente está intentando aprehenderlo o arrestarlo». Tres: «Hurto en tercer grado, siendo el valor de la propiedad superior a dos mil quinientos dólares e inferior a veinte mil dólares». Y cuatro:

«Manipulación de pruebas con intención de impedir la aprehensión de la persona sospechosa».

Se paseó brevemente por la sala.

—Lo sé, parece un galimatías, pero es un caso sencillo, muy sencillo. El acusado, el señor Elwyn Kelly, fue descubierto robando propiedad federal por el sheriff de nuestro condado, el señor Derek Hawley. Cuando el sheriff Hawley intentó impedir el robo y poner al acusado bajo custodia, este lo agredió violentamente y lo tiró al suelo, hiriéndolo de gravedad. Luego, el acusado intentó huir. Esta agresión la presenció Raymond Baca, ayudante del sheriff. Escucharán el testimonio del sheriff Hawley sobre detalles específicos, y su versión será completamente respaldada por el ayudante Baca. Verán los historiales médicos que detallan las lesiones del sheriff. Escucharán por boca de un médico que la fuerza de la agresión podría haber resultado fácilmente en una fractura mortal del cráneo del sheriff. Escucharán cómo el acusado se resistió al arresto e intentó huir.

»La defensa presentará a un testigo, la hermana del acusado, quien también estuvo presente durante la agresión. Su testimonio —aquí se tomó un momento para dedicar al jurado una sonrisa irónica— será bastante distinto del testimonio que escucharán de nuestros dos agentes del orden público. Su trabajo será decidir a quién creen: a la mujer que ama a su hermano, y quiere evitar a toda costa que entre en prisión, o a nuestros dos honorables agentes del orden público, hombres de la más alta integridad que simplemente estaban haciendo su trabajo; hombres que han protegido a los buenos ciudadanos de este condado durante un total de treinta y dos años.

Nora miró a Lightfeather mientras se desarrollaba la presentación. El abogado tenía una expresión seria. Skip, por su parte, parecía una persona hundiéndose abiertamente en la desesperación; su habitual

expresión brillante se mostraba ahora distorsionada por la aprensión. Dios, ya parecía culpable. Corrie sintió un terrible nudo de miedo en el estómago. Lightfeather tenía razón: Skip iba a perder el juicio. Debería haber aceptado el acuerdo, pero era condenadamente terco.

—Oirán hablar de un iPhone, y habrá alegaciones sobre un vídeo que jamás existió y otras afirmaciones lanzadas por la defensa para sembrar dudas. Mientras lo hacen, tengan en cuenta una cosa: este es un caso sencillo. El acusado estaba robando algo, lo descubrieron, agredió al sheriff e intentó escapar. Esa es la historia, punto final.

»Me gustaría concluir mi exposición con un pequeño recordatorio sobre nuestro sheriff. Muchos de ustedes quizá ya conozcan el heroísmo del sheriff Hawley en el cumplimiento de su deber; cómo, durante su primer mandato, impidió él solo un robo en el antiguo Banco y Fideicomiso de Torrance, participó en un tiroteo con el delincuente y recibió un balazo. Aun estando gravemente herido, abatió al criminal. Señoras y señores, el sheriff Hawley es un auténtico héroe, y estoy seguro de que ustedes se sentirán tan indignados como yo cuando la defensa intente tacharlo de mentiroso y cosas peores. Solo quiero advertirles que las cosas podrían ponerse feas. Sé que serán capaces de separar la paja del trigo, la verdad de la falsedad, y emitir un veredicto justo. Gracias.

Scowsen se retiró a su mesa, y Nora vio que recibía una discreta felicitación de sus socios. Le costaba admitirlo, pero había sido una presentación potente, razonable y entregada, con una voz firme y objetiva, breve y directa. Miró a Hawley y sintió un odio incandescente por aquel cabrón mentiroso, con su cara de albóndiga, su cabeza rapada, sus gafas de aviador colgando de la camisa y sus labios finos y apretados.

Lightfeather se levantó y e inició su presentación, dirigiéndose también al jurado. Nora escuchó atentamente. Él también era muy

bueno y se expresaba en un tono afable. Mencionó que lo sucedido no era tan simple como la fiscalía quería pintarlo y que el acusado no estaba robando propiedad federal, sino que estaba autorizado a retirar unos restos humanos por el Consejo Tribal de los Isleta. Estaba trabajando en calidad de arqueólogo adjunto. Pero, añadió bajando la voz para que el jurado casi tuviera que inclinarse para escucharlo —el argumento crucial era este—, el sheriff había agredido primero a la hermana del acusado y la había derribado. El acusado, Skip, actuó de ese modo para proteger a su hermana de un daño mayor. Esto era defensa justificable en todos los sentidos. Además, Skip había grabado un vídeo del sheriff atacando a su hermana. Pero el sheriff había confiscado el teléfono, reclamándolo como prueba, y cuando el departamento lo devolvió, habían borrado el vídeo; no había rastro de él.

Lightfeather hizo una pausa para dejar que calaran sus palabras y luego declaró, subiendo el tono por la ira contenida, que el sheriff y el agente pensaban mentir directamente al jurado. El sheriff negaría haber agredido a la hermana y haber borrado el vídeo. Mentiría sobre el intento de Skip de resistirse al arresto. Las mentiras y el encubrimiento, dijo al jurado, ya habían comenzado con la bienintencionada declaración inicial del fiscal de distrito, un hombre al que el sheriff y su agente también habían engañado.

La presentación de Lightfeather adoptó el tono de una persona que busca la verdad, ardiendo con una indignación cuidadosamente controlada ante las mentiras y falsedades de aquellos que abusan de sus posiciones de autoridad y poder. Fue tan bien expuesta como cabía esperar dadas las circunstancias. Pero, observando al jurado, Nora intuyó un escepticismo manifiesto en algunos rostros. ¿Cómo podría imponerse su testimonio a las declaraciones juradas de dos agentes del orden público?

El tribunal hizo un descanso para el almuerzo y se llevaron a Skip. Nora se sentía demasiado mal para comer y se excusó para estar sola. Pasó la hora entera en un rincón apartado de la cafetería del juzgado —no había otro lugar adonde ir— tomando un café.

La sesión de la tarde comenzó a la una y media, y fue aún peor. Para su primer testigo, Scowsen llamó al estrado al sheriff Hawley. Este contó su historia, una mentira, de una manera tranquila y razonable, transmitiendo un aire de dolorida honestidad. Relató los «hechos» con escaso dramatismo, dando la impresión de que incluso restaba importancia a la violencia y a las heridas que había sufrido, y presentando los falsos detalles sin adornos. Describió el ataque y contó que Skip lo había derribado. Explicó que, mientras yacía en el suelo, aturdido, el acusado había intentado huir y que Baca lo había reducido heroicamente.

La historia era falsa, pero Hawley sin duda la había preparado y ensayado. Cada detalle poseía cohesión interna y lo expuso con serenidad y convicción. El tipo era bueno, más que bueno, un mentiroso de notable eficacia, y Nora vio al jurado prestando atención a cada una de sus palabras.

Después llegó el momento del contrainterrogatorio y Lightfeather se puso en pie.

—No tengo preguntas, señoría —dijo, y se sentó de nuevo.

Nora se quedó atónita y miró furiosa a Lightfeather, que garabateó rápidamente una nota y se la pasó.

Es demasiado bueno. Es imposible hacerle dudar. El contrainterrogarlo solo reforzaría su historia.

Nora estaba asqueada. ¿Así sería el juicio?

Luego subió al estrado un médico de urgencias que mostró

fotografías de las lesiones del sheriff —algunos moratones del tamaño de una moneda de cinco centavos y un pequeño corte— y testificó que, si bien las lesiones no eran potencialmente fatales, podrían haber sido mucho más graves debido al terreno rocoso. De hecho, adujo que Hawley podría haber sufrido una contusión mortal si se hubiera golpeado la cabeza con una roca.

Lightfeather contrainterrogó al médico y logró que reconociera que los moratones y el corte eran superficiales y médicamente poco significativos, y que tan solo requirieron la aplicación de pomada antibiótica y una tirita.

Un burócrata del Servicio Forestal testificó que los huesos eran propiedad federal, incluso bajo la ley NAGPRA, y que el Consejo Tribal de los Isleta no podía declarar unilateralmente que los restos eran suyos sin algún tipo de procedimiento reglamentario. En el contrainterrogatorio, Lightfeather consiguió que el burócrata admitiera que, dado que los restos habían sido devueltos a la tribu y enterrados en un lugar desconocido, el Servicio Forestal daba el asunto por zanjado y no presentaría cargos por robo contra ninguno de los involucrados.

—Señoría, miembros del jurado —dijo Scowsen—, en nuestra opinión, el número de testigos necesarios para concluir este asunto es bastante mínimo. Sin embargo, para ofrecerles una superabundancia de información en la que basar sus conclusiones, y para darle al acusado el beneficio de la duda, especialmente ante la gravedad de los cargos, llamaremos a uno o dos testigos más de los que consideramos precisos. Rogamos su comprensión en este asunto. La primera persona a la que queremos llamar es un testigo de carácter. El sábado pasado se encontraba en una taberna llamada… —consultó sus notas— Gallina's Peek y puede ofrecer un relato de primera mano sobre la naturaleza violenta y

temperamental del acusado.

Lightfeather maldijo entre dientes y se puso en pie.

—Protesto. Señoría, no se nos informó de este testigo durante el proceso de descubrimiento de pruebas.

—Es un testigo lego —replicó Scowsen—, y la información que presenta no es directamente relevante para el caso; se refiere más al carácter del acusado.

—Señoría —añadió Lightfeather—, me gustaría solicitar una consulta en el estrado.

El juez indicó a Lightfeather y al fiscal de distrito que se acercaran y hablaron entre susurros, aunque en algunos momentos la conversación se animó. Lightfeather parecía cada vez más indignado. A la postre, el juez puso fin al beligerante toma y daca con un golpe de mazo, y los dos abogados se alejaron del estrado.

—A la luz de este nuevo testigo llamado por la fiscalía —dijo el juez—, la defensa ha solicitado una prórroga. El tribunal hará un descanso y volverá a reunirse el lunes por la mañana a las diez en punto.

Dio otro golpe seco.

Mientras la sala del tribunal se levantaba, Nora miró el reloj: eran las cuatro de la tarde.

Los guardias se llevaron a Skip, y Nora salió con Lightfeather y su ayudante. No dijeron nada hasta que estuvieron fuera del edificio y se detuvieron junto a sus coches, estacionados en el aparcamiento que había delante del horrendo palacio de justicia.

—Esto no pinta bien —dijo Nora.

Lightfeather negó con la cabeza.

—No, lo siento. Y ese testigo que han presentado de repente me preocupa. Tienen pruebas contundentes. ¿Por qué añadir un testigo de carácter?

—Pero eso le da más tiempo para trabajar en el caso, al menos durante el fin de semana, ¿no?

Lightfeather no respondió directamente, y Nora tuvo la impresión de que disponer de más tiempo no sería de gran ayuda.

—Nora, debo decirle que el trabajo más difícil al que se enfrenta un abogado defensor es convencer a un jurado de que un policía miente. Y en este caso, tenemos dos policías. Hice todo lo posible para convencer a Skip de que se declarara culpable, pero aquí estamos. Haré cuanto esté en mi mano y lucharé hasta el final.

Nora estaba a punto de llorar.

—Pero es inocente. Están mintiendo. ¿Por qué iba a confesar algo que no hizo?

—La gente lo hace todos los días. Pero es una cuestión académica. Lamentablemente, ya es demasiado tarde para eso.

—Entonces ¿cuándo prestaré declaración?

—Ese nuevo testigo complica un poco las cosas, pero a menos que haya sorpresas, testificará el lunes. Baca será su último testigo y luego nos tocará a nosotros. Usted subirá primero al estrado. Luego, si es necesario, lo hará el señor Tenorio.

—¿Y ya está?

—No tenemos ningún otro testigo bueno. Ya hemos determinado que las lesiones del sheriff son una farsa y que el supuesto robo de propiedad gubernamental fue tan trivial que las autoridades no harán nada al respecto. Cuando suba al estrado, demostrará que Skip trabajaba para usted en calidad oficial. A continuación, contará su historia y acusará a dos agentes del orden público de mentir. Podrían contrainterrogarla, pero probablemente no lo hagan, porque tendrán mucha confianza en que el jurado fallará a su favor. Haremos un ensayo el domingo, pero no la engañaré, Nora: eso es a lo que nos enfrentamos.

—¿Así que Skip no testificará?

Lightfeather suspiró.

—Casi nunca es buena idea que declare el acusado, y en cualquier caso dudo que Skip sea un buen testigo.

—¿No hay manera de recuperar ese vídeo?

—Confíe en mí, hemos pedido a expertos informáticos que revisen el teléfono a fondo. También han examinado la cuenta en la nube y no hay vídeo. Ha desaparecido.

Nora se derrumbó, sollozando y respirando entrecortadamente. Odiaba llorar, pero en ese momento le daba igual.

Tras un instante de duda, Lightfeather la rodeó con el brazo.

—¿Le importa?

Ella negó con la cabeza.

El abogado la abrazó mientras ella sollozaba e intentaba controlarse. Por fin, pudo preguntar:

—¿No hay… nada… que yo pueda hacer?

—Haré todo lo posible por desmontar el testimonio de Baca. Ese tipo de cosas funcionan en *Perry Mason*, casi nunca en la vida real. Pero, como dijo Yogi Berra: «No se acaba hasta que se acaba».

47

Nora estaba sentada en su coche. Eran casi las cinco, y el aparcamiento del juzgado estaba vacío, pero por alguna razón se sentía paralizada, incapaz de moverse.

Ya había aligerado sus responsabilidades diarias tanto como le era posible. Se había cogido tiempo libre en el instituto, había dejado a Mitty con un amigo e incluso tenía una maleta en el coche por si no podía soportar la idea de volver a casa, con todos los recuerdos de Skip. A pesar de ello, seguía en el asiento del conductor mientras los minutos pasaban lentamente.

Su novio, Lucas Tappan, estaba en Massachusetts, intentando resolver los problemas que habían surgido con su proyecto para el parque eólico marino. Hablaban periódicamente, pero ella no se había armado de valor para contarle el problema. Lucas ya tenía bastantes cosas en la cabeza y, conociéndolo, probablemente lo dejaría todo y volvería corriendo. Anhelaba su compañía, pero sabía que era egoísta. Además, a pesar de sus millones, no podía resolver nada. Cuantos más abogados caros metieran en el caso, menos les gustaría al juez y al jurado locales.

No dejaba de pensar en Skip. ¿Y si se casaba con Lucas y sus hijos estaban en el instituto cuando conocieran a su tío Skip, el

presidiario? ¿Y si Skip se juntaba con malas compañías o lo herían en prisión?

De repente, el teléfono empezó a vibrar en el asiento del pasajero y se asustó. Era Corrie y contestó de inmediato.

—¿Corrie?

—Hola, solo llamaba para ver si tenías noticias de Skip.

Corrie estaba rara, no parecía ella. Nora la puso al día rápidamente sobre el juicio; había muy poco que contar.

—Vaya, Nora. Qué putada, lo siento.

Nora dudó y luego dijo:

—Oye, ¿qué pasa?

—¿Por qué lo preguntas?

—Te conozco lo suficiente. ¿Ha sucedido algo?

Tras un breve y tenso silencio, Corrie dijo abruptamente:

—A la mierda. Odio contarte una historia triste en un momento como este, pero tengo que desahogarme con alguien y, ahora mismo, tú eres la única en quien puedo confiar.

Y entonces, para asombro de Nora, Corrie le contó brevemente una historia asombrosa: la de un avión que volaba a baja altura y soltó una bomba nuclear desmontada cerca de donde se encontraban los excursionistas; la de un búnker presidencial inactivo con una entrada trasera; y la de la repentina cancelación de la investigación por órdenes de arriba. Al oír la frustración y el enojo de Corrie, Nora se dio cuenta de que no debería saber todo aquello; si no era un asunto clasificado, lo sería muy pronto.

—¿Así que huyeron por la explosión de la bomba?

Se hizo el silencio.

—Eso creía al principio, pero ahora no estoy tan segura. ¿Por qué rajaron la tienda teniendo una puerta abierta allí mismo? ¿Por qué Tolland mató a Wright y luego se suicidó?

—Entonces ¿qué pasó en realidad?

—No lo sé. Pero creo que si se encuentran pruebas, será en el cuerpo de O'Connell, la novena víctima. Estoy segura de que está en ese búnker, puede que incluso con la cámara y el diario desaparecidos.

Sonaba muy estresada.

—Sinceramente, Corrie, yo diría que el accidente de la bomba es la respuesta, aunque no pueda hacerse público.

—Solo quería desahogarme —respondió Corrie, como si no la hubiera oído—. Quería contártelo, al menos antes de…

Dejó la frase a medias.

—¿Antes de qué?

—Voy a ir allí.

—¿Adónde?

—Al búnker. Voy a buscar ese noveno cuerpo.

—Corrie, eso es una locura.

—¿Una locura? Yo sí que me estoy volviendo loca aquí sentada sin mover un dedo. ¿Eres consciente de lo que me dijeron? Me pidieron que lo encubriera, que mintiera. ¡Que fingiera investigar mientras no hago nada! ¿Cómo puedo seguir trabajando en el FBI sabiendo lo que sé?

—Bueno, hay una cosa que te puedo decir con seguridad: estamos a mediados de noviembre. ¿Qué sabes tú de montañismo invernal? Te congelarás, y entonces tendremos diez víctimas en lugar de nueve. Además, no tienes ni idea de adónde ir.

—La salida de emergencia del búnker supuestamente está en una zona llana que utilizaban como helipuerto, situada fuera del perímetro de la base, en un paraje llamado el Nudo. Y tiene que estar al norte de la cueva. Todos iban hacia allí, pero solo O'Connell lo logró.

—O eso crees. ¿Es la única pista que tienes?

—Esto no nos llevará a ninguna parte. Nora, solo quería desearte suerte con Skip, y siento mucho no haber podido hacer más. Ya hablaremos.

—¡Corrie, espera! —gritó Nora antes de que la agente colgara—. ¿Tienes mapas topográficos? ¿Raquetas de nieve? ¿Brújula?

—Tengo mapas en el móvil.

—Joder. ¿Y una moto de nieve? ¿Al menos sabes conducir una moto de nieve?

—No.

—Así que estás jodida antes de empezar, y en varios sentidos. Escucha, tengo experiencia en terrenos invernales. Tengo mapas, tengo raquetas de nieve, tengo material y tengo una moto de nieve. Hablemos como personas cuerdas por un minuto. ¿Puedes coger un jeep del parque móvil del FBI? Me refiero a uno equipado para todo tipo de terrenos y que pueda remolcar.

—Supongo que sí.

—Ahora mismo estoy en el juzgado del condado de Torrance. Llegaría en una hora. Podemos descargar los mapas y buscar esa zona llana de la que hablas. A través de mi cuenta del instituto tengo acceso a mapas LiDAR patentados que podrían ser útiles. Si hallamos lo que buscas, podemos ir mañana.

—Espera un minuto, ¿estás proponiendo acompañarme?

—No te lo estoy proponiendo. Soy la única oportunidad que tienes de encontrar algo.

Corrie parecía preocupada.

—Un segundo, esto es peligroso, y tú eres civil.

—¿Ahora te preocupa eso? Pues ya es tarde. No tienes elección. Mira, Corrie, tú me has metido en este asunto y ahora estoy involucrada.

—Nora, no sé…

—Pues yo sí. —Suspiró—. Corrie, lo consideraría un favor. Cualquier cosa es mejor que estar en un aparcamiento, volviéndome loca pensando en cómo mi hermano se pudre en una celda. Estaré en tu casa a las seis. Pide unas pizzas.

—Pero…

El resto de su frase quedó interrumpido cuando Nora dio por finalizada la llamada. Esta se tomó un instante para desterrar de su mente todos los pensamientos sobre su propio drama, después encendió el motor y salió derrapando del aparcamiento.

48

Nora aprovechó la hora de trayecto hasta Albuquerque para recomponerse. En ese momento no podía hacer nada por Skip; tenía que confiar en Lightfeather. Era miércoles y faltaban cuatro días para que se reanudara el juicio. Si iba a casa, se quedaría mirando las paredes y se volvería loca poco a poco. Al menos, de esta manera estaría ocupada ayudando a Corrie, aunque la pequeña expedición pareciera una misión inútil.

Cuando llegó, tenía pizza y cerveza esperándola. Nora sacó el portátil, accedió a su cuenta del instituto y descargó gran cantidad de datos: viejas fotografías aéreas, imágenes de satélite y Google Earth de la sierra de Manzano y mapas LiDAR. Se centraron en el Nudo, el laberinto de cañones y crestas situado al este de la Base Aérea de Kirtland. En sus años trabajando en el Museo de Historia Natural de Nueva York, y más tarde en el Instituto de Santa Fe, Nora había adquirido experiencia en teledetección de yacimientos arqueológicos desde el espacio. Durante una expedición a Utah, había trabajado con un científico del Laboratorio de Propulsión a Chorro, donde utilizaron un radar de apertura sintética para descubrir unas importantes ruinas prehistóricas en los cañones del norte del lago Powell. Ahora empleó su experiencia —y su acceso a

las bases de datos de imágenes restringidas— para intentar localizar alguna pequeña alteración en el paisaje del Nudo que pudiera obedecer a la construcción de la salida del búnker o un helipuerto asociado.

Corrie había dicho que el búnker presidencial se construyó hacia 1953, cuando Eisenhower fue investido, así que Nora se centró en cualquier cambio en la topografía antes y después de esa fecha. El búnker había sido desmantelado ocho años después, tras la detonación soviética de la infame Bomba del Zar, la explosión termonuclear más grande de la historia, cuya potencia casi incomprensible dejó obsoleto el complejo del búnker al instante.

Al revisar las imágenes aéreas y de satélite, realizando comparaciones A/B a lo largo del tiempo, Nora había logrado reducir las posibilidades a tres. Un lugar parecía especialmente prometedor. Un mapa topográfico de 1951 mostraba una pequeña cresta de aspecto natural en la ladera de Escarabajo Peak, unos ochocientos metros al este de la valla de Kirtland. La foto aérea más antigua que Nora pudo encontrar databa de 1963 y estaba un poco borrosa, pero parecía mostrar un área despejada en esa cresta; un enclave circular sin abetos. Y una imagen LiDAR de 2021 mostraba un zona pequeña y aplanada antinaturalmente en esa misma cresta, aunque los árboles habían empezado a crecer de nuevo.

Había marcado la ubicación prometedora en sus mapas topográficos como O1, por Objetivo 1. A las otras dos zonas, estas no tan prometedoras, las llamó O2 y O3.

También habían identificado un posible punto de partida al norte del Nudo, un rancho de lujo llamado Rancho Bonito. Aunque en invierno cerraban, era probable que hubiese un cuidador y que la carretera estuviera despejada.

Se acostaron a la una de la mañana y se levantaron antes de que

saliera el sol. El día amaneció despejado y frío. Después de coger los mapas marcados y algunas imágenes impresas relevantes, se dirigieron a la oficina del FBI, donde Corrie se llevó un jeep con enganche de remolque. Luego fueron a casa de Nora, engancharon la moto de nieve y el remolque de plataforma, cargaron material de senderismo y partieron hacia las montañas. Finalmente, Corrie llamó a Rancho Bonito y habló con el cuidador, un hombre llamado Puller, que había mostrado buena disposición y las estaba esperando. Utilizarían el rancho como punto de partida hacia el Nudo, situado a unos ocho kilómetros de distancia.

Cuando llegaron a las estribaciones de la sierra eran pasadas las once, y al oeste se divisaba un cielo aborregado que anunciaba la llegada de una tormenta. Se preveía un día frío y ventoso, con nieve a partir del atardecer y unas temperaturas que descenderían hasta diez grados bajo cero. La acumulación de nieve en la zona alta de la sierra era de unos cuarenta y cinco centímetros, suficiente para una moto, pero no tanta como para no poder atravesarla a pie.

Mientras el jeep se adentraba en las montañas, Nora volvió a consultar el mapa y el círculo que había marcado como O1, y sintió una especie de desazón. A la fría luz del día, todo el plan parecía una quimera. Si encontraban el búnker y, lo que era aún más improbable, un cuerpo en su interior, el caso seguiría bloqueado, archivado para siempre. Ningún descubrimiento cambiaría nada, porque nunca les permitirían revelarlo. Por tanto, ¿para qué se molestaban? ¿Qué importaba? Conocía perfectamente la respuesta. Daba igual; comparado con la posibilidad de que Skip pasara veinte años en la cárcel, era irrelevante. Su hermano era una persona decente y bienintencionada, un poco impulsiva pero de buen corazón. Pensar en él pudriéndose en una celda por una sarta de mentiras era inimaginable. Pero, por alguna razón, un fin de semana

largo de agonía e inactividad forzada y sin saber cuál sería su destino le parecía casi peor.

El todoterreno empezó a subir. Todavía no habían llegado a la zona nevada y la carretera estaba despejada y seca. Nora sentía curiosidad por Rancho Bonito, un retiro de yoga y rancho turístico de superlujo. Recordaba que lo habían construido en una propiedad privada dentro de un parque natural y que su ubicación había causado cierto revuelo años atrás.

El viaje parecía interminable, una curva cerrada tras otra, los pinos piñoneros y los enebros dando paso a pinos ponderosa y abetos de Douglas. Rebasaron la línea de nieve, con parches blancos que acabaron convirtiéndose en un manto continuo. El móvil de Nora fue perdiendo cobertura hasta que un mensaje le indicó que no había servicio. Puso el teléfono en modo avión para ahorrar batería y se concentró en la expedición que se avecinaba. Todo parecía ir bien: el clima aguantaba, la capa de nieve era excelente para la moto y no hacía demasiado frío.

Finalmente llegaron a la verja del rancho, construida con vigas de ponderosa. El travesaño anunciaba RANCHO BONITO con una calavera y astas de alce. Tal como había prometido, el cuidador había dejado la verja abierta. Cuatrocientos metros más adelante divisaron el hotel, una estructura de maderos enormes y tejados metálicos pintados de rojo, rodeada de vallas, corrales, un establo de caballos, cabañas y dependencias repartidas por un amplio valle salpicado de árboles. Una suave extensión de nieve fresca brillaba bajo la luz pálida a pesar de que la tormenta proyectaba su sombra sobre el paisaje.

Se detuvieron en la zona de recepción, y al momento se abrió la puerta y salió a toda prisa un hombre de tez colorada. Corrie bajó la ventanilla.

—¡Hola! —dijo. Llevaba una chaqueta a cuadros rojos y negros y

tenía una cara redonda y rosada y unos ojos azules que asomaban por debajo de un sombrero lleno de manchas—. ¡Ustedes deben de ser las del FBI!

—Correcto —respondió Corrie, mostrándole la placa—. Yo soy la agente Corinne Swanson y esta es mi compañera, la doctora Nora Kelly.

—Sam Puller. —Metió la mano por la ventanilla—. Encantado de conocerlas. No preguntaré de qué se trata. Ya me avisaron: ¡silencio! —exclamó entre risas.

En la entrada de la cabaña, Nora vio a una mujer con la ropa salpicada de pintura y un rodillo en la mano.

—Esa es Jo, mi señora —explicó Puller, disfrutando claramente de la rara oportunidad de tener compañía—. Aquí solo estamos nosotros. No recibimos muchas visitas y siempre es un placer. ¿Quieren una taza de café?

—Claro, gracias —dijo Corrie.

—Nos gustaría enseñarle unos mapas —añadió Nora— y que nos aconseje sobre cuál podría ser la mejor ruta.

—¡Encantado de ayudar! —Miró a su mujer—. Ha estado pintando, como pueden observar. Aquí siempre hay cosas que hacer.

Salieron del vehículo y siguieron a Puller al interior de la cabaña. Nora llevaba una carpeta llena de mapas. Entraron en un magnífico espacio de dos plantas con una gigantesca chimenea de piedra y paredes decoradas con astas y alfombras navajo.

—Extiéndalos aquí —dijo Puller— y les traeremos café.

—Gracias.

Nora desplegó varios mapas sobre la enorme mesa de madera. Mientras tanto, Puller desapareció y regresó minutos después con tazas de café, nata y azúcar.

—¿Conoce bien la zona, señor Puller? —preguntó Nora.

—Bastante, sí.

—Queremos visitar estos tres puntos del mapa —dijo Nora, señalando las marcas que había hecho. Su dedo se detuvo en el O1 —. ¿Ha estado alguna vez en esa zona?

Puller se inclinó sobre el mapa topográfico y se colocó bien las gafas.

—Eso está en el Nudo —dijo—. Casi nunca llevamos a los huéspedes tan al sur, pero he cazado alces por allí.

—¿Tiene idea de cuál es la mejor ruta para llegar?

El hombre cogió el mapa y lo examinó.

—No conozco ese punto exacto, pero claramente tendrán que seguir las crestas. —Sacó un bolígrafo del bolsillo—. ¿Puedo? —preguntó, volviendo a dejar el mapa.

—Por favor.

—De acuerdo. Tienen que ir hasta el final del camino que atraviesa el rancho, unos ochocientos metros, hasta aquí. —Trazó una línea—. Hay una zona de aparcamiento y ahí empieza el sendero. Sigan las crestas, aquí, aquí y aquí. Vayan despacio, habrá árboles caídos. —Siguió dibujando una línea que cruzaba las crestas y terminaba en O1. Tras un momento de duda, añadió—: Sé que esto es confidencial, pero… Es un poco raro ir a ese lugar. Es terriblemente solitario. No se me ocurre qué podría haber allí.

Corrie sonrió.

—Lo siento, señor Puller. Ojalá pudiéramos decirle más.

—¡Claro! De todos modos, la nieve tiene entre treinta y sesenta centímetros de grosor, no más; perfecto para una moto de nieve. Estarán bien hasta el atardecer, cuando la nieve y el viento empezarán a arreciar. —Vaciló de nuevo—. No tienen pensado estar fuera después del anochecer, ¿verdad?

—Ni hablar —respondió Corrie.

—Bien. Estas montañas son bonitas pero poco amigables.

—Puede que también queramos visitar estos otros lugares —dijo Nora, señalando O2 y O3.

Puller examinó de nuevo el mapa.

—Ahí será mucho más difícil llegar. ¿Han traído raquetas de nieve?

—Sí.

—¿Y crampones?

—No.

Puller negó con la cabeza.

—Necesitarán raquetas de nieve con crampones para tener más agarre. Aquí hay algunas.

El cuidador se fue y volvió minutos después con dos pares de raquetas.

—Son Drifter Plus All Mountain, talla mediana. Les vendrán bien. Guárdenlas en la moto de nieve, por si acaso.

Acto seguido, trazó las rutas hacia O2 y O3.

—No estoy seguro de que puedan llegar a esos dos lugares y volver antes de que anochezca. Yo les recomiendo que si su primer objetivo falla, regresen directamente. Les daremos alojamiento y podrán investigar los otros dos el viernes por la mañana.

—Es muy amable de su parte, señor Puller —dijo Corrie.

—Pueden agradecérmelo volviendo antes de que oscurezca —respondió él—. El sol se pone a las cinco. Deben evitar quedar atrapadas de noche con una tormenta de nieve.

49

El agente supervisor Clay Sharp estaba sentado en el salón de su casa, situada en el barrio de High Desert de Albuquerque. La habitación estaba amueblada con tal austeridad que parecería la celda de un monje si no fuera por el techo alto y un único cuadro en una pared por lo demás desnuda. La pintura era un Rothko del primer periodo «multiforme» del artista, y extravagantemente cara. Sharp había llegado a la conclusión de que una obra perfecta era mejor que una docena de obras inferiores, y había invertido en ella todo el presupuesto que podría destinar al arte el resto de su vida.

En unos altavoces empotrados en las paredes sonaba *Free Jazz*, de Ornette Coleman, a un volumen bastante alto. Sharp no era un devoto del jazz, y la música de alguien como Coleman le resultaba particularmente execrable, pero había puesto la pieza una y otra vez como una especie de contrairritante. No estaba sirviendo de nada, así que cogió el mando a distancia, apagó la música y volvió a contemplar el cuadro con melancolía.

Se había repetido a sí mismo que su única opción era aceptar lo sucedido. Sin duda, las fuerzas aéreas tenían buenos motivos para encubrir un accidente como aquel. Sacarlo a la luz habría provocado un escándalo, habría brindado consuelo a los enemigos de los

Estados Unidos y habría asustado a la ciudadanía. Era lógico que el gobierno estuviera ansioso por ocultarlo.

Pero, en este caso, tener buenos motivos no era suficiente. Allí estaba sucediendo algo más: un crimen, o varios crímenes, que habían permanecido latentes durante años. Sharp creía en la seguridad nacional; de hecho, se hallaba latente en la base de sus principios morales. Pero, por otro lado, las víctimas de la Montaña Muerta tenían derecho a la justicia. Hacer público el accidente sería mala publicidad, pero podría contenerse y no pondría en peligro la seguridad de su país. Sin embargo, ahora se veía obligado a mentir a los ciudadanos de ese mismo país —a las familias de las víctimas— y, lo que era aún peor, a fingir que investigaba un caso que ya estaba resuelto, o casi. Iba en contra de todas sus creencias.

Luego pensó en Gold, que era el segundo al mando en la oficina de Albuquerque y uno de los agentes más condecorados del FBI en los Estados Montañosos. Aproximadamente un año después de tomar las riendas del caso de la Montaña Muerta, abandonó el cargo y su vida empezó a ir cuesta abajo. ¿Él también había descubierto la verdad y lo habían silenciado? Cuanto más lo pensaba Sharp, más probable le parecía. Eso explicaría muchas cosas, no solo el hecho de que Gold no resolviera el caso, sino las muchas vías de investigación que había obviado de modo inexplicable. Si solo seguía órdenes y fingía investigar, entonces, todo lo que hizo —y no hizo— encajaba. Y verse forzado a cumplir órdenes tan perversas lo destruyó.

El padre de Sharp había sido un marine condecorado y su abuelo y su bisabuelo, coroneles del Cuerpo de Infantería de Marina. Había un Sharp entre los marines que viajaban a bordo del Bonhomme Richard. Así pues, aunque a Sharp le interesaba más la historia del arte que el combate, se había alistado obedientemente. Durante el

periodo de instrucción, sus superiores descubrieron que no solo era un excelente tirador, sino también que estaba intelectual y emocionalmente preparado para labores de espionaje y contraespionaje.

El momento en que se convirtió en soldado de pleno derecho coincidió con la guerra de Irak. Después de dos años desempeñando labores de espionaje, con constantes traslados de una subagencia anónima a otra, la guerra se recrudeció y Sharp se encontró temporalmente adscrito a un grupo que apoyaba a francotiradores de reconocimiento de los marines, debido a la grave falta de personal que había provocado la Operación Furia Fantasma durante la segunda batalla de Faluya.

Sharp ya había matado a combatientes enemigos y espías en el cumplimiento del deber. Pero, tras una serie de errores tácticos del alto mando, se vio obligado a defender un flanco estadounidense debilitado, repeliendo con un rifle de francotirador los reiterados ataques de Al Qaeda, el Ejército Islámico y el Ejército Secreto de Irak. A los quince minutos del primer e intenso enfrentamiento, había abatido a media docena de insurgentes. En veinticuatro horas, había perdido la cuenta.

Por fin, tras sucesivas oleadas de refuerzos y heroicos sacrificios por parte de la infantería estadounidense, habían vencido. Los túneles, los artefactos explosivos improvisados y las barreras de hormigón fueron eliminados y los enemigos supervivientes se retiraron. Pero, dos meses después, cuando regresó a su trabajo anterior, Sharp era otra persona. Lo que había visto y hecho en Faluya estaba clasificado, como el resto de su trabajo. No podía hablar de ello, pero tampoco podía dejar de verlo. Las olas de fanáticos desintegrándose bajo las andanadas de las ametralladoras M2 surcando el aire a ochocientas cincuenta revoluciones por

minuto. Abuelas y niños utilizados por el enemigo como metralla bípeda. Caras deformándose al derretirse a causa del fósforo blanco. Amigos que había hecho —amistades instantáneas formadas en el fragor de la batalla, antiguos desconocidos que ahora debían cubrirle las espaldas y salvarle la vida— muriendo horas o incluso minutos después de su primer apretón de manos. Así pues, dejó el servicio —con una estrella de plata—, a la primera oportunidad honorable que se le presentó. Sus padres habían fallecido mientras él estaba en el extranjero, y había heredado una cantidad importante de dinero. Sin saber qué hacer y sintiéndose a la deriva, pero sabiendo que por su propio bienestar emocional debía centrarse en una ocupación que lo absorbiera por completo y rápidamente, se había unido al FBI. Había estado allí diecisiete años, prestando un servicio excepcional y a veces secreto, y manteniendo su vida y su bagaje personales bien ocultos.

Al mirar el reloj, vio con desagrado que solo era mediodía. Se levantó de todos modos, fue a la cocina, sacó una botella de Johnnie Walker Blue Label del mueble bar y se sirvió tres dedos. Engulló la mitad de golpe y notó que el líquido le quemaba la garganta. Luego volvió al salón, bebida en mano. Se había aficionado al whisky de malta cuando estaba en el extranjero, y aunque la idea de mezclarlo lo horrorizaba, las mezclas añejas que utilizaban whiskies caros en un intento de recrear sabores de hacía un siglo le pareció suficientemente atractiva como para decantarse por una botella de Blue. Y vaya si le gustaba, aunque costara tanto como tres botellas de Lagavulin.

Se sentó y bebió otro trago, pero ni siquiera el licor parecía ayudar.

Pensó en Corrie Swanson, su primera y única aprendiz. Era inteligente, persistente, idealista, valiente y, a veces, un incordio.

Casi todos los buenos agentes eran un fastidio. Su labor en el caso había sido excelente, e incluso había descubierto cómo quedaron aplastados los dos cuerpos, desentrañando así un misterio de quince años. Menudo desastre que aquello le ocurriera en un estadio tan temprano de su carrera. Él podría jubilarse en unos años, aunque hasta ahora no había tenido intención de hacerlo sin haber llegado a la edad obligatoria de cincuenta y siete. Pero Corrie apenas estaba empezando. Nunca había sido mentor de nadie, pero aprobaba su firme idealismo y sentido del deber. Y ahora le ordenaban que mintiera a unas familias afligidas. ¿Cómo le afectaría en los próximos diecinueve años?

Apuró el resto del whisky de un trago.

No debió ser tan duro con ella la última vez que hablaron. No era su intención, desde luego. Después de reunirse con García, lo invadió una sensación que había permanecido latente durante casi veinte años: acorralado en un combate encarnizado y sin una estrategia de salida aceptable. Había intentado contener a Corrie, pero verla insistir en el meollo del caso cuando ya les habían dicho que lo dejaran le había despertado emociones que no sentía desde Faluya.

El accidente lo resolvía prácticamente todo. Por supuesto, como en cualquier caso, algunos detalles seguían siendo desconcertantes. El asesinato-suicidio en la cueva, sin ir más lejos. Pero la gente cometía locuras en situaciones extremas. Si no estuviera bajo juramento de secreto, podría citar ejemplos escalofriantes por docenas.

Pero, en efecto, el hecho de que los excursionistas rajaran la tienda en lugar de salir por la puerta no encajaba del todo con el accidente. ¿Y por qué no se detuvieron unos segundos a ponerse abrigos y botas? Allí sentado en su silencioso retiro, debía reconocer

que Corrie había esgrimido buenos argumentos.

Pero ¿de qué servía cuando el caso había quedado permanentemente archivado? No obstante, sintió una punzada de culpabilidad por haber sido brusco con ella. A pesar de todo, seguía siendo su aprendiz, y ahora necesitaba a su mentor más que nunca. Por supuesto, jamás podría confesarle las verdaderas razones por las que había estallado de aquella manera: no solo era un antiguo yo reapareciendo por un instante, sino también la frustración de luchar contra molinos de viento. Los molinos de viento siempre ganaban.

Sin embargo, debía hablar con ella, ver cómo estaba, hacerle saber —con tacto— que entendía perfectamente cómo se sentía. Cogió su teléfono móvil del FBI y marcó, pero de inmediato saltó el buzón de voz.

Miró la pantalla con una sensación de hormigueo en la nuca. Era sábado, y aunque debía de sentirse bastante asqueada del FBI, no le estaba permitido apagar el móvil de trabajo bajo ninguna circunstancia, lo cual significaba que probablemente no tenía cobertura.

Tras un momento de reflexión, marcó el número de Nora Kelly, pero, una vez más, saltó directamente el buzón de voz.

Sharp se incorporó. Aquello era muy extraño. ¿Las dos habían apagado el teléfono… o se habían quedado sin cobertura?

Llamó a la operadora de la oficina de Albuquerque mientras en su mente se formaba una idea inquietante.

—Hola, Gloria —dijo—. ¿La agente Swanson ha sacado un vehículo del parque móvil?

—Pues, sí, agente Sharp. Un jeep Wrangler de tracción a las cuatro ruedas. Dijo que a lo mejor tendría que conducir por la nieve.

—Gracias.

Sharp bajó el teléfono.

¿Y el amigo de Corrie, el sheriff Watts? A lo mejor él conocía su paradero o sus intenciones. Levantó de nuevo el teléfono y marcó el número de Watts, que respondió enseguida.

—¿Sheriff? Soy el agente Sharp…

50

Cuando bajaron la moto de nieve del remolque, cargaron el material y los suministros y se pusieron los monos y los cascos, era la una. Unas nubes grises surcaban el cielo y la temperatura estaba descendiendo.

—Temperatura en torno a cuatro grados bajo cero —dijo Nora—. Viento moderado, buena capa de nieve. Diría que por el momento hemos tenido suerte con el clima, pero será mejor que nos demos prisa.

Corrie asintió.

Habían llegado al final de la carretera y aparcado en una zona circular situada al final del valle. A su derecha se extendía una hilera de picos pequeños y una abertura por donde transitaba su ruta, tal como Puller había señalado en el mapa. Nora se subió a la moto y Corrie se montó detrás. El mono era ajustado y cálido. La ruta del mapa indicaba un viaje de unos ocho kilómetros hasta O1. Si todo iba bien, llegarían en media hora o menos.

—Habrás conducido una moto de nieve alguna vez, ¿no? —dijo Nora.

—En Colorado, y la verdad es que no fue muy bien.

—Iremos despacio. Tú agárrate fuerte y echa el peso hacia

adelante y centrado. ¿De acuerdo?

—Entendido.

Nora arrancó la moto y empezó a avanzar lentamente por la extensión de nieve hasta adentrarse en el abetal. Las condiciones eran buenas: mucha nieve y un sol oculto por las nubes que irradiaba una luz gris y uniforme sobre el paisaje. Nora sorteó los árboles y continuaron por la ladera poco profunda de una colina, a través de un bosque de grandes abetos lo suficientemente separados como para facilitar el paso. Los árboles pronto fueron sustituidos por una cresta con mucha nieve, cornisas a un lado y un terreno casi desnudo al otro. Avanzando todavía a un ritmo pausado, Nora guio la máquina por la franja de nieve firme, deteniéndose de vez en cuando para consultar el mapa y el GPS de su teléfono. Nora no confiaba en la habilidad de Corrie para leer mapas de la naturaleza, así que insistió en conducir y hacerlo ella misma.

Cuando llegaron a la cima, el viento arreció un poco, y eso, sumado a una capa de nieve recién caída, hacía salpicar copos mientras conducían, pero era ligera y seca y llevaban buenos cascos eléctricos que evitaban que se pegara. Nora logró mantener una velocidad constante de unos quince a veinte kilómetros por hora.

Las vistas eran estupendas. A su izquierda se extendía el Nudo, una enrevesada madriguera de cañones, barrancos y cumbres plagados de abetos y pinos y sin un solo llano a la vista. A su derecha se alzaba la columna de la sierra de Manzano. Puller las había orientado bien, aunque en algunos puntos tuvieron que esquivar troncos caídos y pendientes pronunciadas. El sendero descendía a lo largo de las crestas hacia el Nudo, y en media hora, justo como Nora predijo, habían llegado a O1.

Nora subió el último tramo y detuvo la moto cuando el terreno se niveló.

—Ya hemos llegado.

—¡Bien hecho, Evel Knievel!

Nora bajó, se sacudió la nieve del regazo y miró a su alrededor. El terreno se elevaba gradualmente por encima del Nudo, cubierto de abetos altos. Años atrás, se había formado un claro y habían aplanado la cresta.

—Eso no parece natural —dijo Nora.

—Podría ser aquí —repuso Corrie, que avanzó un poco y se hundió hasta los muslos.

—Necesitamos raquetas —le dijo Nora.

Se las ataron rápidamente y cogieron los bastones. Los pequeños árboles que rodeaban el claro estaban cubiertos de nieve fresca y pasaron entre ellos, levantando estelas blancas. Nora se dirigió al extremo de la cresta, donde parecía que la habían cortado y nivelado para crear una zona plana y circular. Cualquier apertura en la montaña se encontraría en algún lugar de ese corte, a menos que se tratara de una trampilla en el suelo. En ese caso, estaría escondida bajo una capa de nieve y sería mucho más difícil de descubrir.

Cuando llegaron al otro lado vieron una pared de roca.

—Examinemos la zona de norte a sur —dijo Nora.

Los pequeños árboles eran especialmente densos a lo largo de la pared rocosa y los sortearon.

—Mira —dijo Corrie, señalando una cavidad cilíndrica perforada en el lateral de la pared rocosa; eran los restos de un orificio de voladura.

—Vaya —dijo Corrie—. Eso no es natural.

Nora no pudo contener la sorpresa. Parte de ella daba por hecho que aquello sería otra búsqueda inútil de Corrie, pero un orificio de voladura en medio de la nada era algo muy real.

Siguieron explorando la pared de roca, apartando pequeños árboles y vegetación, buscando algún tipo de entrada. Y de repente, allí estaba: una modesta puerta de acero, pintada de camuflaje para que se mimetizara con la roca.

—Dios mío —dijo Nora—. No me lo puedo creer.

—¡Pues créetelo! —respondió Corrie emocionada.

Buscaron un teclado. La puerta se integraba en la roca de forma tan natural que era difícil seguir el contorno, pero Nora arrancó un poco de vegetación y dejó a la vista un anticuado teclado mecánico.

—El código era la fecha de nacimiento de Rodney O'Connell —dijo Corrie—. En abril, día 3, de 1986.

Nora observó mientras Corrie tecleaba 4386. Nada. Probó con 431986. Tampoco. Luego marcó 04031986. Al pulsar el último número, Nora oyó un clic amortiguado y Corrie empujó la puerta con el hombro, sin resultados.

—A lo mejor se abre hacia afuera —dijo Nora.

Tanteando los bordes de la puerta, Nora descubrió una diminuta manija, también camuflada. Tiró de ella y, con un chirrido metálico, la puerta se abrió un par de centímetros.

—Vamos a despejar esto —dijo Corrie.

Pisotearon unos cuantos arbustos y apartaron la nieve con las botas para que la puerta pudiera abrirse. Volvieron a tirar y, con un chirrido, la puerta se abrió otros quince centímetros.

—Atemos una cuerda a la manija para poder tirar las dos —propuso Corrie.

Nora volvió a la moto a coger un trozo de cuerda y las dos mochilas. Luego pasó la cuerda por la manecilla y cada una agarró un extremo y tiraron. Con un último chirrido de protesta, la puerta se abrió de par en par y ellas cayeron hacia atrás. Entonces vieron un pasadizo negro que exhalaba un aire cálido y con olor a muerte.

—Madre mía —dijo Nora, retrocediendo y agitando una mano delante de la nariz—. ¿Has traído un canario?

—Tengo un farol —repuso Corrie— y una alarma de monóxido de carbono que me llevé de casa.

—Bien pensado.

La puerta tenía un resorte para que se cerrara automáticamente, así que Nora cogió la cuerda y ató los extremos a un árbol robusto. Después, para asegurarse, cogió una piedra y la utilizó de cuña para que, en caso de soltarse la cuerda, la puerta no se cerrara del todo.

Se cargaron las mochilas y las linternas frontales y Corrie sacó el farol, encendió la vela y prendió el detector de monóxido a la mochila.

Se quedaron un momento en el umbral y los haces de las linternas penetraron en la oscuridad. A Nora le pareció que el pasadizo se adentraba interminablemente en la montaña, un túnel de hormigón sin rasgos distintivos, como el camino a la guarida de un gólem. Dio un paso adelante, pero Corrie le puso una mano en el hombro.

—Yo primero, ¿vale?

—Adelante.

Corrie entró seguida de Nora y, dándose la vuelta, iluminó otro teclado en el interior de la puerta.

—Estoy pensando… —dijo.

—¿Estás pensando si el código de salida es distinto del de entrada? —añadió Corrie.

—Sí.

—¿Y también estás pensando que quizá O'Connell no tenía ese segundo código?

Nora observó el rostro de Corrie, pálido bajo la luz artificial.

—Exacto.

51

A medida que Corrie se adentraba en el pasadizo, empezó a sentirse como un personaje de un episodio aterrador de *La dimensión desconocida*: atrapada en un túnel interminable de hormigón y condenada a caminar por él para siempre. Era un túnel sin señales de ningún tipo, las paredes manchadas de agua pero sin grietas, a pesar de que habían pasado tres cuartos de siglo. El aire, aunque viciado, era cálido y húmedo. La vela seguía ardiendo con fuerza y el detector de monóxido de carbono no se activó.

De vez en cuando, Corrie miraba hacia atrás. La luz exterior fue disminuyendo hasta convertirse en un punto minúsculo y no tardó en desaparecer por completo.

Corrie tenía calor y se desabrochó parcialmente el mono.

—¿Dónde termina esto? —le susurró a Nora.

—Sabe Dios. Si el búnker está en el lado opuesto de la cordillera, este túnel podría atravesar toda la montaña.

—Debió de costar una fortuna construirlo —susurró Corrie.

—¿Por qué hablamos en voz baja? —respondió Nora, riendo momentáneamente—. Aquí no hay nadie.

Corrie resopló.

—Tienes razón. Puede que solo haya muertos.

—¿De verdad crees que vamos a encontrar el cuerpo? —preguntó Nora.

—Sí. Y con él, la verdadera solución al misterio.

Más adelante, distinguieron vagamente una puerta a la luz de las linternas. Cuando se acercaron, casi pareció materializarse en la oscuridad: una puerta de caoba reluciente con un pomo de latón pulido, como los que adornarían una mansión elegante, que desentonaba en aquella ratonera de hormigón. Corrie extendió la mano y cogió el tirador, rogando a Dios que la puerta no estuviera cerrada con llave.

El tirador giró casi sin esfuerzo y la puerta emitió un chirrido inquietante, como un animal pequeño que hubiera resultado herido.

Corrie dio un paso adelante y luego se detuvo asombrada. Las linternas iluminaron un elegante pasillo de mármol, sus paredes revestidas con espejos dorados. Una gran lámpara de araña de cristal colgaba del techo, refractando los haces de luz y proyectando motas en todas direcciones.

El corredor se extendía unos nueve metros antes de terminar en una T. En la pared del fondo había una hornacina con un pedestal que, al parecer, en su día contuvo una estatua. Había más pedestales a ambos lados del pasillo, también vacíos, y rectángulos entre los espejos, donde evidentemente hubo cuadros. Todas las superficies estaban cubiertas de polvo y las motas flotaban en los haces de luz.

—Parece que vaciaron el lugar cuando lo cerraron —dijo Corrie—. Debía de ser impresionante.

—Apto para un presidente —dijo Nora.

Dejaron la puerta abierta y fueron al final del pasillo. Otro pasillo perpendicular, también decorado con mármol y lámparas de araña, se bifurcaba a izquierda y derecha. Ambos lados estaban bordeados

de puertas elegantes y unos bancos cubiertos de pan de oro y tapizados en brocado rojo se alzaban a intervalos junto a las paredes.

—¡Es la Casa Blanca! —exclamó Corrie.

—Estaba pensando lo mismo —dijo Nora—. Es igual que las fotos que he visto de la Casa Blanca, pero más pequeña. Supongo que era para que el presidente se sintiera como en casa.

Corrie enfiló el pasillo de la derecha.

—Probemos este primero.

El pasillo tenía tres puertas a ambos lados, todas cerradas, y acababa en otra hornacina vacía. Corrie se detuvo en la primera puerta de la izquierda, agarró la manecilla y la abrió. Una pequeña lluvia de polvo se posó sobre sus hombros. Las luces revelaron una pequeña sala de estar con sillas doradas, sofás de brocado, un aparador antiguo y, al fondo, una mesa de té volcada y dos sillas que parecían haber sido destrozadas deliberadamente, las patas y los brazos retirados y apilados cerca. En el suelo había trozos de una tetera de porcelana y algunas tazas rotas.

—¿Ratas? —preguntó Corrie.

—No hay señales de ratas —dijo Nora—, ni de ningún animal. Y las ratas no rompen sillas de esa manera.

Ambas se quedaron en silencio y volvieron al pasillo principal. Corrie abrió la siguiente puerta y vieron lo que parecía ser un comedor, también destrozado. La lámpara de techo se había desplomado sobre la mesa y la había partido en dos. Había platos de porcelana y copas de vino hechos añicos en la moqueta. Una vez más, las sillas estaban despedazadas y había brazos, patas y trozos de madera dorada por todas partes. El suntuoso papel pintado se estaba despegando y en algunas zonas parecía haber sido arrancado deliberadamente.

—Esto parece más vandalismo que una retirada de muebles —observó Nora.

Corrie no dijo nada.

Cerraron la puerta y se dirigieron a la tercera y última habitación del lado izquierdo del pasillo. Era un pequeño anexo con un arco que se abría a una cocina.

—Madre mía, qué desastre —dijo Nora.

Parecía que un ciclón hubiera arrasado la cocina. Todos los armarios y cajones estaban abiertos y había cuchillos, cubiertos, ollas y sartenes esparcidos por el suelo, además de una solitaria lata de comida. Un viejo y voluminoso frigorífico había caído al suelo, donde yacía abierto y vacío.

Corrie notó una desagradable sensación de inquietud en el estómago.

—Parece que alguien anduvo rebuscando con mucha prisa —dijo Nora—. O a lo mejor estaba aterrorizado.

—Sí —respondió Corrie—, como si buscara comida desesperadamente. —Se agachó a coger la lata—. Guisantes. —La soltó con estrépito y siguió mirando, pero no había ni rastro de comida, latas, paquetes de harina o tarros, tan solo aquella lata de guisantes. Más allá había una pequeña despensa, pero estaba vacía.

—Pero cuando llegó, la despensa estaba vacía —murmuró Nora.

—Es evidente que cuando cerraron este lugar, se llevaron hasta el último trozo de comida y los artículos perecederos. Por lo visto, se les pasó una lata y todos esos espejos, pero ya está.

Respiró hondo. Cuanto más exploraban, más clara era su imagen mental de lo que había sucedido allí quince años antes.

Volvieron al pasillo y abrieron la puerta de enfrente, la cual daba a un salón grande y lujoso. A diferencia de la cocina y del comedor, se encontraba en un estado de conservación decente, sin sillas rotas ni

papel de pared arrancado. Al fondo había una chimenea de mármol y alguien había arrimado un sofá a ella.

—Parece que hubo quien utilizó ese sofá para dormir —dijo Nora en voz baja.

Corrie lo iluminó con la linterna. Había dos almohadas apoyadas en el reposabrazos y sendas mantas arrugadas cerca, una encima del sofá y la otra en el suelo. Desvió la mirada hacia la chimenea, donde pudo ver los restos de una fogata, hecha con trozos parcialmente quemados de muebles dorados; eran patas y brazos arrancados de las sillas rotas del comedor. Junto a la chimenea había un montón de patas y brazos de sillas, listos para alimentar el fuego.

En el lado opuesto del salón, Corrie vio unas puertas dobles.

—Vamos a probar —susurró.

Caminaron por la habitación de moqueta gruesa y abrieron las puertas con otro susurro de bisagras. Al mover el haz de luz, Corrie vio que se trataba del dormitorio principal. Una cama extragrande dominaba la pared del fondo y parecía diseñada en otro siglo, con un armazón alto y finas cortinas de seda. Había una mesita a cada lado, y delante un pequeño secreter de madera pulida con una vitrina cerrada. En la parte trasera había otras dos puertas. Las paredes estaban pintadas de azul claro con molduras blancas, y la moqueta era azul oscuro con un diseño amarillo.

Corrie miró la cama, con sus cortinas cerradas, y luego a Nora. Tras un momento de vacilación, esta asintió.

—Es tu turno —dijo.

Con aprensión, Corrie fue hacia la cortina de seda. Pero justo cuando tocó el material podrido, se disolvió en sus manos, abriéndose a lo largo de la trama y generando una nube de partículas y trozos de hilo flotante, deslumbrantes en el haz de luz.

Corrie tardó un rato en recomponerse y examinar la escena. Un

hombre yacía en la cama con las manos cruzadas sobre el pecho. Parecía más un cadáver preparado para un velatorio que una persona que hubiera muerto en una agonía de hambre o sed. Tenía el rostro disecado: los ojos hundidos, los labios secos y retirados de los dientes, uniformes y blancos. La momificación no ocultaba los numerosos signos de inanición: la piel tensa sobre los huesos de la cara, el cuerpo encogido y la ropa holgada en las extremidades. Tenía los dedos de las manos entrelazados sobre el pecho, arrugados como vainas de vainilla secas, y el cuello era increíblemente delgado. No podía tener más de veinte o treinta años, y no desprendía ningún olor más allá de un tenue aroma a polvo que no resultaba desagradable.

Junto a la cadera derecha había un diario y un lápiz, y al otro lado una cámara.

52

Corrie se quedó mirando largo rato, aparentemente incapaz de apartar la vista de aquellos dedos marchitos. Era como si el hombre —y tenía que ser Rodney O'Connell— se hubiera preparado con meticulosidad para la muerte, lo cual, por supuesto, era exactamente lo que había hecho.

Así pues, sus especulaciones habían resultado acertadas todo ese tiempo. La novena víctima de la tragedia de la Montaña Muerta había llegado al búnker, se había quedado encerrada y había muerto. ¿Cuánto tiempo tardó? Sin agua, sabía que la muerte por deshidratación llegaría en menos de una semana. La muerte por inanición tardaba mucho más, tal vez cuarenta días.

—Pobre hombre —dijo Nora, haciéndose eco de los pensamientos de Corrie—. Menuda forma de morir.

Corrie trató de ordenar sus emociones: angustia ante la patética figura que yacía en la cama, mezclada con un sentido de reivindicación, repulsión y tristeza.

—Tenías razón —dijo Nora.

Asintiendo, Corrie alargó la mano para coger el diario.

—¿Estás segura de que debes tocar algo? —preguntó Nora—. ¿No deberíamos dejarlo tal cual?

Corrie dudó.

—Normalmente te diría que sí, pero si no leo lo que contiene ese diario, y lo hago ahora mismo, puede que no lo vea nunca más. Lo ocultarán todo, y lo sabes. ¿Ves ese lápiz? —Corrie señaló la cama—. Estaba escribiendo en ese diario, quizá hasta el momento de su muerte. —Bajó la voz. —Quiero saber qué pasó en realidad. Necesito saberlo, aunque sea solo para mí.

Extendió la mano y, con sumo cuidado, cogió el diario y lo sostuvo bajo la luz de la linterna frontal. Era pequeño, con una cubierta de cuero repujado y una tira de cuero para cerrarlo. La tira estaba rota y el cuero de la cubierta rasguñado y raído. Deslizó un dedo bajo la tapa y la abrió. En una esmerada caligrafía, la primera página decía:

Diario de la expedición de Manzano

Siendo un relato de diez intrépidos montañistas que se adentraron en la naturaleza del 27 de octubre al _____ de 2008

Corrie se quedó mirando. ¿Era un error? ¿Diez montañistas, no nueve? Siguió leyendo.

Al cual hemos añadido solemnemente nuestras respectivas rúbricas:

Alex DeGregorio
Henry Gardiner
Luke Hightower
Andrew Marchenko
Lynn Martínez
Michael Mastrelano
Rodney O'Connell
Paul Tolland Jr.
Amanda van Gelder

Gordon Wright

Corrie se quedó mirando el primer nombre de la lista. ¿DeGregorio? ¿Qué demonios…? ¿DeGregorio, el adinerado compañero de piso del dueño de la navaja, formaba parte de la expedición?

Si eso era cierto, significaba que había sido el único superviviente. Sin embargo, no le había dicho a nadie que estuvo allí, ni siquiera a ella. Por alguna razón, no había mencionado su participación. Pero ¿qué ocultaba? ¿Y por qué?

—¿Estás bien? —preguntó Nora.

Corrie señaló.

—¿Ves este nombre?

—¿Quién es Alex DeGregorio?

—Era el compañero de piso de Matthew H. Tanner. MHT, las iniciales grabadas en la navaja.

—No te entiendo.

—No lo entiendo ni yo. No lo entiendo en absoluto. —Cogió el diario, como si quisiera que hablase—. Solo había nueve personas en la expedición, o al menos eso es lo que todo el mundo ha pensado siempre. Pero aquí hay un décimo nombre: Alex DeGregorio.

Abrió el diario y comenzó a hojearlo. La letra cambiaba de una entrada a otra, a medida que los distintos miembros de la expedición plasmaban sus aportaciones. Las referencias a Alex DeGregorio salpicaban todo el texto; no había duda de que participó en la expedición. Pero ¿por qué lo había mantenido en secreto todo este tiempo? ¿Estaba demasiado traumatizado o tenía miedo de convertirse en el centro de atención por ser el único superviviente? ¿Tal vez había guardado silencio por su sentimiento de culpabilidad al haber abandonado a sus compañeros de expedición, por cobardía, por haber cometido una ofensa contra ellos… o algo peor?

Impaciente, saltó varias páginas hasta que encontró una fechada el 31 de octubre. Con manos temblorosas, Corrie empezó a leer en voz alta.

> *31 de octubre, diez de la mañana. Escribe Andy. ¡¡Feliz Halloween!! Hoy saldremos temprano para intentar evitar el mal tiempo. ¡Será complicado! El plan es acampar pronto, montar la tienda, sacar el Everclear, prepararnos unos daiquiris instantáneos y hacer una pequeña fiesta. ¡El clima puede ser espantoso, pero estaremos cómodos en la tienda! Bueno, nos vamos.* Ciao!

Debajo de esa entrada del diario, Andy —que debía de ser Andrew Marchenko— había dibujado varias figuras de palo recorriendo la cima de una montaña con voluminosas mochilas. Corrie pasó a la siguiente entrada.

> *Cuatro de la tarde. Soy Amanda. Decidimos acampar incluso antes de lo previsto. Alex insistió mucho. Empezó a nevar a la una y el viento está arreciando. Andy cree que quizá nos desviamos un poco de nuestra ruta al subir Talaya Peak, pero encontramos un buen sitio donde acampar, resguardados por la cresta, donde la nieve es lo bastante abundante como para excavar una buena cavidad para protegernos. Montamos la tienda en tiempo récord mientras la ventisca se intensificaba. Averiguaremos dónde estamos mañana, cuando la nieve se despeje. El viento sacude la tienda, que chasquea muchísimo, pero está bien anclada y estamos todo lo cómodos que podríamos estar…*

A continuación, pasaban a relatar cómo encendían la estufa y preparaban la cena y, por alguna razón, compartían una receta

copiada diligentemente del famoso pastel de carne de la señora Van Gelder. Corrie se saltó esas entradas.

Seis de la tarde. Amanda otra vez. Alex nos convenció de que no hiciéramos la fiesta de daiquiris. La tormenta es cada vez más fuerte y dijo que sería mala idea emborracharse y quizá tener dificultades para manejar alguna situación inesperada, como que la tienda se rompa. O una avalancha. Luke, gurú autoproclamado de las avalanchas, dice que es imposible porque la pendiente es demasiado suave y, de todos modos, estamos cerca de la cima. Pero el consejo de Alex tenía sentido. Para compensar esa ley, nos hizo un chocolate caliente increíble. Ahora estoy preparando la cena: tetrazzini de pollo liofilizado Mountain House. ¡Qué rico! (Es broma). Si antes me parecía que la tormenta era intensa, ahora diría que está desatada.

Esa entrada concluía en la mitad superior de una página derecha y el resto estaba en blanco. Corrie pasó a la página siguiente y se sorprendió: la escritura parecía prieta y agitada, deambulando por toda la página, con numerosos tachones y palabras escritas unas encima de otras.

Gracias a Dios que tenemos la hoguera. Es reconfortante. Al menos estoy vivo.

Las voces se desvanecen, o eso creo. Como mínimo están en un lugar más profundo de mi cabeza. Es como ese tópico, la pesadilla que nunca termina. Me afectó mucho. Incluso me cuesta recordar cómo era no oír las voces, esas imágenes terribles. Alucinaciones, supongo.

Estoy bastante seguro de que fue Alex. El cabrón probablemente esté muerto. Los otros también, o al menos algunos de ellos. No lo sé. Ojalá pudiera recordar. Es como si mi

memoria fuera un espejo roto, fragmentos amontonados que reflejan cosas diferentes. No hay forma de volver a unirlos. No hay forma de saber qué fue real y qué no.

Ese hijo de puta. ¿Qué estaba pensando?

Cálmate. ESCRIBE.

Vale. Voy a escribir lo que sé lo mejor que pueda. Creo que tengo las manos congeladas, y también los dedos de los pies, porque ahora he entrado en calor, pero es muy doloroso y difícil escribir. Así que todo empezó con la explosión. Sucedió hacia las seis y media de la tarde, más o menos media hora después de que todos bebiéramos el chocolate de Alex. Yo estaba hirviendo agua para las bolsas liofilizadas cuando oímos el sonido.

¡¡¡EL SONIDO…!!!

53

Sam Puller miró el reloj y vio que eran casi las dos. El sol había desaparecido hacía rato tras una capa de nubes oscuras llegadas del este y una luz gris opaca cubría las montañas. La tormenta parecía acercarse más rápido de lo esperado.

—¿Estás preocupado por las agentes del FBI? —preguntó Jo, que estaba lavando los rulos en el fregadero de la cocina.

—Vaya si lo estoy —contestó Puller—. No entiendo qué carajo buscaban en el Nudo.

Jo entró en el salón, secándose las manos con una toalla.

—Es todo un misterio.

—A lo mejor tiene algo que ver con esa mina de oro perdida que, según dicen, hay por aquí —aventuró Puller—. Pero eso no explicaría la prisa que tenían.

Jo resopló.

—Se supone que en todas las cordilleras de Nuevo México hay una mina de oro perdida. Solo espero que sepan lo que hacen.

—La mayor, la de los ojos color avellana, parecía conocer un poco la montaña. La más joven no parecía tan experimentada. ¿Cómo se llamaba?

—Agente Swanson —dijo Sam Puller.

—Exacto.

—A lo mejor está relacionado con ese caso que reabrieron, el de los excursionistas muertos.

—Probablemente sea eso —respondió Jo, que hizo una pausa—. ¿Qué hacemos si no regresan?

—Si no están aquí a las cuatro y media, sacaré el coche oruga y seguiré su rastro.

Jo le dedicó una mirada de aprensión.

—Deberían haber esperado a que pasara la tormenta.

En la cocina sonó un timbre que anunciaba que había llegado un vehículo. Puller asomó la cabeza por la puerta del albergue y vio un Hummer negro acercándose lentamente.

—Parece que tenemos más federales.

—Gracias a Dios. Que se encarguen ellos de los suyos.

Puller esperó hasta que el vehículo se detuvo a su lado y el pasajero bajó la ventanilla tintada.

—Hola —dijo Puller a los ocupantes—. ¿Vienen con esas dos agentes del FBI que pasaron por aquí hace un rato?

—Claro —respondió el conductor—. ¿Adónde fueron? Estamos preocupados por ellas.

—Yo también. Fueron con la moto de nieve hasta el final del camino y se dirigieron al Nudo.

—El Nudo —dijo el hombre—. De acuerdo. ¿Cuándo fue eso?

—Hacia la una. ¿Van a buscarlas?

—Eso esperamos.

—Necesitarán motos de nieve.

—Nos gustaría alquilar alguna de las suyas.

—¿Alquilar? Qué va, será un placer prestárselas al FBI. En el garaje, segunda nave; hay dos con el depósito lleno y listas para funcionar. Las mantengo en perfecto estado. —Dudó, mirando a los

dos hombres que iban delante y a los tres de atrás. Ninguno llevaba ropa adecuada—. También hay monos de esquí en un perchero. ¿Saben conducir una moto de nieve?

—Por supuesto —dijo el conductor con una sonrisa amable—. ¿Hay alguien más en la propiedad?

—Solo mi media naranja, Jo —repuso, ladeando la cabeza hacia la casa.

—Muchas gracias, señor…

—Puller. Sam Puller.

—Agente especial supervisor Sharp. Y estos son agentes de la oficina de Albuquerque que colaboran en la investigación. Encantado de conocerlo, Sam, y gracias por ayudar a las fuerzas del orden.

El conductor extendió la mano por delante de su compañero y Puller se la estrechó.

—Ah, lo siento —dijo el agente llamado Sharp—. Ahora caigo en que no le he mostrado ninguna identificación.

—No hace falta —dijo Puller, pero el hombre ya estaba metiendo la mano debajo del salpicadero.

Cuando la sacó, llevaba un arma en la mano. Boquiabierto, lo último que oyó Puller fue el disparo a quemarropa en la cara.

Cuatro hombres bajaron del Hummer. Dos de ellos cogieron el cuerpo de Puller, lo envolvieron con una lona de plástico y lo arrojaron a la parte trasera. Los otros dos fueron corriendo al albergue. Al cabo de un momento hubo dos disparos en rápida sucesión, y poco después volvieron con otro cuerpo envuelto en plástico, que también depositaron en la parte trasera.

El hombre de la pistola se había quedado en el asiento del conductor y se asomó por la ventanilla.

—Asegúrense de que la verja de entrada esté cerrada con llave.

—Sí, doctor DeGregorio —dijo uno de los hombres.

DeGregorio aparcó el Hummer junto al garaje, situado al otro lado de la zona de recepción, y se apearon todos. Uno de ellos levantó la puerta de la segunda nave, donde había dos motos de nieve, media docena de monos y cascos colgados en una pared cercana.

DeGregorio cogió un mono e indicó a los demás que hicieran lo mismo.

—Vamos —dijo mientras se lo ponía.

54

Sin embargo, incluso antes de eso, habíamos comenzado a sentirnos muy raros, como si nos hubiéramos colocado. No era el colocón habitual de la marihuana o del alcohol… Al principio pensé que podían ser setas. Sabía que mi cerebro no estaba procesando bien el mundo, pero no podía identificarlo. Creía que era solo yo. Entonces, Amanda dijo: «¿Alguien más se encuentra raro?».

Todos empezamos a hablar. Teníamos una sensación extraña. Más que extraña. El viento zarandeaba la tienda y me pareció que estaba siendo absorbido por una tormenta, arrastrado por una mano invisible, como Dorothy en El mago de Oz*.*

Después oímos un extraño zumbido a lo lejos. Se intensificó muy rápido, increíblemente rápido, hasta convertirse en un rugido que ahogó por completo la tormenta. Pensé que tal vez era un avión volando bajo. Sonaba muy cerca, como si fuera a estrellarse contra la tienda. Pero luego pasó por encima y, justo cuando el rugido empezó a desvanecerse, hubo un enorme destello de luz.

Fue como si se disparara un flash monstruoso. Solo luz, sin sonido. Pensé que podía ser yo, alucinando. Pero a continuación, una explosión gigantesca levantó toda la tienda y volvió a caer, y un viento aullante presionó el techo con tanta fuerza que pensé que

destruiría la tienda. Juro que todavía no sé qué era real y qué era solo una visión muy jodida. Fue muy extraño; todo parecía suceder en una secuencia, no todo a la vez como en la vida real. Estaban el ruido, la luz y el viento. Uno tras otro. Y después de que el viento amainara, pude oír un montón de explosiones, como cañones gigantes retumbando una y otra vez por las montañas. A pesar de lo que dijo Luke, por un instante pensé que era algún tipo de avalancha. Pero no era nada natural. Continuó y continuó y continuó.

Todos nos sentíamos raros y estábamos muy asustados. Toda esa mierda de otro mundo, los sonidos, las luces y la explosión…, desencadenó algo. No puedo hablar por los demás; la mayoría estaban gritando tonterías. Pero, de repente, yo me quedé absolutamente paralizado por el terror.

En ese momento, justo después de la explosión, llegaron las alucinaciones. No eran como el peyote o el LSD, ni siquiera en el peor viaje que puedas imaginar. Mi mente fue a un lugar oscuro lleno de voces. Familia, amigos, incluso los muertos. Oí a mi abuela regañarme. Y voces extrañas, todas hablando a la vez. Al mismo tiempo, era como… No me gusta pensar en ello, y mucho menos intentar explicarlo… Era como si estuvieran poniendo al revés mi cuerpo. Los órganos se adherían al exterior y mi piel se enrollaba por dentro como un guante.

Durante mucho tiempo después de la explosión, todos permanecieron agachados por el miedo. Amanda finalmente dijo: «¡QUE ALGUIEN MIRE FUERA!». Alex y yo éramos los únicos que íbamos totalmente vestidos.

Me moví un poco, y mis órganos volvieron a unirse y mi cuerpo se cerró. Pensé que el movimiento tal vez había ayudado, así que miré hacia fuera. La tormenta era feroz, pero a través de ella pude ver un

enorme resplandor. Allí, flotando en la oscuridad y el remolino de nieve, un color extraño, un color increíble, como un naranja intenso. Pensé que estaba enloqueciendo de nuevo, pero alguien más también lo vio. Pude oír a alguien gritando: «¡OVNI! ¡OVNI!».

Paul fue el primero en perder la cabeza por completo. Creo que fueron las voces. Él también las oía. Lo volvieron paranoico o puede que algo peor. Sacó el cuchillo y empezó a agitarlo, diciendo cosas sin sentido, acusándonos de algo incoherente. Gordy lo convenció de que lo guardara y nos acurrucamos en la tienda, asustados por todo lo que había sucedido, pero sobre todo por ese extraño resplandor. Todo lo demás se había ido, pero el resplandor se quedó.

Seguidamente enloqueció Andy. Arrancó a chillar, tirándose del pelo. Vi cómo se le rasgaba el cuero cabelludo y le corría la sangre por la cara. Se estaba golpeando, rascándose. Fue horrible. Pero verlo hizo que aquella mierda que tenía en la cabeza se calmara un poco. Por un tiempo.

Alex fue el único que no se asustó. Ahora recuerdo que él no se comportaba como un loco. Estaba preocupado. Intentó tranquilizarnos y nos prometió que todo aquello pasaría. Nos dijo que aguantáramos, que estaríamos bien por la mañana.

Hasta entonces, yo había intentado mantener la calma. A pesar de los sonidos y del viento, de la extraña luz y de los órganos colgando fuera de mi cuerpo, había sido capaz de conservar algún vestigio de conciencia normal. Pero en algún momento perdí incluso eso. Todo lo que guardo de esos minutos son impresiones inconexas.

Excepto un recuerdo.

No sé cómo llamarlo, así que lo llamaré «el alienígena». Parece una chaladura, y no estoy diciendo que fuera realmente un extraterrestre. Además, yo estaba drogado con alguna mierda terrible, pero eso me pareció en aquel instante. Es el único recuerdo

claro que tengo, y no creo que fuera una alucinación. Sucedió así: fuera, por encima de la tormenta, oímos un sonido, como un oso gruñendo. Y entonces la solapa de la tienda se abrió y allí estaba el alienígena.

Todos lo vimos, eso lo sé. Un alienígena de dos metros diez de altura, todo blanco, con la piel arrugada como la de un elefante, brazos gigantes y sin cara, solo un óvalo que parecía hielo mojado. Se expandía y se contraía, abultándose, quizá respirando. Al cabo de un rato, entró y extendió su gigantesco y arrugado brazo hacia nosotros.

Paul se puso a gritar y retrocedió. De inmediato, echó mano del cuchillo de cocina y rajó la tienda. A todos los invadió el pánico. Otros lo imitaron, rajando y desgarrando. Mi cuerpo se había volteado de nuevo y me costaba distinguir la pesadilla de la realidad. Pero podía ver cuerpos, a mis amigos gritando y abriéndose paso, cayendo en la nieve, luchando, mientras el alienígena intentaba cogerlos. Alex estaba gritando. Gritándonos, diciéndonos que no corriéramos, intentando que nos detuviéramos. Pero nadie escuchaba.

Yo iba totalmente vestido, porque había estado cocinando en la entrada. Alex también, porque acababa de salir a orinar cuando se produjo la explosión. Pero el resto se habían quitado las chaquetas y las botas y estaban envueltos en sus sacos de dormir. Nadie dudó, nadie escuchó a nadie, todos salieron corriendo en medio de la noche con lo puesto. Supongo que yo también corría, porque tengo destellos de tropezar por la nieve, escapando de la tienda, del extraño resplandor, del…

Como decía, mis recuerdos de esos momentos ni siquiera merecen ser llamados fragmentos. Pero he estado tratando de ordenarlos. Llegamos a la línea de árboles y alguien gritó que teníamos que

encender un fuego. Fuimos a buscar leña y alguien se subió a un árbol para arrancar ramas muertas y conseguir madera seca. Pero el fuego no era suficiente. Los que llevaban menos ropa se agolparon a su alrededor, metiendo prácticamente sus extremidades en las llamas, quemándose el pelo, lo que fuera para entrar en calor. Podía olerlos quemándose. Andy y Michael fueron los primeros en morir. Luego, Hank empezó a desnudarse.

Pero Alex no estaba. Al menos, ninguno de los retazos de memoria que he recopilado lo incluye.

Quizá el frío brutal o algún instinto de preservación se impuso a la locura, porque en tal situación recordé el búnker. Se lo había contado a todos antes. No dónde estaba, ni el código, sino lo raro que era que estuviese allí. Tuve la entereza suficiente para decirles a los demás que podíamos ir allí, encontrar refugio. Que me siguieran. Creo que eso es lo que pasó. Es la única razón por la que me habrían seguido.

No estoy seguro de cuántos quedaban. Cinco, creo, sin contarnos a mí y a Alex. Pero después de unos minutos, Amanda se detuvo y dijo que iba a tumbarse. Intentamos levantarla, pero estaba delirando, así que la abandonamos. Luego Lynn y Luke, creo, se detuvieron. Dijeron que iban a construir una cueva de nieve. Paul, Gordy y yo seguimos adelante. Eso lo sé con seguridad. Eran Paul y Gordy.

Luego dimos con una cueva, una cueva de verdad. Pura suerte. No había necesidad de buscar el búnker. Entramos y me dispuse a encender una hoguera. Puede que en ese instante yo estuviera un poco menos loco que los demás. Los fragmentos de memoria no estaban tan rotos, ni tan llenos de imágenes de pesadilla. Salí a buscar leña, ignorando las voces en mi cabeza. Había árboles muertos en el barranco. Cuando volví a entrar, lo vi. Paul había

enloquecido. Había traído el cuchillo de cocina y lo tenía en la mano, gritando «¡CÁLLATE!» a Gordy, atacándolo. Gordy se había arrastrado hasta el fondo de la cueva, tratando de escapar, y Paul no paraba de apuñalarlo mientras gritaba «¡CÁLLATE! ¡CÁLLATE! ¡CÁLLATE!».

Debí de pensar que yo sería el siguiente. En cualquier caso, salí corriendo.

Fui hacia el norte. Gracias a Dios, iba completamente vestido. Al huir de la cueva había logrado coger mi mochila con la brújula, el mapa y la cámara. Instinto. Me dirigí al norte con gran esfuerzo. Ni te imaginas lo difícil que fue. Creo que pasaron varias horas. Luego la tormenta empezó a amainar y mi cabeza se aclaró un poco, lo suficiente para hacer lo necesario. La luna estaba en cuarto creciente. Podía ver sin la linterna frontal.

Finalmente llegué a la valla de Kirtland y la seguí hasta la esquina sureste. Hallé la entrada del búnker donde mi padre dijo que estaría. El código funcionó y entré. En cuanto lo hice, me desplomé y lloré de alivio.

Y ahora estoy aquí. No hace frío, gracias a Dios. Encontré la suite presidencial. Probablemente habrá amanecido ya, pero estoy demasiado agotado para moverme y, de todos modos, aún no confío en mí mismo. Me duele la mano de escribir. Me ocuparé de todos por la mañana.

* * *

Buenos días.

Si es que es por la mañana. Dios sabe cuánto tiempo habré dormido. Una cosa que no llevo en la mochila es un reloj.

Casi vuelvo a sentirme normal, pero he despertado con una sed tremenda. Lo primero, agua. Luego, terminar la historia.

* * *

De vuelta en mi guarida. Encontré una cocina y abrí los grifos. Nada. Nada en el frigorífico, nada en la despensa. Sin comida ni agua.

No es problema, pensé: puedo recoger nieve. Recorrí mi camino hasta la puerta del búnker y marqué el código. Nada. Lo intenté una y otra vez. Fue entonces cuando me di cuenta de que debía de haber un código diferente para salir. Pasé una hora marcando variaciones de mi cumpleaños, el de mi padre, el de mi madre, el de mis abuelos, y direcciones donde habíamos vivido, fechas históricas famosas… Cualquier cosa en la que mi padre pudiera haber pensado. Nada.

Mientras tanto, algunos fragmentos de memoria empezaban a regresar. No solo el terrible aturdimiento mental por el que había pasado, sino también recuerdos reales. Al menos creo que son reales. Temo que sean reales.

Comencé a pensar en Alex. Él fue el único que no se volvió loco del todo. Fue cuando el resto de nosotros salimos corriendo, muertos de miedo; solo entonces empezó a sucumbir al pánico. Le encantaban los daiquiris. ¿Por qué el chocolate? ¿Por qué el puto chocolate? Se había jactado más de una vez de lo buen ingeniero farmacéutico que era, de que había formulado una droga psicoactiva y la había probado él mismo. Recuerdo que se enfadó cuando mi compañero de piso y yo nos reíamos y le tomábamos el pelo por intentar ser el nuevo Albert Hofmann, el tipo que descubrió el LSD. Menudo embaucador.

Nos preparó el chocolate. Qué solícito. ¿Alex estaba probando algo con nosotros? ¿Nos drogó?

Tengo tanta sed que me cuesta pensar con claridad. Es curioso; cuando tienes sed, no te da hambre. Ahora mismo no tengo nada de

hambre, aunque probablemente haga más de un día que no como. Voy a registrar este lugar de arriba abajo. Tiene que haber algo aquí. Tiene que haberlo.

* * *

Bueno, la primera ronda fue un fracaso. Al menos hallé el túnel que conduce a la puerta principal del búnker. Debe de tener al menos un kilómetro y medio de largo. Este búnker es profundo. La puerta principal es como la trasera, solo que más grande: acero pintado y un teclado. Una vez más, probé miles de combinaciones. Aporreé la puerta. No vino nadie. Encontré un trozo de tubo de metal y golpeé la puerta. NO-VINO-NADIE.

Hay cosas extrañas abandonadas aquí, como un piano de cola. Pero ni comida ni agua. La linterna frontal empezaba a perder fuerza. No puedo dejar que se apague; de lo contrario, el fuego sería mi única fuente de luz. Así que volví y encendí un fuego en la chimenea y apagué la linterna. La voy a guardar para una emergencia. Al menos tengo un encendedor y un bote de cerillas impermeables, y hay mucha leña por aquí. Pero tengo que hacer algo con la sed.

* * *

Es más tarde. Dormí un rato, y cuando me desperté, el fuego se había apagado. Tenía una sed horrible. Debía encontrar agua, así que me hice unas antorchas con patas de silla, cuerda y papel higiénico de los baños (no había agua en los inodoros).

Volví a registrar la cocina. ¡¡Gracias a Dios!! Detrás de un estante roto de la despensa descubrí una lata de guisantes en agua. La abrí, bebí el agua y me comí los guisantes. Necesito más.

Pero los guisantes me dieron esperanza. Busqué hasta el último rincón de esa cocina y despensa, y luego en los armarios, las zonas de almacenamiento, los túneles, todo. Tiene que haber un escondite de suministros en algún lugar, pero no acierto a localizarlo. En la cocina probé todos los grifos. Seguí las tuberías de agua y abrí todas las llaves de paso. Incluso hurgué en el estuco de las paredes para llegar a las tuberías principales y las perforé. SECAS.

Ahora estoy sentado en el sofá del salón, escribiendo delante del fuego. Han pasado tres días. ¿O tal vez cuatro? La droga ha desaparecido por completo. He vuelto a revisar esto y he corregido cosas que escribí antes, medio desquiciado, y he intentado crear una narración un poco coherente.

Si no encuentro agua pronto, estaré demasiado débil incluso para buscar. Me pregunto si moriré aquí. Los equipos de rescate darán con la tienda. ¿Y luego qué? Con esa ventisca, no verán ningún rastro alejándose. ¿Y qué pasa con la explosión? ¿El alienígena? ¿Paul asesinando a Gordy? Estoy seguro de que puedo separar las alucinaciones de la realidad; al menos, creo estar seguro.

DIOS, QUÉ SED TENGO.

55

Cuando llegó al final de una página, Corrie dejó de leer y miró a Nora. La arqueóloga parecía consternada.

—Es horrible —dijo.

—¿Quieres que siga leyendo? Ya falta poco.

Nora asintió.

Corrie volvió al diario. La caligrafía se había deteriorado hasta convertirse en un garabato.

¿SEIS DÍAS? ¿SIETE? HE PERDIDO LA NOCIÓN DEL TIEMPO.

CÁLMATE. ESCRIBE.

Haz una crónica. Alguien leerá esto.

Linterna frontal muerta. Sin agua. Nunca imaginé lo horrible que podía ser no tenerla. No puedes pensar, no puedes dormir, ya no eres humano, tan solo una monstruosa bestia sedienta. Tengo la lengua agrietada, me sangra. Los párpados pegados. PEGADOS. He bebido meados.

* * *

ESTO ES COSA DE ALEX. Un experimento. Todo lo demás deben de ser alucinaciones: el choque, el asesinato, la explosión, la luz.

* * *

Tecleé combinaciones hasta que me sangraron los dedos.

* * *

Diario + cámara = PRUEBA. Revelar película.

Una vez más, el resto de la página estaba en blanco. Corrie pasó una página, y luego otra, y encontró un último y terrible garabato.

NO MUERAS EN LA OSCURIDAD. ENCIENDE EL FUEGO ANTES. DEMASIADO DÉBIL

El resto del diario estaba en blanco.

Se quedaron en silencio junto a la cama, donde el cadáver desecado yacía plácidamente en la tumba que se había preparado él mismo.

—Qué final —dijo Nora, ahogada por la emoción—. ¡Dios mío!

Corrie se sentía mal, pero su cerebro iba por delante.

—Todo encaja —dijo—. Alex DeGregorio era un estudiante de posgrado en el Instituto Tecnológico de Nuevo México. Era ingeniero farmacéutico.

—Y eso es lo que hacen los ingenieros farmacéuticos: diseñar fármacos.

Corrie asintió.

—Ahí es donde hizo su fortuna, casi mil millones de dólares. Parece que estuvo experimentando y, después de probar una droga él mismo, la probó con unos amigos y todo salió muy mal.

—Una temeridad en el mejor de los casos; asesinato en masa en el peor.

—Por eso me mintió. Ocultó su presencia en la expedición.

Corrie cerró el diario y lo dejó sobre la cama.

—¿Y el alienígena? —preguntó Nora.

—Puede que fuera alguien con un traje antirradiación —dijo Corrie—. Sabemos que lanzaron una bomba para evitar un accidente de avión y que enviaron equipos de búsqueda para su recuperación y encubrimiento. Mientras tanto, esos nueve estudiantes estaban fuera de sí debido al experimento de DeGregorio.

—El impacto de la explosión —dijo Nora— debió de empeorar las alucinaciones. Y luego apareció alguien con un traje antirradiación y los asustó hasta el punto de perder la cabeza. —Nora hizo una pausa—. Pero ¿quién era el hombre del traje? ¿Y por qué no informó de ello?

«Buenas preguntas», pensó Corrie. Una posible respuesta que le vino a la mente también ataba otro cabo suelto.

—Creo —dijo lentamente— que era Cheape.

—¿Cheape? —preguntó Nora—. ¿Por qué?

—Recibió una condecoración por algo que hizo esa noche. A lo mejor formaba parte del equipo que encontró la bomba; era uno de los buscadores y se topó con la tienda.

—Entonces ¿por qué no informó?

—No estoy segura, pero también podría explicar de dónde sacó el dinero para el Tesla y por qué lo asesinaron. Al fin y al cabo, DeGregorio era el único cuerdo, y no salió corriendo como los demás.

—Cheape y él debieron de hablar en la tienda —dijo Nora—. Cheape sabía que DeGregorio estaba en la expedición. A lo mejor, cuando el caso de la Montaña Muerta fue reabierto, decidió sacar provecho. Por aquel entonces, DeGregorio no tenía dinero, pero ahora es rico.

Corrie asintió.

—Eso es. Cheape se volvió codicioso, intentó chantajear a

DeGregorio y lo mataron por eso.

—Ciertamente lo parece —dijo Nora—. Pero aquí está la verdadera pregunta: ¿y ahora qué?

En efecto. ¿Y ahora qué? Corrie se hallaba en una disyuntiva. Habían resuelto el caso de la Montaña Muerta. No fue solo el lanzamiento accidental de una bomba, sino algo mucho más grande: homicidio negligente, o incluso asesinato. Habían descubierto al culpable, un poderoso empresario farmacéutico convertido en filántropo y, al parecer, en asesino. Ante aquella nueva perspectiva, el gobierno no podría ocultarlo. ¿O sí?

Finalmente habló.

—Se lo contaré todo a Sharp y a García. Les daré la cámara y el diario, y luego esperaremos a ver qué pasa. Nora, tendrán que hacer algo. No pueden permitir que un asesino como DeGregorio quede libre.

—Pero ¿y si no hacen nada? —dijo Nora—. Es difícil imaginar a los tipos que taparon este asunto volviéndose transparentes de repente. ¿Y si siguen ocultándolo y se deshacen de la cámara y del diario?

Corrie negó con la cabeza. No tenía respuesta. Al menos por el momento.

De súbito, Nora levantó la mano.

—¿Has oído eso? —susurró.

Corrie escuchó con atención. Al principio no oyó nada, pero luego percibió un sonido distante y familiar, un chirrido, como el de un animal pequeño sufriendo, que había oído por primera vez cuando abrieron la puerta de la suite presidencial.

Se quedaron quietas. Unos sonidos tenues, magnificados y distorsionados por los túneles, llegaban hasta ellas al límite de la audibilidad. Susurros; pasos amortiguados.

—Hay alguien aquí —dijo Corrie.

56

Permanecieron inmóviles junto a la cama, sin apenas atreverse a respirar.

Inmediatamente, Corrie pensó en Sharp. Él era el único que podía haber deducido que estaría en el búnker. Valoró la posibilidad de anunciar su presencia, pero quizá también era personal militar de Kirtland. Cerrado o no, a lo mejor el búnker todavía tenía alarmas y las habían activado.

Ella y Nora intercambiaron miradas sin decir nada. Entonces, Corrie oyó otro leve crujido; alguien estaba abriendo lentamente una puerta del pasillo.

Se quitó la linterna frontal de la cabeza y la apagó. Nora hizo lo mismo. De repente, se sumieron en la oscuridad absoluta. En el silencio resultante, Corrie oyó, o creyó oír, un leve tintineo en la cocina.

—Tenemos que salir de aquí —le susurró Nora al oído.

Pero necesitaban ver. Con la linterna frontal en la palma de la mano, Corrie volvió a encenderla, permitiendo que un minúsculo hilo de luz escapara entre sus dedos. Metió el diario en la mochila mientras Nora cogía la cámara y se la colgaba al cuello. Esperaron. Y entonces oyeron otro crujido; quienquiera que estuviese en el

búnker había abierto otra puerta en el pasillo.

Instintivamente, Corrie se llevó una mano a la funda de la pistola, tranquilizándose con su fría solidez. Tocando a Nora, señaló las puertas situadas al fondo de la suite que aún no habían examinado. A lo mejor podrían salir por una de ellas, pero primero tendrían que averiguar quién había entrado en aquel laberinto de pasadizos.

Utilizando la rendija de luz como guía, Corrie se arrastró por la pared hasta que llegó a la puerta que conducía de nuevo al salón. Se pegó al marco y luego, ocultando la luz por completo, miró a su alrededor. Al principio, la habitación parecía vacía, pero al fijarse en la oscuridad vio un tenue destello. Un delgado haz de luz roja jugaba en el pasillo fuera de la puerta del salón. Al cabo de un rato apareció en el umbral una figura indistinta. Era corpulento, así que no era Sharp. Llevaba ropa con un camuflaje inusual que ningún agente del FBI o equipo militar utilizaría.

No eran del FBI y tampoco militares. ¿Quiénes podían ser? ¿DeGregorio? No resultaba factible. DeGregorio estaba en Indonesia. ¿O no? ¿Cómo podía estar allí? Pero él era la única persona que tenía mucho que proteger y conocía el búnker y el diario que lo incriminaría. Con la moto de nieve habían dejado un rastro fácil de seguir. Si su papel en la expedición salía a la luz, su vida habría terminado. Tenía todos los motivos para detenerlas.

La figura avanzó cautelosamente por la habitación, dirigiendo la linterna de un lado a otro. Detrás había otra figura, y ambos llevaban Colt del calibre 45 de estilo militar. Se movían como profesionales, mercenarios o soldados a sueldo, con la intención de registrar cada posible escondite.

En silencio, Corrie cruzó de nuevo el salón y accedió al dormitorio, procurando mantener el haz de luz bajo y fuera de la línea de visión del umbral. Le indicó a Nora que la siguiera hacia la puerta situada

en la parte trasera del dormitorio.

Pisando sigilosamente la alfombra de pelo grueso, llegaron a la puerta y Corrie agarró la manilla y empezó a abrir poco a poco. El más leve de los crujidos rompió la quietud; se quedó inmóvil, pero no hubo reacción en el pasillo.

La puerta, para disgusto de Corrie, conducía a un gran vestidor lleno de trajes, abrigos y otras prendas con olor a humedad. Todos los bolsillos estaban del revés, obviamente por obra de O'Connell. Por un momento se planteó utilizar el vestidor para esconderse, pero descartó la idea: sería el primer lugar que registrarían.

Sofocando una oleada de desesperación, se alejó de la puerta e indicó a Nora que la siguiera. Había una puerta cerrada a su derecha, esta más grande que la del vestidor. Tenían que moverse rápido, ya que podían oír movimientos en el salón, puertas abriéndose y muebles siendo apartados. Entrarían en el dormitorio enseguida.

Por suerte, la puerta grande se abrió con suavidad y comprobó aliviada que daba a un pasillo. Salieron rápidamente, y luego Corrie cerró con cuidado y encendió la linterna frontal. Más adelante se extendía un túnel largo, similar al que habían recorrido para entrar en el búnker.

Caminaron de puntillas por el pasillo hasta un vestíbulo con dos puertas situadas una frente a la otra. Corrie abrió una e iluminó con la linterna. Era un salón convertido en almacén y pudo distinguir un viejo piano de cola, varias mamparas plegables, cajas de chatarra y archivadores, muchos volcados en lo que claramente había sido el desesperado intento de O'Connell por encontrar agua.

Al fondo de la habitación había otra puerta.

Cerrando la puerta que daba al pasillo, bordearon el piano y atravesaron el laberinto de archivadores y cajas tiradas. La puerta

estaba abierta y permitía ver otro túnel vacío con una curva pronunciada a la izquierda. Cincuenta metros más adelante, al doblar la curva, el túnel terminaba en otra puerta.

Nora se detuvo.

—¿Tienes idea de quién ha venido?

—Creo que son los hombres de DeGregorio.

—Mierda. —Un momento de silencio—. Oye —susurró Nora—, necesitamos un plan. No podemos continuar abriendo puertas y arrastrarnos por túneles al azar. Si queremos salir de aquí, lo único que podemos hacer es flanquearlos, rodearlos por detrás y luego escapar por donde entramos.

—Buena idea, pero estoy totalmente perdida.

—¿De verdad? —Nora negó con la cabeza—. Yo también.

—Eso nos deja una sola opción: continuar hasta que encontremos la salida.

Corrie agarró el tirador y abrió ligeramente la puerta. Para su sorpresa, daba a un espacio elegante, sin duda parte de la suite presidencial. Mientras observaba, supuso que habían entrado en una habitación ubicada en el pasillo de la izquierda, el que no habían seguido antes.

Tal vez eso las ayudaría a dejar atrás a sus perseguidores. Ocultando de nuevo la luz, Corrie se deslizó por el umbral. En el pasillo pudo ver un resplandor rojizo que provenía de una puerta abierta, y se dio cuenta de que debía de ser la zona del dormitorio donde los hombres seguían buscando. Habían dado un gran rodeo.

Nora le propinó un codazo en el hombro y señaló al otro lado del pasillo, en dirección a una puerta más sencilla que las demás. Con la palma de la mano, imitó un giro amplio y suave a la izquierda, y Corrie lo entendió a la primera. Con un sentido de la orientación más agudo, Nora indicó que la puerta podía conducir al túnel de salida,

completando así una vuelta completa al complejo presidencial.

Corrieron hacia la puerta y Corrie la abrió.

—¡Eh! ¡Ahí están! —gritó alguien.

Entonces las iluminó un haz rojo proveniente del fondo del pasillo.

«Hijo de puta».

Al retroceder, Corrie estuvo a punto de tropezar, y cerró la puerta de golpe.

—¡Vamos!

Ambas echaron a correr por el pasillo en dirección al túnel en curva. Entonces oyeron la puerta abrirse detrás de ellas, pasos fuertes y gritos que resonaban extrañamente en los espacios confinados. Entraron en la habitación del piano, pasaron junto al montón de papeles y cajas y salieron al vestíbulo. Delante había otra puerta y Corrie la abrió, seguida de cerca por Nora.

Los pasos de sus perseguidores se acercaban cada vez más.

—¡Alto! —gritó uno de ellos—. ¡No les haremos daño!

Al otro lado de la puerta había una pequeña sala de proyección con asientos, un suelo inclinado y un escenario. Corrieron por el pasillo central y subieron al escenario.

De repente oyeron disparos, atronadoramente ruidosos después de los susurros y el trajín de pies, las balas alcanzando el proscenio y haciendo saltar polvo y trozos de yeso. Corrie arrastró a Nora detrás de una cortina cercana, sacó la SIG de 9 mm, se agachó y disparó dos veces a sus perseguidores.

—Eso entorpecerá a esos hijos de puta —dijo.

Detrás del escenario había un espacio oscuro y estrecho con unas puertas que daban a una sala de descanso, un camerino y un pasillo que se perdía en la oscuridad, curvándose de nuevo en la dirección de la que acababan de venir; no era exactamente la salida que buscaban.

Corrie se volvió hacia el escenario, arma en ristre y preparada para enfrentarse a ellos. Oía pasos fuertes y una respiración entrecortada. El ruido se detuvo abruptamente al otro lado de la cortina.

—No les haremos daño. Solo queremos hablar —dijo una voz.

Ni Corrie ni Nora respondieron.

—Ustedes tienen la cámara y el diario, ¿verdad? Dénoslos y las dejaremos marchar.

—Que le jodan.

Corrie apuntó y disparó a través de la cortina.

Pero mientras el eco se desvanecía, oyó a Nora gritar desde atrás. Entonces se giró instintivamente hacia el tenue pasadizo y sintió un golpe en la cabeza, seguido de un fuerte zumbido, y luego nada.

57

Corrie recobró la conciencia y notaba en la cabeza cada latido de su corazón. Aunque la luz era tenue, vio que había gente en la habitación —formas en movimiento, una voz enojada—. A medida que mejoraba su visión, reconoció las astas, la mesa y la gigantesca chimenea de piedra del salón de Rancho Bonito, el lugar donde Sam Puller les había ofrecido café y consejo. Se esforzó por moverse, pero se dio cuenta de que estaba atada con cinta adhesiva a una silla.

A través de las ventanas del albergue pudo ver un anochecer plomizo, con la nieve arremolinándose, y miró a su alrededor, manteniendo la cabeza erguida para atenuar la sensación de vértigo. Entonces vio a Nora, también atada a una silla al otro lado de la mesa. Había varios hombres en la habitación, todos armados.

—Eh, doctora —dijo una voz desde atrás—. Está despierta.

Intentó volver la cabeza, pero un dolor repentino se lo impidió. Cerró los ojos y procuró estabilizarse. Nora y ella habían sido capturadas y se encontraban de nuevo en el albergue. ¿Dónde estaban los Puller?

—Abra los ojos.

Hizo lo que le ordenaban y frente a ella vio a un hombre, que le

dio un golpecito en la cara con los dedos.

—Eh, despierte.

Luego le dio una bofetada un poco más fuerte.

Trató de enfocar el rostro del hombre, que la abofeteó con fuerza, provocándole un dolor agudo en la cabeza.

—¡Eh!

En lugar de causarle un mareo nauseabundo, el dolor y el trato brusco ayudaron a aclararle la mente y se concentró en el rostro que tenía delante: delgado, pómulos prominentes, labios finos, ojos estrechos. Cuarenta y pocos. No reconoció la cara, pero la voz le resultaba familiar. Corrie se dio cuenta de que era Alex DeGregorio, con quien había hablado por teléfono.

—¿Qué? —murmuró.

—Recompóngase —dijo él—. Tenemos asuntos que tratar. —Otra bofetada—. ¿Me prestará atención ahora?

Corrie lo miró fijamente.

—Está todo en el diario —logró decir—. Lo… lo hizo usted.

—¿Se refiere a esto? —El hombre levantó el diario de cuero rasguñado y lo arrojó sobre la mesa—. ¿Dónde está la cámara?

Corrie se volvió hacia Nora, que la estaba mirando fijamente. Le habían tapado la boca para que no pudiera hablar, pero tenía los ojos muy abiertos. Entonces vio que, además de ella, Corrie y DeGregorio, había otros cuatro hombres en la habitación, que las observaban con semblante serio.

—¿Dónde están los Puller? —preguntó.

DeGregorio miró hacia la entrada de la cocina. Corrie siguió su mirada y vio una gran salpicadura de sangre en el marco de la puerta y un gran charco en el suelo. Indignada y horrorizada, se volvió hacia él.

—¿Los mató?

DeGregorio se inclinó hacia ella.

—Quiero la cámara. ¿Dónde está?

La agente lo miró confusa y se volvió hacia Nora. Recordaba a la arqueóloga colgándose la cámara al cuello. ¿O no? En aquel momento no la llevaba. Su mochila estaba abierta en el suelo y el contenido esparcido.

¿Dónde estaba la cámara?

—Ni idea —dijo Corrie.

Ante eso, DeGregorio la golpeó tan fuerte en la mejilla que le giró la cabeza e hizo que le fallara la vista momentáneamente. Ella jadeó, intentando coger aire, mientras el latido disminuía poco a poco.

DeGregorio sacó un arma de la cintura y le apuntó a la oreja. Dos hombres más la rodearon.

—¿Dónde está la cámara?

—No le estoy mintiendo. De verdad que no lo sé.

Otro golpe. Mientras se recuperaba, oyó la voz distante de DeGregorio.

—La próxima vez será una bala en la rodilla.

Ella luchó para que la sensación de vértigo no volviera.

—¿Qué…? —balbució—. ¿Qué droga les dio?

DeGregorio parecía alarmado.

—¿Cómo? ¿El FBI sabe algo de eso?

Corrie no respondió y él le propinó una fuerte bofetada.

—Háble me, zorra.

—Dígame qué droga era —le espetó Corrie—, y yo responderé algunas preguntas.

El responsable de todo aquello se la quedó mirando.

—¿Así van a ser las cosas? —De repente sonrió—. ¿Por qué no?

Con esa afirmación, Corrie entendió que ambas iban a ser asesinadas.

Mientras tanto, DeGregorio acercó una silla y se sentó a su lado.

—Estaba trabajando en un nuevo antidepresivo; no un ISRS, sino un fármaco completamente nuevo, basado en el veneno del sapo del desierto, *Bufo alvarius*. Sinteticé una versión que parecía funcionar bien en ratas de laboratorio. Lo probé conmigo mismo varias veces y no hubo efectos secundarios, excepto taquifilaxia; «respuesta decreciente» para ustedes, los no iniciados. Tenía un potencial increíble. Casi un tercio de la población es resistente a los antidepresivos, incluyéndome a mí mismo. Necesitaba probarlo para ver posibles efectos secundarios en una muestra más amplia y no tenía unos cientos de millones para ensayos clínicos, así que me uní a esa expedición en el último minuto y decidí probarlo en ellos. Era justamente el escenario experimental controlado que se requería: sujetos aislados, sin posibilidad de interactuar con el mundo exterior.

»Sabía que Lynn y Mike tenían problemas de depresión; la mayoría de los estudiantes de posgrado los tienen. Había ajustado la formulación para contrarrestar la taquifilaxia. Es asombroso cómo un cambio tan pequeño podía desencadenar resultados tan alarmantes. La mente humana está mucho más cerca del abismo de la locura de lo que imagina. Todos sufrieron efectos negativos mucho peores —malos viajes, por así decirlo— con la nueva formulación de lo que yo esperaba. Paranoia, pánico, alucinaciones e incluso psicosis. —Hizo una pausa, negando con la cabeza—. Aun así, si no hubiera sido por el lanzamiento de la bomba y por la llegada de Cheape disfrazado de payaso, no habría ocurrido nada malo. Nadie habría muerto. Fue culpa del cabrón de Cheape, irrumpiendo en la tienda de esa manera y gritándoles que se fueran. Estaban tan drogados, tan asustados, que debió de parecerles un alienígena con su equipo antirradiación; podría haberse quedado callado y aun así habrían salido corriendo de la tienda en paños menores.

—Pero usted no estaba «asustado». Sabía lo que había pasado realmente.

—Quería llevarme detenido y me vi obligado a explicarle a ese gilipollas que, cuando sus superiores se enteraran de que había irrumpido en la tienda y enviado a todos a la muerte, las consecuencias serían tan graves como para mí.

—Así que lo mató.

DeGregorio soltó una risa burlona.

—Pasaron los años y me hice rico. Cuando descubrieron a Gordy y a Paul, Cheape tuvo la brillante idea de que podía extorsionarme después de todo este tiempo. Fue culpa suya que salieran corriendo y, desde luego, yo no le pedí al ejército que nos tirara una bomba encima.

—¿Culpa suya y del ejército? ¡Usted estaba utilizando a sus amigos como conejillos de indias!

DeGregorio se arrimó más a ella.

—Permítame decirle algo: la empresa que fundé convirtió ese fármaco en el Impremazol. Es el antidepresivo más eficaz jamás formulado y ha ayudado a millones de personas.

Corrie se sorprendió al percibir orgullo en su voz.

Él volvió a introducirle suavemente el cañón del arma en la oreja.

—Siento lo que les pasó, de verdad, pero no fue culpa mía. Ya basta de cháchara inútil. ¿Dónde está la cámara?

En ese instante, la agente oyó un sonido ahogado y vio que Nora estaba forcejeando, intentando hablar.

—Quitadle la mordaza a esa zorra.

Por su tono irritado, Corrie tuvo la sensación de que Nora ya lo había molestado en algún momento.

Uno de los hombres le arrancó la cinta adhesiva y Nora respiró hondo un par de veces.

—Ella no sabe dónde está la cámara. Yo sí.

—Bien. ¿Dónde está?

—La escondí en un lugar donde usted no la encontrará.

DeGregorio la miró fijamente.

—¿Que la escondió?

—La cámara contiene pruebas de que usted participó en la expedición. Si algún día sale a la luz, estará muy jodido.

DeGregorio apretó el cañón del arma contra la oreja de Corrie.

—Pues resulta que tengo una solución sencilla para eso. Dígame dónde está o los sesos de su amiga acabarán salpicando la pared.

—No es amiga mía. Pero eso da igual; si la mata, no se lo diré y también tendrá que matarme a mí.

—De acuerdo. Dígame dónde está y las dejaré ir a las dos.

—Nos matará de todos modos —dijo Corrie—. Eso lo sabemos. Lo cual significa que no tiene nada con lo que presionarnos.

Notó que el cañón de la pistola se desplazaba de la oreja a la rodilla.

—Tengo tantas balas como articulaciones tiene ella —dijo DeGregorio, todavía mirando a Nora.

—Espere —dijo Nora—. Antes de que…

—¡Se acabó la cháchara! —gritó DeGregorio enfadado—. Quiero la cámara. ¿Qué hizo con ella?

—Se lo diré, pero no le dispare.

—Cuento hasta tres. Uno…

Corrie sintió cómo le hundía el cañón en la rótula.

—Dos…

—No —dijo Nora—. Le diré dónde está. Está escondida en el búnker. Lo llevaré allí.

—Dígame dónde.

—Tiene que prometerme que no le disparará.

—Lo prometo.

Nora dudó un segundo.

—En el piano de cola.

DeGregorio subió el arma de la rodilla de Corrie a su cabeza.

—Ya no hay necesidad de dispararle en la rodilla. Que tenga un buen viaje.

Corrie logró cerrar los ojos justo cuando oyó el estruendo del arma.

58

Nora observó con horror cómo Corrie se tambaleaba hacia atrás.

En ese preciso instante, DeGregorio empezó a girar y soltó el arma.

Una fracción de segundo después, la puerta del albergue se abrió de golpe y oyeron una ráfaga. Dos figuras entraron precipitadamente, moviéndose tan rápido en la oscuridad de la tormenta que Nora no pudo ubicarlas de inmediato. Disparaban rápido, con furia, y cogieron a los mercenarios de DeGregorio totalmente desprevenidos. A dos los alcanzaron las balas antes de que pudieran siquiera desenfundar sus armas, y a los otros dos los abatieron mientras intentaban disparar.

Y entonces, todo terminó tan de repente como había empezado. DeGregorio y sus hombres yacían desparramados por el suelo y sobre los muebles de cuero, algunos inmóviles, otros gimiendo o tosiendo sangre. Con incredulidad, Nora vio que los dos atacantes eran el sheriff Watts y el agente Sharp. El sheriff enfundó los revólveres humeantes y se acercó a Corrie, que yacía de lado, todavía atada a la silla. Sacó un cuchillo para liberarla y, sosteniéndola en sus brazos, la tendió sobre la alfombra. Tenía sangre en la cabeza y el respaldo de la silla de madera había

quedado agujereado y astillado al pasar la bala.

Mientras tanto, Sharp liberó a Nora, que, con un grito, se precipitó hacia donde yacía Corrie. Watts le estaba sosteniendo la cabeza e inspeccionando la herida. Luego sacó un pañuelo del bolsillo y le limpió cuidadosamente la sien.

—Es solo un rasguño —dijo—. ¡Gracias a Dios!

Con palpitaciones, Nora se arrodilló a su lado.

—Creía que estaba muerta.

A DeGregorio lo debieron de matar un instante antes de que este apretara el gatillo, pensó Nora. La bala solo había rozado la sien de su amiga antes de atravesar el respaldo de la silla.

Entonces, Corrie comenzó a parpadear y abrió los ojos, mirando fijamente a Watts.

—¿Homer? ¿Qué… qué haces aquí?

—Todo ha ido bien y los malos están muertos. Gracias a Dios que estás sana y salva.

Watts parecía tan aliviado, tan enormemente agradecido de que Corrie estuviera viva que le caían lágrimas por la mejilla, y Nora se dio cuenta de que estaba enamorado.

—¿Malos…? ¿Qué malos?

—Ya hablaremos de eso más tarde —dijo Watts—. Estás bien, la herida es superficial.

—¿Me han herido? —Corrie se llevó una mano a la cabeza y miró la sangre que tenía en los dedos—. Mierda.

—Parece que es una ligera contusión —le dijo Watts—. Vamos a llevarte al hospital, ¿de acuerdo? Las ambulancias vienen de camino.

Sharp se arrodilló junto a Corrie.

—¿Agente Swanson?

Corrie lo miró, nuevamente sorprendida.

—¿Usted también aquí? Me siento como Dorothy despertando del

sueño. ¿Qué está pasando?

—Cuando no pude localizarlas ni a usted ni a la doctora Kelly por teléfono, supuse que habían venido a buscar el búnker, sobre todo porque se habían hecho con un jeep todoterreno.

—Fue entonces cuando me llamó —terció Watts—. Yo conocía este albergue y parecía lógico que lo utilizarais como punto de partida de la ruta. El agente Sharp lo verificó llamando al cuidador, y le dijo que acababais de llegar.

Corrie hizo una mueca.

—Vale, ahora empiezo a recordar… —Respiró hondo—. ¿Los cuidadores…?

Sharp frunció el ceño.

—Los han matado, lo siento. Cuando llegamos —continuó—, encontramos la verja cerrada, así que entramos a pie y vimos un vehículo cerca del garaje; no era el jeep. En la parte trasera había dos cuerpos sin vida. Nos acercamos sigilosamente al albergue, aprovechando la tormenta para camuflarnos, vimos y oímos lo que estaba pasando e irrumpimos sin perder ni un minuto.

—Justo a tiempo —dijo Nora.

—Me temo que es totalmente cierto. Watts es increíblemente rápido con un revólver; fue su disparo el que salvó a Corrie.

—Joder, sí —dijo Watts—. ¿Recuerdas algo, Corrie?

—Me está viniendo todo a la mente —respondió esta, y Nora vio que estaba más lúcida. Miró a Sharp—. Señor, ocurrieron más cosas aparte del accidente de la bomba.

Sharp asintió.

—Sí.

—Está todo ahí —añadió Corrie, señalando el diario que había arrojado DeGregorio.

—También hay una cámara con un carrete sin revelar que contiene

pruebas importantes —dijo Nora—. Está en el búnker, dentro de un piano de cola. La escondí allí cuando huíamos de esos matones. La intención era tener un as en la manga si esos cabrones nos atrapaban.

Por un momento, todo quedó en silencio. Luego, Corrie se volvió hacia Sharp.

—¿Qué pasará ahora?

Él le devolvió la mirada, pero no dijo nada.

—Lo haremos público, ¿verdad? No se puede ocultar esta masacre, los crímenes de DeGregorio ni el asesinato de Cheape. ¡Por fin la verdad sobre el caso de la Montaña Muerta!

Sharp se quedó callado un buen rato. Cuando finalmente habló, lo hizo con lentitud y seriedad.

—Eso no depende de ustedes. —Miró a Corrie y Nora y bajó la voz —. Ni de mí.

59

Una vez más, el juez entró en la sala, más lúgubre que nunca, se subió la toga, se sentó detrás del estrado y pidió silencio. Skip estaba en el banquillo, triste, asustado y peor que nunca después de cuatro días de espera, con el traje más arrugado y el pelo de punta. Nora se sentía agotada. Le dolía todo el cuerpo y no creía haber dormido más de cuatro horas en otros tantos días. Pero no podía perderse la última sesión del juicio de su hermano y su oportunidad de testificar.

El jurado, en cambio, estaba alerta y descansado después del fin de semana, y la zona de espectadores estaba llena una vez más.

Lightfeather le había explicado que, a menos que sucediera algo extraño, hoy lunes sería el último día del juicio, y el destino de Skip quedaría visto para sentencia. Al final, la fiscalía había decidido no llamar a su testigo sorpresa de la pelea en Gallina's Peak. Lightfeather le contó a Nora que la pelea había estallado por un apodo descortés de Hawley que este no quería hacer público. Baca, el ayudante del sheriff, continuó Lightfeather, sería el último testigo de la fiscalía y luego tendrían la oportunidad de intervenir en el contrainterrogatorio. Después de eso, el abogado expondría los argumentos de la defensa. Tenía pensado llamar a dos testigos, Nora

y Tenorio. No llamaría a Skip, pues había llegado a la conclusión —acertada, en opinión de Nora— de que no testificaría de forma conveniente.

Mientras el tribunal se instalaba, el juez pidió al fiscal de distrito que continuara con la presentación de la fiscalía.

Scowsen se levantó.

—Me gustaría llamar como último testigo al ayudante del sheriff Raymond Baca.

Baca entró en la sala con un uniforme inmaculado, un placa reluciente y peinado hacia atrás. Luego subió al estrado y prestó juramento. Nora miró a Hawley, que estaba sentado a la mesa del fiscal de distrito con una sonrisa de satisfacción.

Con una actitud pausada, fuese estudiada o no, Scowsen se acercó al estrado y saludó a Baca.

—¿Cómo está hoy?

Baca asintió.

—Sus respuestas —dijo Scowsen en un tono afable— deben ser siempre habladas para que nuestra taquígrafa pueda transcribirlas.

—Estoy bien —respondió Baca con brusquedad.

—Excelente. Esto no debería llevarnos mucho tiempo. Me gustaría que rememorara los hechos del 5 de noviembre por la tarde. Tengo entendido que estaba custodiando el yacimiento recién descubierto cuando llegó alguien. ¿Podría hablarnos de eso?

—Sí, señor. El acusado, Skip Kelly; su hermana, Nora Kelly; y otro hombre llegaron hacia las dos de la tarde. El señor Tenorio llegó al mismo tiempo en otro vehículo.

—¿Y los conocía de antes?

—Los conocía, sí, de una visita anterior a la cueva.

—¿Y qué ocurrió después?

—Me dijeron que iban a retirar los dos cuerpos de los indígenas.

Dije que sería mejor consultar primero al sheriff, pero no me hicieron caso y prosiguieron con la excavación.

—¿Y usted se lo consultó al sheriff?

—Sí. Tardé un poco, porque tuve que montarme en el coche y recorrer parte de la montaña para buscar cobertura. Llamé y el sheriff dijo que iría enseguida.

—¿Y qué pasó después?

—El sheriff llegó aproximadamente una hora y media después, justo cuando estaban sacando el primero de los dos cuerpos en una bolsa.

—¿Quiénes eran?

—El acusado, Skip Kelly, y su hermana Nora. Yo estaba esperando al sheriff en la zona de aparcamiento. Cuando llegó, bajamos por el sendero hacia la cueva. Fue entonces cuando nos los encontramos con el cuerpo.

—¿Y a continuación?

—El sheriff Hawley les informó de que los huesos eran propiedad del gobierno. Al ver que hacían caso omiso, intentó impedir que trasladaran la bolsa para cadáveres a su furgoneta.

—¿Y después?

A Nora le pareció que Baca estaba inquieto y vacilante.

—¿Qué pasó entonces, señor Baca? —insistió el fiscal.

—El sheriff les impidió el paso y les ordenó que dejaran los huesos.

—¿Puede describirnos esa escena? Ayudará al jurado a formarse una imagen precisa. Supongo que una persona cargaba con la bolsa por delante y otra por detrás.

—Sí. Skip Kelly iba delante y Nora Kelly detrás.

Nora estuvo a punto de levantarse de su asiento, pero logró contenerse y miró a Lightfeather.

—Eso es mentira —susurró—. Quien iba delante era yo.

Lightfeather le puso un dedo en el antebrazo para indicarle que se calmara.

—Usted limítese a escuchar. No reaccione.

—Por favor, continúe, señor Baca —dijo Scowsen.

—Así que cuando el sheriff les impidió el paso, Skip dijo algo como: «Quítese de en medio».

—¿A quién?

—Al sheriff Hawley.

Nora notó que la sangre le subía a la cara. Ahora empezaban las mentiras de verdad. No podía creer que ese hombre, un agente de la ley bajo juramentado, pudiera mentir tan descaradamente delante de un juez y un jurado, por no mencionar a aquellos que estaban viéndolo y sabían la verdad.

—¿Y seguidamente?

—El sheriff volvió a ordenarles que dejaran el cuerpo. Dijo que era propiedad federal. —Baca respiró hondo y el resto salió de golpe—. Nora Kelly dijo algo sobre la ley NAGPRA y aseguró que estaba trabajando para el pueblo de Isleta. El sheriff repitió que los huesos eran propiedad federal y que estaba cometiendo un robo. Entonces, Skip Kelly empezó a gritar, diciendo que aquello era un cementerio sagrado de los nativos americanos, e insultó al sheriff. Estaba enfadado, y al ver que el sheriff no se apartaba, soltó la bolsa para cadáveres, agarró al sheriff por los hombros y lo lanzó violentamente al suelo. Luego huyó, y yo salí tras él y lo atrapé. El acusado intentó esconder el teléfono, pero se lo quité. Después lo esposé y le leí sus derechos.

—¿Y el sheriff?

—Estaba en el suelo, aturdido. El terreno estaba lleno de rocas afiladas. Cuando el sheriff Hawley se recuperó lo suficiente, llevamos

al acusado al vehículo policial y nos fuimos.

—¿Y qué hizo su hermana, Nora Kelly?

—Estaba gritando, histérica. Nos siguió a la zona de aparcamiento hasta que nos fuimos.

—Durante ese enfrentamiento ¿el sheriff tocó en algún momento a Nora Kelly?

—Nunca.

—¿Se cayó Nora Kelly?

—Sí, tropezó mientras nos perseguía por el camino.

—¿El acusado, Skip Kelly, llegó a grabar vídeos o hizo fotografías?

—No.

—¿Por qué le confiscaron el teléfono?

—Porque intentaba esconderlo de una manera que consideré sospechosa.

—¿Revisaron el contenido del teléfono?

—Sí, obtuvimos una orden.

—¿Y qué encontraron?

—Pruebas incriminatorias.

—¿Qué tipo de pruebas?

—Imágenes del acusado, su hermana y los otros excavando ilegalmente el cementerio indígena.

—Así que confiscar el teléfono estaba justificado desde un punto de vista probatorio, ¿correcto?

—Sí, es correcto.

Nora, a quien Lightfeather había prohibido reaccionar, no apartó la mirada de Baca. Ahora que había contado aquella sarta de mentiras, sin duda cuidadosamente ensayadas, se le aclaró un poco el rostro y exhaló, desinflándose como un globo.

El fiscal de distrito cogió una carpeta de su mesa.

—Me gustaría presentar estas fotografías extraídas del teléfono del

acusado como prueba. Señor Baca, quiero agradecerle su testimonio y su servicio a este condado y a este país. No tengo más preguntas.

Era el turno de Lightfeather, que esperó a que Scowsen se hubiera sentado. Luego se puso de pie y cogió un pequeño libro que Nora no había visto antes.

—¿Permiso para contrainterrogar al testigo, señoría?

—Por favor, proceda.

Se acercó al estrado y se situó frente a Baca. De repente, sus movimientos eran un poco más agresivos, y se inclinó hacia el ayudante del sheriff más de lo que parecía apropiado. Lo miró en silencio hasta que Baca empezó a moverse incómodo y entonces habló.

—Ayudante del sheriff, señor Baca, ¿juró ante Dios decir la verdad antes de subir al estrado?

Inmediatamente, Scowsen se puso en pie.

—¡Protesto! Todos lo vimos prestar juramento.

—Ha lugar —dijo el juez.

Lightfeather alzó el pequeño libro y Nora vio que se trataba de una Biblia.

—¿Reconoce este libro?

—¡Protesto! —gritó Scowsen, levantándose de nuevo—. ¡Es irrelevante!

—Ha lugar —repitió el juez.

Lightfeather continuó.

—Señor, ¿se considera usted cristiano? ¿Conoce los diez mandamientos? En este momento, hay uno que parece especialmente importante y podría alterar la vida de varias personas: «No darás falso…».

Pero Scowsen estaba en pie otra vez.

—¡Protesto! ¡El señor Lightfeather está acosando al testigo!

Señoría, ¿puede pedir al abogado defensor que limite sus preguntas a los hechos que nos ocupan? ¡Las creencias religiosas del testigo no tienen nada que ver con este asunto!

El juez miró a Lightfeather con dureza.

—Señor Lightfeather, protesta admitida, y debo señalar que es la tercera consecutiva. Usted, señor, se ha excedido. Una pregunta irrelevante más y le declararé en desacato al tribunal, ¿está claro?

—Sí, señoría.

—Proceda.

Lightfeather, alterado —al menos en apariencia—, intentó recomponerse, alisándose el traje y pasándose una mano por el pelo. Se tomó un tiempo excesivamente largo mientras el agitado Baca abría y cerraba las manos.

Nora volvió a mirar a Hawley. El cabrón seguía allí sentado con una sonrisa de suficiencia que le surcaba la cara de albóndiga.

Entonces, Lightfeather levantó la cabeza de repente.

—Señor Baca, solo tengo una pregunta más, pero es importante. Su respuesta veraz a esta pregunta determinará el destino de este joven, Elwyn Kelly. Pero quiero que sepa algo más: su contestación, tal como quede registrada en el tribunal más grande de todos, influirá en el destino del alma inmortal de otra persona…

Scowsen se levantó furioso.

—¡Protesto! ¡Protesto! Señoría, esto es puro y simple acoso. ¡La defensa está utilizando esas insinuaciones para amenazar al testigo!

El juez dio un golpe con el mazo.

—¡Ha lugar! Señor Lightfeather, ahora le declaro en desacato al tribunal y le impongo una multa de mil dólares. —Volvió a sonar el mazo—. Haga sus últimas preguntas sin más comentarios y acabe. —Se volvió hacia el jurado—. Deberán ignorar toda la línea de preguntas anteriores del señor Lightfeather.

Lightfeather miró a Baca largo rato.

—Solo tengo una pregunta más. Es directa, es sencilla y es profunda. Señor Baca, ¿nos ha dicho la verdad?

Hubo un largo silencio. Baca seguía retorciéndose las manos y parecía no poder hablar. La obvia angustia del ayudante del sheriff y su aparente incapacidad para responder a la pregunta dejaron a la sala de tribunal paralizada. La tensión aumentó exponencialmente a medida que el silencio de Baca se prolongaba. Skip había perdido su expresión de desesperanza y resignación y estaba mirando con fijeza al ayudante. Nora apenas podía respirar y Hawley ya no sonreía.

—Señor Baca —lo instó el juez—, el tribunal está esperando su respuesta.

—No —dijo Baca finalmente.

—¿Se refiere a «no» en qué sentido exactamente, señor Baca? —preguntó Lightfeather con pausa.

—Me refiero a que no, no he dicho la verdad.

—¿Le gustaría aprovechar esta oportunidad para limpiar su conciencia ante Dios y decir la verdad, aquí y ahora, en este tribunal?

—¡Protesto! ¡Protesto! —Scowsen se alzó como sacudido por un resorte en otro arranque de furia—. ¡Más amenazas y acoso, señoría!

—Protesta denegada —repuso el juez—. El testigo parece tener algo que decir, y es deber de este tribunal escucharlo.

Baca respiraba con dificultad y se esforzó por controlarse.

—Nora Kelly iba delante —empezó, con una voz baja y monótona —. Ella llevaba el cuerpo y su hermano iba detrás. El sheriff le impidió el paso. El hermano comenzó a grabar un vídeo con su teléfono y el sheriff se abalanzó sobre él y, al hacerlo, derribó a su hermana…

—Pero ¡¿qué coño…?! —Hawley estalló y se levantó de un brinco —. Baca, ¿qué está haciendo?

—Señor Hawley. —El juez dio un golpe con el mazo—. Siéntese, señor, y deje de interrumpir el procedimiento.

—Baca, eres un cabrón…

Volvió a sonar el mazo.

—¡Siéntese ahora mismo o haré que lo expulsen de esta sala, señor! —le espetó el juez.

El sheriff siguió de pie, clavándole los ojos en Baca y balanceándose ligeramente mientras el ayudante le devolvía la mirada, con el rostro lleno de angustia y sudando profusamente.

—¡Siéntese, señor! —gritó el juez.

El sheriff se sentó y luego murmuró lo suficientemente fuerte como para que lo oyera toda la sala:

—Pagará por esto, Baca.

—¡No toleraré más interrupciones suyas en mi sala! —dijo el juez —. Alguaciles, llévense al señor Hawley.

Dos alguaciles se acercaron a Hawley y se colocaron uno a cada lado. Hawley estaba temblando y tenía la tez de un color rojo oscuro. Intentaron agarrarle los brazos, pero se zafó maldiciendo.

—Saldré yo solo —dijo.

Cuando lo acompañaron al exterior, el sheriff volvió la cabeza y lanzó una mirada amenazante a Baca hasta que se cerraron las puertas.

—Señor Lightfeather —dijo el juez—, puede seguir interrogando al testigo.

—Gracias, señoría. —Se volvió hacia Baca—. Creo que nos estaba diciendo que el sheriff derribó a Nora Kelly, la hermana del acusado. ¿Es correcto?

—¡Protesto! —gritó Scowsen—. ¡Este testigo no es nada fiable!

¡Está mintiendo y confundiendo al jurado…! ¡Solicito la anulación del juicio!

—Denegada. Permítame recordarle, señor Scowsen, que fue usted quien llamó al testigo, no la defensa. No hay motivos para la anulación del juicio. Señor Baca, por favor, continúe con su respuesta.

—Sí, señor —dijo Baca con voz temblorosa—. Ella cayó al suelo con bastante fuerza. Fue entonces cuando el acusado empujó al sheriff. —Su voz empezó a sonar más firme, más segura—. Además, el acusado no salió corriendo. El sheriff le quitó el teléfono y lo arrestamos. Cuando volvimos al coche, lo encerramos en la parte de atrás. Cuando nos íbamos, el sheriff borró el vídeo.

—¿Qué hay del testimonio que dio antes? —dijo Lightfeather—. ¿De dónde salió?

—El sheriff me indicó qué decir, cómo debía desarrollarse la historia.

Un silencio eléctrico se apoderó de la sala.

—Gracias, ayudante Baca —dijo Lightfeather—. No hay más preguntas.

Scowsen se levantó.

—Permiso para interrogar de nuevo al testigo, señoría.

—Puede hacerlo.

Scowsen se acercó a Baca.

—Así que, señor Baca, parece que el jurado ha escuchado dos historias diferentes hoy. ¿Nos está diciendo ahora que la primera historia era una mentira?

—Sí.

—En otras palabras, es usted un mentiroso confeso.

—Supongo que sí.

—Si ese es el caso, como mentiroso confeso, ¿cómo espera que el

jurado crea esta segunda historia? ¿Por qué no contarles una tercera historia? ¿O una cuarta?

—Solo puedo decir que lamento haber mentido, pero ahora he dicho la verdad.

—¡Ya veo! Y habiendo mentido una vez y habiendo confesado haberlo hecho, ¿espera que le creamos?

—Eso espero, sí.

—Y supongo que también espera que el jurado crea su palabra por encima de la del sheriff Hawley, el sheriff de esta comunidad, fiable, honrado y debidamente elegido durante los últimos veinte años, un héroe para todos en el condado de Torrance.

—Para mí no es un héroe.

La voz de Scowsen rezumaba una fingida incredulidad.

—¿Así que usted se atreve a afirmar que el sheriff, que recibió un disparo en acto de servicio, no es un héroe?

El obvio desprecio de Scowsen pareció endurecer a Baca.

—Creo que es un matón.

Enfurecido, Scowsen se giró hacia el estrado.

—¡Señoría, me opongo a la calumnia del buen nombre del sheriff Hawley! ¡Pido que sancione al testigo por hacer tal declaración!

El juez correspondió a Scowsen con una mirada de hartazgo.

—Su protesta queda desestimada. La declaración del testigo sobre el acoso explica su motivo para cometer perjurio ante este tribunal. —Hizo una pausa—. ¿Tiene más preguntas para el testigo?

La respuesta pareció dejar a Scowsen sin palabras.

—Eh…, no. No, señoría.

—Señor Baca, queda excusado del estrado.

Baca bajó y salió rígidamente de la sala.

Tras un momento de parálisis absoluta, Scowsen murmuró que no tenía nada más que añadir como acusación y el juez pidió a

Lightfeather que presentara su defensa.

Lightfeather se puso en pie.

—Llamo a Nora Kelly como testigo.

Nora subió al estrado. Se sentó, prestó juramento y dijo su nombre.

—Doctora Kelly —dijo Lightfeather—, usted ha oído el testimonio del ayudante Baca, tanto el primero como el segundo, que contradecía el primero. ¿Cuál es verdad?

—El primero era mentira. El segundo es verdad.

—¿Vio usted a su hermano grabar el vídeo?

—Sí.

—¿El sheriff la derribó al intentar impedírselo?

—Sí, me golpeó como un jugador de fútbol americano.

—El sheriff declaró que el suelo era peligrosamente duro y pedregoso, ¿correcto? ¿Así que usted pudo haber resultado gravemente herida?

—Sí.

—¿Resultó usted herida en realidad?

—No. Bueno, en realidad sí, un rasguño diminuto y un hematoma, muy similares a las lesiones que enviaron al sheriff corriendo a urgencias.

Esto provocó las risas del público.

—¿Después su hermano cogió al sheriff y lo tiró al suelo?

—Lo frenó con el hombro y lo hizo caer.

—¿Por qué?

—Creo que intentaba protegerme.

—¿Qué pasó con el teléfono?

—El sheriff se levantó y lo confiscó.

—¿Así que el sheriff no estaba tirado en el suelo, aturdido, como se ha afirmado?

—No, se levantó de inmediato.

—Cuando le devolvieron el teléfono varios días después, ¿contenía el vídeo que grabó su hermano?

—No, había desaparecido.

—¿Skip intentó huir cuando el sheriff lo detuvo?

—No.

—¿Ofreció resistencia al arresto?

—No, cooperó plenamente.

—No hay más preguntas —dijo Lightfeather—. La defensa ha terminado.

Nora volvió a su asiento, mirando de soslayo al jurado con aprensión. Estaba claro que habían quedado asombrados por lo sucedido. Pero ¿qué estaban pensando?

Scowsen hizo un alegato final atronador que se centró en el heroísmo de Hawley y la naturaleza mentirosa, cobarde, evasiva y poco fiable y comprometida de su ayudante, Baca. En contraste, el alegato de Lightfeather fue calmado y tan breve que duró menos de cinco minutos. Recordó al jurado el testimonio de Baca, les pidió que consideraran cuál de las dos historias creían y solicitó que decidieran el destino de Skip en consecuencia, como era su deber según la ley. Luego, el juez dio instrucciones al jurado y abandonaron la sala. En ese momento, el juez anunció un descanso. Parecía esperar un veredicto rápido.

Y no se equivocaba. Veinte minutos después, antes de que Nora hubiera acabado la pésima taza de café que había pedido en la cafetería de los juzgados, el jurado declaró a Skip no culpable de todos los cargos.

EPÍLOGO

Corrie había dormido hasta tarde, como siempre en vacaciones. Sin embargo, lo que hacía que esas vacaciones en particular fueran inusuales, era que al despertar encontró un capuchino en la mesita de noche y un ejemplar del *Albuquerque Journal* al lado. Al ver el titular, despertó de golpe y se incorporó.

Homer Watts estaba tumbado en un diván al otro lado de su yurta, con las piernas cruzadas y sonriendo. La luz del sol entraba por una ventana que daba al lago Abiquiú y a las mesetas rojas de Ghost Ranch.

Corrie volvió a mirar el periódico y leyó asombrada. El titular gritaba de una manera casi sensacionalista:

TRASCIENDE CAÍDA ACCIDENTAL DE UNA BOMBA NUCLEAR

Resuelto el misterio de la Montaña Muerta

Genio farmacéutico gravemente herido en tiroteo con el FBI, detenido por asesinato

—Madre mía —dijo Corrie.

Estaba todo allí, todo, atribuido a una «fuente confidencial y de alto nivel, respaldada por documentación corroborada de forma independiente por el *Journal* como legítima».

Alguien se había ido de la lengua. El artículo contenía una crónica exhaustiva con todos sus giros: el lanzamiento de una bomba para evitar un accidente; el experimento clandestino con los excursionistas; su huida a causa de las alucinaciones y el pánico tras encontrarse con un buscador con un traje antirradiación; su muerte; y el descubrimiento del diario, junto con un destacado sobre un encubrimiento previo que destruyó la carrera de Robertson Gold, en su día el jefe de investigación.

El periódico había invitado al comandante de la Base Aérea de Kirtland a hacer comentarios y, aunque emitió un comunicado en el que manifestaba su evidente consternación por la revelación de información clasificada, no negó absolutamente nada. El agente especial García, jefe de la oficina de Albuquerque, había rehusado hacer declaraciones, al igual que el agente especial supervisor Sharp, a cargo del caso de la Montaña Muerta. Nora Kelly, del Instituto Arqueológico de Santa Fe, quien había desempeñado un papel clave, estaba con su hermano en Marblehead, Massachusetts, y no pudieron contactar con ella antes del cierre de edición. El sheriff del condado de Socorro, Homer Watts, y la agente especial Corinne Swanson, también profundamente involucrados en el caso, no pudieron ser contactados.

Corrie cogió el teléfono y lo miró. Nada. Claro; no tenían cobertura. Luego se dio la vuelta y miró fijamente a Watts.

—¿Tú sabías algo de esto?

Watts se estaba riendo.

—Te juro que no. Me levanté temprano y fui a Bode's a comprar burritos para el desayuno. Cuando vi el titular, casi me caigo.

Corrie siguió leyendo estupefacta. Había otras noticias relacionadas: una sobre el asesinato de Cheape y otra que se hacía eco de las declaraciones de Melody Ann O'Connell, de la Asociación

Conmemorativa de las Familias de Manzano, insistiendo en que era otra farsa y que el Proyecto Boston era claramente el culpable.

—¡Dios mío! —dijo Corrie, que siguió leyendo los artículos que dominaban la primera plana del periódico—. ¡Está todo aquí; documentos, fotos…, todo! ¿Quién ha hecho esto?

—Eso mismo pensé yo.

Watts se rio de nuevo, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza y, al parecer, pasándolo en grande.

Corrie se lo quedó mirando. Era el hombre que tuvo la destreza y el valor de acabar con DeGregorio una fracción de segundo antes de que le metiera una bala a ella en la cabeza. El hombre que le había salvado la vida. Guapo como una estrella de cine, sus ojos ámbar entrecerrados por las carcajadas, y todo suyo. Qué suerte tenía. La vida era extraña, sin duda. Después de la gran cantidad de tiempo que había pasado preocupándose por lo que Watts pensaba de ella, lo que debía hacer, cómo debía actuar, cuál debía ser su relación profesional, él la había invitado a pasar cuatro días en una yurta en medio de la nada. Sin pensar, sin necesidad de pensar, Corrie había aceptado.

—En serio, ¿quién ha sido? —preguntó Watts—. No hace falta ser Sherlock Holmes para utilizar el proceso de eliminación. ¿Pudo ser… García?

—De ninguna manera —dijo Corrie—. Está demasiado apegado a las reglas.

—¿Y tú?

—No te hagas el gracioso.

—¿Nora?

—Imposible.

—¿O'Hara o Bellamy?

—No. Uno es demasiado recto y el otro demasiado tonto. De

todos modos, no tenían acceso a toda esa información.

—¿El director Raeburn?

—Tampoco es posible. Fue él quien ordenó encubrir el caso.

—¿El sheriff Hawley?

Esto, por supuesto, era una broma. El sheriff había sido acusado de perjurio, obstrucción a la justicia y manipulación de testigos. Se había visto obligado a dimitir, y al parecer le esperaba algo peor.

—Ja, ja, ¿el viejo Monohuevo? ¡No puede ser él! Menudo idiota.

Ante eso, Watts dijo:

—¿Quién queda?

De repente, Corrie contuvo la respiración.

—Sharp no.

Watts se limitó a sonreír.

—No —dijo Corrie—. No puede ser.

—«Cuando has eliminado lo imposible —citó Watts—, lo que queda, por improbable que parezca, debe de ser la verdad». Fuiste tú quien me enseñó esa frase.

Corrie lo pensó. ¿Sharp? Cuanto más lo meditaba, más se daba cuenta de debía de ser él. Ninguna otra cosa tenía sentido. Tenía acceso a todo. Estaba al mando del caso. Y lo que era más importante, nunca lo había visto tan disgustado y enfadado como cuando se archivó el caso. También se había mostrado consternado y furioso cuando, menos de veinticuatro horas después del tiroteo en el albergue, el caso fue archivado otra vez. Las órdenes eran claras: todo lo que había sucedido en la sierra de Manzano —el descubrimiento del búnker, el diario, la cámara, los asesinatos de los cuidadores, la implicación de DeGregorio, el tiroteo— sería clasificado por órdenes directas de arriba. Todo lo que habían hecho, todo lo que habían descubierto, sería silenciado para proteger a las fuerzas aéreas de aquel bochorno.

Cuando Corrie se enteró, pensó que Sharp tal vez dimitiría. Pero en lugar de eso, después de expresar una rabia furiosa, se había vuelto tan calmado y letárgico como siempre y le había ordenado que se tomara un descanso de dos semanas.

En lugar de dimitir, pensó Corrie, Sharp debió de interpretar el papel de Garganta Profunda. Y bien mirado, ¿el Garganta Profunda original, el hombre que expuso el Watergate, no era también un agente del FBI? Sintió una repentina oleada de orgullo por el FBI: a pesar de todo, sus agentes en activo habían demostrado patriotismo e integridad.

—Vaya —dijo ella—. Tienes razón. Solo puede ser Sharp.

—Es un buen hombre. Hacía falta mucho valor para esto.

—Pero investigarán quién lo filtró —dijo Corrie—. Yo seré una de las sospechosas, y tú y Sharp también. Las cosas podrían ponerse feas. Descubrirán que fue él.

—No —respondió Watts—. Tiene unas agallas increíbles y es inteligente, a pesar de hacerse el lagarto al sol. No da nunca un paso en falso. Si es obra suya, puedes estar segura de que lo hizo con el máximo cuidado. Puede que sospechen de él, pero no demostrarán nada.

Se levantó del diván y se sentó en la cama.

—Pero ¿sabes qué, Corrie? Estoy bastante seguro de que las cosas irán en una dirección completamente distinta. Habrá una investigación, pero no del FBI.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué asumir la culpa cuando puede llevarse el mérito? Eso es lo que hará el FBI: llevarse el mérito, como debe ser. Todos recibiréis condecoraciones, incluido Sharp, y si alguien es investigado, serán las fuerzas aéreas. La fastidiaron, aunque probablemente ya haya pasado tiempo suficiente como para que

nadie reciba un castigo. Pero el FBI, todos vosotros, lo bordasteis. Tú en particular. Te convertirán en una heroína.

Corrie lo miró fijamente.

—¿De verdad lo crees?

Watts la besó.

—Sí, eres una heroína.

—Tú también. Me salvaste la vida.

La besó de nuevo.

—Sheriff Watts.

—Dígame.

—¿Estamos en terreno federal?

—Técnicamente sí.

—Eso me deja al mando.

—¿Eh? —Sonrió—. ¿Piensa invocar la Ley Hobbs conmigo, agente Swanson?

—No exactamente. Quítese esa camisa.

Watts hizo lo que le pedía.

—Y los pantalones. Es una orden, señor.

Se quitó los pantalones.

—Ahora todo lo demás.

Watts obedeció.

—Le diría que presente armas, pero parece que esa orden no será necesaria. Sheriff, métase en la cama ahora mismo.

—Inmediatamente, agente Swanson.

Y Watts se deslizó a su lado.

NOTA DE LOS AUTORES

Queríamos compartir con nuestros lectores una historia interesante sobre la inspiración para *El caso de la Montaña Muerta*. Como ya sabrán, uno de nosotros —Doug— en ocasiones escribe artículos de no ficción para la revista *The New Yorker*. En el número del 17 de mayo de 2021, publicó un artículo titulado «¿Se ha resuelto por fin un antiguo misterio soviético?» (aclaración: fue uno de los artículos más populares de la revista ese año). El artículo ahondaba en el extraño destino de nueve esquiadores de fondo en los montes Urales. En 1959, fallecieron en circunstancias extrañas en las laderas de un macizo remoto llamado Altura 1079.

Doug vendió los derechos cinematográficos de la historia, pero el día que llegaron los contratos para su firma, Rusia invadió Ucrania. No es de extrañar que la productora se retirara inmediatamente, entre otras razones a modo de protesta. Poco después, mientras Doug se quejaba a Linc sobre la ironía de la situación, este observó que en realidad podía ser un golpe de suerte. «¿Por qué?», preguntó Doug. «¡Porque ahora podemos convertir este fantástico misterio real en un *thriller*!», respondió Linc.

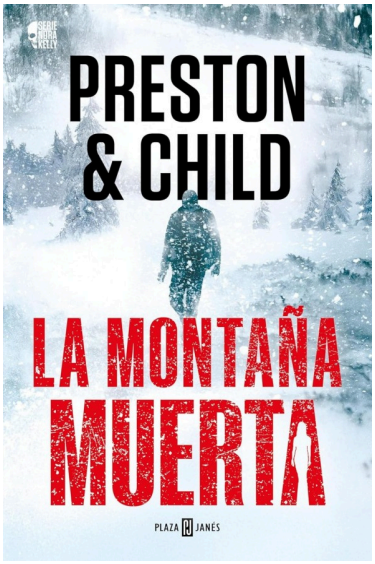
Y así lo hicimos. Utilizando la antigua historia soviética como inspiración, empezamos a proponer ideas y a investigar. Trasladamos

la historia a la sierra de Manzano, en Nuevo México, elegida porque en su interior se oculta el mayor almacén de armas nucleares del mundo. La sierra de Manzano también contiene un complejo de búnkeres construido para el presidente Eisenhower y su personal como refugio en caso de guerra nuclear, ahora cerrado y en desuso. Y finalmente, nos inspiramos en un accidente nuclear muy real: el 22 de mayo de 1957, un bombardero B-36 dejó caer accidentalmente una bomba de hidrógeno de 19.000 kilos en la sierra de Manzano. Los explosivos de alta potencia abrieron un cráter, pero la bomba H en sí no explotó, por suerte para Albuquerque y gran cantidad de residentes de Nuevo México. Armados con la investigación de Doug, las propuestas extravagantes y febriles de Linc y nuestra imaginación, creamos un nuevo misterio para que lo resolvieran la agente especial Corrie Swanson, de la oficina del FBI en Albuquerque, y la arqueóloga Nora Kelly, del Instituto Arqueológico de Santa Fe. Y concebimos una solución original y sorprendente, la culminación, nos gustaría pensar, de una historia que quizá tenga sus cimientos en un misterio real, pero que nos hemos esforzado mucho en hacer singularmente nuestra.

¡Esperamos que hayan disfrutado la novela!

DOUG y LINC

La nueva investigación de Nora Kelly y Corrie Swanson despierta un mal que lleva mucho tiempo dormido.



En 2008, un grupo de nueve montañeros, estudiantes de ingeniería, no regresó de una travesía por las montañas Manzano, en Nuevo México. El equipo de rescate localizó el último campamento y no encontró explicación a lo que allí vieron. Algo verdaderamente aterrador debió sorprenderles mientras descansaban en la tienda, que los impulsó a abrirse paso a cuchilladas y huir descalzos y sin prendas de abrigo hacia una muerte segura en medio de una ventisca. De los nueve montañeros solo se recuperaron los cuerpos de seis. El caso, al que el FBI dio el nombre en clave de «Montaña Muerta», nunca se resolvió.

Quince años más tarde se descubren en una cueva otros dos

cuerpos de la expedición perdida, uno de ellos víctima de un espantoso suicidio. La joven agente del FBI Corrie Swanson se une a la arqueóloga Nora Kelly para investigar lo que realmente sucedió en ese fatídico viaje y encontrar a la novena víctima.

Un caso inspirado en una historia real apasionante, el Incidente del paso Dyatlov.

Douglas Preston y **Lincoln Child** son coautores de una treintena de novelas, aunque también escriben por separado.

Lincoln Child es un apasionado de las motos, los loros exóticos y la literatura inglesa decimonónica.

Douglas Preston, en cambio, prefiere los caballos, el buceo, el esquí y la exploración de la costa de Maine en un barco de pesca.



Título original: *Dead Mountain*

Primera edición: noviembre de 2025

© 2023, Splendide Mendax, Inc y Lincoln Child
Esta edición se publica por acuerdo con Grand Central Publishing,
una división de Hachette Book Group, Inc., Nueva York, Estados Unidos.
Todos los derechos reservados
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Efrén del Valle Peñamil, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Ghost Design / Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografías de portada: © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten

adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03694-1

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La montaña muerta
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45

Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Epílogo
Nota de los autores
Sobre este libro
Sobre Preston & Child
Créditos